DANIELA ARNOLD

DULCES SUEÑOS ANTES DE MORIR



EDICIÓN ESPECIAL 2 × 1

DULCES SUEÑOS ANTES DE MORIR

LA CHICA AU PAIR + LA CHICA DEL GLACIAR

ANTOLOGÍA

DANIELA ARNOLD

© 2025 Daniela Arnold, 86179 Augsburgo

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Gráficas utilizadas: Shutterstock.com

1103684600 (Mädchen) Tongsai, 329167196 (Bäume) andreiuc88, 48615460 (Himmel) STILLFX

Revisión y corrección de texto: Ilka Bredemeier, Inca Vogt

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica: Inca Vogt

Editorial: Publicación independiente

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, procesamiento, la reproducción y distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, podría haberse colado algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante muchos años como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.



INTINIDO

La Chica Au Pair
Sobre El Libro
Prologue
1. Hope
2. Ally
3. Hope
4. Ally
5. Hope
6. Ally
7. Hope
8. Ally
9. Hope
10. Ally
11. Hope
12. Ally
13. Hope
14. Ally
15. Hope
16. Hope
17. Ally
18. Hope
19. Ally
20. Hope
21. Ally
22. Hope
23. Ally
24. Hope
25. Ally
26. Hope
27. Cara

Epilogue

LA CHICA DEL GLACIAR
Sobre El Libro
Dedicación
Prólogo
1. Augsburgo
2. Augsburgo
3. Augsburgo
4. Augsburgo
5. Augsburgo
6. Augsburgo
7. Augsburgo
8. Islandia/Keflavik
9. Keflavik
10. Dalvik/Hauganes
11. Hauganes
12. Hauganes
13. Hauganes
14. Hauganes
15. Hauganes
16. Hauganes
17. Hauganes
18. Hauganes
19. Akureyri
20. Akureyri
21. Hauganes
EPÍLOGO
EPÍLOGO
Nota De La Autora
Agradecimientos


DANIELA ARNOLD
LA CHICA
AU PAIR
PSYCHOTHRILLER

Te cuida de manera incondicional, con abnegación y sacrificio.
Sin embargo, una voz en tu interior te dice que tengas cuidado con esa mujer
que dice ser tu cuidadora…

Te cuida de manera incondicional, con abnegación y sacrificio.Pero una voz en tu interior te está avisando…Ten cuidado con esa mujer que dice ser tu cuidadora…

Ally está en la recta final del embarazo y atada a la cama a raíz de unaccidente. Depende de la ayuda de Frieda, quien dice ser enfermera. Y, efectivamente,no la deja de vista ni un solo segundo. Dice hacerlo por el bien suyo y de suhijo nonato.

Al comunicarle a Adam, su marido, sus dudas, este la toma por paranoica. Ally cree haber encontrado en Hope, la chica au pair, a una aliada.Pero hay un problema: Hope no habla su idioma. Ally se da cuenta de que notiene a nadie, y lo descubre cuando es casi demasiado tarde ya.Pero ¿qué puede hacer ella en su estado para salvar la vida de su bebé nonatoy la suya propia? ¿O resultará al final que las cosas son completamentediferentes?

PARA TIM

PROLOGUE

—¿Qué tal tu amorcito? —Luisa estaba preocupada—. ¿Alguna novedad?

Negó con la cabeza y suspiró.

—¡No! Pero tampoco me extraña. Su médico de cabecera es un idiota. Cuando le describo sus síntomas y le comento mis temores, descarta todo diciendo que son delirios de una histérica. Pero eso no es lo peor. Ha conseguido meterle en la cabeza a mi prometido que no es más que una gastritis causada por el estrés.

—Pero, en teoría, sería posible ¿no? —comentó Luisa.

—Pues sí, sería posible.

—¿Pero?

—El caso es que… —No supo cómo expresarlo.

—Tienes una sensación rara y crees que hay algo más. ¿Es eso? —trató de ayudarla Luisa.

—Sí. Pero es mucho más que una sensación. Estoy muy preocupada por Bastian. Ha perdido más de veinte kilos en los últimos meses. ¡Eso no puede ser solo a causa del estrés! Ha perdido el apetito. No retiene casi nada. Le da asco la carne y últimamente está como… —Titubeó.

—¿Qué? —preguntó Luisa.

—Ese cansancio extremo que acarrea —explicó—. Bastian apenas sale de cama. A veces casi se duerme mientras estamos hablando.

No le reconozco y, sí, sé que todo eso puede ser consecuencia de un *burnout*, pero me temo que…

—Seño —las interrumpió el pequeño Joshua—. Voy a… —Una arcada detuvo el lloriqueo del cuatroañero.

—¿Te las puedes arreglar sola un momento? —preguntó Luisa—. Voy con el peque al baño.

Su amiga asintió e hizo una mueca pensativa. De hecho, agradeció la interrupción porque le brindaba la oportunidad de organizar qué decirle a Luisa.

Pero nada más desaparecer Luisa con el pequeño, sonaron unos chillidos ensordecedores. Alarmada vio cómo Torsten, un niño corpulento de cuatro años, atacaba a Jan, mucho más menudo que él, para tratar de arrancarle su muñeco favorito.

—¡Torsten, deja eso! —intervino ella con firmeza—. ¡Pídele perdón a Jan por tu comportamiento!

El pequeño camorrista la miró, puso los ojos en blanco, pero no soltó el dinosaurio de Jan.

—Un perdón dicho de corazón, ¡por favor!

Torsten la miró y negó tozudo con la cabeza.

A punto de decirle algo al niño, empezó a vibrar el móvil que guardaba en el bolsillo del pantalón. Lo sacó, miró la pantalla, se quedó de piedra al leer el mensaje. Era de Anton, el mejor amigo y compañero de trabajo de su pareja.

> ¡Bastian ha sufrido un colapso! Hemos tenido que llamar a un ambulancia. ¡Se lo han llevado al hospital!

Las letras se difuminaron ante sus ojos. Tardó un rato en darse cuenta de que le temblaba tanto la mano que apenas era capaz de descifrar lo escrito.

En su cabeza reinaba el caos. Vio a Bastian conectado a un sinfín de aparatos, pálido y más cercano a la muerte que a la vida.

Sollozó y de repente sintió una rabia incontenible en su interior. Estaba furiosa con el médico de su prometido y con el propio Bastian. ¿Por qué le había restado importancia a su estado? ¿Solo

porque su médico le había metido en la cabeza que no era nada grave? No a su edad. Era muy joven…

¡Ese maldito charlatán! ¿Cómo podía tomarse tan poco en serio su profesión y jugar así con la vida de sus pacientes? ¡Con la vida de Bastian!

Unos chillidos la devolvieron al presente.

El pequeño Jan estaba tirado en la arena, con las piernas estiradas hacia arriba y llorando desesperadamente.

Torsten se erguía encima de él sosteniendo el dinosaurio como si fuese un trofeo.

—¡Torsten! —gritó ella dirigiéndose con paso firme al niño—. ¿Qué demonios has hecho? —Furiosa le arrancó el juguete de la mano y ayudó a Jan a levantarse.

Dispuesta a devolverle a Jan, que seguía llorando, el dinosaurio, vio de reojo la mano de Torsten salir disparada hacia el objeto.

Ella se giró y sacudió la cabeza con gesto serio.

—¡Pero lo quiero yo!—protestó Torsten tratando de atraparlo.

Ella no cedió y le entregó la figura a Jan. Luego cogió a Torsten de la mano, pero este se soltó de inmediato.

—¡Suéltame, cabrona estúpida! —le chilló el niño lleno de odio.

Ella se sobresaltó e inspiró hondo.

La boca de aquel niño de cuatro años esbozó una sonrisa malévola y, antes de que se diera cuenta, levantó la mano y le dio una bofetada que resonó en el aula.

Torsten, Jan y los demás niños enmudecieron de golpe y se la quedaron mirando. El pendenciero cambió los gritos por el llanto y Jan se apartó asustado de ella. Unos cuantos niños se pusieron a cuchichear entre ellos.

¡Oh, Dios!, se le pasó por la cabeza. Pero ¿qué acababa de hacer?

Miró fijamente a Torsten, luego a Jan, y notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Yo lo… Yo tengo… —Suprimiendo un gemido, huyó a los baños.

—Mierda —murmuró. ¿Cómo había podido perder el control de tal manera?

Se arrodilló y dejó que las lágrimas corrieran a raudales.

Todo eso… era demasiado.

A los pocos segundos creyó tenerse de nuevo bajo control y tomó una decisión. Ahora iba a volver, pedirles perdón a Torsten y a los demás niños y a continuación iba a juntar sus cosas y a largarse. Tenía que ocuparse de su prometido, estar a su lado, brindarle apoyo. Pero antes tenía que asumir las consecuencias de sus actos, confesarle a su jefa lo que acababa de hacer y explicarle cómo había escalado la situación.

Se levantó, no sin cierto esfuerzo, se secó la cara con las palmas de las manos y a punto de accionar el pestillo para abrir la cerradura, oyó chillidos fuertes. Venían de fuera, del jardín, y sonaban diferentes a los chillidos de antes, diferentes a cualquier cosa que hubiera oído jamás. A pesar de las rodillas temblorosas, logró salir del cubículo primero y de los lavabos luego y llegar hasta la puerta que daba al jardín. De ahí pasó al jardín.

Y entonces lo vio...

Los niños se habían congregado alrededor de un bulto tendido en el suelo. Se acercó de prisa, entrecerró los ojos y fue consciente de su error. No era un bulto. Era un niño. Yacía junto a las barras de mono.

Todo dentro de ella gritó: ¡No!

Se le escapó un jadeo y luego notó una corriente de aire en la nuca. Vio a Luisa pasar corriendo a su lado, abrirse paso entre los niños y acuclillarse delante del niño que yacía en el suelo.

Alcanzó a ver cómo Luisa se llevaba las manos a la boca y bajaba la cabeza y cómo sus hombros se sacudían a causa de espasmos.

¡Luisa estaba llorando!

Fue como si el tiempo se hubiera detenido. Como a cámara lenta, vio a uno de los niños darse la vuelta y mirar en su dirección con lágrimas cayéndole por las mejillas.

Otro grito que no auguraba nada bueno.

¿Lo había emitido ella?

No lo sabía.

Le fue imposible pensar con claridad.

Y entonces estalló el caos.

UNO
HOPE

—¿Que te vas? ¿A dónde? —Sara, su amiga y dentro de poco su ex compañera de piso, la miró consternada.

—A Noruega —explicó Hope una vez más.

—¿Qué? Pero ¿eso qué es?

A Hope se le escapó una carcajada.

—Es un país, allá arriba, en el norte.

Sara la miró fijamente y con la boca hizo una mueca que dejaba claro lo ofendida que estaba.

—Que Noruega pertenece a Escandinavia, ya lo sé y dónde queda también, ¡sabelotodo! Fui al colegio igual que tú. —Se calló y bajó la mirada a los pies. Al alzarla de nuevo, brillaban lágrimas en sus ojos—. ¿Por qué Noruega? ¿Qué se te ha perdido allí?

Hope se encogió de hombros.

—¿Qué va a ser? Experimentar cosas nuevas, aprender el idioma. No tengo ni idea de lo que me espera allí. Ya se verá.

—No te entiendo. Tendrás que saber qué es lo que te tira precisamente a Noruega.

La propia Hope parecía buscar una respuesta, pero acabó haciendo una mueca de resignación.

—Para serte sincera, lo que quiero es largarme de aquí, dejar de darme pena a mí misma y ver qué pasa. —Tragó, no sin esfuerzo.

—¿Se puede saber de qué huyes?

—No lo entiendes. No es una huida propiamente dicha.

—Entonces ¿qué es?

—Nunca he estado en el extranjero. Nunca he ido de vacaciones. Lo único que he visto en mi vida es este jodido Manchester. Tengo diecinueve años y ¿qué he visto hasta ahora? ¿Qué experiencias he vivido?

Sara la miró molesta.

—Pero ¿de dónde sale todo esto de repente? Toda esta frustración, estos lamentos. No te reconozco. Además, ¿a qué te crees que he llegado yo en mi vida? Estuve una vez en Londres. Y para de contar. ¡Yo tampoco conozco nada del mundo!

—Pero tú al menos estás decidida a acabar la carrera. —Hope miró a su amiga con gesto de mosqueo—. Y tienes a Gerry, ¿vale? Tienes un novio, metas, sabes qué quieres y qué esperas de la vida. Quieres crear tu propia familia, ser madre algún día y todo eso. ¿Y yo? —Se encogió de hombros, en un gesto de impotencia.

—Eso, ¿tú qué quieres? Porque ¿tendrás una idea de lo que quieres?

—Esa es la cuestión, que no la tengo —confesó Hope—. No tengo ni idea de lo que quiero o de lo que me haría feliz. Todo lo que he empezado, se ha ido a la mierda. Amistades, relaciones, los estudios… No sé qué quiero hacer ni en qué dirección enfocar mi vida. ¿Hago una carrera o me busco directamente un curro? ¿Me paso un año viajando por el mundo aceptando de vez en cuando algún curre? ¿O acepto hacer de *au pair* para al menos durante un breve periodo de tiempo formar parte de una familia intacta?

Sara la miró en estado de *shock*.

—¡Es eso! ¿En serio que lo quieres hacer por eso? ¡Tiene que ser una jodida broma!

—No, Sara, hablo muy en serio. Tú al menos tuviste durante algún tiempo una familia. Y créeme cuando digo que siento muchísimo lo que tuviste que vivir cuando la perdiste.

—Apenas tenía ocho años —dijo Sara en voz baja.

Hope agarró a su amiga por los hombros y la miró.

—Lo sé —murmulló empatizando con ella—. Pero al menos sabes lo que significa tener una familia. Ese accidente que te arrebató a tu familia fue una tragedia terrible. Y la época que le siguió tuvo que ser una pesadilla. Eso también lo comprendo, pero, aun así, tú al menos tuviste unos padres que te querían y a los que también querías tú. Todo lo contrario que yo. Mi madre era una maldita yonqui. Apagaba los cigarrillos en mi cuerpo, casi me deja morir de hambre, los servicios sociales tuvieron que hacerse cargo de mí. Pasé de una familia de acogida a otra, nunca pude hacer pie. Y luego, en la institución, tampoco tuve a nadie a quien yo le importara o que me importara a mí. Un puñado de amigos, vale. Educadores, sí, pero no una familia que pudiera brindarme apoyo. Si ni siquiera sé cómo es eso de levantarte por las mañanas y tener a tu alrededor a aquellas personas a las que estás acostumbrada.

Hope se había ido alterando y se sobresaltó cuando notó el abrazo de Sara.

—Pero si me tienes a mí —le susurró Sara al oído, cosa que provocó una sonrisa en Hope.

Se soltó y la miró.

—Y te lo agradezco muchísimo. Valoro que aceptaras compartir piso conmigo. Pero ahora está Gerry. Sé que quiere que os vayáis a vivir juntos y sé que tú también lo quieres. Te mereces ser feliz y no quiero ser un estorbo. Como tampoco quiero ser vuestra sujetavelas. Tengo que encontrar mi propio camino y Noruega me parece una opción correcta, ¿entiendes? Es la oportunidad que llevo esperando mucho tiempo.

—¿Y de qué conoces a la familia a la que le vas a hacer de *au pair*?

—Me anoté en una página web. Esta familia de Noruega fue la primera en responder. Viven cerca de Tromsø, muy arriba, lindando casi con el cabo Norte.

—¿Y buscan a una *au pair*? ¿Para qué?

Hope sonrió.

—Como cuidadora de niños y asistenta doméstica. Me ofrecen un espacio propio en el que poder quedarme, apartado de la casa principal, un coche que puedo usar cuando quiera, me dan una paga

muy generosa y me conceden suficiente tiempo libre para poder acudir a la escuela de idiomas y hacer excursiones. Es como una aventura maravillosa, un idioma nuevo, un país nuevo. Voy a ver tantas cosas…

Sara la estudió con escepticismo.

—¿Qué? —quiso saber Hope.

—Suena demasiado bonito como para ser cierto.

—¿Tú crees?

Sara suspiró.

—¿De verdad quieres hacerlo?

Hope asintió con la cabeza.

—Pero ¿no tienes miedo?

—¿Miedo a qué?

—A estar sola en un país desconocido, con gente desconocida y sin saber hablar su idioma.

—Todo el mundo habla inglés, Sara. Ya no estamos en la Edad Media.

—Vale, y ¿todo eso para cuándo?

Hope le dedicó una sonrisa pícara a su amiga.

—Para dentro de dos días.

—¿Qué? —Sara no daba crédito—. Pero ¿por qué tan pronto? ¿Esas cosas no suelen llevar más tiempo, la organización y todo eso?

—Esa es la cuestión. —Hope inspiró hondo—. A la familia le urge encontrar a alguien y yo no tengo nada ni nadie que me ate aquí. Puedo partir de inmediato. Es un *win-win* para ambas partes. Esta aventura es justo lo que necesitaba. Un cambio rápido y espero que una experiencia instructiva. Estoy convencida de que esto me ayudará a avanzar. Voy a aprender mucho y a descubrir por fin quién soy y lo que quiero hacer de mi vida.

DOS
ALLY

Un gemido la sacó de su estado de sopor. Abrió los ojos y parpadeó cuando la luz de la mesilla de noche se cruzó con sus pupilas.

¿Qué la había despertado?

Giró la cabeza hacia izquierda y derecha tratando de orientarse. Un dolor agudo le traspasó el cerebro, se extendió por la médula y penetró en cada fibra muscular de su cuerpo. Gritó y miró como loca alrededor.

¿Y esta habitación?

Le era desconocida.

No sabía ni cómo había llegado aquí ni por qué. Menos mal que por lo menos estaba sola.

Cuando el dolor alcanzó su punto álgido, creyó que iba a vomitar. Trató de controlar las arcadas, cerró los ojos, inhaló y exhaló y buscó la distracción con preguntas urgentes.

Ese gemido que la había despertado tuvo que ser ella misma. Y esos aparatos médicos junto a la cama tenían que significar algo. Pero ¿el qué?

Estaba conectada a uno de ellos.

¿Estaba en un hospital?

Poco a poco el dolor fue a menos, dejando tras de sí tan solo un zumbido sordo. Volvió a abrir los ojos, miró alrededor. La cama en la

que estaba era grande e increíblemente cómoda. Alguien la había arrellanado con un sinfín de cojines alrededor, seguramente para evitar que se cayera de la cama y se lastimara.

Se fijó en que frente a la cama había una cómoda de madera maciza con un televisor grande encima.

Respiró profundamente y volvió a dirigir la mirada hacia la derecha, donde había una especie de zona de espera a unos dos metros de la cama. Dos sillones mullidos y una mesita de la misma madera que la cómoda.

Cogió aire y giró la cabeza hacia la izquierda, a la espera de otro pico de dolor, pero no pasó nada. Contempló una librería grande y al lado, una puerta abierta.

Esto no era una habitación de hospital. Era demasiado cómoda y estaba amueblada con demasiado cariño para eso.

Pero ¿de dónde salía ese dolor que la había despertado? ¿Para qué estos aparatos médicos? ¿Había sufrido un accidente?

Trató de concentrarse, pero en su cabeza no había más que una niebla espesa e impenetrable. Donde debería haber recuerdos, había… nada.

El corazón le empezó a latir con fuerza, rompió a sudar y notó la piel ardiendo y húmeda. Con pies y piernas apartó rápidamente las mantas y los cojines y se quedó de piedra al ver que su barriga…

¿Qué pasaba con su barriga?

¿Por qué estaba tan hinchada?

Se le escapó un jadeo mientras seguía con los ojos clavados en su vientre.

¿Estaba…? No. ¡Eso no podía ser!

Sacudió la cabeza con vehemencia, gritó cuando un relámpago cegador le atravesó el cerebro manifestándose en forma de dolor taladrador.

Lo primero en ocurrir fue que el entorno empezó a titilar, luego, todo se puso a dar vueltas. De nuevo, sintió la necesidad de vomitar. Se incorporó rápidamente, sacó las piernas de la cama, clavó los dedos en el colchón hasta que el mareo fue a menos. A punto de levantarse, notó un tirón en el brazo izquierdo. Se fijó en una aguja clavada en la parte interna del codo. En ella desembocaba un tubito

transparente conectado por el otro extremo a una bolsa transparente colgada de un soporte metálico.

¿Qué era eso que le estaba entrando en el cuerpo?

Ella no quería eso. Inspiró hondo y arrancó la aguja de su brazo, ignorando la sangre que brotó de la diminuta punción. Se levantó tambaleante. Creyó que las piernas no soportarían su peso. Sus músculos parecían gelatina.

Inspiró varias veces, a la espera de que el mareo fuera a menos, luego, con mucho cuidado, dio un paso tras otro.

Cuando, tras lo que le pareció una eternidad, alcanzó la puerta junto a la librería, estaba empapada en sudor. Pero estaba donde quería estar. Tal como había esperado, la puerta daba a un cuarto de baño. Consiguió llegar hasta el lavabo y apoyarse en él con una mano. Con la mano libre abrió el grifo, se inclinó sobre él y tomó unos cuantos tragos de agua fría.

El estómago se le encogió de dolor cuando el líquido frío llegó a la mucosa. Pero le dio igual, lo único que importaba era librarse por fin de la boca seca y de la sensación de mareo.

Tras muchos tragos ávidos, se secó la boca con el dorso de la mano y se incorporó. Pero al caer la mirada en su reflejo en el espejo que colgaba encima del lavabo, se asustó.

Los mechones rubios pegados al cráneo, las ojeras profundas, la palidez alarmante de su rostro la hacían parecer enferma y frágil. Pero lo peor de todo fue que no reconoció a la persona del espejo. Estaba mirando a una extraña.

Se llevó la mano a la boca. La mujer del espejo hizo lo mismo.

Esa cara… no la había visto nunca y, aun así, era la suya, eso estaba claro.

Se le escapó un sollozo.

¿Estaba soñando?

¿Era una pesadilla?

Se miró el brazo y vio que seguía saliendo sangre del lugar de la punción. Pasó el dedo índice de la otra mano por encima. Notó una sensación pegajosa y de calor.

Real e irreal a la vez.

Para asegurarse de que estaba despierta, de que todo era real, se pellizcó.

Notó el dolor, esperó a despertar, pero no pasó nada. Seguía de pie ante el lavabo de un cuarto de baño desconocido, viendo a una mujer reflejada en el espejo de la que sabía que era ella, pero que no le resultó para nada familiar.

¿Quién eres?

Su cerebro formuló las palabras, pero de su garganta salió un galimatías incomprensible. Pero ¿qué tipo de sonidos desteñidos eran esos?

Una bilis amarga le llegó a la boca. Contó con el tiempo suficiente para inclinarse hacia delante y vomitar en el lavabo.

Luego cayó de rodillas y lloró desconsoladamente.

Se sintió indefensa, a merced de poderes desconocidos que regían sobre ella.

Pero ¿por qué?

¿Qué le estaba pasando?

Todo su ser gritaba «¡No!». Todo eso estaba mal, era completamente irreal. ¿Qué diablos le había ocurrido? ¿Cómo había llegado a este estado?

Sus ojos volvieron a posarse en su enorme barriga.

Se incorporó, colocó las manos encima, se concentró, notó cómo la piel presionaba ligeramente contra la palma de sus manos, pero nada…

Que en su interior estaba creciendo una vida nueva era un hecho, pero ¿cómo iba a dar a luz a un hijo si ni siquiera sabía quién era ella?

Con dificultad, se levantó del suelo y se encaminó de vuelta a la habitación en la que estaba la cama, pero se fijó en otra puerta más.

¿Una puerta?

Eso estaba bien, ¿no?

Tan solo tenía que cruzar ese umbral, salir corriendo y buscar a alguien que pudiera ayudarla a entender…

Pero al accionar la manilla, no pasó nada. La puerta estaba cerrada con llave.

Todo empezó a girar en su cabeza. Los pensamientos se atropellaban entre sí.

Estaba encerrada.

Peor aun: alguien la habían encerrado. ¡La mantenían prisionera en esta habitación!

Tiró con todas sus fuerzas de la manilla, gritó para expulsar el miedo, hasta que una patada en el vientre la hizo enmudecer.

El bebé… ¡había dado una patada!

¿De cuánto estaba?

Antes de darse cuenta, había apoyado las manos en la barriga y estaba acariciando la curvatura. Sucedió sin más, de manera instintiva, como si tuviera que proteger aquella vida. Eso significaba que muy dentro, en su subconsciente, seguía habiendo algo que guiaba su motricidad.

Tal vez las emociones.

¿O los recuerdos?

Barrió con los ojos la habitación, explorándola. A la izquierda de la cama había una ventana. Juntó fuerzas, fue tambaleando hacia ella, apartó los cortinones que estaban pasados y quedó boquiabierta.

Durante una pequeña eternidad no fue capaz de hacer otra cosa que no fuera seguir allí de pie y mirar hacia fuera. Era raro, pero ya estaba oscuro, aunque aún no era noche cerrada. El cielo ofrecía una gama de colores que, en esa combinación, jamás había visto.

Un rosa oscuro, casi violeta, atravesado por venas azules y de un turquesa suave. El espectáculo era precioso y a la vez intimidante.

¿Dónde estaba? ¿Qué paisaje fascinante estaba viendo? Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la colorida penumbra y pudo distinguir una diminuta bahía. La casa en la que estaba encerrada, ¿estaba ubicada junto al mar? ¿En una costa?

A lo lejos reconoció una cima de montaña cubierta de nieve. Muy cerca había una cabaña pequeña pintada de rojo, a menos de veinte metros de distancia.

Todo ello resultaba precioso y acogedor, pero era desconocido – y eso la aterraba. ¿Por qué no recordaba el nombre de este lugar? ¿Ni cómo había llegado aquí?

De hecho, ¿quién era ella?

¿Cómo se llamaba? ¿Qué hacía aquí?

¡Ni siquiera recordaba su maldito nombre!

Se apoderó de ella la urgente necesidad de huir. Examinó la ventana, manipuló el cierre de esta, consiguió abatir un panel. Luego giró de nuevo la palanca con la esperanza de abrir la ventana del todo. Pero no se movió nada. Debía de estar congelada.

Llevada por la desesperación golpeó varias veces con las manos abiertas contra el cristal helado emitiendo al mismo tiempo unos aullidos angustiados que fueron aumentando hasta desembocar en gritos de furia.

Alguien tenía que oírla, ¡joder!

Saber que estaba encerrada…

De repente enmudeció.

¡Eso era!

Un ruido. A través de la ventana inclinada pudo oír claramente un traqueteo que se iba acercando.

Por fin lo vio.

Un coche pequeño, de color plateado, se dirigía a la casa, se metió en la entrada cubierta de montones enormes de nieve.

Una parte de ella quiso hacerle señas – un intento desesperado por llamar la atención sobre su persona. Pero luego le vino un pensamiento intimidante: ¿Y si la persona del coche era la misma que la había encerrado aquí?

¿No sería mejor esconderse? ¿Observar y esperar a ver qué pasaba luego para analizar la situación?

De su garganta brotó una carcajada.

¿Esconderse? ¿En esta habitación que estaba cerrada por fuera? Quienquiera que la hubiera atrincherado, conocería todos los posibles escondites aquí dentro.

Volvió a pensar en los aparatos al lado de la cama.

¿Un secuestrador loco se tomaría todas esas molestias para mantenerla con vida?

De nuevo una patada en su interior.

Cogió aire y resistió la tentación de posar las manos en la barriga para tranquilizar al bebé que albergaba allí dentro.

Al final sacudió la cabeza y se obligó a permanecer junto a la ventana y esperar a ver quién se apeaba del coche.

Durante un rato no pasó casi nada, luego se abrió la puerta del conductor y salió una mujer que se dirigió al maletero y sacó una bolsa grande y luego otra más.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de alivio.

Una mujer… ningún loco que la tuviera prisionera.

No pudo evitar empezar a temblar llevada por la excitación.

La mujer desconocida dejó las bolsas en el suelo, cerró el coche y volvió a doblarse para coger la compra.

¡Haz algo! ¡Lo que sea!, se le pasó por la cabeza.

Decidida golpeó el cristal de la ventana con los nudillos.

Observó cómo la mujer allá abajo se quedaba quieta e, indecisa, daba varias vueltas alrededor de su propio eje para luego para luego, renuente, volver a quedar quieta.

Golpeó de nuevo el cristal, esta vez con más fuerza.

La cabeza de la mujer se alzó de golpe.

Al verla, dejó caer las bolsas con la compra y abrió los ojos como platos.

Durante un rato estuvieron mirándose la una a la otra. Sin más.

La expresión de la mujer expresaba horror e incredulidad.

TRES
HOPE

—Le deseo lo mejor, querida. —La señora mayor la miró sonriente y le tendió la mano a modo de despedida—. Ha sido un placer charlar con usted. Gracias a eso, el vuelo se me ha pasado volando. —Soltó una risita por el juego de palabras empleado y logró sacarle también una a Hope.

—Para mí también ha sido un placer. —Aceptó la mano de la señora y le dio un apretón suave—. Yo también le deseo que lo pase bien y, sobre todo: ¡Felices Fiestas! Que ya queda poco.

—Bueno, a mi edad, estas fiestas ya no importan tanto. Mi marido hace mucho que falleció y mis hijos… pues, ellos tienen su propia familia y solo vienen cada dos semanas, si es que vienen.

Hope sonrió.

—Pero estos días festivos seguro que los va a pasar con toda la tropa.

—¡Qué va! —La mujer hizo un gesto de rechazo con la mano y miró pensativa a Hope—. Pero ¿qué pasa con usted, querida? ¿Está segura de que podrá disfrutar de la época navideña en casa de unos desconocidos?

Hope se encogió de hombros.

—Nunca he tenido unas navidades realmente bonitas, así que mucho peor no podrá ser.

—¿La vienen a buscar?

Hope asintió con la cabeza.

—Bien. —La mujer la miró indecisa, como si todavía no quisiera dejar marchar a Hope. Le dio unos golpecitos cariñosos en el brazo y asintió con la cabeza para darle ánimos—. Cuídese mucho. Ha sido un placer, de verdad, el haberla conocido.

Hope la siguió con los ojos mientras la mujer se alejaba despacio. Luego volvió a centrarse en la cinta transportadora en la que por fin llegaba su maleta. La cogió y se dirigió hacia la sala de llegadas.

No sabía qué aspecto tendría el hombre que iba a recogerla. Tan solo sabía cómo se llamaba: Adam König. Su mujer se llamaba Allegra, estaba embarazadísima y necesitaba urgentemente ayuda.

Una vez en la sala, buscó el punto de encuentro acordado. Una pantalla de luces con publicidad cambiante. Fue hacia ella. A medida que se iba acercando miraba alrededor, pero nada. No vio a nadie.

Le echó un vistazo a su reloj de pulsera y frunció el ceño. El vuelo había llegado con más de media hora de retraso por lo que había contado firmemente con que Adam König ya la estaría esperando.

¿Se había cansado de tanto esperar y se había ido sin más? ¿Se lo habían pensado mejor, cambiado de idea y olvidado de comunicárselo?

Eso sería una catástrofe.

No tenía ni dinero para el billete de vuelta ni la dirección de la familia para presentarse allí por su cuenta. ¿Había sido víctima de una broma pesada? ¿Le habían contado una milonga para luego dejarla plantada?

Pero eso no tenía ningún sentido.

Al fin y al cabo, esa familia había corrido con el coste del billete de avión. ¿Por qué iban a hacer tal cosa si no necesitaran de verdad su ayuda?

Se tranquilizó pensando que tal vez Adam König estaba retenido en un atasco. O tal vez ella se había equivocado de hora.

Empezó a inquietarse. Sacó el móvil del bolso y pensó si marcar el número que aparecía en el correo electrónico. Para asegurarse,

volvió a echar un vistazo alrededor. Un hombre trajeado estaba entrando en la sala. ¿Sería él?

El hombre miró alrededor, miró hacia la pantalla de publicidad junto a la que estaba sentada y esbozó una sonrisa.

Tenía que ser él. Respiró aliviada. Se levantó rápidamente y adoptó un gesto profesional, al menos así esperaba.

—¿Es usted Hope? —preguntó el hombre. Hablaba perfectamente inglés y la estaba evaluando con la mirada.

Ella asintió, ya más tranquila, y le tendió la mano.

—Usted debe de ser Adam König.

—El mismo —le confirmó—. Así que usted es Hope. Bienvenida.

—Gracias —dijo ella sonriendo.

—¿Nos vamos?

Hope asintió y cogió la maleta, pero Adam se le adelantó.

Lo único que le quedó por hacer fue seguirlo hacia fuera, donde el hombre se dirigió hacia un SUV muy elegante. Abrió el coche y depositó el equipaje en el maletero. Luego se dio la vuelta hacia ella, sonriendo.

—¿Tiene hambre? ¿Quiere que vayamos a comer algo primero?

Hope negó con la cabeza.

—Me mandaron ustedes dinero para un billete en clase *business*. Las azafatas no pararon de atiborrarme con delicias.

Adam se rio.

—¿Ha sido su primer vuelo en *business*?

—Ha sido mi primer vuelo en general —confesó ella.

—¿En serio? —preguntó Adam sorprendido—. Entonces tiene todavía más mérito que lo haya hecho. Para serle sincero, tenía mis serias dudas de que viniese.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Es usted joven y la gente joven suele ser algo veleta. Al menos en mi experiencia.

—Yo cumplo con mi palabra —replicó Hope—. Y trataré de hacerlo lo mejor posible para que usted y su mujer estén satisfechos con mi trabajo.

Adam bajó la mirada. Ahora parecía preocupado.

—Hablando de mi mujer. En cuanto a Allegra, deberíamos comentar un par de detalles importantes. Dentro de nuestra familia y en casa tenemos una serie de normas de convivencia que deberá conocer y cumplir.

Hope asintió. De repente se sintió cohibida. No se había dado cuenta hasta ese momento de que ya era de noche y eso que no eran más de las dos de la tarde.

Tiritando miró al cielo. Era de un color azul oscuro y lo atravesaban jirones de nubes rosas. Resultaba extraño y un poco escalofriante. Sabía, por supuesto, que había este tipo de fenómenos en las noches polares, pero no contaba con que se hiciera de noche tan pronto.

Adam, que se había fijado en su mirada, la miró risueño.

—Impresionante, ¿verdad?

Hope, que no quería admitir que aquel espectáculo desencadenaba en ella sentimientos encontrados, asintió con la cabeza.

Adam se sacudió.

—Hace un frío que pela. Metámonos en el coche y pongámonos en marcha. En casa la espera alguien que está impaciente por conocerla.

Sus palabras actuaron como un bálsamo en el interior de Hope, de modo que a los pocos segundos estaba sentada en el asiento del copiloto, junto a su padre anfitrión.

Cuando poco después dejaron tras de sí el recinto del aeropuerto, Hope no pudo menos que admirar las enormes masas de nieve que se apilaban a ambos lados de la carretera.

—Parece que en Inglaterra no tenéis tanta nieve —preguntó Adam divertido.

Hope negó con la cabeza.

—Ni de lejos. Nos bastan un par de centímetros de nieve para que se paralice todo el tráfico. No estamos acostumbrados a la nieve.

Adam se encogió de hombros y señaló con la cabeza hacia fuera.

—Para nosotros esto no es nada.

—¿En serio?

Él asintió.

—Hace dos años nos quedamos atrapados en la nieve. No podía ni ir a trabajar al hospital. Menudo drama. Teníamos unas cuantas operaciones muy importantes en la agenda y tuvimos que llevar algunos casos urgentes a Oslo, en helicóptero, para que los compañeros de allí pudieran salvarles la vida.

—¿Es usted médico?

—Neurocirujano.

—¿Y qué opera exactamente un neurocirujano?

—Todo aquello que tenga que ver con los nervios, pero yo me he especializado en operaciones cerebrales.

Hope abrió asombrada los ojos.

—¿Es usted un genio o algo así? ¿Así como Dr. Strange?

—¿Se refiere al tipo ese de los cómics?

Hope se ruborizó. Seguramente acababa de hacer el ridículo y quedar en evidencia. ¿Quién aparte de ella se interesaría todavía a los diecinueve años por los cómics y el cine fantástico?

—En realidad, sí —respondió Adam divertido—. Solo que Dr. Strange está forrado y yo no puedo decir lo mismo de mí.

Hope lo miró dudándolo.

Él dio unos golpecitos en el volante.

—Es un coche de *leasing*. Y la casa la he comprado a un precio muy económico y la he renovado yo mismo. Mi mujer y yo estamos bien, pero distamos mucho de ser millonarios. Nuestro foco de atención está en alcanzar un equilibrio compensado entre vida y trabajo. Por eso nos mudamos hace unos años, dejamos nuestra tierra natal y nos venimos a Noruega.

—Anda —dijo Hope—. Entonces ¿ustedes no son noruegos?

Adam negó mudo.

—No hacíamos más que trabajar como locos, no teníamos tiempo el uno para el otro ni para nosotros mismos. Eso a la larga no podía acabar bien. Sufrí un *burnout*, estaba totalmente acabado. La mera idea de tener que regresar alguna vez a esa rutina diabólica me hace sudar de pánico.

—¿Y entonces hicieron las maletas y emigraron aquí para empezar desde cero?

—Tan fácil no fue. Noruega tiene un sistema sanitario excelente, tanto para los pacientes como para el personal médico. Se gana razonablemente bien y se tiene tiempo libre. Pero claro, primero tuve que convalidar mi título. Luego la mudanza… Todo eso vino envuelto en un estrés que consumía todas nuestras energías.

—¿Y valió la pena?

Adam asintió pensativo.

—Mucho más que eso. Por fin recuerdo por qué estudié medicina y he vuelto a disfrutar con mi trabajo, igual que Allegra.

—¿Su esposa también es médica?

—Lo era… o sí… bien pensado sigue siéndolo, pero es todo muy complicado.

Guardó silencio.

A Hope le pareció que se había pasado haciendo preguntas indiscretas y que seguramente había molestado a su anfitrión. Así que se mordió la lengua, no hizo más preguntas y se ciñó a mirar por la ventana. Observaba ensimismada el paisaje. Le encantó el montón de casitas que destacaban entre la nieve cual globos de colores.

—¿De qué color es la suya? —preguntó sin pensárselo siquiera.

Adam la miró de reojo.

—Me imagino que se referirá a nuestra casa.

Hope asintió ruborizada.

—La casa principal es verde esmeralda con ventanas blancas. Fue Allegra la que escogió el color. Su alojamiento es rojo. Rojo con ventanas blancas. Es el color original de cuando compramos la propiedad. La idea era pintar el edificio anexo de otro color, pero aún no hemos tenido ocasión.

—Me gusta el rojo —dijo Hope y sonrió.

—Espero que también le guste cómo lo he amueblado y decorado.

—¿Lo ha hecho usted?

Adam asintió.

—La idea era que se encargara Allegra, pero… —Se interrumpió y suspiró.

—Estoy segura de que está precioso.

Adam sonrió.

Durante un rato reinó el silencio dentro del coche, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos.

Tras varios minutos de silencio, Hope se dio cuenta de que se le cerraban los ojos. La tensión de las últimas horas fue aflojando ahora que ya había llegado a su destino.

Se sobresaltó cuando se detuvo el coche y asustada miró a Adam.

La expresión facial de Adam era tensa. Tenía la mirada fija y el cuerpo rígido.

Hope siguió la mirada de Adam y vio el coche que estaba delante de ellos y a la mujer que estaba de pie un poco más adelante mirando fijamente hacia un punto en lo alto.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó solo por decir algo.

Adam asintió en silencio.

—Es una casa preciosa —dijo ella. Y era cierto. En los alféizares de la planta baja había farolillos encendidos cuya luz llegaba hasta fuera y parecían invitar a entrar. Si no resultara tan cursi, Hope hubiese descrito aquella propiedad rodeada de árboles cubiertos de nieve como una casa sacada de un cuento de hadas. Así que aquí era donde iba a vivir. Por unos segundos se sintió tan emocionada que casi le saltaron las lágrimas.

—Pues esto va a ser su hogar durante los próximos meses. —Adam expresó en palabras lo que ella estaba pensando. Al mirarlo de reojo, se dio cuenta de que su anfitrión volvía a parecer completamente relajado—. ¿Entramos?

Ella asintió y se apeó. Esperó indecisa con los ojos clavados en la mujer que seguía parada sin moverse a pocos metros de distancia.

—¿Es Allegra? —preguntó en voz baja.

Él negó con la cabeza. Luego carraspeó.

La mujer se giró al instante. Sus ojos reflejaban algo parecido a preocupación, pero Hope no supo muy bien cómo interpretarlo. Pero al ver a Hope, la mujer esbozó una sonrisa. Al menos con la boca.

—Tú tienes que ser Hope —dijo encantada—. Puedo tutearte, ¿no? Yo soy Frieda.

Hope le tendió la mano, pero Frieda la ignoró. En vez de aceptársela, atrajo a Hope hacia ella, le dio un fuerte abrazo. Cuando por fin la soltó, la alejó hasta donde le daban los brazos y la miró.

—Eres mi salvadora, Hope, en serio.

—Nuestra —llegó por parte de Adam—. Y si te parece bien, por mí también nos tuteamos.

Hope notó que aquella acogida tan cariñosa le llenó los ojos de lágrimas. Por eso tan solo pudo asentir muda con la cabeza.

—Frieda es la enfermera de Ally.

—¿Ally? ¿Su esposa Allegra?

—Sí y creo que no le va a importar que la llames por su diminutivo. Ally, a secas, ¿vale?

Hope volvió a asentir y carraspeó.

—Esto es mucho más de lo que me esperaba —consiguió articular por fin—. El vuelo de lujo, la bienvenida más que amable. Esto es un poco como llegar a casa.

Frieda la miró y esta vez la sonrisa también llegó hasta sus ojos.

—Me da que eres una jovencita encantadora, Hope. Me alegro mucho de que estés aquí. —Frieda se detuvo al oír el llanto sonoro de un bebé—. Ese es Peeta, mi hijo —le explicó a Hope—. Una de las razones por las que eres tan importante para nosotros.

Corrió hacia su coche, abrió la puerta de atrás, se inclinó hacia dentro y, a los pocos segundos, salió con una personita en brazos. Con el niño en brazos regresó junto a Hope.

—Espero que tú y Peeta os hagáis buenos amigos durante tu estancia aquí. Solo tiene dieciocho meses, pero no tiene parada.

Hope miró a Frieda, luego a Peeta.

—El peque es un encanto. Estoy segura de que vamos a llevarnos muy bien.

Frieda dudó un instante, miró primero a Adam y luego a Hope.

—Sé que acabas de llegar y que no empiezas hasta mañana a trabajar, pero ¿te importaría cuidar unos minutos a Peeta? Tengo que ir urgentemente a ver a Ally y Peeta está… bueno… un poco inquieto porque acabamos de venir de casa de su papá, al que hacía tiempo que no veía.

Hope asintió.

—Por supuesto, no hay problema. —Se fijó en que la mirada de Adam se había ensombrecido y que miraba con hombros tensos hacia la casa.

Por fin se giró hacia ella.

—Voy a enseñarte tu domicilio mientras que Frieda se ocupa de mi mujer. ¿Me acompañas?

Hope asintió, extendió los brazos hacia el niño, que no dudó en dejarse coger. Olía a polvos de talco y a leche, una mezcla que le encantó porque desencadenaba en ella una sensación de hogar y protección.

Adam esbozó una pequeña sonrisa al ver cómo Peeta apoyaba su cabecita en el hombro de ella, en vez de llorar porque su mamá se alejaba de él en dirección a la casa.

—Creo que tienes un admirador —dijo en voz baja. Sonó aliviado.

Hope sonrió.

—Es mutuo. Es un hombrecito encantador. Creo que van a ser los tres meses más bonitos de mi vida.

A Adam le pareció conmover su sinceridad.

—Eso espero. Y ahora estoy ansioso por ver qué te parece tu casita. —Giró sobre el talón y la precedió.

Hope le siguió mirando una y otra vez emocionada hacia todos los lados. En eso, se fijó en una ventana en el primer piso de la casa principal. ¿No era la silueta de una mujer, inmóvil, mirándola? Esa tenía que ser Allegra, la esposa de Adam. Levantó el brazo y la saludó con la mano. Esperó un rato, pero Allegra no reaccionó.

Qué raro.

—¿Vienes? —la llamó Adam, que se dio la vuelta al ver que no se movía—. ¿Va todo bien? —quiso saber y regresó junto a su lado, siguió su mirada—. Es ella —dijo con voz sombría—. Mi amada Ally.

—Parece que no me quiere aquí.

—¿Por qué lo dices?

—La he saludado con la mano, pero no ha reaccionado siquiera.

—No tiene nada que ver contigo, Hope. Ally está… —Pareció buscar las palabras adecuadas—. Deja que te enseñe tu alojamiento y allí te lo explico, ¿vale?

CUATRO
ALLY

Todo le daba vueltas. ¿Quién demonios era esa gente de allí abajo? Observó confundida a las dos mujeres, al hombre, al bebé. ¿Debería conocerlos? ¿Al menos a uno de ellos?

Escuchó su interior, rebuscó entre sus recuerdos, trató de dar con algo que le fuera familiar.

Pero nada.

Por mucho que se esforzaba, aquellas personas le eran completamente desconocidas, como mucho, desataban en ella un miedo inexplicable.

A punto de apartarse de la ventana, la más joven de las mujeres la saludó con el brazo.

Un gesto de amabilidad que la descolocó. Parece que conocía a esa mujer. ¿Por qué entonces no desencadenaba nada en ella aquel gesto?

Dio un paso vacilante hacia atrás, luego otro y con mucho esfuerzo consiguió retroceder hasta la cama y sentarse en el colchón blando.

En su interior arreciaba un temporal.

Cada fibra de su cuerpo ansiaba despertar de una vez de aquella pesadilla. Pero no fue el caso. Cuanto más tiempo transcurría, más consciente era de que esta era su realidad.

Alguien la había encerrado en aquella habitación.

¿Por qué?

Cerró los ojos para concentrarse. Pero por mucho que se esforzaba, no había una explicación inofensiva para su estado. Solo se le ocurrieron dos posibilidades: o bien estaba encarcelada en esta habitación o bien la habían encerrado para protegerla.

Volvió a abrir los ojos, miró alrededor y poco a poco el pánico original fue cediendo. Este lugar no tenía aspecto de cárcel. De hecho, era más bien acogedor. Una habitación diseñada para sentirse a gusto en ella.

Se sobresaltó al oír de repente pasos.

Oyó cómo metían una llave en la cerradura. De repente se le tensaron los músculos y empezó a sudar.

La manilla bajó y la puerta se abrió despacio y la mujer de más edad de las dos que acababa de observar hacía nada ahí fuera, entró en la habitación. Se miraron mutuamente durante unos segundos, luego la desconocida esbozó una sonrisa amplia.

—¿Qué tal se siente hoy, Ally? —Le puso con cuidado la mano en la frente—. Gracias a Dios, se ha ido la fiebre —murmuró y la miró preocupada—. ¿Tiene dolor?

Tragó, quería decir algo, pero no consiguió articular palabra. Tan solo asintió.

—La cabeza, ¿a que sí? Seguirá así un par de días más —le explicó la mujer sonriendo para tranquilizarla—. Pero por lo demás, parece estar bastante bien.

Abrió la boca, pero tan solo consiguió emitir un graznido.

La extraña frunció el ceño.

—¿Desea algo? ¿Quiere comer? ¿Agua?

Ella hizo una mueca de frustración y volvió a intentarlo.

—Ally... —consiguió decir con esfuerzo y se señaló a sí misma con el dedo—. ¿Soy... yo... Ally?

La mujer abrió los ojos como platos y por un momento no pareció saber qué hacer. Luego se sentó junto a ella en la cama.

—¿Ha vuelto a olvidarlo todo? —Un suspiro sentido—. Muy bien. Voy a contárselo una vez más.

—Por favor —pidió con un soplo de voz.

—Tuvo un accidente terrible, Ally.

—No sé nada de eso —balbuceó ella.

—No es de extrañar, Ally. Estuvo usted varias semanas en coma y más tiempo aún, en cuidados intensivos. Hace dos semanas, su marido la trajo a casa para que pudiera recuperarse del todo. Y me contrató a mí para que la cuide las veinticuatro horas del día. Por cierto, yo soy Frieda. Soy enfermera y estaré a su disposición siempre que me necesite.

—Ally —soltó y sacudió confusa la cabeza.

—Bueno, en realidad se llama usted Allegra —le explicó Frieda amablemente—. Pero su marido dijo que a usted le gusta más que la llamen Ally.

Ally abrió la boca, quería decir algo, pero le costaba convertir sus pensamientos en palabras.

—No haga demasiados esfuerzos. Sigue usted con una ligera afasia y le cuesta hablar. Pero, con el tiempo, todo volverá, igual que los recuerdos.

—¿Qué me pasa?

—¿Le dice algo el término amnesia?

Ally negó muda.

—Sufrió usted una grave lesión cerebral y eso ha causado esas dificultades a la hora de recordar ciertas cosas. Al principio creíamos que la pérdida de memoria solo afectaba a cosas del pasado, pero ahora, que ya lleva dos semanas en casa, a veces también olvida usted los recuerdos recién adquiridos. Esta conversación, por ejemplo, ya la hemos tenido un montón de veces. Pero no se preocupe, va a mejorar… de hecho, ya ha mejorado. Almacena usted los recuerdos nuevos a lo largo de varios días ya, no los pierde tan pronto como al principio. Eso es todo un logro.

Ally miró a la mujer y cogió aire. Luego cerró los ojos y se obligó a alejar todo y a concentrarse solo en su cabeza y en los pensamientos que se manifestaban en ella.

—Yo soy... Ally y he tenido un accidente. —Se detuvo y abrió los ojos—. Mi marido… el bebé…

Frieda frunció el ceño.

—Su marido está ahora mismo en el anexo con la chica *au pair*. A partir de mañana esa chica va a quitarme un poco de trabajo de encima para que así yo pueda dedicarle más tiempo a usted. Y al bebé…

Ally se mordió el labio y apartó la vista hacia la ventana.

—Ah, se refiere usted al niño que ha visto desde la ventana. Ese es Peeta, mi hijo.

Ally tragó e inexplicablemente se sintió aliviada.

—¿El bebé?

Frieda la miró y luego bajó contenta los ojos hacia su barriga.

—Está divinamente. Es un milagro que su hija hubiera sobrevivido al accidente.

Ally clavó los ojos en ella.

—¿Es… una niña?

Frieda asintió.

—Está usted de siete meses, Ally. Ya queda poco y podrá, por fin, coger a su hija en brazos. Esperemos que para entonces vuelva usted a estar como una rosa.

Ally notó lágrimas en los ojos.

—Querida, ¿qué le pasa? —Frieda parecía insegura, casi indefensa.

—Eso todo… tengo miedo.

—¿Porque todo le resulta extraño?

Ally asintió.

—Eso ya me lo ha dicho hace unos días —comentó Frieda molesta—. Con las mismas palabras. Pero le puedo asegurar que todo va de maravilla. Está usted recuperándose poco a poco, aunque a usted no se lo parezca. Y pronto recordará muchas cosas y podrá almacenar experiencias nuevas. Lo malo es que no puedo prometerle que eso vaya a ocurrir mañana, pero que llegará ese día, de eso estoy segura. Solo hay que tener paciencia. Y usted tiene que poner de su parte.

Ally frunció el ceño.

—Tiene usted que quedarse en cama y descansar, ¿entiende? Esa es la razón de por qué tenemos que cerrar la puerta con llave. Para protegerla. El peligro de que vague usted sin rumbo por la casa y se

haga daño es demasiado grande. Hay demasiado en juego. La vida del bebé, la suya… Por eso tiene usted que confiar en nosotros aunque de momento le resulte difícil.

Ally miró a Frieda y asintió con cierto titubeo. Eso todo tenía sentido, ¿no? Seguro que sería de mucha utilidad poder confiar en esa tal Frieda. ¿Qué otra opción tenía?

—¿Sigue mareada?

—Sí —contestó Ally con voz baja—. Además, está… el cansancio… Estoy… terriblemente… cansada.

—Eso es por la medicación —le explicó la enfermera y la miró como disculpándose—. Pero por mucho que lo sienta, todavía no podemos quitársela.

—Mi marido —soltó Ally—. ¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto —respondió Frieda y se levantó—. Voy a traerle algo de beber y de paso, se lo traigo a él también, ¿le parece?

Por fin sola en la habitación. Ally respiró aliviada.

Luego rompió a llorar y dejó que saliera todo, lo que resultó liberador y reconfortante a la vez.

Esa Frieda parecía ser una persona amable, pero en su presencia Ally se sentía incómoda, lo que podía deberse a que esa mujer parecía saberlo todo sobre ella. A ella, sin embargo, todo le parecía amenazante, irreal y desconocido. También la idea de enfrentarse de un momento a otro cara a cara con su marido, al que tampoco recordaba, le ponía la piel de gallina. Pero era una oportunidad… una oportunidad de que verlo desencadenara algo en ella. Como una piedra que una vez que empieza a rolar, no para. Sacaría a la luz todos los acontecimientos olvidados en su subconsciente.

Pero ni ella misma se lo creyó.

Si así fuera, ¿no tendrían que haber desencadenado algo en ella la habitación y el paisaje?

Al escuchar un murmullo de voces y luego pasos acercándose, se le aceleró el pulso.

Frieda entró en la habitación, seguida de un hombre alto con el pelo oscuro y ojos negros. El hombre al que había visto antes con Frieda y la chica *au pair*. Pero todo eso que era capaz de evaluar no

eran más que datos visibles. Le pareció que debía de tener entre treinta y tantos y cuarenta y tantos. Bastante más mayor que ella.

Aunque ¿cuántos años tenía ella?

No era capaz ni de decir cuál era su fecha de nacimiento ni con cuántos años cargaba ya. Ser consciente de esto la asustó tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Siguió estudiando al hombre, que parecía igual de agitado que ella. Permanecía en el umbral, con las manos en los bolsillos, mirándola. Resultaba complicado interpretar su mirada. Le pareció reconocer preocupación en ella. Pero había algo más en sus ojos.

¿Rabia? Se apartó de él de manera imperceptible.

Sin embargo, él pareció darse cuenta, sacudió la cabeza con vehemencia y la expresión en sus ojos mudó. De repente mostraron calidez y cordialidad, lo que la hizo preguntarse si se habría imaginado lo de la rabia.

Se precipitó sobre ella y la abrazó con tanta fuerza que apenas pudo respirar. Pero mucho peor fue que le resultó terriblemente incómodo. Permaneció sentada, inmóvil.

—Me da la impresión de que le está haciendo daño —objetó Frieda. Él se sobresaltó y ahora fue él quien se apartó de Ally.

—Lo siento —consiguió decir con voz ronca. La miró como si le costara creer que de verdad estaba sentada frente a él—. Es solo que… llevo semanas agobiándome con la idea de que jamás volvería a poder abrazarte, ¿entiendes? ¿Y ahora? Ahora estás aquí, mirándome. Y nuestro bebé sigue vivo. Estoy increíblemente aliviado. Me alegro tantísimo de que los dos estéis mejor. —Cogió sus manos entre las suyas y la miró a los ojos—. Estoy tan agradecido de que sigas con vida. Y loco de felicidad.

Ally miró a Frieda y luego otra vez a su marido, encogiéndose de hombros, como señal de desesperación muda.

—Sé que ya se te ha vuelto a ir todo —le explicó—. Me lo ha dicho Frieda. Debes tener paciencia, darte tiempo, ¿entiendes? —La acercó a él, como para besarla de un momento a otro, lo que la hizo ponerse tensa de nuevo.

—Creo que antes de nada debería usted decirle quién es —le explicó Frieda con una sonrisa—. ¿Ya lo ha olvidado? Usted para ella

es un desconocido.

Su marido tragó, miró incrédulo a la enfermera, luego volvió a mirarla a ella y de repente pareció ponerse nervioso.

—Cierto. ¿Cómo puedo ser tan insensible? Perdona, cariño. Soy Adam, tu marido. Llevamos varios años casados. Nos conocimos en el trabajo.

Ally lo miró, a la expectativa.

—Soy médico, y tú también. Muy buena, por cierto.

Ally soltó una risa de incredulidad.

—Es verdad —confirmó Frieda—. Es usted ginecóloga, especializada en tratamientos de fertilidad.

Ally hizo una mueca, miró a Frieda, luego a Adam y, resignada, se encogió de hombros.

—No sé nada de eso. Ni siquiera sé cuántos años tengo o dónde vivo. No sé nada de nada. ¡Joder!

Cuando se percató de que Frieda y Adam la estaban mirando asombrados, se puso roja como un tomate. ¿Acababa de gritarles?

Frieda esbozó una sonrisa.

—Mira por dónde. Se ha cabreado usted y, sin pensárselo, ha soltado todo lo que le ha venido a la cabeza. ¡Eso es genial!

—No entiendo. Genial ¿por qué?

—Pues porque todo está volviendo. Su afasia parece estar desapareciendo. Y también sus miedos que la tienen bloqueada. Si eso no es una buena señal…

Ally notó que le temblaba la barbilla. Miró a Adam.

—¿Dónde estamos? El paisaje, esta habitación, para mí es como si lo viera todo por primera vez.

—En nuestra casa, cariño. En Sommaroy, Noruega. Y esta habitación es nuestro dormitorio. Has sido tú quien lo amuebló y decoró de manera tan acogedora.

—¿Vivimos en Noruega?

—Desde hace unos cuantos años, sí.

Ally se abrazó a sí misma y miró incómoda hacia el suelo.

—Sé que es demasiado, tanto la información como los hechos, pero te prometo que vamos a superarlo. Vamos a poder con ello.

Ally quiso mirarle a los ojos a su marido para poder leer sus pensamientos, pero no fue capaz de levantar los suyos.

De repente, se sintió avergonzada por su estado, miserable y deficiente. Al notar que Adam volvía a tocarla y atraerla hacia él, su primer impulso fue rebelarse contra el abrazo, pero se lo pensó mejor y permitió que la abrazara. El calor que desprendía el cuerpo de él, la suavidad con la que le acariciaba la espalda, todo resultó tranquilizador y despertó en ella algo de optimismo.

Suspiró.

—Te quiero, cielo —murmuró con voz áspera su marido—. Y te prometo que todo va a salir bien. Siempre voy a estar a tu lado y te ayudaré a superarlo todo.

—¿De verdad? —susurró ella contra su pecho.

—Sí —respondió él—. Pero tienes que dejar que te ayude, ¿me oyes? Tienes que hacer lo que te digamos Frieda y yo, porque los dos solo queremos lo mejor para ti. Lo mejor para ti y lo mejor para nuestro bebé.

CINCO
HOPE

—Pero qué encantador eres —le dijo Hope al pequeñín que estaba chupándose el dedo mientras apretaba contra sí un osito de peluche muy ajado.

Ella le sonrió y le tendió la mano.

—¿Me lo dejas?

El niño abrió mucho los ojos, pero le entregó gustosamente el juguete.

Hope inspeccionó el peluche e hizo una mueca de admiración.

—Qué bonito es. Igual que tú.

El niño sacó el dedo de la boca y le dedicó una sonrisa tan amplia que hizo reír a Hope.

Le devolvió el peluche al niño, que lo apretó de inmediato contra él. Ella le acarició la cabeza antes de levantarse y echarle un vistazo a su nuevo hogar. Visto desde fuera, no era más que una cabaña diminuta, pero el interior había resultado ser toda una joya.

Las paredes estaban revestidas de madera y unas vigas de madera maciza hacían de soporte para un segundo nivel, donde estaba la cama. La estancia de abajo era abierta y tenía una diminuta cocina americana con nevera. La joya de la corona de aquel espacio abierto era un sofá blando, cubierto de cojines amorosos y mantas de piel.

En una zona separada, estaba el cuarto de baño con una cabina de ducha y un inodoro, así como un nicho con un armario vestidor. Cada rincón estaba aprovechado hasta el más mínimo detalle.

¿Y todo eso iba a ser de verdad solo suyo durante los próximos meses? Seguía sin poder creérselo. Abrió la nevera y encontró lechuga fresca, fruta, bebidas sin alcohol así como dulces y comida más que suficiente para los próximos días. La conmovió que su anfitrión hubiera incluso tenido en cuenta su aversión a la carne y que solo hubiera comprado productos vegetarianos.

Llevada por la curiosidad también abrió las alacenas de la cocina y se topó con un montón de latas de sopa, pasta, salsas, harina y arroz: todo lo que pudiera desear.

Además, Adam le había vuelto a confirmar que, aparte de la paga generosa, también recibiría un importe a mayores para la compra semanal y demás gastos que pudieran surgir. Todo ello era mucho más de lo que habían establecido de antemano.

Él ya la había inscrito en una de las mejores escuelas de idiomas de la redonda y le había asegurado que tendría un coche para ella sola. A cambio tan solo esperaba de ella que se encargara de las labores del hogar de la casa principal, así como de las comidas y que ayudara a Frieda con el niño si hiciera falta.

Hope estaba abrumada y derramó unas cuantas lágrimas de felicidad. Se las secó rápidamente y se sentó en el suelo junto al pequeño Peeta.

—Creo que tú y yo vamos a llevarnos muy bien, ¿tú qué opinas?

El pequeño sonrió. Hope le cogió el osito, lo puso junto a su cara e hizo una mueca divertida.

—¿Quién es más guapo? ¿Tu osito o yo?

Peeta soltó una risita que en cuestión de segundos se convirtió en una risa cristalina.

Alguien llamó a la puerta y, orgullosa y sintiéndose de maravilla, gritó:

—¡Adelante!

Aquel refugio generoso le pertenecía de verdad, al menos durante los próximos meses.

Frieda entró y se rio. Respiró aliviada al verla sentada en el suelo con su hijo y que este estuviera riéndose tan contento.

—Qué bien se os ve juntos. —Se sentó en la postura del loto junto a Peeta y lo sentó en su regazo—. ¿Qué me dices, peque, te gusta tu nueva amiga?

—Peeta es un chico estupendo —dijo Hope—. Es una pena que no me entienda.

—¡Qué va! Eso no es ningún problema —explicó Frieda—. Si está aprendiendo a hablar. De momento se comunica en su propio idioma. Una mezcla de alemán y noruego que pilla de nosotros. Es fenomenal que ahora también podamos añadir el inglés. Queremos que Peeta crezca trilingüe. Así que tú vas a ser la encargada de suministrarle su vocabulario inglés.

—¿Es usted alemana?

—Al igual que Ally y Adam. Aunque ellos llevan mucho más tiempo que yo aquí. De hecho, que conociera a mi marido Ole es mérito de Adam.

—¿En serio? ¿Hizo de Cupido?

—Bueno, no exactamente. Adam estuvo ayudando una temporada en urgencias, donde conoció a Ole. Mi marido es noruego y por aquel entonces era el jefe de estación del personal de enfermería. Él y Adam se hicieron amigos después de coincidir a menudo en el mismo turno. Cuando me vine a Noruega, me mandaron a trabajar con Adam, pero él se dio cuenta enseguida de que me sentiría mejor en urgencias. Así que entré en el equipo de Ole.

—¿Y hubo química?

—Vaya si la hubo. Nos casamos casi enseguida y cuando nació Peeta, no pude seguir con la flexibilidad de los turnos, así que solo cubría el turno de algún compañero enfermo. La idea es seguir así hasta que Peeta entre en la guardería y yo vuelva a tener más flexibilidad.

—Eso tiene que resultarle agotador.

—Sí, pero tutéame.

—Gracias.

—Pues nada, a por una buena convivencia. Y en cuanto a mi trabajo y cuidar al mismo tiempo de Peeta, no es lo ideal, no, y lo cierto es que tampoco me compensaba económicamente, pero de algún modo nos las arreglábamos bastante bien. Pero entonces fue cuando Ally tuvo el accidente.

Hope asintió pensativa.

—Ole me lo contó y me propuso ayudarla a recuperarse y volver a ser la misma. Ya lo había hablado con Adam y como podía traer a Peeta conmigo al trabajo, parecía la solución perfecta, y más cuando a Ole y a mí el dinero nos venía muy bien. Y aquí estoy. Y me alegro de que tú ahora también nos eches una mano.

Hope le dedicó una sonrisa de gratitud.

—Me parece admirable que tuvieras el valor de dejar tu antiguo hogar atrás para empezar de cero en otro país.

Frieda se rio perpleja.

—¡Pero si tú has hecho lo mismo, Hope!

—No exactamente. Yo solo he venido por un par de meses y luego volveré a Manchester. Pero tú dejaste todo y a todos atrás para empezar de cero aquí. Eso es muy diferente y mucho más valiente que lo mío.

—Bueno, no me vine de manera voluntaria. Es que no tenía perspectivas de futuro en Alemania.

Hope la miró con ojos interrogantes.

—No conozco la situación en Alemania. ¿Cómo están las cosas?

—El sistema sanitario ha cambiado para mal a lo largo de los últimos años. Ya no importan las personas sino solo el dinero. No hay personal suficiente para atender a los pacientes, por lo que ya no puedes tratarlos de manera individual. Eso a mí me frustró muchísimo, ¿sabes? A eso hubo que añadir que apenas nos quedaba tiempo libre, precisamente por la falta de dotación de personal sanitario.

—¿Y en Noruega no es así?

—Para nada. Por eso me lo jugué todo a una sola carta y pedí trabajo aquí. El día que me notificaron que tenía un puesto en Noruega fue el día más feliz de mi vida. Mi familia, mis amigos,

todos me dijeron que estaba completamente loca. Me dieron como mucho un año, al cabo del cual regresaría…

—Pero se equivocaron.

—Vaya si se equivocaron —confirmó Frieda—. A los pocos días ya supe que no regresaría jamás a Alemania. Y así fue. —Se detuvo un momento para mirar a Hope—. Quién sabe, puede que a ti te pase algo parecido.

—¿A qué te refieres?

—Cuando se acaben los meses en casa de Adam, puede que también tú decidas quedarte en Noruega. ¿Tienes familia?

—Por desgracia, no.

—¿Amigos?

—Sí, pero tienen sus propias vidas.

—¿Lo ves? Puede que Noruega sea tu camino a seguir en la vida, como lo fue en mi caso.

—No me importaría —admitió Hope—. ¿Y qué pasa con Adam y Ally? ¿Ellos también se vinieron por lo mismo?

—Por lo que sé, sí. A Adam no le gusta hablar de su vida en Alemania. En general es un tío bastante cerrado, parco en palabras.

—¿Y Ally? ¿Cómo es Ally?

Frieda sonrió.

—Ally es genial. O mejor dicho, lo era, antes del accidente. Y es una médica maravillosa. Consiguió que una de mis mejores amigas que llevaba años intentando quedar embarazada tuviera por fin un bebé. Ally es todo lo contrario que Adam. Es habladora, divertida y para nada arrogante, como los demás batas-blancas.

—¿Sois amigas?

—No, qué va—respondió Frieda rápidamente—. Apenas la conocía, solo del trabajo. Trabajamos juntas en un par de ocasiones. Ahí fue donde me di cuenta de qué tipo de persona es. Por eso es tan lamentable que se encuentre ahora en este estado y que tenga que aprenderlo todo de nuevo.

—¿Va a ponerse bien?

—Eso nadie lo sabe. Es posible que se recupere del todo, como es igual de posible que no vuelva a ser nunca más la que era. Una amnesia es algo malo y tiene muchas vertientes. Ally tiene un tipo

malo de amnesia que afecta tanto a sus recuerdos antiguos como a los recién adquiridos. Eso, por supuesto, complica su recuperación porque está sometida de manera constante a estrés emocional.

Hope reflexionó sobre las palabras de Frieda.

—Es decir, hoy, Ally sabe quiénes somos, pero ¿mañana ya no se acordará?

—Algo parecido. Hay que explicárselo una y otra vez antes de que vuelva a olvidarlo.

—Eso tiene que ser horrible —comentó Hope empatizando.

Frieda asintió con la cabeza.

—Ya ha mejorado un poco, pero el proceso de recuperación está siendo demasiado lento. Obviamente, eso a ella no se lo decimos. Al contrario, nos mostramos positivos y optimistas, pero la realidad es mucho más seria.

—¿Qué le pasó a Ally exactamente? ¿Qué tipo de accidente tuvo?

—Había salido a correr y se perdió. Para buscar el camino de vuelta tuvo que escalar un poco. Dio un paso en falso y se despeñó. Solo fueron unos pocos metros, pero dio con la cabeza contra una roca. El diagnóstico fue fractura de la base craneal y lesiones en la membrana cerebral lo que hizo que entrara líquido en los tejidos adyacentes.

—¿La operaron?

—Sí, fue el propio Adam quien realizó la intervención. Le hizo un agujero en el cráneo para drenar los líquidos acumulados. Durante un tiempo nadie sabía si recuperaría la conciencia o si el bebé sobreviviría. Adam sufría mucho con esa incertidumbre.

—¿Y el bebé? —preguntó Hope impaciente— ¿La caída no le afectó nada de nada?

—Fue como un milagro. No le afectó, no. Pero si Ally hubiese fallecido durante el coma, entonces también se habría perdido al bebé porque no estaba lo suficientemente desarrollado como para sacarlo mediante cesárea y meterlo en una incubadora.

—Siento mucho lo de Ally, en serio —dijo Hope en voz baja—. Ojalá se recupere del todo y el bebé nazca sano y salvo.

—Oh, lo va a hacer —aseguró Frieda sonriendo—. La peque está completamente sana y se está desarrollando de maravilla. Pero en

cuanto a Ally… —Se calló y su expresión se ensombreció—. Obviamente, Adam se niega a asumirlo, pero de momento el mayor peligro para el bebé es Ally.

—¿Y eso?

—Le dan ataques, una secuela de la lesión cerebral. Cuando le dan, Ally reacciona sin pensar. Además, sus habilidades motoras siguen mermadas. Por eso es tan importante que te atengas a las normas de la casa—. Frieda la atravesó con la mirada—. ¿Ya te lo ha comentado Adam?

Hope negó con la cabeza.

—Estaba a punto de hacerlo cuando le pediste que fuera a ver a Ally.

—Vale —dijo Frieda muy seria—. Pues antes de nada la norma más importante: Ally no puede salir nunca, y me refiero de verdad a NUNCA, sola de casa. ¿Me entiendes?

—Ya pero ¿cómo evitarlo?

—Por desgracia solo encerrándola en su habitación. No podemos perderla de vista ni un solo segundo. Lo que pasa es que yo también tengo que dormir y tengo a Peeta. Lo entiendes, ¿no?

Hope miró a Frieda consternada.

—¿Me estás diciendo que hay que encerrar a Ally en su habitación?

—¡¿Por qué lo cuestiones todavía?! Te lo acabo de explicar —la increpó Frieda.

—Sí y lo he entendido —respondió Hope un poco asustada.

—Lo siento, pero esto no es fácil para ninguno de nosotros —le aseguró Frieda acto seguido con voz baja y miró a Hope pidiendo comprensión—. Pero tenemos que proteger a Ally y a su bebé en un entorno hogareño y de manera muy especial, también por su propio bien. Todos queremos que se recupere pronto. Y en ese contexto, la palabra «encerrar», pues, no es la más adecuada, querida… Yo lo llamaría más bien «proteger». ¡Protegemos a la esposa de Adam para que no se haga daño a sí misma!

SEIS
ALLY

Ally miró consternada a su marido, negó con la cabeza y emitió un sonido siseante cuando un pinchazo de dolor atravesó su cerebro.

—Es mejor que de momento evites sacudir la cabeza o hacer movimientos bruscos con ella —le explicó Adam con voz suave—. Esos movimientos rápidos no te convienen. Tú misma te has dado cuenta.

Ally parpadeó con cuidado en vez de asentir con la cabeza.

—Descansa, cariño. Duerme todo lo que puedas, come sano y bebe mucho y ya verás que pronto vas a sentirte mucho mejor.

—Este accidente… —arrancó Ally, muy consciente de cada palabra que pronunciaba, aunque pareciera que las estuviera arrastrando—. ¿Dónde ocurrió?

—A escasos cinco kilómetros de aquí.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede ser?

—¿Te refieres a que ya llevamos mucho tiempo viviendo aquí y deberías conocer bien la zona?

—Sí. —Lo miró con ojos interrogantes.

Adam le devolvió la mirada. Parecía preocupado. Pero ¿por qué titubeaba con la respuesta? ¿Le estaba ocultando algo?

Ella esperó.

Adam suspiró como para ganar tiempo.

—Para serte sincero, no lo sé —admitió por fin—. Supongo que, por alguna razón, te saliste de tu ruta habitual. Puede que vuelvas a recordarlo algún día —añadió, esta vez con un tono un poco más cortante.

Ella se sintió de inmediato culpable. ¿Acaso había sido irresponsable e imprudente y había sido la causante del accidente que había puesto en peligro no solo su vida sino también la del bebé?

—Lo siento —se disculpó en voz baja, acurrucándose entre los brazos de Adam. Su olor, su cuerpo firme contra el suyo, su aliento cálido con olor a alcohol en su cara… todo eso le transmitía una sensación de familiaridad y a la vez le resultaba desconocido.

Quería apartarse de él, pero a la vez quería que no la soltara nunca. Tragó con dificultad, cogió aire.

—Tengo mucho miedo.

—No tienes por qué. Estás rodeada de personas que solo quieren lo mejor para ti.

—A la enfermera no le caigo bien.

—¿Frieda? —La miró atónito—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Por cómo me mira —consiguió articular a duras penas—. Está enfadada conmigo.

—Es que le has dado un buen susto.

—¿Por haberme asomado a la ventana?

Adam negó con la cabeza.

—No, por eso no. Por el asunto de hace cinco días.

—¿Qué pasó?

—Saliste de la habitación y de casa, en camisón y en mitad de una tormenta de nieve. La mujer se puso de los nervios cuando por fin te encontró. Pudiste morir congelada, pero no había manera de volver a meterte en casa. Te negaste hasta tal punto que tuvo que abofetearte.

Ally se sobresaltó y bajó avergonzada la mirada.

—Lo siento —susurró—. Os causo mucho estrés y quebraderos de cabeza.

—¡Bobadas! No te preocupes por eso —dijo Adam con vehemencia—. Eres mi mujer, lo más importante de mi vida. Y Frieda

está aquí solo para ocuparse de ti. Puede que resulte un poco estricta, pero es la mejor en su profesión. Sus intenciones son buenas.

—Tal vez hubiese sido mejor dejarme en el hospital.

—Eso era lo que yo quería, cariño, pero me imploraste que te sacara de allí.

Ally notó cómo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No llores, mi vida. Ya verás, todo va a salir bien. Solo tienes que darte algo más de tiempo. De momento, todo resulta intimidante, nuevo y extraño, pero se pasará. Te lo prometo.

—¿Y si no? ¿Y si me quedo siempre así? ¿Y si voy a necesitar vuestra ayuda de manera permanente?

Adam sonrió.

—Ocho días atrás no eras capaz de construir ni una sola frase entendible, confundías las palabras, dormías más de veinte horas seguidas y tenías constantemente picos de fiebre. Que te tenga ahora aquí, frente a mí, que podamos mantener una conversación, aunque muy poco a poco, ya es un milagro, Ally. Tienes que confiar en mí. Vas a ponerte bien… algún día. ¡Estoy completamente convencido!

Ella asintió y se apoyó contra su pecho. Estaba cansada y quiso cerrar por un momento los ojos, pero entonces se percató de algo. Un marco plateado en la estantería de los libros mostrando una pareja.

—¿Somos nosotros?

Él la apartó un poco y la miró.

—¿A qué te refieres?

Señaló la foto, él la soltó del todo y lo observó acercarse al marco, cogerlo y volver con él en la mano.

—Nuestra boda —le explicó—. El día más feliz de mi vida.

Ally contempló la foto. Se miró y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Se me ve guapa.

—Lo sigues siendo.

Ella negó con la cabeza ignorando el dolor y cogió una mecha corta entre el pulgar y el dedo índice.

—Tuvimos que cortártelo —le explicó Adam compasivo—. Para la operación.

—Lo comprendo.

—Volverá a crecer —le aseguró sonriendo—. Pero lo cierto es que el pelo corto te queda muy bien.

Ella buscó su mirada.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó titubeante.

—Claro. ¿Qué quieres?

A punto de hablar, llamaron a la puerta.

—Adelante —gritó Adam poniendo los ojos en blanco en un gesto de disculpa.

Frieda entró y dirigió la mirada primero a Adam y luego a ella.

—¿Va todo bien?

Adam asintió y volvió a dirigirse hacia ella.

—Venga, di, ¿qué puedo hacer por ti?

Ally paseó la mirada entre su marido y la enfermera, que seguía a la espera. De inmediato se sintió incómoda. Pero ¿por qué la intimidaba tanto aquella enfermera? Apartó la mirada de la mujer para dirigirla implorando a Adam.

—Es por la puerta…

—¿Qué pasa con ella, cariño?

—Odio estar encerrada. Sé por qué está cerrada con llave, por lo de hace unos días… —Se detuvo al tener la sensación de que algo no iba bien, de que algo en el ambiente había cambiado y captar la mirada dura de Frieda que pasó de ella a Adam.

—Eso no puede ser, cariño —dijo este en voz baja, mirando subrepticiamente a Frieda, como si tuviera que pedirle permiso.

Ally rompió a llorar, sin entender qué acababa de pasar.

Adam se sobresaltó.

—No llores —dijo con voz apagada y secándole la humedad de las mejillas.

—Prometo no volver a salir de la habitación —aseguró decidida y mirando a su marido con ojos implorantes—. Por favor, no me encerréis.

—Ha dicho que NO —intervino Frieda.

Ally se asustó. Pero ¿qué libertades se tomaba esa mujer? Ese tono de voz no era el apropiado para el puesto que ocupaba en la casa.

Antes de poder protestar, Adam le puso con suavidad la mano en la barbilla y le giró la cara hacia él.

—Ya se nos ocurrirá algo a Frieda y a mí, ¿vale? Encontraremos una solución y… —Sonó un golpe fuerte. Fue el portazo que había dado Frieda al salir de la habitación.

—¿Entiendes ahora a lo que me refiero? —soltó Ally con voz desmayada—. Me odia. Pero no quieres creerme.

SIETE
HOPE

A Hope la recibió el aroma a canela y naranja al entrar en el pasillo de la casa principal. La agarró al instante un espíritu prenavideño y, muy excitada, se apresuró hacia la dirección de la que procedía un murmullo de voces.

Tras la conversación con Adam y Frieda, había tenido tiempo de acomodarse, darse una ducha caliente, sacar la ropa de la maleta, colgarla en el armario. La idea había sido pasar a solas la última velada antes de empezar el trabajo, pero Adam había insistido en que cenara con él y Frieda.

Cuando se unió a ellos en el comedor y estudió la estancia, se apoderó de ella una agradable sensación de calidez. El comedor lindaba con el salón y estaba amueblado con sillas y armarios de madera, al estilo *Vintage,* y una vitrina antigua y elegante. En la enorme mesa había un arreglo floral típico del Adviento, un arreglo floral a base de ramas de abeto y flores de pascua rojas, así como una vela aromática, de la cual emanaba ese olor embriagador a canela y cítricos que había percibido desde fuera.

No pudo evitar preguntarse si había sido Adam o Frieda el encargado de crear aquel ambiente tan hogareño.

—Me lo regaló mi marido —le explicó Frieda al ver la mirada de admiración que le echaba Hope al adorno de adviento. La notó un

poco triste—. Dijo que nos echa mucho de menos al peque y a mí.

Hope se percató de la breve mirada incómoda que le dirigió Adam a la enfermera antes de volver a concentrarse en el periódico que estaba leyendo.

Hope se preguntó si solo serían imaginaciones suyas e, irritada, volvió a mirar a Frieda, que emitió un pequeño suspiro.

—Vale, Adam. Prometí ayudarle a Ally y es lo que voy a hacer. A Ole no le parece mal. Juntos vamos a poder y no es más que una medida transitoria. A lo que hay que añadir que a Ole y a mí nos viene muy bien el dinero.

Como respondiendo a una orden empezó a sonar un llanto por lo bajo. Hope se giró y entendió que era el hijo de Frieda, cuya voz salía del altavoz del vigilabebés.

Frieda se sobresaltó y miró a Hope con cara de fastidio.

—Tengo que subir un momento a ver a Peeta. De paso aprovecho y miro cómo está Ally. ¿Te importaría ocuparte, con la ayuda de Adam, de la comida? Nuestro jefe, tan detallista él, en honor a la ocasión, ha pedido que trajeran algo del restaurante italiano del pueblo de al lado. Preparan la mejor pasta del mundo. Un banquete en toda regla que ha pedido solo en tu honor.

—Pero no hacía falta —comentó Hope un tanto incómoda y con un picor traicionero en los ojos.

—En serio, Frieda. —Les llegó el tono jocoso de Adam, quien, negando con la cabeza, había levantado los ojos del periódico, lo dobló y se levantó—. Vas a hacer que Hope se sienta avergonzada.

Frieda que ya casi había traspasado la puerta, se giró hacia ellos con una sonrisa maliciosa.

—¡Qué va! Estamos muy contentos de que estés aquí. Esa es la verdad. Sobre todo para Peeta y para mí, las próximas semanas, gracias a ti, van a ser mucho más relajadas. Así que nada de falsa modestia si Adam quiere tener un detalle bonito contigo.

Una vez se hubo ida Frieda, Hope se giró hacia Adam.

—¿Vamos poniendo la mesa? ¿Podría… podrías decirme dónde están las cosas para que mañana pueda arreglármelas sola?

—Claro, ven conmigo. —Con un gesto que hizo de invitación, Adam la llevó a la cocina enorme que se encontraba justo al lado y

que era totalmente blanca. La encimera de un brillante mármol negro le confería a la estancia un toque de mayor elegancia aun.

Hope quedó embelesada.

—¡No he visto nunca una cocina tan bonita como esta! —exclamó anonadada—. Tiene que ser una maravilla moverte a tus anchas por aquí.

Adam asintió, triste de repente.

—De todas las estancias de la casa, esta es la favorita de Ally. Le encantaba meterse en la cocina cuando estaba libre, cocinar y hornear y probar recetas nuevas, pero ahora… —Suspiró—. Puede que tú puedas devolverle la vida a este lugar, ¿qué te parece?

—Me encantaría —le aseguró Hope y en su cabeza ya se vio trasteando por la cocina—. Además, cocinar es una de mis tareas y me encanta. Ojalá os guste lo que os vaya a preparar. Mis conocimientos culinarios no me vienen de casa sino de la institución. Pero allí había otras exigencias. Tenía que ser sobre todo barato. Y muchas veces cocinábamos para más de veinte personas, la mayoría de ellas, adolescentes. Nunca he cocinado para una familia con un niño pequeño.

Adam se rio.

—Ally y yo no somos exquisitos y me imagino que Frieda se conformará con cualquier cosa que nos prepares. Y en cuanto a Peeta, es demasiado pequeño como para protestar y andarse con remilgos. O eso me parece.

Hope fingió respirar aliviada.

—Haré todo lo que esté en mis manos para saciar a todo el mundo.

Permanecieron un rato mirándose y luego el movimiento se apoderó de Adam. Con una sonrisa en la boca le describió dónde guardaban los platos y los cubiertos, aunque el resto de los utensilios le costó algo más. Al llegar a un aparato llamado Thermomix y que, según Adam, hacía prácticamente de todo, Hope no salía de su asombro.

—¡Qué pasada!

—¿Nunca habías visto una ni oído hablar de ella?

Hope se encogió de hombros.

—He oído hablar de ella, pero nunca he trabajado con una.

—Los utensilios y aparatos de cocina eran una debilidad de Ally —explicó Adam—. Cada vez que salía algo nuevo al mercado, tenía que comprarlo. Ahora me encuentro con una cocina llena de aparatos carísimos que nadie sabe usar.

Hope soltó una carcajada.

—Pero eso no importa, Adam, en serio. Ya me las arreglaré para averiguar cómo funciona todo y qué hacer con ello.

Acababan de llegar a la *KitchenAid* cuando se les unió Frieda.

—Estoy dándole a Hope una pequeña introducción técnica a nuestra cocina. Pero en cuanto a los aparatos de Ally, estoy perdido. ¿Podrías echarme un cable? Así me encargo yo de poner la mesa y servir los platos.

—Claro —aseguró Frieda y con el ceño fruncido miró a Adam—. Pero antes, solo un momento…

—¿Qué pasa? —preguntó Adam alarmado.

—Acabo de tener un encontronazo con tu mujer. Insiste en que quiere cenar con nosotros.

—Vale, pues pongo un plato más.

Frieda negó sin miramientos.

—Tiene que permanecer en cama. ¡Lo sabes, Adam!

—Solo se trata de una cena, Frieda, no de un paseo largo. Eso no puede ser tan malo. La ayudamos a bajar las escaleras, cena con nosotros y luego vuelve a meterse en cama. Puede que le sienta bien experimentar algo de normalidad.

Frieda suspiró.

—Adam, que ese bebé siga con vida es todo un milagro. ¿En serio quieres arriesgarlo por una comida? El estado de Ally es frágil y la vida del bebé depende del bienestar de ella. Recuerda lo que nos dijo el médico cuando le dio el alta antes de tiempo: que hasta que llegue el momento de dar a luz, tiene que permanecer tumbada. Sin excepciones. Y estuviste de acuerdo.

—Lo sé —suspiró Adam aunque sonó molesto—. Es que me da tantísima pena, ¿no lo entiendes?

—A mí también —replicó Frieda, aunque no sonó muy convincente.

—Tengo una idea —soltó Hope antes de poder controlarse.

Adam y Frieda la miraron interrogantes.

—Si Allegra no puede bajar a hacernos compañía, entonces podemos subir nosotros junto a ella…

Adam ladeó la cabeza y acabó asintiendo.

—Eso es una idea estupenda. Ally ya está mejor y si siente la necesidad de estar con gente, adelante. —Miró a Frieda—. Voy a cenar con Ally en la habitación. Tú y Hope podéis comer aquí como estaba planeado.

Volvió a dirigirse a Hope.

—Que, por favor, no te parezca mal, Hope, pero no quiero sobrecargar a Ally. Pero te agradecería que me ayudases a subir la comida. De paso, os presento.

Cuando pocos minutos después Hope subía las escaleras detrás de Adam, llevando una bandeja, experimentó una angustia inexplicable. Tal vez por no saber qué la esperaba en la habitación de Ally o cómo reaccionaría la mujer enferma ante su presencia.

Una vez arriba y tras cada paso que daba siguiendo a Adam, el pulso se le fue acelerando.

Adam abrió la puerta y entró con cautela en una habitación acogedora, una especie de salón y dormitorio.

—Deja la bandeja encima de aquella mesa de allí, por favor —le pidió Adam y Hope hizo lo que le pidieron.

Por fin se acercó a Adam, junto a la cama enorme, en la que yacía una mujer menuda y muy pálida, con una tripa de embarazada muy protuberante. La mujer la miró a través de unos ojos muy grandes y asustados.

—Esta es Hope, cariño. Ha venido desde Inglaterra a echarnos una mano —la presentó Adam.

Hope le tendió la mano.

—Encantada de conocerla —dijo en voz baja. Ella misma se percató de lo insegura que había sonado.

Adam le dijo algo a su esposa, no lo entendió porque habló en su lengua materna.

Ally esbozó una débil sonrisa. Por fin aceptó la mano de Hope, la apretó con suavidad, pero sin decir nada.

—Ally habla muy bien inglés —explicó Adam—. Pero me temo que la parte de su cerebro encargada de almacenar los idiomas, también se ha visto afectada por la amnesia causada por el accidente.

Hope hizo un gesto de compasión con la cara, colocó la mano en el pecho y se inclinó un poco para expresar que sentía que Ally se encontrara en aquel estado por culpa del accidente.

La señora de la casa asintió con la cabeza, sonrió ligeramente y luego miró confusa a Adam.

—Gracias, Hope —se hizo cargo este—. A partir de aquí ya nos las arreglamos solos.

Hope bajó una vez más la cabeza en dirección a Ally y los dejó solos.

De vuelta en la cocina, se fijó en que Frieda estaba llenado dos copas de vino y se sorprendió. Una de las normas de la casa decía que los empleados tenían prohibido consumir alcohol y drogas. Además, también estaba prohibido fumar en la propiedad, cosa que a Hope no le había importado lo más mínimo porque no era fumadora.

Frieda, que se percató de su mirada, tan solo resopló.

—No me mires así. De vez en cuando me tomo la libertad de tomarme una copa y a Adam parece no importarle. Y en cuanto a ti… oficialmente empiezas a trabajar mañana, así que, si te apetece una copa, sírvete.

Hope titubeó un instante, pero no quiso rechazar la invitación de Frieda para no molestarla más de lo que ya parecía estar. Por alguna razón desconocida la enfermera estaba furiosa. Sus ojos eran como taladros y tenía los labios tan apretados que no eran más que una línea fina en su rostro. Para no enfadarla más, cogió una de las copas, esperó a que Frieda hubo hecho lo mismo y luego brindaron.

Mientras bebían, Hope no pudo evitar preguntarse qué había afectado tanto a Frieda. Y entonces lo recordó. El comportamiento

de Frieda había cambiado después de su propuesta de cenar todos con Ally en su habitación.

¿Estaba enfadada con ella? ¿O era porque Adam había aceptado?

Observó a Frieda y de repente notó una especie de escalofrío en su interior.

—¿Comemos? —preguntó Frieda.

Hope asintió con la cabeza y la siguió al comedor.

Al llegarle el aroma de mejillones, Hope creyó que se le revolvería el estómago.

Durante su correspondencia electrónica con Adam le había dicho que no comía carne y que tampoco le gustaban mucho ni los mejillones ni los crustáceos.

Pero al ver aquel plato, que todavía desprendía nubes de vapor, las cáscaras oscuras sobresaliendo entre la pasta, tragó con dificultad.

Adam le había preparado el plato de comida para Ally y, aparte de espaguetis con mejillones también había *penne* veganos con salsa de tomate.

Aparentemente Frieda no sabía nada de su aversión al marisco.

Se sentó a la mesa, ocupando el puesto frente a ella, miró su plato fijamente y luego extendió la mano hacia la cesta con pan de ajo para servirse de ella.

—Que aproveche, querida —dijo Frieda mientras se metía un buen bocado de espaguetis en la boca.

Hope no sabía qué hacer. ¿Apartar el plato de pasta y comer solo pan? ¿Explicarle amablemente a Frieda que no le gustaban los mejillones, que incluso le sentaban mal? ¿O debería pedir una ración de *penne* veganos?

Notó los ojos de Frieda clavados en ella y alzó los suyos.

Pero lo que vio en el rostro de Frieda le quitó del apetito de golpe. Frieda estaba furiosa de verdad, con ella. Y ese plato de mejillones no era casualidad, se lo había servido a propósito y parecía estar disfrutando con el dilema de Hope.

—Está muy bueno —dijo Frieda entre bocado y bocado y sin apartar la mirada de ella. Era una mirada de burla y tal vez incluso de maldad.

Muy bien, pensó Hope, a quien la rabia también estaba embargando mientras que el nerviosismo se hacía notar en el estómago. Pero aguantaría. No iba a permitir que se burlaran de ella ni iba a entrar al trapo. Durante todo el tiempo que había pasado en familias de acogida e instituciones había aprendido a imponerse y a no mostrar debilidad. Se armó de valor, cogió el tenedor y se metió una porción generosa de pasta en la boca.

Se dio cuenta de que, a pesar de los mejillones, la pasta no estaba nada mal, esbozó una amplia sonrisa.

—Tienes razón, está buenísimo.

Frieda se la quedó mirando, sin saber muy bien qué hacer. Optó por levantarse e ir a la cocina.

Regresó al poco tiempo con un plato de *penne* en la mano y lo dejó delante de Hope en la mesa.

—Se me había olvidado que no te gusta el marisco. *Sorry*. Esto creo que te va a gustar más.

Hope desafió a Frieda con la mirada, luego se encogió de hombros.

—No pasa nada, en serio. Los mejillones están realmente deliciosos. —Para respaldar sus palabras tomó otro bocado y se lo tragó.

Una vez Frieda se hubo sentado de nuevo en su sitio, la expresión de su cara ya no era la misma. La miraba con una amabilidad desbordante, con la cabeza ladeada, soltó un suspiro afectado.

—Me preocupa mucho el bienestar de Ally, Hope, por eso a veces resulto un poco arisca cuando se trata de la mujer de Adam. Espero que lo entiendas.

Hope dejó el tenedor a un lado y asintió con la cabeza, con un atisbo de remordimiento.

—No quería ofender a nadie cuando propuse lo de comer todos…

—No hay problema —la interrumpió una Frieda crispada—. Seguro que tenías buenas intenciones, igual que yo.

Por unos segundos reinó el silencio, momento que aprovechó Hope para coger de nuevo el tenedor y seguir comiendo, pero la sensación extraña que le transmitía Frieda permaneció.

No sabía dónde encasillar a aquella mujer ni cómo averiguar qué opinaba de ella. ¡Y eso le dio mucho miedo!

OCHO
ALLY

Se despertó por un fuerte golpe en la barriga. Parpadeó y se dio cuenta de que los latidos de su corazón se habían acelerado.

Y otra vez.

Primero una sensación de presión en el bajo vientre, luego un ligero tirón y finalmente una patada dada desde el interior.

Quiso incorporarse de golpe, pero le costó. Fue a base de mucho esfuerzo muscular que consiguió levantar el tronco.

Pero ¿qué le estaba pasando?

De manera inconsciente acarició su imponente barriga y dejó la mano posada en ella. ¡Eso era! Estaba embarazada, esperaba un bebé. Una… hija.

Agotada se apoyó de nuevo en la almohada, cerró los ojos y recordó. Adam era su esposo. Frieda su enfermera.

Y luego estaba esa chica que le había presentado Adam. ¿Cómo era que se llamaba? Cerró los párpados con fuerza y notó un dolor de cabeza incipiente. Hope, se llamaba Hope. ¡Qué nombre tan bonito!

Y ella era… Ally… ¡Allegra! Cuando se dio cuenta de que recordaba todo lo ocurrido durante las últimas horas, rompió a llorar, aliviada.

Había tenido un accidente, una lesión grave en la cabeza, había perdido todos los recuerdos. Pero Adam le había asegurado que se pondría bien. Le había creído. Que recordara todo aquello hizo que su confianza creciera. Accionó el interruptor de luz junto a la mesilla de noche. Al notar que el otro lado de la cama estaba intacto, notó una sensación de vacío en su interior. Cierto, no recordaba haberse casado con Adam ni estar enamorada de él, pero tenerlo cerca disipaba un poco su miedo y en su presencia no se sentía tan mal. Saber que había alguien a quien le importaba, para quien era importante y que la amaba, la tranquilizaba. El contacto físico con él había desencadenado sentimientos encontrados y, aun así, ahora mismo ansiaba su proximidad.

Se incorporó despacio, se levantó de la cama y puso las zapatillas. Arrastrando los pies llegó hasta la puerta y bajó la manilla.

¡Nada!

La puerta no cedió.

La habían vuelto a encerrar.

Al principio solo fue decepción lo que sintió, pero luego cambió a otra cosa. La embargó la rabia y ante su ojo mental apareció un rostro: ¡Frieda! Tenía que ser cosa de esa mujer. Decía siempre querer lo mejor para ella, pero ella no la creía.

De nuevo una patada en el bajo vientre. Ally puso la mano en la barriga y la acarició con dulzura. Pero el bebé parecía sentir su inquietud y no dejaba de dar patadas. No era exactamente dolor lo que le causaban sus piececitos, más bien una sensación de presión que la intranquilizó. ¿No debería sentirse feliz? ¿Rebosante de felicidad?

Cogió una bocanada de aire al darse cuenta de que sentía sobre todo una cosa: pánico.

Golpeó la puerta y emitió un grito agudo, para finalmente y entre lágrimas deslizarse por ella hasta el suelo.

Una eternidad después oyó el sonido de una llave en la cerradura, luego notó una presión contra su cuerpo. La estaban empujando con la puerta centímetro a centímetro hacia el interior de

la habitación. Se levantó con mucho esfuerzo y vio entrar a Frieda, en un camisón demasiado corto que apenas le tapaba el culo.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó la enfermera indignada.

—El bebé —consiguió articular Ally entre sollozos—. Lo estoy notando.

La expresión de Frieda pasó de irritación a preocupación.

—¿Le duele?

Ally negó con la cabeza.

—No hace más que dar patadas. Fue eso lo que me ha despertado.

—Pero eso es maravilloso. ¡No hay motivo para perder los nervios de esa manera!

Ally se secó las lágrimas con un movimiento enérgico de la mano y miró furiosa a Frieda.

—No estoy llorando por mi hija, sino porque me ha vuelto a encerrar usted. ¡Ya le he dicho que no quiero que lo haga! Me da miedo sentirme tan indefensa, casi expuesta. ¡Me siento como una prisionera en mi propia casa!

Frieda la miró sin dar crédito y luego soltó una carcajada.

—¿Se puede saber qué le hace tanta gracia?

La expresión de Frieda cambió, se puso seria y su mirada, severa.

—Y yo le digo que eso es imposible. El riesgo para usted y el bebé es demasiado grande como para dejarla campar a sus anchas por la casa sin supervisión alguna. El médico que la está tratando fue muy convincente en ese sentido. Tiene usted que permanecer acostada, tendrá que guardar cama hasta que nazca el bebé. Acaba usted de sufrir una caída muy grave que le pudo haber costado la vida a su hija. Es un milagro que la niña esté tan bien y creo que es por el bien de todos que siga así.

Ally se quedó mirando a Frieda. Le costaba seguir su rápida verborrea.

—¿Por qué me trata con tanta aspereza y rudeza? ¿Qué le he hecho yo a usted?

Frieda alzó las cejas y abrió, asombrada, la boca.

—¿A qué se refiere, Ally? Dígame, por favor, cuándo la he tratado mal. Cuándo y en qué sentido no me he comportado correctamente con usted.

Ally le sostuvo la mirada a la enfermera.

—Sabe que no puedo hacerlo. Su conducta es muy profesional conmigo, pero a pesar de ello noto que no le caigo bien. Tengo la sensación de que disfruta viéndome así.

—¿Así?

—Sí, histérica. Aterrada.

—Ally, lo que está diciendo no tiene ningún sentido. Estoy aquí para ocuparme de usted. Estoy aquí para que usted y su bebé estén sanas. Solo quiero una única cosa: que se recupere lo antes posible y que pueda volver a llevar la vida a la que estaba acostumbrada.

Ally negó con la cabeza y miró hacia la puerta.

—No tiene nada que ver con eso —le explicó Frieda—. Una vez más, Ally: la puerta cerrada es única y exclusivamente por su propia seguridad. No puedo estar pendiente de usted las veinticuatro horas del día. Yo por las noches también tengo que dormir para durante el día estar en forma y poder ocuparme de usted. Y para hacerlo incluso he traído a mi hijo pequeño conmigo a esta casa. Hace semanas que a mi marido solo lo veo por horas. Es más, este año vamos a pasar las Navidades separados. ¿Y me da usted las gracias por ello? —Frieda había ido alzando la voz y ahora estaba hecha un basilisco—. ¡No! En vez de eso tengo que aguantar que me eche en cara que la trato como la mierda. Cuando todo esto es única y exclusivamente culpa suya.

Ally abrió los ojos como platos.

—¿Qué quiere decir con eso de que todo esto es culpa mía?

Frieda resopló, se encogió de hombros y fue hacia la puerta. Ya casi había cruzado el umbral cuando se dio la vuelta una vez más.

—Voy a buscar a Adam. Hable con él y tranquilícese. Y mientras tanto ¡hágame el favor de volver a meterse en la cama!

Frieda regresó poco después con Adam de remolque. Ahora llevaba un albornoz sobre el escaso camisón, cosa que alivió un poco a Ally, aunque no hubiese podido decir por qué.

Adam, sin embargo, no llevaba más que unos bóxers. La miró con la preocupación reflejada en los ojos, parecían haberlo arrancado de un sueño muy profundo. Tenía los ojos hinchados por el cansancio y el pelo le salía disparado en todas las direcciones.

Al instante a Ally la sobrevino un ligero remordimiento.

—Pero ¿qué te pasa, cariño? —le preguntó preocupado—. Frieda ha dicho que estabas fuera de control.

Tragó.

—Me habías prometido que hablarías con ella por lo de la puerta cerrada con llave. Dijiste que se te ocurriría algo. Tengo miedo, Adam, y me siento como una cautiva.

Su marido parecía estar sobrepasado. Miró indeciso de una a otra.

Como si le hubiera pedido consejo a la enfermera, esta negó vehementemente con la cabeza.

—¡Ni de broma! La puerta permanecerá cerrada. —Los miró con dureza—. Si le pasa algo a usted o al bebé, podrían inhabilitarme. Al fin y al cabo, ustedes dos son responsabilidad mía. No tengo ni la fuerza ni la paciencia para discutir una y otra vez lo mismo. Adam, sabes que tengo razón, ¿o no? Fue deseo tuyo que viniera a tu casa para ocuparme de tu esposa, para que se pusiera bien cuanto antes. Pero eso solo puedo hacerlo si Ally me deja.

Adam cogió aire y la miró con firmeza.

—Frieda lleva razón en lo que acaba de decir. Estás demasiado inestable como para estar sola, sin supervisión alguna, aunque solo sea durante un par de minutos. Aquí en la habitación no puedes lesionarte, estás segura, incluso cuando vuelves a olvidarlo todo y te da un ataque. Tan pronto esté abierta la puerta, podrías caer por las escaleras y, lo que sería peor incluso, lesionarte fuera, perderte o tener otro accidente. Es demasiado peligroso, ¿lo entiendes, Ally? Y sí, Frieda y yo hemos asumido la responsabilidad sobre ti, en contra de lo que nos aconsejaron en el hospital. Los médicos querían que te quedaras allí. Pero tomé esta decisión por ti. Cariño, por favor, no hagas que me arrepienta.

Ally se sobresaltó ante este último comentario, parpadeó para evitar las lágrimas y cogió aire al ver la mirada triunfante de Frieda.

Estaba dolida y trató de buscar las palabras adecuadas.

—Tengo una idea —propuso Adam, antes de que pudiera decir algo o protestar—. ¿Qué te parece si duermo aquí contigo? En ese caso, la puerta puede quedar abierta porque estoy yo y ya me entero si pasa algo.

—¡Adam! —demandó Frieda—. ¡Eso no puede ser! Ally necesita descansar.

—Y lo va a hacer si me tiene a su lado —contestó Adam. Su tono de voz dejó patente que no toleraría ninguna objeción al respecto. Miró a Ally y la atrajo hacia él—. ¿Te parece bien si duermo aquí contigo?

Ella cogió aire y acabó asintiendo con la cabeza.

—Eso ayudaría, supongo.

—Pues, listo. Voy a por mi manta.

Al quedarse solas, se hizo el silencio entre ellas. Ally no fue capaz de mirar a Frieda a la cara, pero presentía la mirada de la otra sobre ella.

De repente el silencio incómodo se vio interrumpido por un llanto de bebé.

Ally alzó los ojos y vio la mirada helada de Frieda.

—¡Espero que esté contenta! —le espetó la enfermera con voz temblorosa por la flagrante ira. Luego dio media vuelta y desapareció.

Al regresar Adam a los pocos segundos con sus mantas bajo el brazo, Ally respiró más tranquila.

—Gracias —dijo aliviada, con lo que consiguió robarle una risita tonta a Adam.

—Estamos casados, cariño. No tienes por qué darme las gracias por dormir contigo. Hasta lo de tu accidente, pasábamos casi todas las noches en esta habitación.

—¿Casi?

—Cuando uno de nosotros tenía guardia de noche o tenía que atender una urgencia, en ese caso obviamente no —respondió sonriendo.

Permanecieron indecisos durante un rato, uno frente al otro. Ally fue la primera en meterse en cama. Al acostarse Adam a su lado,

respiró hondo.

—Antes quería ir a junto tuya para decirte algo —empezó titubeante.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Es por nuestra hija —contestó en voz baja—. Me despertó. —Cogió la mano izquierda de Adam y la colocó sobre su barriga—. ¿Lo notas?

Él la miró emocionado cuando el bebé dio una patada contra la pared abdominal.

—¿Eso no duele?

Ella negó con la cabeza.

—¿Te alegra que vayamos a tener nuestra primera hija?

Él asintió sin decir nada y la miró pensativo.

—Mucho. —Su voz sonó áspera. Luego se inclinó sobre ella y le dio un beso tierno en la frente, apagó la luz de la lamparilla del lado de ella.

Mientras permanecían callados uno al lado del otro, Ally se preguntó por qué no le resultaba familiar aquello. Adam era su marido y no un desconocido cualquiera, aunque eso era lo que parecía.

Dentro de poco serían padres y… un pensamiento le cruzó por la cabeza y le aceleró el pulso. Se giró hacia Adam.

—Frieda dijo algo antes que no consigo quitarme de la cabeza.

—¿El qué?

—Dijo que todo había ocurrido por culpa mía.

Por una milésima de segundo no se oyó nada, luego un resoplido por parte de Adam.

—No debió decir eso.

—Pero ¿qué significa? ¿De verdad soy la culpable de mi desgracia?

—No sé a qué se refería Frieda con eso, pero no creo que quisiera insultarte ni que te sintieras culpable. Supongo que está estresada y frustrada porque apenas puede ver a Ole. No le des más vueltas, cariño. Si quieres, mañana hablo con ella, ¿vale?

Ally carraspeó.

—Puede que se refiriera a mi caída. Es por eso por lo que me juzga, por poner en peligro la vida de mi bebé al salir a correr. ¡Es que puede que todo haya sido por mi maldita culpa!

Notó la mano de Adam junto a la suya. Él se la apretó con suavidad.

—Lo que pasó, pasó, Ally. Fue un accidente. Y ahora duerme.

Inspiró cuando él le soltó la mano y se giró hacia el otro lado.

Ahora tendría que sentirse tranquila por fin, ¿no?

Pero no. Se puso tensa al pensar en lo que acababa de decir Adam. Había sonado muy sincero y, aun así, parecía más bien una mentira. ¿En serio le había dicho la verdad?

NUEVE
HOPE

Hope estaba a punto de preparar el desayuno en la cocina cuando entró Frieda con Peeta en brazos. La enfermera tenía aspecto de haber pasado mala noche. Los párpados hinchados, las ojeras, las comisuras de los labios colgando hacia abajo en un gesto agriado hablaban por sí solos. Todo lo contrario que el niño, que farfullaba feliz en su propio idioma.

—Muy buenos días —los saludó Hope y le hizo una mueca al pequeño que lo hizo reír. Luego se dirigió a Frieda—. Espero que a todo el mundo le gusten las gachas y los huevos con beicon. Es el típico desayuno inglés, pero también puedo preparar otra cosa. Algo más saludable.

—Suena bien —aceptó Frieda, aunque su cara decía otra cosa.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Hope asustada.

Frieda negó con la cabeza.

—Es solo que aún tengo mucho sueño porque Ally… —Se interrumpió y empezó de nuevo—. Bueno, anoche no me dejó pegar ojo.

—¿Está bien? —preguntó Hope preocupada.

—Por supuesto —aseguró Frieda con un poco de vehemencia de más.

Hope quiso decir algo para animar el ambiente, pero en ese momento entró Adam en la cocina.

Al contrario que Frieda, él parecía estar bastante en forma y se dirigió directo a la enfermera. Al ver a Hope, se detuvo.

—¿Puedes dejarnos un momento a solas? Y llévate a Peeta.

Ella asintió, le cogió el niño a Frieda y salió de la cocina.

Se quedó en el pasillo y contuvo la respiración. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había secretos en esta casa? Sabía que no estaba bien escuchar a escondidas, pero no fue capaz de retirarse discretamente.

Al principio solo escuchó susurros.

Luego, palabras sueltas de las que dedujo que se trataba de la esposa de Adam. La voz de Frieda subió de tono y se volvió estridente.

—Dije la verdad. —Parecía echar pestes.

—Pero no puedes hablar así con ella —replicó Adam.

—Me estoy hartando, ¡y mucho! —gritó Frieda muy alterada. Hope oyó pasos acercándose. Corrió con Peeta al salón, se escondió detrás de la puerta y oyó a Frieda subir las escaleras y acto seguido un portazo.

Hope esperó unos segundos y luego regresó con Peeta a la cocina.Adam parecía inquieto y estaba blanco como la nieve. Hope se preguntó cómo era posible que permitiera que su empleada – que era lo que era Frieda, igual que ella – le hablara así. Con cuidado dejó a Peeta en su trona y le hizo cosquillas en la oreja hasta que estalló en risas.

Pero Adam no reaccionó ni a ella ni al niño.

—¿Va todo bien? —preguntó preocupada.

Él asintió como ausente. Luego suspiró.

—Esto no es algo que suela ocurrir normalmente, ¿sabes? Es solo que Ally a veces puede ser muy terca y yo… yo me encuentro entre la espada y la pared. Frieda es toda una profesional y su trabajo es su vocación. Y no hace concesiones por lo que a veces se pone algo rabiosa. —Resopló—. Hay que asumirlo y lidiar con ello.

Hope asintió, pero no se atrevió a hacer ninguna observación. Acababa de llegar y no podía permitirse poner en riesgo su situación

laboral por un comentario inapropiado por su parte.

Cuando el silencio se hubo alargado de manera incómoda, él suspiró.

—Ally quería desayunar con nosotros aquí abajo —le explicó—. Yo estaba a punto de ceder porque me da pena y entiendo lo sola que tiene que sentirse en su habitación, pero Frieda carece de esa empatía. Ella solo hace su trabajo, y lo hace de manera fiable y bien, sin apartarse del camino. —Bajó la mirada. Parecía no saber cómo lidiar con ello—. Lo mejor será que coma con Ally arriba, igual que anoche —dijo por fin.

—Una buena idea —convino Hope—. Voy a preparar dos platos.

Adam se lo agradeció con un gesto de la cabeza, pero parecía seguir rumiando algo.

Estaba repartiendo la comida en los platos cuando regresó Frieda. Se sentó junto a Peeta y, aparentemente, seguía muy enfadada.

—No lo entiendo —dijo de repente y miró a Adam—. Tú eres médico. Deberías saber lo inestable que es el estado de Ally. Si le da un mareo, si se cae en el suelo duro y le pasa algo malo, ¿entonces qué?

Adam carraspeó.

—Siento haberte prejuzgado antes. Es solo que pensaba que no pasaría nada si la acompañaba hasta abajo y que, para variar, comiera aquí, en la cocina o en el comedor.

—No es solo por los mareos. El bebé también necesita descanso. El peligro de un parto prematuro en el caso de Ally está omnipresente. Supongo que tanto tú como ella querréis un bebé sano, así que compórtate como deberías y no le permitas que se salga siempre con la suya. Y sí, no debí decirle lo que pienso, pero se me escapó y lo siento.

—¡Eso no me lo digas a mí, díselo a mi mujer!

—Acabo de hacerlo.

Adam miró a Frieda.

—Gracias. Por todo. ¿Vale?

La situación pareció calmarse por lo que Hope se atrevió a llamar la atención sobre su persona.

—Los platos están listos.

Adam le dedicó una sonrisa de agradecimiento, cogió ambos platos y subió a hacerle compañía a su mujer.

A solas en la cocina con Frieda y Peeta, el silencio le resultó casi espeluznante, pero entonces el llanto de Peeta lo rompió.

—Ya me ocupo yo de mi hijo —dijo Frieda al ver que Hope salía disparada a liberarlo de la trona.

Se sentó a la mesa, que ya estaba puesta, y soltó un leve suspiro cuando se hubieron ido Frieda y su hijo. Aquello había salido muy mal. La primera mañana con esta familia se la había imaginado muy distinta, bien lo sabía Dios. En vez de estar sentada a la mesa junto a su familia anfitriona, estaba sentada sola, no muy distinto que en Inglaterra.

Estaba a punto de levantarse frustrada de la mesa cuando regresó Frieda con Peeta en brazos.

—El peque tiene una bomba fétida en el pañal —explicó y lo dejó de nuevo en la trona. Luego miró la mesa y finalmente a Hope. De repente parecía otra, de nuevo amable como ayer—. Seguro que te sientes mal por todo lo que acaba de pasar, pero confía en mí, por favor. Has llegado en el momento perfecto, querida. Adam, Ally y yo valoramos mucho que estés ahora aquí con nosotros.

Tras el desayuno, Ally recogió la mesa. Estaba metiendo los cacharros en el lavavajillas cuando se abrió la puerta.

Era Adam que venía con los platos vacíos. Se los entregó.

—Ally ha comido todo —explicó dirigiéndose a Frieda. Esta asintió muda.

—¿Está bien? —preguntó Ally preocupada.

—Sí —respondió Adam—. Luego subiré de nuevo para despedirme de ella antes de que duerma un poco más. Pero después de eso tendré que salir pitando a la clínica. Así que, ¿te importaría si repasamos una vez más las normas y comentamos lo que toca esta semana?

Hope asintió aplicada.

—¿Ya sabes cuándo empiezan las clases en la escuela de idiomas y qué horarios vas a tener?

—Aún no. Esta tarde hay una presentación donde nos explicarán todo. Pero en el correo electrónico ponía que en un principio serán a última hora de la tarde.

—Estupendo —intervino Frieda—. La ayuda de Hope me va a venir muy bien por las mañanas y puede que también alguna que otra tarde o tarde-noche.

—¿Estarías dispuesta a ayudar de vez en cuando a esas horas? —quiso saber Adam.

—Por supuesto —aseguró Hope—. Sois tan amables y generosos conmigo que ¿cómo iba a poder negarme?

—¿Ya habéis estipulado las tareas que tiene que realizar?

Hope asintió.

—Preparo la comida y hago las tareas de casa. Me ocupo de Peeta mientras Frieda esté con Ally.

Frieda asintió satisfecha lo que hizo que Adam soltara un suspiro de alivio.

—Pues entonces, todo perfecto. —Se levantó y estaba a punto de irse cuando se detuvo—. Una cosa más, Hope. La norma más importante de todas, y sí, ya sé que ya la hemos comentado, pero – la puerta de Ally tiene que permanecer siempre cerrada con llave.

Hope asintió con la cabeza. Al mirar de reojo a Frieda, vio un brillo de satisfacción en los ojos de esta.

—Ally no está para nada contenta con esta norma, pero he hablado con ella durante el desayuno y le he hecho ver que no hay otra solución mientras esté embarazada —explicó Adam—. Creo que lo ha entendido. Y bueno, ha ayudado un poco el haberle asegurado que, al menos por la noche, la puerta quedará abierta cuando yo duerma con ella.

Hope notó de inmediato la tensión en el cuerpo de Frieda y cómo miró a Adam lazando chispas por los ojos.

—Sé que estás preocupada —la calmó Adam.

—¡Y con razón! ¿Ya has olvidado lo que pasó cuando la trajimos del hospital? Dejábamos la puerta siempre abierta, en contra de mi

expresa advertencia. Ally salió de la habitación, tropezó y se pasó veinte minutos tirada en el pasillo llorando porque había vuelto a olvidarlo todo y le dio un ataque de pánico. Y eso que yo solo había bajado un momento de nada al sótano a mirar la ropa. Y lo del otro día… cuando te olvidaste de cerrar con llave… Salió al jardín y casi se muere congelada. ¿Qué pasa si se levanta en camisón y sale y tú estés profundamente dormido y no te enteres?

—Lo que pasó el otro día fue culpa mía —admitió Adam con tono hosco—. Y lo siento mucho. No voy a permitir que vuelva a ocurrir. Ally no quiere quedarse sola por las noches, ¿no lo entiendes? Dice que anoche pudo dormir profundamente, por primera vez en mucho tiempo, porque yo estaba con ella. ¿Y acaso no es eso de lo que se trata? ¿De que mi mujer esté bien?

Frieda resopló y miró a Adam.

—Por supuesto. Tienes razón

Hope se dio cuenta de que las palabras de Frieda no encajaban con lo que decía su cara. Seguía enfadada, casi hostil.

—¿Hay algo que pueda hacer yo por Ally? —preguntó Hope para calmar un poco las aguas.

Frieda la miró y se encogió de hombros.

—Tú ya tienes bastante con todo lo de la casa, querida. Ally es problema mío y así debería quedar. —Las palabras de la enfermera resultaban lógicas, pero a Hope le pareció que habían sonado demasiado tajantes.

—No hay que abrumar a Ally —explicó Frieda aunque nadie se lo hubiera preguntado, sin embargo, había presentido las dudas de Hope—. Y por eso tampoco quiero tener a Peeta conmigo cuando estoy con Ally. Es pequeño, llora a menudo y cuando está cansado le dan rabietas. Ally tiene que descansar para ponerse bien y por eso debemos evitarle todo tipo de estrés. Y por eso vas a limpiar su habitación solo una vez a la semana, mientras ella esté en la bañera.

Hope asintió y se levantó.

—Pues entonces será mejor que me ponga manos a la obra y empiece por recoger la planta baja y preparar la comida para el mediodía.

Al salir de la cocina oyó a Adam y a Frieda cuchichear.

Estaba a punto de buscar utensilios de limpieza cuando pasó Adam por delante de la puerta abierta. Solo echó un breve vistazo por encima del hombro, pero bastó para ver que Adam había llorado. El interior de Hope se encogió.

Adam y Ally le daban mucha pena. Habían tenido que pasar por tantas cosas – y lo que les quedaba todavía.

Llevada por un impulso, lo siguió para decirle algo que lo animara. Pero él ya había cogido la chaqueta del perchero y salido de casa.

Hope frunció el ceño, confundida. ¿No había dicho que antes de marchar volvería a pasarse por la habitación de Ally?

Hope se contempló satisfecha en el espejo. Había atado su melena pelirroja en un práctico moño, acentuando así la delgadez de su rostro. Para la jornada de presentación llevaba unos vaqueros sencillos y un jersey color caqui que resaltaba sus ojos verdes. Se vio fantástica y así se sintió.

Tras el comienzo un tanto complicado de la mañana, el resto del día había pasado volando. Ally y Frieda parecían haberse calmado y ella había finiquitado con éxito todas las tareas. Incluso había sacado tiempo para enseñarle a Peeta a usar el orinal mientras Frieda hacía con Ally los ejercicios de fisioterapia.

A Hope le pareció que había solventado el primer día de trabajo con maestría y deseaba de todo corazón que Frieda y Adam lo vieran del mismo modo. A pesar de las discrepancias entre ambos, ella se sentía a gusto en esta casa. Quería ayudar a esta familia, quería formar parte de ella, que la recuperación de Ally avanzara. Todos eran muy amables y afectuosos. Incluso Frieda, que, al fin y al cabo, solo quería lo mejor para Ally.

Llamaron a la puerta y se apresuró a abrir. Era Frieda, que le tendía una llave.

—Entra —pidió Hope apartándose un poco.

—Vaya, pero si ya te has instalado y acomodado —constató Frieda mientras echaba un vistazo alrededor—. Parece que te has adaptado bien.

Hope asintió y sonrió.

—Es maravilloso tener mi propio espacio. —Vio la llave en la mano de Frieda.

—Ah, cierto —dijo esta—. Es la llave del coche de alquiler que te hemos cogido. Es un Mercedes. Mientras estés aquí puedes usarlo siempre que quieras. Te lo he dejado delante de tu cabaña.

—Pero si nunca he conducido un coche tan caro —dijo Hope asustada.

—Se conduce igual que cualquier otro. ¿Has conducido alguna vez un coche automático?

Hope asintió.

—Pues entonces, te metes dentro y a tirar millas.

Hope cogió la llave y miró indecisa a Frieda.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—No, gracias. Solo quería desearte que lo pases bien en la presentación —repuso Frieda y volvió a inspeccionar el sitio. Fue así como se fijó en una libreta abierta sobre la mesa—. ¡Vaya! ¿Escribes? De manera profesional, me refiero.

Hope se rio.

—No, ese es mi diario. Anoto todo lo que me viene a la cabeza. Es una especie de terapia. Fue mi psicoterapeuta el que me sugirió que lo hiciera.

Eso despertó el interés de Frieda.

—¿Y también anotas cosas que te hayan pasado aquí?

Hope sonrió y asintió.

—¿Sabes? Me hace muy feliz que me permitáis estar aquí con vosotros.

Frieda asintió. De repente pareció ponerse nerviosa. Luego apartó de golpe la mirada del diario, se encaminó hacia la puerta y se marchó sin decir ni una palabra más.

Cuando se hubo quedado sola, Hope sacudió la cabeza, fue a la mesa y cerró el diario.

Qué raro.

Frieda había mirado la libreta como si le causara malestar.

DIEZ
ALLY

—¡Esto es una puta mierda!

Frieda, que estaba sacudiendo las mantas, se giró hacia ella.

—¿Cómo dice?

Ally suspiró.

—¡Pues todo esto! Todos los malditos días lo mismo… Me despierto, como, duermo, luego vuelvo a comer y duermo hasta el día siguiente. ¡Estoy empezando a volverme loca!

—Pero es que precisamente seguir esa rutina es lo importante. Y los médicos que la atendieron en el hospital insisten en eso. Tiene usted que comer de manera sana y equilibrada y dormir mucho.

Ally miró a Frieda con súplica en los ojos.

—¡No lo aguanto más, Frieda! De tanto dormir me siento como atontada. Me duele la espalda y, aunque cumplo todo a rajatabla, apenas noto mejoría. ¿No tendría que sentirme mucho mejor ya?

Frieda soltó la almohada que acababa de ahuecar, se acercó a ella, se sentó en el sillón de enfrente y buscó su mirada.

—Ally, ¡entiéndalo, por favor! Estamos hablando de objetivos distintos. Están las consecuencias del accidente, las lesiones cerebrales, el proceso curativo del cuerpo, los problemas con su memoria. En cuanto a eso toca ser pacientes y esperar. Ninguno de nosotros puede hacer nada más, y usted menos que nadie. Y ahora

mi opinión personal. —Frieda se detuvo y trató de esbozar una sonrisa—. Parece que usted no es consciente de lo mucho que ha mejorado su estado de salud. Vale, sigue sin recordar nada anterior al accidente, pero al menos estos últimos días no ha olvidado nada de lo que sucedió después. También hay avances en sus habilidades motoras. Poco después del accidente no era usted capaz de cepillarse los dientes o de peinarse sola, ya no hablemos de lavarse o comer sin ayuda. Todo eso ya lo va manejando bastante bien. A mí ya solo me necesita para ayudarla a ducharse, y solo para asegurarnos de que no resbale y se haga daño. Así que, la cosa va viento en popa, Ally, aunque no lo crea porque es usted demasiado impaciente.

Ally no estaba de acuerdo, negó con la cabeza y a punto de decir algo, la detuvo Frieda antes de que pudiera emitir una sola palabra.

—Espere que aún no he acabado. Nuestro objetivo más inmediato es que dé usted a luz a un bebé sano y fuerte. Lo que me lleva a la prohibición de que no debe usted hacer ningún tipo de esfuerzo. Esta prohibición no tiene nada que ver con su lesión cerebral, al menos no de manera directa. Se trata única y exclusivamente del bebé. A raíz de la caída, la placenta se ha desprendido un poco de la pared uterina.

—¿Qué significa eso? ¿Podría llegar a tener un aborto?

—Más bien un parto prematuro, ahora que ya falta tan poco para la fecha oficial. Pero tranquila. Esas cosas suelen ocurrir durante los embarazos, aunque en su caso la causante ha sido usted solita. Su estado representa un riesgo tanto para la criatura como para usted. De ahí que tenga que guardar cama. Si tanto la incomoda, Ally, sopese los riesgos. La limitación temporal de su libertad personal es un precio muy pequeño que pagar a cambio de la salud de su hija.

Ally reflexionó y por primera vez tuvo la sensación de que la enfermera no solo estaba preocupada y quería hacer su trabajo, sino que también quería castigarla por algo. En general, algo había cambiado. A lo largo de los últimos días Frieda había sido muy amable con ella. Ally se preguntaba si Adam habría hablado con ella y si le habría comentado que en su presencia no se sentía cómoda.

Decidió preguntárselo a Adam cuando estuviera de vuelta en casa y decidió también abrirse más a Frieda.

—Para ser sincera, tenía la sensación que no me soporta usted —confesó.

Frieda alzó molesta las cejas.

—¿Por qué no iba a caerme bien?

—No lo sé —respondió Ally—. Puede que haya malinterpretado sus miradas y reacciones. Me ha trasmitido usted muchas veces la sensación de estar furiosa conmigo.

Frieda resopló.

—En ese caso tendré que disculparme. Es posible que haya descargado mis problemas personales sobre usted, sin querer. Ni era mi intención ni es muy profesional por mi parte. Lo siento, de veras.

—¿Qué le preocupa, Frieda? —preguntó Ally.

Frieda suspiró y al final se soltó.

—Es mi matrimonio.

—¿Tiene problemas?

—No directamente. Es solo que… Ole, mi marido, está de acuerdo con que me quede aquí con ustedes hasta que nazca la peque, pero esta distancia física entre nosotros…

—¿La preocupa?

—Sí. No nos está sentando demasiado bien —respondió Frieda enfurruñada—. Las pocas veces que nos hemos visto, siempre hemos discutido. Y eso me tiene rayada. Pero no es motivo para descargar mi rabia sobre usted. —Frieda esbozó una sonrisa tímida —. ¿Me perdona, Ally? Le prometo que no va a volver a ocurrir.

Ally asintió y le tendió la mano a Frieda.

—¡Por un nuevo comienzo!

La enfermera aceptó la mano tendida y le dio un apretón suave.

—Gracias por ser tan comprensiva, Ally. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Quería preguntarle si puedo salir y respirar un poco de aire fresco, pero ahora entiendo que eso es arriesgado y que no puede ser.

Frieda hizo un gesto de empatía.

—Le propongo algo. ¿Qué le parece si mañana la abrigamos bien y la dejo sentarse media hora junto a la ventana abierta? Así podrá mirar hacia fuera y disfrutar del paisaje. Hasta puede que le entre algo del espíritu navideño.

—Suena bien.

—Y para combatir el aburrimiento podría intentar ver un poco la tele o leer un libro.

Ally suspiró.

—Eso todo ya lo he probado. A los pocos minutos se me cierran los ojos de puro agotamiento y me quedo dormida. Además, sigo sin poder concentrarme en algo durante más de un par de minutos. El único momento estrella del día es la llegada de Adam, el cenar juntos y las pocas palabras que intercambiamos cuando se mete en la cama conmigo y antes de que se quede dormido de puro cansancio.

Frieda sonrió.

—Su marido tiene un trabajo exigente, Ally. A eso hay que añadir lo preocupado que está por usted. Dele tiempo, ¿vale? Y en cuanto a la parte física —Frieda soltó una risita pícara—. Eso tendrá que esperar sí o sí. Su embarazo tan delicado no permite ningún tipo de actividad sexual, ¿entiende? Las contracciones del…

—Ya lo he entendido —la interrumpió Ally rápidamente, sonrojada—. Créame, Frieda, eso es lo último que me pasa por la cabeza en estos momentos.

La enfermera siguió con su sonrisa.

—Solo quería comentarlo por si se preguntaba por qué Adam no se lanza con usted.

Ally sonrió para transmitirle que entendía.

—Gracias, Frieda, en serio. Le agradezco de todo corazón que nos esté ayudando a Adam y a mí. Y siento que tenga que pagarlo por mi culpa.

—Pero si lo hago encantada, Ally. Es mi trabajo. Y su marido me paga muy bien por hacerlo, o sea, que no lo hago por altruismo o caridad. —Frieda carraspeó y le dedicó un gesto alentador—. Y ahora voy a volver a meterla en cama que es hora de las inyecciones.

Ally asintió, se levantó con esfuerzo del sillón, fue despacio hacia la cama, se sentó en el colchón.

—Por cierto, ¿qué medicamentos me inyecta?

Frieda, a punto de empapar un algodón en alcohol, alzó por un instante los ojos.

—Es algo para diluir la sangre, para evitar las trombosis, y algo contra los mareos y los calambres. ¿Recuerda haberlos sufrido?

Ally negó con la cabeza.

—Después de haber sufrido una lesión cerebral, de vez en cuando pueden darse ataques parecidos a los ataques epilépticos. Eso hay que evitarlo a toda costa porque cada ataque supone un riesgo para el bebé.

—Pero esos medicamentos seguramente tendrán efectos secundarios, ¿no?

Frieda asintió muy seria.

—Todos los medicamentos tienen efectos secundarios. Lo que pasa es que hay que sopesarlos con relación a los beneficios. Y en su caso predominan los beneficios, ¿entiende?

—Claro. Es solo que me pregunto si no será esta medicación la causante de mi estado. El cansancio y los problemas de concentración, por ejemplo. ¿Es posible que sea por culpa de las inyecciones?

La frente de Frieda se cubrió de arrugas mientras reflexionaba. Finalmente negó con la cabeza.

—El medicamento contra la trombosis definitivamente no y el otro causa más bien problemas de digestión y un poco de malestar estomacal. ¿Por qué lo pregunta?

—Puede que haya otra cosa con el mismo efecto, pero que no me atonte tanto.

Frieda asintió comprensiva.

—Lo dicho, lo que yo le inyecto no es responsable de nada de eso. Supongo que todavía está sufriendo las consecuencias de las lesiones y hay que darles tiempo.

Observó pensativa a Frieda mientras esta manipulaba concentrada las jeringas.

—Y ahora póngase de lado —le pidió Frieda.

Ally hizo lo que se le ordenó. Al atravesarle la aguja la piel, contuvo la respiración de manera instintiva. No es que fuera un dolor muy fuerte, pero lo odió. Odió cada una de las inyecciones que le dieron.

—¿Quiere que le traiga ahora algo de comer? —preguntó Frieda una vez hubo acabado y guardado todo.

Ally escuchó su cuerpo y luego asintió.

—Sí, un bocado no me vendría mal.

—Pues le traeré algo —prometió Frieda.

Cuando ya estaba en la puerta para salir, la llamó Ally.

—Espere un momento. ¿Puedo pedirle algo?

Frieda se giró y la miró expectante.

—Se trata de una especie de anticipo de confianza.

—Quiere que deje la puerta abierta, ¿es eso?

—Sí, solo hasta que llegue la comida.

Frieda pareció debatir la cuestión internamente y negó con la cabeza. Ally temía que la respuesta sería una negativa, pero entonces Frieda la miró muy seria.

—Se queda usted donde está, ¿entendido?

Ally asintió con la cabeza.

—Vale, pues probemos. Yo dejo la puerta abierta y usted se queda en cama, por favor.

—Gracias, Frieda —soltó Ally aliviada y con lágrimas en los ojos —. Se lo agradezco muchísimo. Es que esa sensación de estar encerrada me da miedo.

—La entiendo —fue la réplica—. Pero esa medida de seguridad hay que cumplirla, y más cuando estoy ocupada haciendo otras cosas y cuando me tomo un descanso. Pero durante unos cuantos minutos estoy dispuesta a hacer una excepción. —Le guiñó un ojo antes de irse.

Mientras esperaba, Ally notó que se le iban cerrando los párpados y una vez más se preguntó si no sería por causa de la medicación.

Un susurro la hizo volver en sí. Miró hacia la puerta y reconoció a Hope, la joven que había de echarle una mano a Frieda. Armada con un plumero y un cubo estaba ante la puerta sin saber si entrar o no.

—Hola —dijo Ally—. ¿Qué tal está?

Hope parecía incómoda y se ruborizó ligeramente. Murmulló algo que no entendió.

Ally recordó, aunque tarde, que Hope era inglesa y que no entendía su idioma.

Le hizo señas a la chica para que se acercara y se incorporó, pero Hope siguió clavada en el marco de la puerta mirándola con una mezcla de lástima e impotencia.

Eso extrañó a Ally. ¿Qué le pasaba a la chica? ¿Por qué no reaccionaba? ¿Por qué no entraba?

Se oyeron pasos en la escalera y Hope se puso en marcha. Se asustó, dio un pasito nervioso hacia delante y derramó un poco de agua del cubo en el suelo del dormitorio.

Ally frunció el ceño sin entender.

¿Qué era lo que la había asustado tanto?

Frieda llegó con una bandeja en manos y Hope farfulló algo que Frieda comentó con un breve movimiento de la cabeza antes de dar un paso grande sobre el charco y dejar la bandeja en la mesilla de noche. Luego observó cómo Hope secaba, algo rápido demás, el agua derramada.

¿Cabía la posibilidad de que Frieda intimidara a Hope?

Pero ¿por qué?

Tanto ella como Frieda eran empleadas, ella y Adam les pagaban. ¿Por qué entonces le tenía la chica tanto respeto a Frieda? Parecía casi como que Hope hacía todo lo humanamente posible por no disgustarla.

—Buen provecho —le deseó Frieda.

Ally apartó los ojos de Hope y forzó una sonrisa.

—Gracias. Qué buen aspecto tiene. ¿Qué es?

—Hope ha preparado su especialidad. Una especie de pastel de verduras.

Ally miró hacia la puerta para darle las gracias, pero la chica había desaparecido.

Recordó la desconfianza hacia Frieda que había sentido unos días atrás, la expresión de su rostro hacía un momento cuando le había

preguntado sobre la medicación. Y ahora ese comportamiento extraño por parte de Hope.

¿Acaso también había descargado su rabia con Hope?

ONCE

HOPE

Dos semanas más, calculó Hope. Faltaban dos semanas para Navidad y otras dos semanas más para el nacimiento del bebé de Ally y Adam.

Y hasta ahí. Según lo acordado con Adam, su estancia duraría máximo hasta cuatro semanas después del nacimiento del bebé. La mera idea de tener que dejar dentro de muy poco a esta familia, esta casa y este lugar tan precioso, la entristeció. Le encantaba estar aquí. Le encantaba su trabajo, la gente y, sobre todo, Peeta. Se habían hecho amigos e incluso los demás iban soltándose poco a poco. La convivencia en la casa resultaba como el de una familia, tanto que a veces creía de hecho ser un miembro más de la misma.

Que en el fondo esta familia la formaran solo Ally, Adam y el bebé, era como un jarro de agua fría. Lo que hubiese dado por pertenecer a ella. Siempre había deseado tener un padre como Adam. De ahí que envidiara ahora ya al bebé no nato por tener ese privilegio, poder crecer en esta casa, con padres que la apoyarían y querrían. Adam era muy amable y atento, resultaba conmovedor ver cómo cuidaba a su mujer enferma. Pero también con ella era siempre amable y cortés, casi cariñoso, como un padre de verdad.

A Ally la había visto solo un par de veces. Aun así, Hope ya podía formarse una opinión sobre ella. Ally le parecía amable, le caía muy

bien y le daba mucha pena, la pobre. Le deseaba de todo corazón que se recuperara pronto. Ally y Adam eran una pareja encantadora y a Hope le parecía injusto que tuvieran que pasar por tantas cosas.

En el fondo, aquella aventura era tal cual la había deseado y soñado.

Sonrió, se puso la chaqueta y salió para estar puntualmente en la casa principal y dar comienzo a su jornada laboral. De camino hacia allí vio a Frieda a través de la ventana de la cocina y se le encogió el estómago ligeramente.

Frieda era la única nube en el cielo despejado de su vida actual. No es que no le cayera bien la mujer, ¡cielo santo, no! En sí, era buena persona, si no fuera por sus repentinos cambios de humor. Muchas veces, una palabra poco acertada o una simple pregunta enervaba de tal manera a Frieda que perdía los nervios y le gritaba o se la quedaba mirando con ojos penetrantes o la ignoraba por completo.

Hope tenía claro que no era Frieda quien iba a decidir si se quedaba o no, ni influía tampoco en la decisión, porque al fin y al cabo, ella era otra empleada más en aquella casa. Y, aun así, su conducta impredecible la traía por la calle de la amargura.

Y eso que hacía todo lo posible por quitarle a Frieda trabajo de encima. Se encargaba del pequeño Peeta siempre que podía para que, aparte del trabajo con Ally, le quedara un rato libre para ella.

Pero nunca parecía ser suficiente.

Al alzar los ojos por la fachada de la casa, vio a Ally de pie detrás de su ventana, saludándola con la mano. Hope le devolvió el saludo y le sonrió.

Cuando subía a la habitación de Ally, siempre tenía que pedirle antes permiso a Frieda. Aunque ¿por qué no iba a dejarla subir? Su paciente mejoraba día tras día.

Llena de ganas y energía y la alegría de enfrentarse a un nuevo día, entró en la casa e inhaló el ya familiar aroma a canela y naranja, lo que la hizo sonreír.

Adam estaba calzándose. Parecía no haber pasado buena noche y estaba agitado. Seguramente trabajaba muy duro: el destino de uno de los mejores médicos en su especialidad.

Lo saludó educadamente y fue directa a la cocina donde Frieda estaba a punto de servir una taza de té. Su expresión facial era amable, pero Hope notó que solo era de puertas para afuera. Frieda parecía estar hoy, una vez más, de mal humor. Sería mejor andarse con cuidado.

Cogió agradecida la taza de té que Frieda le estaba ofreciendo.

—Muchas gracias —dijo y tomó un trago, disfrutando del calor que le bajaba por la garganta.

—Me voy —avisó Adam, quien, desde el umbral de la puerta y ataviado con chaquetón y gorro, las estaba mirando.

Frieda tan solo hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza.

Adam aceptó el gesto de mal grado y Hope no pudo evitar preguntarse, y no por primera vez, por qué consentía que esa mujer lo tratara así.

Él era el jefe. Él era quien le pagaba el sueldo. ¿Por qué no la echaba sin más?

Aunque también cabía la posibilidad de que estuviera interpretando mal la situación. Tal vez, en este país hubiera tal escasez de enfermeras que no resultaba fácil encontrar una sustituta a tiempo. Puede que Adam se sintiera en deuda con Ole, el marido de Frieda, y por eso toleraba el comportamiento de esta.

Mejor no darle mayor importancia, no era asunto suyo. Con Ally las cosas eran muy distintas, a ella le había cogido mucho cariño. Mejor ir ya a verla, antes de que Frieda la sobrecargara con tareas una vez más.

—¿Te importa si me acerco a ver a Ally un momento? —le preguntó a la enfermera, que seguía ensimismada sobre su taza de té—. Me hizo señas desde la ventana para que subiera a su habitación.

—Pero no te quedes demasiado tiempo. Hoy toca baño y tienes que hacerte cargo de Peeta. ¿Qué te parece se hacéis galletas?

Hope sonrió.

—Sí, una idea fantástica —aceptó Hope y se dirigió hacia el niño en la trona—. ¿Qué dices, Peeta? ¿Vamos a hacer un montón de galletas riquísimas?

El niño seguramente no la entendía, pero se rio feliz y extendió sus bracitos regordetes hacia ella. Ella se acercó a él, le dio un abrazo y se fue al piso de arriba.

Ally, que ya había hecho las paces con el hecho de que la encerraran, la recibió con una sonrisa de oreja a oreja y le tendió un papel.

A pesar de los problemas del idioma, habían encontrado una manera de comunicarse. Ally le escribía unas cuantas palabras en alemán en un papel, Hope las pasaba por el traductor del móvil, le mostraba a Ally las oraciones traducidas o dejaba que el aparato las dijera.

El deseo de Ally hoy era una decoración más festiva en la habitación.

Hope asintió encantada, le dictó al programa traductor su respuesta y bajó corriendo.

—Ally quiere que decoremos su habitación para crear un ambiente navideño —le comunicó a Frieda, que estaba a punto de darle a su hijo una especie de papilla espesa. Al niño aquella comida parecía desagradarle tanto como a la propia Hope. Tras meterle la madre una cucharada llena de aquello en la boca, Peeta se la devolvió escupiéndosela a la cara. Hope tuvo que controlarse para no soltar una carcajada.

Frieda suspiró, se levantó y limpió la papilla mezclada con babas del jersey.

—Voy a cambiarme —siseó dedicándole a la vez una mirada muy severa a Peeta—. Y tú vas a dejar que Hope te dé de comer. Y no causes problemas, ¿entendido?

Peeta rompió a llorar para dejar claro su descontento, lo que hizo que Frieda suspirara una vez más.

—¿Te importa? —le preguntó a Hope—. Cuando me haya cambiado voy a ver si encuentro en el sótano algo de decoración

navideña para que nuestra princesita pueda embellecer sus aposentos.

Hope la miró sorprendida. ¿A cuento de qué venía aquel comentario tan despectivo? Llevaba ya varios días criticando constantemente a la jefa. Obviamente solo aquí abajo y solo ante ella. Delante de Ally era todo amabilidad exagerada. A Hope le parecía bien, pero para nada sincero. Frieda fingía ante Ally y eso no estaba bien. De algún modo era… insidioso.

Apartó las preguntas de su mente para concentrarse en el niño, que seguía protestando sentado en su sillita. Se sentó a su lado y cogió una cucharada de la papilla. Peeta apartó de inmediato la boca.

—Te entiendo, hombrecito —lo tranquilizó Hope. Luego cogió el plato con la papilla e hizo desaparecer en el cubo de la basura aquella sustancia marrón. Por si las moscas la tapó con unas cuantas hojas de papel de cocina y luego lavó el plato—. A ver si encontramos algo más rico —murmuró y fue a la nevera. Sacó un yogur natural y lo mezcló con trocitos de plátano—. ¿Qué te parece? ¿A que está rico? —preguntó y le metió a Peeta la primera cucharada en la boca.

—Mmh —dijo este y emitió un sonido de satisfacción con los labios.

—Pues entonces tendremos que comérnoslo rapidito, mi tesoro —le dijo en voz baja, deseando que Frieda no regresara hasta que hubieran acabado todo. Peeta debió de opinar igual porque abrió la boquita para recibir la siguiente cucharada.

Mientras le seguía dando de comer, no dejaba de estar atenta a los ruidos procedentes de fuera. Si la pillaba Frieda dándole a Peeta otra cosa que lo que ella había ordenado, seguramente habría bronca, por menoscabar su autoridad materna.

Pero al final, la preocupación resultó injustificada. Peeta había acabado de desayunar hacía mucho cuando volvió Frieda a la cocina. Traía una caja grande y llena de polvo.

—Esto es lo único que he encontrado entre los trastos de ahí abajo.

Hope echó un vistazo dentro y luego miró a Frieda.

—¿Te importa si me encargo de esto en un plis plas y le doy una alegría a Ally? Luego prometo ocuparme de Peeta.

Frieda asintió aunque parecía de todo menos contenta.

Hope cogió la caja de la mesa y subió con ella en brazos al piso de arriba.

Tres cuartos de hora después había conseguido convertir la habitación de Ally en el país de las maravillas navideñas.

Ally admiró embelesada todas aquellas luces y figuritas. Estaba inmensamente feliz y parecía querer absorber el ambiente festivo de la estancia.

Hope estaba igual de feliz y mediante la aplicación del móvil le comunicó que más tarde también haría galletas.

Cuando haya acabado, le subiré unas cuantas, escribió antes de dejar a Ally sola.

En el umbral se giró una vez más hacia ella, le dedicó un gesto de ánimo, cerró la puerta y giró la llave, tal como se lo habían inculcado. No le gustaba nada hacerlo y se consolaba pensando que era por el bien de Ally.

De vuelta en la cocina, vio a Frieda sentada a la mesa. La enfermera seguía bebiendo té a sorbitos.

—La habitación ha quedado genial —anunció Hope alegre.

Frieda siguió mirando muda su taza de té.

—¿Frieda? —volvió a intentarlo de nuevo, pero siguió sin obtener respuesta.

Hope no supo qué hacer. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

De repente, una sacudida recorrió el cuerpo de Frieda.

—Sé que no me estoy portando bien con ella —explicó con una voz extrañamente monótona.

—¿Con quién? —preguntó Hope confundida.

—Con Ally —contestó Frieda, aunque hablando más bien sola—. Estamos aquí por ella, para aliviar a Adam. Y no es que no me guste

estar en esta casa, pero a veces, en días como hoy, pienso que ojalá todo fuera normal.

Hope se sentó a su lado.

—¿Dónde está Peeta?

—En nuestra habitación —contestó Frieda ensimismada—. Está jugando y parecía contento, así que he aprovechado para tomarme un respiro.

—¿Va todo bien, de verdad? —preguntó Hope preocupada.

—Ally me cae bien, en serio —prosiguió Frieda haciendo caso omiso de la pregunta—. Pero su lloriqueo y sus exigencias – que cada día son más – me sacan de quicio. ¿A qué viene eso? Yo también preferiría estar con mi marido y pasar la Navidad con mi familia, pero ¿me oyes quejarme?

—Frieda, pero si te ayudo en todo lo que puedo —trató de consolarla Hope usando un tono de voz bajo.

Pero una vez más, la otra mujer hizo caso omiso.

Lo que sí hizo fue dar un manotazo en la mesa y mirar a Hope de una manera que la dejó petrificada. De los ojos de Frieda saltaban chispas de pura ira. Pero entonces… en cuestión de milésimas de segundo se derrumbó. Dejó caer los hombros y bajó la mirada.

—Bueno, voy a subir a ayudarle a Ally con el baño —murmuró, se levantó y abandonó la cocina como si no hubiera pasado nada.

Hope la siguió preocupada con la mirada. Aquel estallido fue lo peor que había vivido hasta ahora con Frieda. ¿De dónde provenía aquella rabia desbordada hacia Ally?

Hope tragó y reflexionó. ¿Debería armarse de valor y comentarlo con Adam a la noche, decirle que el comportamiento de Frieda con respecto a Ally no le parecía apropiado? Pero al pensarlo, ya le entraron dudas. ¿De qué serviría? ¿Y si Adam no la tomaba en serio, si no la creía? También cabía la posibilidad de que estuviera demasiado estresado y que no le quedara más remedio que dejar a Frieda hacer y deshacer como le viniera en gana.

Absorta en sus pensamientos se fue a la habitación que ocupaban Frieda y su hijo pequeño.

Peeta estaba sentado solo en su cuna manipulando una caja que emitía diferentes sonidos de animales.

A punto de sacar al niño de la cuna, se fijó en la cama de Frieda. Acababa de descubrir algo oscuro en la almohada blanca. Se inclinó sobre la misma, usando el pulgar y el dedo índice lo cogió y lo examinó de cerca.

Al percatarse de que estaba sosteniendo un cabello negro entre los dedos, tragó.

Frieda era rubia, igual que Peeta. Ally también tenía el cabello claro. La única persona en la casa con pelo oscuro era Adam.

Se le cortó la respiración.

¿Cómo diablos había llegado un cabello de Adam a la almohada de Frieda?

De repente, recordó que a la mañana Frieda había ignorado con gesto tozudo a Adam cuando este se había despedido. Normalmente solían mostrar un trato más cordial. Como muy buenos amigos o incluso… Había ocasiones en las que Frieda parecía florecer cuando, por las noches, llegaba Adam a casa, como si hubieran accionado un interruptor en ella.

A Hope la recorrió un escalofrío.

Y luego aquel extraño arrebato de ira de antes. Y solo porque Ally había expresado su deseo de que también decoraran su habitación para la festividad que estaba por llegar.

A Ally se le revolvió el estómago al sumar dos más dos.

Frieda parecía aborrecer a Ally, odiarla incluso, y tal vez por una razón muy concreta.

¿De verdad cabía dentro de lo posible?

Lo cierto era que la mujer de Adam se pasaba casi todo el día durmiendo. Hope sospechaba que le estaban administrando somníferos.

¿Acaso se acostaría Adam todas las noches junto a su mujer, esperaría a que esta se durmiera para luego ir a hurtadillas a meterse en la cama de Frieda?

¿Estaría liado con la enfermera de su mujer?

DOCE
ALLY

Miró sonriente a la diminuta criatura a la que le estaba dando el pecho. Admiró llena de ternura su preciosa carita, las manitas regordetas, no cabía en sí de felicidad.

Con la mano libre acarició con cuidado la delicada piel e inhaló el aroma a leche y talco que desprendía el bebé.

¡Cuánto amaba a ese bebé! Y tenía la sensación de que ese amor crecía cada día. Jamás amaría a otro ser vivo tanto como amaba a su hija.

Ya ahora, a los pocos días del parto, no era capaz de imaginarse una existencia sin ese bebé.

Cerró los ojos y se concentró en la unión intensa entre el bebé y ella, disfrutó del calor intenso que desprendía su hija, los sonidos que emitía al mamar y el suspiro de satisfacción casi a cada segunda succión.

Creyó estar flotando en el espacio y el tiempo, a punto de dormirse ante tanta felicidad, algo la arrancó abruptamente de aquel capullo protector.

Le dio miedo mirar hacia abajo al notar que ya no había succión, la sensación de calor en su pecho desapareció. Aquel diminuto fardo en sus brazos resultó ajeno, frío, duro, sin vida.

Contó mentalmente hasta diez. Luego se armó de valor y abrió los ojos… y se le heló la sangre.

Ally despertó de golpe. Tenía el camisón empapado en sudor y el pelo pegado al cuero cabelludo. Temblaba de arriba abajo y tenía el sabor de bilis en la boca y ardiéndole en la garganta.

Apartó las mantas, sacó las piernas de la cama, buscó el interruptor de la luz y cerró los párpados al deslumbrarla la claridad. Pero, con los ojos cerrados, el mareo se intensificó por lo que volvió a abrirlos y parpadeó un par de veces.

Se apoyó en las manos ubicadas a ambos lados del cuerpo y consiguió levantarse. No fue ser una buena idea. El suelo bajo sus pies pareció moverse. Se sintió mal como nunca antes en su vida.

De su garganta brotó una risa amarga al comprender lo absurdo de aquello. ¿Cómo iba a saber ella si en el pasado ya se había sentido alguna vez tan mal si no sabía nada de antes? Su pasado seguía siendo un agujero negro en su mente y empezaba a creer que ese estado ya no cambiaría jamás.

Se le encogió el estómago y un chorro de líquido amargo salió disparado del estómago para llegar a la boca.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió llegar al inodoro, golpeándose por el camino la cadera contra la cómoda. Maldijo entre arcadas mientras caía de rodillas y vomitó todo lo que tenía dentro.

Poco después se levantó con mucho esfuerzo, se tambaleó hasta el lavabo para enjuagar la boca y lavarse los dientes. Al ver su rostro reflejado en el espejo, se asustó. Tenía la tez todavía más pálida de lo habitual, las ojeras todavía más oscuras, el blanco de los ojos, inyectado en sangre.

¿Había llorado en sueños?

¿Por soñar con la muerte de su bebé? ¿O había soñado otra cosa antes?

Pero ¿qué era aquello que trataba de llegar a su subconsciente a través de sus sueños? ¿Eran recuerdos? ¿Era la brecha definitiva? ¿Estaba recuperando por fin la memoria?

Por muy alarmantes que fueran esos sueños, también eran un rayo de esperanza.

Con piernas todavía inseguras, se arrastró de vuelta a la cama cuando se dio cuenta de que la puerta de la habitación estaba abierta.

En condiciones normales aquel gesto le hubiera transmitido una sensación de alivio, pero ahora, en plena noche, después de aquella horrible pesadilla, ver la puerta abierta la inquietó.

Al llegar a la cama se dejó caer en el colchón, colocó ambas manos en la tripa y permaneció atenta. O bien el bebé estaba durmiendo o bien… Algo en su interior se rompió. Se levantó de golpe, se precipitó hacia la puerta, se tambaleó, se agarró al marco para no caer hacia delante.

Mierda, justo de eso era de lo que la había estado advirtiendo Frieda. Se deslizó hasta tocar el suelo, esperó a que se le pasara el mareo y cerró mientras tanto los ojos.

Frieda… ¿dónde estaba cuando se la necesitaba?

¿O Hope? La chica era un sol, pero resultaba muy difícil comunicarse con ella. Ni ella entendía su idioma ni viceversa.

Adam era el único pilar en su vida, la única persona de referencia en esta casa. Pero ¿dónde estaba en estos momentos? El resto el día tampoco estaba apenas. Todos los días tenía que arreglárselas sola. La única que estaba ahí era Frieda. Frieda, la que decía ser su amiga. Pero ¿lo era de verdad?

Ally gimió por lo bajo, notó las lágrimas quemándole en los ojos y se levantó como pudo. De regreso a la cama, puso una mano en el lado en el que dormía Adam, se sobresaltó al notar el frío que emanaba de la manta. Puso la mano debajo, el mismo frío saliendo de la sábana.

¿Dónde estaba su marido?

¿Habría acudido a una urgencia al hospital? ¿Se habría levantado sin hacer ruido para no despertarla?

El bebé seguía sin moverse dentro de su barriga. Se planteó si pulsar el transmisor con el que avisar a Frieda, pero desechó la idea acto seguido. ¿Con qué motivo iba a justificarse? ¿Que la puerta estaba abierta? ¿Que no notaba al bebé?

Se apartó de la cama, salió al pasillo despacio y sin hacer ruido. Había luz en el piso de abajo. Se dirigió lentamente hacia ella, se agarró al pasamanos y a punto de bajar, oyó susurros.

Se detuvo y escuchó atentamente.

Eran dos personas susurrando. No fue capaz de reconocer las voces.

¿Serían Hope y Frieda?

No, Hope solía ir muy temprano para cama porque era la primera en deambular por la casa y preparar el desayuno para todos.

Ayer mismo había visto a la chica desde la ventana, saliendo a las seis de la mañana de su cabaña y correr hacia la casa principal atravesando el patio. O sea, que solo podían ser su marido y Frieda quienes charlaban en plena noche.

Pero ¿qué estarían cuchicheando a estas horas?

Ally mantuvo la respiración, agudizó el oído, pero no logró entender ni una sola palabra.

—¿Adam? —lo llamó con voz conscientemente firme, para poner fin al fantasma de la incertidumbre.

Se oyó un estruendo, como si alguien hubiera dejado caer algo al suelo.

—¿Frieda? —preguntó, contuvo la respiración y escuchó.

—Ya voy, cariño —oyó por fin la voz de su marido. Sonó entrecortada, demasiado aguda, como sin aliento.

Frunció el ceño, regresó a la cama, se sentó y esperó, atenta a la puerta abierta.

Adam regresó por fin con dos tazas humeantes en la mano.

—No podía dormir así que he preparado té. ¿Quieres? —Le tendió una de las tazas que ella aceptó agradecida. Mientras tomaba un sorbo observó la cara de Adam. Estaba roja, sudada.

—¿Te he despertado al bajar? —preguntó él mirándola con cara de inocente—. He procurado no hacer ruido, pero se ve que…

—He tenido una pesadilla —le explicó ella—. Fue eso lo que me despertó, no tú. Soñé con el bebé… Soñé que estaba muerto.

Adam la miró asustado, dejó la taza en la mesilla y se acuclilló delante de ella.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo he soñado. Estaba amamantando a mi bebé y de repente la noté fría y rígida en mis brazos. Fue… —sollozó—. Fue horrible. Y ahora… ahora no la siento… nuestra hija no se mueve, ya no la siento.

Adam la cogió de las manos y la miró muy serio.

—Tranquilízate, cariño. Es normal que los bebés, de vez en cuando, no estén tan activos. Esos seres tan diminutos ya tienen una especie de biorritmo. —Sonrió, la soltó, posó las manos con cuidado sobre su barriga y presionó con mucha delicadeza la pared abdominal. Como respondiendo a una orden, un golpe la atravesó lo que la hizo llorar de alivio.

—¿Lo ves? Todo está perfectamente.

Ally lo miró con ojos anegados en lágrimas y asintió.

—¿Con quién estabas hablando antes?

Adam la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Cuando estabas haciendo té. Me pareció oír voces.

Adam negó con la cabeza.

—Estaba solo en la cocina. Puede que me hayas oído canturrear o puede que haya hablado solo. —Se rio y le guiñó un ojo—. Al fin y al cabo, soy mayor que tú y la gente mayor hace cosas raras.

Ally lo miró confusa. Lo que acababa de decir Adam estaba pensado como una broma para aliviar la tensión del ambiente, pero no funcionó. Ni siquiera consiguió sacarle una sonrisa torcida. Estaba completamente segura de haber oído dos voces cuchichear entre sí.

¿Por qué, entonces, le estaba contando Adam eso?

—Por cierto, ¿cuánto hace que estás despierto? —preguntó ella tratando de no sonar demasiado recelosa.

Adam se encogió de hombros y miró el reloj.

—Unos cuantos minutos. Solo he hecho té. ¿Qué pudieron ser? Cinco minutos tal vez. El caso es que cuando bajé, dormías pacíficamente.

Ella no pudo evitar que los ojos se le fueran hacia su lado de la cama y recordar lo frío que estaba cuando se había levantado ella. ¡No! Estaba completamente segura de que Adam había salido de la

habitación hacía mucho más que cinco minutos. Lo que significaba que…

Se negó a llevar el pensamiento hasta el final, pero no sirvió de nada.

De repente sintió un frío helador. Empezó a tiritar lo que hizo que Adam la abrazara con fuerza. Pero, a diferencia de otras veces, en esta ocasión el gesto no resultó tranquilizador, sino falso. Muy falso y… amenazante. Apoyó los antebrazos contra el pecho de él.

—No me dejas respirar —dio como explicación y buscó su mirada.

Se dio cuenta de que él no la estaba mirando, sino que tenía la vista fija en un punto a espaldas de ella, ausente, no en sus cabales.

¿Estaba fingiendo?

¿O quería evitar que reconociera en su mirada que le estaba mintiendo descaradamente por una nimiedad así?

TRECE
HOPE

Un grito atravesó la paz silenciosa de la noche. Hope, que tras dos días bastante tranquilos, se había acostado pronto y ya estaba casi dormida, se sobresaltó. Otra vez. ¡Un grito alargado! Hope contuvo la respiración y escuchó atentamente. Trató de asignarle la voz a alguien. Era una voz femenina, histérica, no de miedo ni de dolor.

¿La voz de Ally? Sí, sin lugar a duda, era la voz de Ally. Pero ¿cómo podía ser? ¿Cómo era posible que la oyese aquí? Solo cabía una explicación posible, había dejado abierta la ventana de la habitación. En pleno invierno, con este frío.

Una vez más. Ahora fue un grito de rabia.

Hope tomó una decisión. Tenía que mirar qué estaba pasando. Tenía que averiguar si Ally necesitaba ayuda. Saltó de la cama, se puso el pantalón del chándal, el chaquetón, las botas forradas, cogió las llaves, salió corriendo hacia la casa principal.

En la puerta de entrada notó que en la planta baja acababa de encenderse una luz. Dudó un instante, pero luego decidió que tenía que averiguar qué estaba pasando.

Con dedos temblorosos metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Entró, echó un vistazo alrededor, oyó voces fuertes en la planta de arriba, distinguió dos voces: Frieda y Ally.

Frieda estaba tratando de calmar a Ally, pero la voz de Ally ahogaba las palabras de la enfermera con la intensidad de sus gritos. Era como si le estuviera dando un ataque, un ataque de histeria.

¡Allegra estaba teniendo uno de sus ataques!

Hope no se lo pensó más, se dirigió hacia las escaleras, subió hasta el primer descanso y oyó pasos acercándose. Luego vio a Frieda arriba en la barandilla, mirándola.

—Hope, siento mucho que te hayas despertado. Ally no se encuentra muy bien. Tengo que ocuparme de ella. ¿Te importaría llevarte a Peeta contigo para que pueda dormir tranquilo? La cama auxiliar sigue en tu cabaña.

Hope tragó y miró dudosa a Frieda.

—¿Estás segura de que te las podrás arreglar sola? No me importa ayudarte. Creo recordar que Adam tiene turno de noche hoy.

—Ya me las apaño —respondió Frieda—. Tú solo ayúdame con Peeta. Se ha despertado y me imagino que de un momento a otro va a …

Y en ese momento el niño empezó a llorar.

Hope asintió.

—Ya me ocupo yo —prometió—. Me lo llevo a la cabaña.

Dio media vuelta y fue a la habitación en la que estaba Peeta. Este estaba de pie en su cuna, agarrado a los barrotes y lloraba de manera desgarradora.

—Shhh, peque —trató de calmarlo. Lo cogió en brazos y le acarició la espalda. Buscó su ropa, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Sin pensárselo dos veces, lo envolvió en la manta y lo apretó contra ella. Para tranquilizarlo le canturreó una melodía y se dirigió rápido hacia la salida cuando volvió a oír la voz de Ally, pero ahora ya solo sonó desdichada.

Oyó varias veces el nombre de Adam entre aquel rifirrafe para ella ininteligible. Y entonces empezó a chillar Frieda, acallando todo lo demás. Por culpa de la barrera lingüística, no entendió ni una sola palabra, pero, aun así, pudo imaginarse de qué iba la cosa.

—Me voy con Peeta, ¿vale? —gritó hacia arriba y esperó un momento.

La voz cortante de Frieda ladró unas cuantas palabras afiladas que sonaron a una orden y luego oyó pasos.

A los pocos segundos apareció Frieda en su campo de visión.

Hope se asustó. La cara de Frieda estaba distorsionada por la rabia.

Hope dio unos pasos hacia atrás, ocultó la cabecita del niño bajo la manta para evitarle aquella imagen.

Pero la expresión facial de Frieda cambió al instante. Forzó una sonrisa, le dio un beso en la frente al niño y finalmente miró a Hope.

—Asegúrate de que Peeta duerma todo lo que tenga que dormir, ¿entendido?

Hope tragó, asintió con la cabeza y se giró para irse.

—Espera. Tampoco hace falta que vengas mañana a preparar el desayuno. Ya me encargo yo.

Hope la miró molesta.

—¿Qué le pasa a Ally? —preguntó, ahora sí. Que Frieda quisiera encargarse voluntariamente del desayuno le dio mala espina.

—¡Que quiere ver a su marido! ¡Que venga Adam y que lo haga ya!

—¿Tan mal está? —preguntó alarmada Hope—. Tal vez debería avisarle.

Frieda soltó un gemido de lamento y negó con la cabeza.

—¡Lo que faltaba! Le he dicho ya varias veces a Allegra que su marido está trabajando. Las próximas tres noches está de guardia en urgencias y es imposible que venga antes de su hora. No va a estar aquí hasta mañana hacia el mediodía.

—He oído gritar a Ally. ¿Ha tenido un ataque? ¿Se ha hecho daño?

—¿Hacerse daño? ¡Bobadas! Lo que pasa es que está histérica, una vez más —soltó Frieda irritada—. Se ha despertado y por lo visto se ha asustado porque no estaba Adam y la puerta estaba cerrada con llave. Ya conoces el problema. No puedo dejar la puerta abierta porque duermo aquí abajo y ella lo sabe. Pero puede

timbrarme a cualquier hora. ¡En vez de hacerlo monta este espectáculo, chilla como una loca y pone toda la casa patas arriba!

—Esto tiene que ser muy complicado para ella —dijo Hope con empatía—. No recordar su pasado, no poder salir de casa, que la encierren. Supongo que yo estaría igual. Yo también estaría asustada y tampoco querría estar siempre sola. Sola en esa habitación, sola de noche, encerrada como una prisionera.

Los ojos de Frieda volvieron a soltar chispas de rabia.

—Ya está bien, ¿entendido? ¡En esta casa todo gira en torno a Ally!

Hope negó asombrada con la cabeza.

—Pero si es precisamente por eso por lo que estamos aquí.

Frieda asintió impaciente.

—Ya, ya. Cierto, por supuesto. Fue por ella que Adam contrató a una chica *au pair* y a mí, para que la buena de Allegra esté atendida las veinticuatro horas del día. Todo el mundo cumple su función en esta casa, pero Ally… Para mí que lo hace a propósito, complicarnos la vida. Adam y yo accedimos a dejar la puerta abierta durante el día. Y por la noche, cuando está Adam, también queda abierta. Es solo que durante los próximos días no va a poder ser. Yo también tengo que dormir, tengo a mi hijo conmigo y soy la única responsable de él y de Ally. ¿Qué crees que pasaría si le llega a pasar algo a ella solo por no haber tenido cuidado yo o por haber sido negligente? ¡Pues que me inhabilitarían!

—Pero si estos días y semanas pasados todo ha ido muy bien —protestó Hope aun sabiendo que con ello solo provocaría aún más a Frieda—. Puede que lo único que quiera Ally es que cedas un poco.

—¡Como si no lo hiciera ya! —siseó Frieda. La voz le tembló de rabia—. Pero eso no significa que vaya a poner a mi paciente en peligro solo porque sea una caprichosa.

—¿Y si cuando Adam no está, duerme una de nosotras con ella en la habitación? Colocamos un colchón en el suelo y listo. Así Ally no estaría sola y puede que se sintiera mejor.

Frieda se la quedó mirando.

—¿Y Peeta?

—Yo también estoy aquí, Frieda. No me importa ayudar. Las noches en las que Adam está en la clínica, me llevo a Peeta conmigo a la cabaña. Tú podrías dormir con Ally, la tendrías vigilada y no habría que cerrar la puerta con llave.

Frieda resopló, reflexionó y finalmente asintió con la cabeza.

—Es una buena idea, Hope, en serio. Voy a comentárselo a Adam cuando vuelva. —Calló, la miró indecisa y luego acarició con ternura la cabeza de su hijo—. Tengo que volver a subir.

Hope asintió y abandonó la casa con Peeta en brazos.

Una vez en la cabaña, lo dejó en la cama auxiliar, le cantó una nana inglesa que pareció calmarle. A los pocos minutos los párpados empezaron a cerrársele hasta que finalmente se quedó dormido. Hope suspiró aliviada y se fue a su vez a cama.

Pero en vez de dormirse enseguida, empezó a dar vueltas de un lado a otro. No conseguía quitarse de la cabeza el ataque de rabia de Frieda.

¿Qué había sido aquello?

Si los últimos días habían discurrido pacíficamente. Ally estaba bien y Adam la había cuidado con mucho cariño cuando estaba presente. También Frieda había estado notablemente más relajada. Que hubiera perdido antes los estribos de tal manera, le resultó raro. Como enfermera que era debería saber cómo manejar ese tipo de situaciones. Para eso la habían contratado. Entonces ¿cómo era posible que perdiera así los nervios?

Inquieta y entre la penumbra, miró por la ventana hacia la silueta de la casa principal. Y luego recordó también su hallazgo en la almohada de Frieda. El cabello negro. Se incorporó en la cama. Durante varios días había desplazado de su mente tanto la imagen como sus sospechas, había tratado de no pensar en ello.

Pero ¿y si había dado con algo que lo explicara todo? ¿Podría ser que Adam hubiese flaqueado? ¿Que él y Frieda…?

Respiró hondo y se abrazó a sí misma. No quería darle más vueltas a eso, resultaba demasiado espeluznante. Pero ¿y si sí?

Estaba Ally, que no solo estaba enferma sino también embarazadísima. Ahora mismo apenas podía satisfacer las necesidades íntimas de Adam.

Pero ¿liarse por eso con Frieda?

Si Frieda también estaba casada. ¿Por qué iba a ponerle los cuernos a su marido con su jefe?

Tal vez porque su matrimonio está pasando por una crisis…

Al fin y al cabo, viviría durante meses con su hijo en esta casa, y de manera voluntaria, lejos de su marido al que raras veces veía.

Hope exhaló con fuerza.

¿Sería posible que un divorcio inminente fuera la razón de Frieda para trabajar aquí las veinticuatro horas del día?

Ella y Adam, ¿estarían liados desde hacía tiempo? ¿Sería este el motivo de los problemas matrimoniales de Frieda?

Hope parpadeó aún medio dormida. Buscó con la mano el móvil que estaba sobre la mesilla de noche y echó un vistazo a la pantalla. Casi las ocho.

Saltó de la cama, fue corriendo hacia Peeta y respiró aliviada al ver que seguía dormido. No fue hasta entonces que aceptó la llamada de Frieda.

—Sigue dormido, un momento, voy a salir para no despertarle —susurró y salió.

—He hablado con Adam. —Frieda fue directa al grano—. Va a volver un poco antes y hoy va a encargarse él en persona de Ally. Insiste en que quiere salir de excursión con ella. ¡Imagínate!

Hope titubeó, perpleja.

—Pensaba que obligatoriamente tenía que permanecer tendida.

—Pues él cree que no pasa nada y que resultará más beneficioso que perjudicial —la interrumpió Frieda de malos modos—. Y no hay manera de convencerle de lo contrario. Cree firmemente que, si sale y ve algo diferente, Ally va a sentirse mucho mejor.

Es posible, pensó Hope, pero no lo dijo en voz alta.

—Vale, en ese caso podría aprovechar y limpiar a fondo la habitación de Ally —propuso Hope.

—Adam nos da el día libre a las dos —replicó Frieda—. Así que puedes hacer lo que te dé la gana. Y yo… por fin voy a tener tiempo para Peeta.

Ya eran las diez y mientras Peeta acababa de desayunar (Hope le había preparado un huevo revuelto y una tostada con mantequilla), reflexionó sobre qué hacer con aquel día inesperadamente libre. Las clases en la escuela de idiomas no empezaban hasta la tarde y las demás chicas de su grupo trabajaban por las mañanas por lo que no podía llamarlas sin más y quedar para tomar un café.

Podía ir de compras. Si cogía el coche, estaría en Tromsø en poco más de una hora. Decidió que esa era una buena idea. Al fin y al cabo, necesitaba regalos de navidad, compraría velas aromáticas y dulces.

—¿Tú qué opinas, Peeta? ¿Va a ser un gran día? —le preguntó al pequeño y no pudo evitar reírse al ver cómo se embadurnaba la cara con el huevo—. Será mejor que te limpiemos antes de que te vea tu mamá y nos riña —dijo sonriendo y cogió el babero.

La interrumpió una llamada a la puerta.

—Mira, aquí está. ¿Vamos a abrir? —le preguntó.

Él niño se rio y emitió sonidos incomprensibles a modo de contestación. Hope, todavía sonriendo, fue hacia la puerta para abrirla.

Pero al ver a Frieda, se le esfumó la sonrisa. La mujer tenía un aspecto horrible. Los ojos estaban hinchados y rojos, la cara estaba cubierta de manchas rojas. Siempre le salían cuando estaba nerviosa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hope preocupada.

Pero Frieda tan solo la apartó, se metió dentro y sin decir ni una palabra fue directa hacia Peeta.

El niño empezó a llorar de inmediato, lo que le rompió el corazón a Hope. Peeta era consciente de en qué estado se encontraba su madre.

—Si quieres, me quedo yo hoy con Peeta —propuso rápidamente —. En serio, no me importa. Total no tengo nada especial que hacer.

Frieda cogió a Peeta en brazos y la miró.

—Qué va. Estoy bien, en serio. Es solo que estoy un poco cansada. Como podrás imaginarte, no he dormido mucho la noche pasada.

—Lo sé, por eso lo digo. Tú descansa y yo me ocupo de Peeta mientras que Adam y Ally…

—No hace falta —interrumpió Frieda su verborrea—. De todos modos, de día no soy capaz de dormir, da igual lo cansada que esté. Y esto… —paró para señalar su cara con un gesto como de restar importancia—, es porque… Ole… Lo echo de menos y eso me afecta, ¿vale? Tenía pensado quedar hoy con él.

—Pues adelante —dijo Hope—. Queda con él y haced algo bonito juntos.

—No va a poder ser. Ole tuvo turno de noche y ahora duerme. Ally y Adam regresarán por la noche y entonces ya será demasiado tarde para verlo. Esto todo y Ally y su drama constante… —Frieda recayó en sus lamentos—. No sé si voy a ser capaz de aguantar mucho más tiempo.

Hope no supo qué decir, tan solo quedó mirando a Peeta que seguía lloriqueando y queriendo desprenderse del abrazo de su madre.

—Bueno, piénsatelo —dijo finalmente—. Voy a ir a Tromsø, pero no voy a tardar mucho. Si al final sí quieres tomarte un respiro, avisa y listo.

Frieda se la quedó mirando fijamente.

—¿Por qué iba a necesitar un respiro de mi hijo?

Hope abrió la boca, pero volvió a cerrarla. ¿Qué iba a responder a eso?

—Bueno, pues me voy —comunicó Frieda picada—. Voy a pasar el día con mi pequeño tesoro y lo voy a hacer encantada. ¿Qué tipo de madre sería si, a la primera de cambio, le endosara mi hijo a una desconocida? —Dicho eso emprendió la retirada aunque no sin antes dirigirle una mirada punzante a Hope.

Peeta la miró con ojos tristes por encima del hombro de la madre y a Hope le entró una vez más la sensación de tener que salvar al niño. ¿Dónde había quedado el niño tan feliz de hacía un momento?

Cuando se hubo cerrado la puerta, suspiró y notó que tenía los pelos de punta. Le ocurría siempre que le entraba el miedo o que algo la desagradaba.

No *algo*, se corrigió a sí misma.

¡Alguien!

Frieda desencadenaba esa sensación en ella.

Y eso desde el primer día.

Al principio solo era una sensación subliminal por lo que la había apartado de su mente, pero ahora era evidente. A Ally seguramente le pasaría lo mismo. Y la pobre estaba obligada por necesidad a tener que tratar con Frieda con mucha más frecuencia que ella.

Y luego la carita triste de Peeta ahora mismo. Los niños eran muy sensibles con respecto a su entorno.

Los adultos se creían muy buenos ocultándoles emociones, pero era todo lo contrario.

Gimió y se obligó a pensar en otra cosa.

Al fin y al cabo, Ally no era problema suyo sino de Adam. Y Peeta, le tenía mucho cariño, pero era el hijo de Frieda. ¿Qué iba a poder arreglar ella?

Cuando hubo acabado de vestirse, cogió la mochila y se dirigió a la casa para comunicarle a Frieda que se iba.

De camino miró hacia le ventana de Ally. ¡Qué raro! ¿Por qué estaba Ally, aún en camisón, junto a la ventana abierta, con la mirada perdida dirigida hacia ella?

—¿Puedo ayudar? —preguntó, llevada por un impulso, pero entonces recordó que Ally no hablaba inglés, o al menos no recordaba cómo hablarlo.

Adam le había explicado que podía darse el caso de que determinados conocimientos, dentro del marco de la amnesia, también se perdieran junto con los recuerdos, y que eran muy pocos los pacientes en los que seguían en activo ciertos conocimientos concretos.

Estaba claro que Ally no había tenido esa suerte. Seguía mirándola. Pero entonces sus labios formaron una sola palabra. A Hope le pareció leer… Ayuda…

Se le aceleró el corazón.

Al abrirse la puerta de la casa y venir Frieda hacia ella, Hope se obligó a sí misma a apartar la mirada de la ventana y de Ally.

—¿Te vas ya a Tromsø?

Hope asintió con la cabeza.

—¿Podrías traerme algo?

—Sí, claro —le aseguró Hope, cogió los billetes y la lista de la compra que le entregó Frieda.

—¿Sabes a qué hora vas a volver?

—Supongo que de Tromsø iré directamente a las clases. Volveré hacia última hora de la tarde. ¿Te va bien? —Se aguantó las ganas de ofrecerle a Frieda una vez más su ayuda.

—Muy bien —respondió esta y la miró en silencio, hasta que les llegó el balbuceo de Peeta.

Hope hubiese preferido asegurarse de que el niño estaba bien, pero ¿cómo explicárselo a Frieda?

—Entonces, hasta luego —dijo, dio media vuelta y fue hacia el coche.

No fue hasta que estuvo sentada tras el volante, a unos cuantos metros de la casa, que se atrevió a volver a mirar hacia la ventana de Ally.

Ya no se veía a la mujer de Adam.

Hope giró la llave en el contacto, oyó el rugir del motor y volvió a recordar esa única palabra.

¡Ayuda!

¿La habría repetido sin ser consciente de ello o la habría recordado de los chats del programa de reconocimiento de voz?

Apagó el motor, decidida a bajar y asegurarse de que Ally estaba bien, cuando sonó una bocina detrás de ella. El coche de Adam estaba entrando en la propiedad. La saludó alegremente con la mano y no dio la impresión de estar demasiado preocupado.

El alivio inundó el interior de Hope.

Entonces, todo estaba en orden.

Tal vez estaba sacándolo todo de contexto o exagerándolo todo, porque Ally le había contagiado su pánico.

O puede que fuera por la constante oscuridad que estaba omnipresente incluso durante el día.

Todavía no convencida del todo, le devolvió el saludo a Adam, arrancó de nuevo el coche y despacio se marchó en dirección a la carretera.

CATORCE
ALLY

Se cepilló el pelo con cuidado, algo que contradecía su estado de ánimo. Ally estaba hirviendo por dentro. Los efectos de lo ocurrido entre ella y Frieda en las últimas horas. La llamada a la puerta reavivó su rabia. Solo podía ser ella: Frieda.

—Ya casi estoy —siseó y volvió a dirigir la atención a la imagen reflejada en el espejo y que no resultaba nada apaciguadora.

Las ojeras hoy parecían más acentuadas que nunca. Las mejillas estaban hundidas; la piel, sin brillo; la tez, más pálida que la de un fantasma. A pesar del cepillado, el pelo se le pegaba, grasiento, al cuero cabelludo. Frustrada dejó el cepillo en la repisa. Frieda le había propuesto esta mañana ducharla, pero no había sido capaz de acceder. No soportaba la idea de que esa mujer se volviera a acercar a ella, mucho menos volver a verla desnuda o desvalida.

Era consciente de que su negación le tuvo que resultar infantil a Frieda. Al fin y al cabo, la enfermera ya la había visto desnuda un sinfín de veces y le había ayudado a ducharse o a bañarse, pero lo de anoche lo había cambiado todo. Ya había tenido anteriormente – y en más de una ocasión – la sensación de que no le caía bien a Frieda, pero, al fin y al cabo, era su trabajo ayudarla.

Y de acuerdo con eso, los últimos días también habían estado bien en cuanto al trato, especialmente tras haber hablado y haber

hecho las paces. Pero ahora el trato entre ellas había empeorado con creces.

Frieda no solo había violado su acuerdo, sino que había sobrepasado todos los límites de una convivencia cordial, había gritado y la había ninguneado como no le correspondía en absoluto a una enfermera.

La enfermera a la que habían contratado para ayudarla, le había espetado que se comportaba como una zorra egoísta. De hecho, por una milésima de segundo, Ally había temido que Frieda fuera a atacarla físicamente.

La rabia y el desprecio en los ojos de Frieda eran más que evidentes y ahora ya no podía acallarlo más: esa mujer le daba miedo. Y no solo a ella. Cuando poco antes Hope había alzado los ojos hacia ella, le había dado la impresión de que Frieda también intimidaba a la chica *au pair*. Era por algo en su mirada y en su lenguaje corporal, había un titubeo claro a medida que se acercaba a la casa.

Tenía que hablar urgentemente con Adam, hacerle entender de manera inequívoca que había que echar a aquella mujer de la casa.

—¿Cariño? —lo oyó llamarla en ese preciso momento, poco después otra llamada a la puerta del cuarto de baño. Vale, era él… no Frieda.

Ally respiró aliviada, fue corriendo hacia la puerta, la abrió de golpe y se tiró a los brazos de Adam.

Dejó a su marido apabullado. Durante unos segundos permaneció allí de pie, acariciándole la espalda hasta que se separó de ella y la miró preocupado.

—¿Cómo estás, mi amor?

Ally negó con la cabeza.

—Anoche volví a tener ese sueño.

—¿Soñaste que nuestra hija había muerto?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Esta vez no se murió sin más en mis brazos mientras la amamantaba, Adam. Fue mucho peor…

Él la observó sin decir nada, esperó a que ella siguiera hablando.

—Soñé que había desaparecido.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres con desaparecido?

—Alguien se la había llevado de su camita. Estaba vacía. La busqué y cuando por fin la encontré, estaba… —Se detuvo y sollozó —. Al despertarme, tenía tanto miedo que no sabía si era real o si solo había sido un sueño. Tuve tanto miedo que me volví loca porque no estabas y la puerta estaba cerrada, así que grité. El dolor y el miedo me hicieron gritar hasta que me oyó Frieda. Vino corriendo. Estaba furiosa conmigo. Adam, me gritó, me insultó, me echó cosas horribles en cara.

Su marido alzó las cejas asombrado.

—¿Que hizo qué?

—Dijo que me comportaba como una zorra egoísta, me echó en cara que soy una histérica. Que por qué no había tocado el timbre sin más en vez de montar tanto jaleo.

Adam frunció el ceño.

—Bueno, cariño, algo de razón tiene. ¿Por qué no accionaste el timbre de emergencias?

—¡Porque estaba en pánico, no pensé en eso! Pero eso no es razón como para tratarme como a una loca.

—Tienes que estar equivocada, cariño. Estarías confundida por culpa del sueño y lo malinterpretaste todo. Conozco a Frieda. Es una profesional como la copa de un pino. Jamás diría algo así.

—Pero lo hizo, ¡maldita sea! —Ally alzó la voz, tanto que ella misma se asustó.

Adam, asustado, dio un paso atrás.

—Lo dijo tal cual —reafirmó ella, ahora con un tono de voz normal—. Estaba muy cabreada conmigo. En ese preciso instante sentí terror. Si quieres, pregúntale a Hope. Estaba abajo cuidando a Peeta. Tuvo que oír los gritos de Frieda, aunque no entendiera las palabras.

Adam sacudió la cabeza.

—Vale —dijo finalmente. Parecía buscar en vano qué más decir. Solo pudo mirarla indefenso.

—Quiero que la eches —exigió Ally con voz firme, dio un paso atrás y cruzó los brazos delante del pecho.

Adam soltó una carcajada de horror y abrió mucho los ojos.

—¿Echarla? Eso… eso es imposible, Allegra. ¿De dónde voy a conseguir a alguien que la sustituya?

—Seguro que hay agencias donde poder contratar personal médico. Alguna agencia de trabajo temporal. Estoy segura de que tienes tus contactos.

—Sí, claro, las hay, pero ¿crees que la cosa funciona así de rápido? Encontrar a gente de confianza lleva su tiempo, Ally. Un tiempo que no tenemos. Yo tengo que ir a trabajar y no quiero dejarte sola.

—Tenemos a Hope. Confío en ella.

—La chica tiene diecinueve años y carece de experiencia médica, por no mencionar que está aquí como *au pair* y no como enfermera. Tiene que ir todos los días a la escuela de idiomas, durante ese tiempo estarías completamente sola. ¿Qué pasa si te ocurre algo entonces? ¿Si vuelves a tener un ataque y no recuerdas nada? Jamás me lo perdonaría si llega a pasarte algo o si pierdes a nuestro bebé.

—Pero la presencia de Frieda me incomoda. Y no me siento para nada segura. De hecho creo… —Hizo una pausa significativa—. Creo que está esperando a que llegue el momento adecuado para hacerme algo.

Oyeron pasos y contuvo la respiración, deseando que no fuera Frieda. No quería ni pensar de qué manera se vengaría si había oído aquellas palabras.

Al efectivamente entrar Frieda en la habitación, Ally tiró de Adam hacia el cuarto de baño y, de una patada, le cerró la puerta en las narices a Frieda.

Adam parecía completamente sobrepasado con la situación. Pero ahora había mucho más en juego. Ella lo miró con ojos apremiantes:

—Cariño, por favor —le susurró—. Échala.

Adam se soltó, dejó caer los hombros y al final asintió.

—Vale, voy a buscar a otra persona. Pero, hasta que no la haya encontrado, tú y Frieda tenéis que arreglároslas de alguna manera. En la clínica tengo una planta entera llena de pacientes recién operados. Me va a ser imposible volver todos los días antes de fin de

turno. Lo de hoy ha sido una excepción. Y con eso me refiero tanto a lo venir antes como a lo de la excursión.

Ally se lo quedó mirando.

—¿Qué excursión?

—¿Es que no te lo ha contado Frieda? Nosotros dos, tú y yo, vamos luego a salir a dar un paseo. Voy a llevarte a un mirador que está cerca y al que te gustaba mucho ir. He traído a propósito una silla de ruedas para que no tengas que caminar. Seguro que te sentará bien salir, cambiar de aires, respirar el aire fresco del invierno. Ya verás que después de eso el mundo parecerá otra cosa. ¿Qué, te alegras?

Ally, con lágrimas de emoción en los ojos, se dejó caer contra el pecho de Adam.

—Gracias —susurró.

—Y en cuanto a hoy por la noche, he cambiado el turno con uno de mis compañeros, así, hasta nuevo aviso, trabajaré solo de día, al menos hasta que haya nacido el bebé y vuelvas a ser la Ally de siempre.

Ally alzó los ojos y, dejándose llevar por un impulso, lo besó en la boca, a lo cual él hizo un ligero movimiento hacia atrás.

Ella lo miró sorprendida, pero él esquivó su mirada.

¿Y eso? ¿Por qué le hacía una cobra?

Ally inspiró hondo y cerró los ojos. Al volver a abrirlos, se dio cuenta de que Adam estaba extrañamente turbado.

—Creo que le gustas un poco de más.

Adam la miró escandalizado.

—¿Cómo dices?

—Me has oído perfectamente —replicó Ally—. Estoy hablando de Frieda. Lo cual también explicaría su comportamiento hacia mí. A Frieda le gustas de manera inapropiada y, cuando por las noches no sacia el deseo de tenerte cerca, descarga conmigo.

—Dios, cariño, pero ¿de dónde sacas eso? Frieda lleva años casada, tiene un hijo con su marido. Está aquí para ayudar no porque… esté enamorada de mí. ¡Eso son bobadas y lo sabes!

Ally negó con la cabeza y miró fijamente a Adam.

—Estoy completamente segura. La manera en la que te mira, el hecho que esté de buen humor cuando estás tú en casa y que cuando no estás esté de un humor de perros. La expresión de su cara cuando le dijiste que ahora dormirías conmigo… En aquel momento no lo entendí, pero la imagen en conjunto es evidente. Y luego está lo de la otra noche, cuando me mentiste descaradamente. ¿Te acuerdas?

Adam palideció y negó con la cabeza.

—Me desperté y no estabas. Luego dijiste que habías bajado a hacer té, tú solo. —Ally suspiró y notó que los ojos se le iban llenando de lágrimas—. Te oí hablar con alguien. Con Frieda. Os oí susurrar, como si no fuera la primera vez… Y antes, cuando te besé, te apartaste de mí, como si te resultase desagradable que tu propia esposa te bese. Para todo esto solo hay una explicación lógica, Adam. —Cogió aire, cerró los ojos. Los volvió a abrir. Adam parecía querer esfumarse, desaparecer antes que mantener esta conversación con ella—. Dímelo, por favor. ¿Tienes una aventura con la enfermera? Sé sincero. ¿Me estás engañando con Frieda? ¿Es esa la razón por la que me odia?

Adam abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Tan solo quedó mirando consternado a Ally.

—Sé que en estos momentos no soy la mejor esposa del mundo. Te estoy causando más problemas que alegrías, pero, cariño, ¡no des esta relación por vencida!

Adam, que parecía seguir siendo incapaz de reaccionar ante aquella acusación, abrió la puerta del cuarto de baño y pasó al dormitorio. A Ally la asustó la idea de que Frieda pudiera seguir allí, pero, aparte de ellos, no había nadie más.

Adam se sentó en su lado de la cama, suspiró. Por fin la miró, muy serio.

—No tengo ninguna relación con Frieda ni con ninguna otra mujer. Siempre te he sido fiel, Ally, tienes que creerme.

Ella se mordió el labio inferior, con tanta fuerza que notó el sabor de su propia sangre.

Adam extendió el brazo para pedirle que se sentara a su lado.

Cuando lo hubo hecho, la miró muy serio.

—Te quiero a ti, Ally, siempre ha sido así. Pero ahora mismo no puede ser. El bebé… el accidente, el miedo que tengo por vosotras dos. Necesito un poco de tiempo, cariño. ¿Crees que podrás concedérmelo?

—¿Tiempo para qué?

—Para todo. Tiempo para interiorizar que, con un poco de suerte, ya hemos superado lo peor. Tiempo para que te quites todas las dudas de la cabeza. —La miró muy serio—. Te prometo que muy pronto Frieda dejará de ser un problema entre tú y yo. Encontraré a alguien, a ella le pagaré una compensación apropiada y ella y Peeta desparecerán de aquí. Pero hasta que eso ocurra… —Tragó—. Cariño, la fecha programada para el parto es para dentro de un par de semanas. ¿Crees que podrás arreglártelas con ella hasta que llegue la sustituta?

Ally le cogió la mano y se la apretó con delicadeza.

—Te prometo que lo intentaré lo mejor que pueda. Y ahora, salgamos y olvidémonos de todo por un rato.

Él le sonrió, se levantó y tiró de ella hacia él. Permanecieron un rato simplemente mirándose, entonces la abrazó, le cogió la cara entre sus manos y la besó en la boca.

Cuando los labios de él se juntaron con los de ella, Ally tuvo la esperanza de que aquello desencadenara algo en su interior.

Mariposas en el estómago.

Una sensación de calor expendiéndose por su cuerpo.

Pero no pasó nada.

QUINCE
HOPE

Ya eran casi las tres cuando Hope dejó el coche delante de la casa. En tan solo veinte minutos tendría que volver a salir para llegar a tiempo a las clases en la casa comunal. Salió a toda prisa, sacó las bolsas del maletero y con ellas en mano se fue a su alojamiento. Las horas pasadas en Tromsø habían valido la pena. Ahora sí que se sentía preparada para la Navidad. Había comprado regalos para cada miembro de la familia. El juguete para Peeta se había llevado gran parte del presupuesto. Le había comprado una alfombra acolchada, con funciones de aprendizaje y juego y con la que, según la vendedora, el peque iba a pasárselo muy bien.

A Adam le había comprado una agenda. La agenda llevaba intercaladas hojas con citas y poemas y espacios en blanco para anotar pensamientos, con la idea de reducir el estrés. A Hope le parecía que aquel era el regalo perfecto para alguien como Adam, quien, día sí y día también daba lo mejor de sí para los demás, olvidándose muy a menudo de él mismo.

Para Ally había conseguido un diario, un librito de color violeta para llenarlo con recuerdos. Y además, una bola de nieve y un *hôki*, un collar antiestrés.

El regalo para Frieda le había costado más escogerlo. Al final optó por comprarle sales de baño con olor a lavanda, una esponja

exfoliante y una loción corporal. Esperaba haber dado con el gusto de Frieda, pero aunque no fuera el caso… Hope se confesó a sí misma que le daba igual que a Frieda le gustara o no el regalo.

Para sí misma había comprado los típicos recuerdos turistas: una camiseta de Cabo Norte, un trol diminuto, tenía pensado regalárselo a su amiga, e imanes para la nevera con los que decorar la cabaña. Por último había entrado en una tienda de dulces y había comprado una bolsa de bombones y tabletas de chocolate de todas las partes del mundo.

Durante el viaje no había podido resistir la tentación y había cogido ya el primer bombón. Con los ojos cerrados dejó que la invadiera la sensación de chocolate tierno derritiéndose en su boca. Estaba feliz.

Las compras habían sido todo un éxito. Se preguntó si Ally y Adam ya habrían regresado de su excursión. Sin pensárselo dos veces, cogió dos de los regalos para Ally decidida a dárselos hoy mismo. Fue corriendo con ellos a la casa principal.

Una vez en la puerta, dudó por un momento y decidió que sería mejor timbrar en vez de usar su llave. Al fin y al cabo, no estaba de servicio.

Fue Adam quien abrió y la miró sorprendido.

—¿Te has olvidado la llave?

—No, es que no quería molestar —explicó.

—Pero si no molestas —dijo él sonriendo y se apartó para dejarla pasar—. Tú siempre eres bienvenida.

Hope se sonrojó, emocionada, y señaló la bolsa.

—Le he comprado algo a Ally. Quería darle una pequeña sorpresa y le he comprado unos detallitos en Tromsø.

—Vaya. —Adam sonrió encantado—. Le va a hacer mucha ilusión.

—¿Qué tal la excursión?

—¡Oh, nuestra excursión! —A Adam le brillaron los ojos—. A Ally le encantó este viaje relámpago a la cascada. Pero se ha cansado mucho. Ahora está durmiendo.

Hope se sintió un poco decepcionada. Le había hecho ilusión ver la cara de Ally al darle los regalos. Le entregó la bolsa a Adam.

—¿Te importaría dársela de mi parte cuando despierte? Es una bola de nieve y un *hôki*, por si le vuelve a dar un ataque de pánico.

—¿Un *hôki*? ¿Y eso qué es?

—Es una cadena de la que cuelga un tubito —explicó Hope—. Dicen que ayuda a respirar cuando se hiperventila. Lo usan los asmáticos y los enfermos de pulmón. La vendedora dijo que también sirve para los miedos. Me pareció una idea original, llevar un remedio en forma de collar, para tenerlo siempre a mano.

A Adam le pareció un gesto conmovedor.

—Es una idea genial, Hope. Te propongo algo. ¿Por qué no te llevas los regalos y se los entregas tú misma a Ally mañana por la mañana? Le va a hacer muchísima ilusión que te hayas acordado de ella. Y ahora mismo le viene muy bien cualquier aliento de ánimo, por muy pequeño que sea.

—¿Qué pasa? —Les llegó la voz de Frieda. Apareció y se plantó en medio de los dos mirando con cara de pocos amigos.

—Hope le ha traído unos regalos a Ally —explicó Adam—. Entre otras cosas, una muy útil: un *hôki*.

Frieda frunció el ceño.

—¿*Hôki*? Eso es un tubito para respirar, ¿no?

Hope asintió con la cabeza.

—¿Lo conoces? —preguntó Adam sorprendido.

Frieda lo miró echando chispas por los ojos y sin decir ni una palabra más, se fue hacia la cocina.

Adam la siguió con la mirada, afectado.

—¿Puedo tomar un vaso de agua antes de largarme a las clases? —preguntó Hope, muy preocupada por aquella reacción tan extraña. Le pareció buena idea, indagar un poco, bajo un pretexto falso.

—Por supuesto —contestó Adam y fue hacia la cocina, con Hope siguiéndole.

Frieda estaba delante de la cocina, removiendo, ensimismada, algo en una olla.

Al verla Peeta, extendió encantado los brazos hacia Hope. Esta se acercó a él, le acarició la mejilla y le revolvió el pelo rubio.

—He echado mucho de menos a este pequeñín —dijo dirigiéndose a Frieda—. Me he acostumbrado a él. Voy a echarlo

mucho de menos cuando me vaya.

Frieda dejó la cuchara de palo a un lado, se giró hacia ella. La expresión de amabilidad era como una careta a ojos de Hope.

—Peeta también te tiene mucho cariño. ¿Te lo has pasado bien en la ciudad?

Asintió y cogió el vaso de agua que le estaba tendiendo Adam. Bebió rodeada de un silencio incómodo en la cocina. Tan solo Peeta farfullaba feliz con la vida. Se fijó en que Adam y Frieda hacían todo lo posible por evitar mirarse. Es más, era como si se ignoraran mutuamente.

Miró a Adam en busca de una respuesta, pero este estaba centrado en Peeta, al que sacó de la trona y colocó en su regazo para jugar a los caballitos.

Peeta rio encantado. Adam, sin embargo, no hizo mueca alguna, tan solo miraba al niño, pero absorto en sus propios pensamientos.

Hope dejó el vaso vacío en el fregadero y a punto de salir volvió a fijarse en Adam y Peeta. El pequeño había apoyado la cabecita en el pecho del hombre y se estaba chupando el dedo. Hope sonrió, pero Adam ni la registró, parecía completamente en otro mundo, acariciando la espalda del niño, inclinándose sobre él y dándole un beso en la cabeza.

Hope tragó. Qué estampa tan íntima. Era como si hubiera una relación de familiaridad entre Peeta y Adam.

Hope miró irritada hacia Frieda, pero esta volvía a remover la olla, esforzándose por obviar a Adam.

Hope se preguntó si habría pasado algo durante su ausencia, algo que justificara aquel silencio incómodo entre ellos.

—Pues yo me voy —dijo en voz baja, a lo cual Adam alzó por fin los ojos. Parecía no haberse dado cuenta hasta ese momento que tenía a Peeta en brazos. Lo volvió a dejar en su silla, de manera algo precipitada de más, según le pareció a Hope.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo apagado.

Se despidieron, ella corrió hacia el coche, se metió dentro, dio al contacto y condujo hacia la salida de la propiedad.

Durante el trayecto hasta la casa comunal no consiguió quitarse de la cabeza el comportamiento extraño de Adam. Su actitud con

Peeta, como si fuera su propio hijo, lo cual no era de extrañar porque el niño era un verdadero encanto. No quedaba otra que quererlo.

Pero ¿por qué lo había vuelto a dejar en la trona con tanta prisa? Casi como si le resultara incómodo que ella hubiera sido testigo de aquella escena.

DIECISÉIS
HOPE

—¿Qué te parece si cenamos juntas y nos tomamos algo?

Jody, otra chica *au pair*, la miró con espíritu de marcha.

—Charlamos un poco, nos tomamos un ponche. Mi familia anfitriona es muy guay y muy abierta con las normas de visita. Puedo hacer lo que me dé la gana siempre y cuando cumpla con mis obligaciones. Y tampoco es que sean tantas.

Hope la miró indecisa.

—No sé. Frieda, la enfermera que ha contratado la familia de la casa, ha estado cocinando. Le podría parecer mal si no aparezco para cenar con ellos.

—Pero ¿no sueles tener las noches libres?

Hope asintió.

—La mayoría de las veces, sí.

—Pues venga, llama y diles que te ha salido un plan con los amigos.

Hope reflexionó. Estaría bien, para variar, hablar con alguien de su edad y distraerse.

—Vale —accedió finalmente. Sacó el móvil y marcó el número de Adam.

Al responder, la voz de este sonó muy relajada, casi contenta. Era como si la falta de seguridad de antes no hubieran sido más que

imaginaciones suyas.

—¿Quería saber si pasa algo si hoy ceno fuera? —preguntó—. Una de las chicas de la escuela me ha invitado y me apetece ir.

Adam se rio alegremente.

—Pero, claro, Hope. No hay problema. Puedes hacer lo que te dé la gana en tu tiempo libre. Disfruta de la velada y pásalo bien.

Hope se apartó un poco.

—¿Ally está bien? —preguntó en voz baja—. ¿Ha despertado?

—Ahora mismo está cenando. Por cierto, le he dicho que te habías pasado a visitarla. No le he dicho nada de los regalos. No quiero estropearte la sorpresa. Pero le ha hecho mucha ilusión que quisieras verla.

—Pues entonces hasta mañana por la mañana.

—Pásalo bien, Hope —se despidió Adam. Y la llamada se cortó.

—¿Trabajas en la casa de esa pareja que vive arriba en la colina? —preguntó usando un inglés perfecto Mats Eide, el padre anfitrión de Jody.

—Sí. Adam es neurocirujano en la clínica de Tromsø. Y Allegra, su esposa, se ve que también era médica. Ginecóloga me dijeron.

Mats la miró sorprendido.

—Anda. No sabía que son médicos. Solo los he visto un par de veces y aparte de un hola, no hemos intercambiado muchas más palabras. La mujer es… —Se calló, incómodo de repente.

—Rara. Supongo que era eso lo que ha querido decir mi marido —intervino Hella, la esposa, sonriendo de oreja a oreja y mirando a Hope y a Jody—. No quiero hablar mal de nadie, pero es verdad. La mujer es rara. La última vez que la vi, es como si estuviera drogada. Estaba como ausente. Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina. Al mirarla a la cara, te entra la depresión. —Negó con la cabeza—. Él, sin embargo, parece una persona amable. He coincidido con él un par de veces en la tienda.

Jody le había contado a Hope, que su familia anfitriona tenía una tienda de *delicatessen* en el centro de Somarroy, que el negocio iba muy bien y que tenían clientela incluso de Tromsø.

—Sí, Adam es guay —confirmó sonriente—. Me cae muy bien. Y Allegra, su esposa, también es muy amable. Lo que pasa es que está enferma. Ally tuvo un accidente muy grave hace unos meses. Se cayó mientras hacía *footing*, se dio un golpe muy fuerte en la cabeza y todavía no se ha recuperado de la lesión cerebral. No recuerda nada de antes del accidente y tiene que guardar cama para no perder al bebé.

—¿La mujer está embarazada? —preguntó Hella sorprendida.

Hope asintió.

—Sí. Ya lo estaba cuando fue lo del accidente. Es un milagro que no perdiera el bebé. Por eso está atada a la cama. Frieda, la enfermera, me dijo que se desprendió un poco la placenta y por eso tiene que quedar en cama hasta que haya nacido la pequeña.

Hella hizo una mueca.

—Sé lo que es. A mí me pasó lo mismo con mi hija, la pequeña. Me pasé semanas en la clínica. Eso casi acaba conmigo. —Hella titubeó de repente—. Espera… ¿Enfermera? ¿Ese Adam ha contratado a una enfermera? ¿Eso significa que tiene a su mujer en casa y no internada en la clínica?

Hope asintió.

—Como Adam es médico, me imagino que su mujer en casa estará en buenas manos. Y Frieda… bueno, cómo decirlo... es bastante rigurosa y severa. Está ojo avizor de que Allegra solo se levante para ir al baño. Hoy fue el primer día que la dejaron salir a una pequeña excursión con Adam. También iba siendo hora. La pobre se vuelve loca de aburrimiento y porque aún no se ha recuperado del todo del accidente.

—¿Y fue por la caída que se le desprendió algo la placenta?

—Supongo —contestó Hope.

Hella y Mats intercambiaron miradas aciagas.

—¿Qué pasa? —quiso saber Hope.

—Bueno, cuando yo tuve eso, me mandaron de inmediato al hospital. Los médicos me metieron una sonda vesical para que no

me levantara ni siquiera para ir al baño. Y cuando tenía que hacer de vientre tenía que ser en un orinal. Eso sí que era un engorro. Ya te digo… Los médicos lucharon para que pudiera seguir con el embarazo el tiempo suficiente para poder quitarme el bebé sin correr ningún riesgo. Lo que ocurrió dos meses antes de la fecha señalada. Al nacer, metieron a mi hija en la incubadora. Por eso no entiendo cómo ese Adam corre el riesgo de cuidar de su mujer en casa. Cualquier movimiento, cualquier sacudida, por pequeña que sea, podría causar un desprendimiento total de la placenta, lo que significaría la muerte tanto de la madre como del bebé.

Hope miró asustada a la mujer.

—Pero entonces, ¿Ally no debería ni siquiera subirse a un coche? Lo pregunto por lo de los baches y eso.

Hella asintió con gesto sombrío.

Hope sacudió la cabeza confundida, al darse cuenta de lo opuesto que resultaba la decisión de hoy por parte de Frieda con respecto a su severidad exagerada de los demás días. Carraspeó insegura.

—Puede que esté equivocada y que haya entendido mal lo que me explicó Frieda acerca de los problemas de salud de Ally.

Hella asintió pensativa.

—Sí, Hope, tiene que ser eso. Cualquier otra cosa no tiene ningún sentido.

DIECISIETE
ALLY

—Buenos días, dormilona.

La voz de Adam le llegó como a través de un algodón. Tuvo que concentrarse para abrir los ojos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó su marido, cuando por fin consiguió despertar.

Ella se incorporó y bostezó disimuladamente.

—Cansada, débil y agotada —contestó tratando de sonreír—. Pero solo es corporal. Mentalmente hace mucho que no me siento tan bien. —Le hizo señas para que se acercara, esperó a que Adam se hubo sentado junto a ella en el colchón—. Gracias por la excursión de ayer. No es que durara mucho, pero aun así me sentó bien. Por fin algo que no fueran estas cuatro paredes. —Suspiró—. Era justo lo que necesitaba.

Adam sonrió satisfecho.

—Sabes que te sientes así de apagada porque el día de ayer fue algo fatigoso de más, ¿verdad?

Ella le dedicó una sonrisa pícara.

—No me importa en absoluto apandar con eso, Adam, en serio.

—Pero hasta el parto no vamos a volver a correr ese riesgo. ¿Vale?

Ella asintió.

—Cuando haya nacido el bebé, podremos salir a pasear las veces que quieras, pero hasta entonces…

—Lo he entendido, cariño. Lo de ayer fue una excepción.

—Una excepción muy grande —soltó Frieda con voz cortante. Había entrado inadvertidamente en la habitación—. Ya se lo he dicho a su marido, Ally. No estoy dispuesta, y me da igual lo que opine al respecto, no estoy dispuesta, repito, a consentir otro riesgo más durante los últimos días del embarazo. Lo que haga mi sucesora, si es que encuentran a una, me trae sin cuidado, pero, mientras yo siga aquí y sea la responsable, las cosas se van a hacer como yo diga. —Se acercó más y los miró con expresión severa—. Adam me ha contado lo que ha dicho, Ally. Cree usted que él y yo… —Se interrumpió y resoplando sacudió la cabeza—. Me imagino que la responsable de ese comentario es su lesión en la cabeza. Es absurdo pensar eso de mí. No le encuentro otra explicación…

—¡Basta! —la cortó Adam, tratando de controlarse y lanzándole un aviso con los ojos—. Iba a hablar ahora mismo con mi mujer sobre ese tema, así que te ruego que…

—Vale, vale —lo interrumpió Frieda y sonrió con algo de dulzura de más en dirección a Ally—. Pues yo me retiro. Pero Hope quería subir dentro de un rato y me ha pedido que pregunte si puede.

Ally miró a Adam buscando respuesta.

—Te ha comprado unos regalos —le explicó—. La idea era que te los diera yo y te transmitiera sus mejores deseos, pero creo que debería ser ella la que te los entregue. ¿Qué te parece?

Ally se emocionó mucho.

—Su presencia aquí arriba siempre me anima. ¡Le tengo mucho cariño a Hope! —Dijo esas últimas palabras dedicándole una mirada muy significativa a Frieda, pero la enfermera ni pestañeó.

No fue hasta que la miró Adam, que entró vida en su cuerpo.

—Tengo cosas que hacer abajo —explicó y se fue.

Por fin a solas con su marido, lo miró. Quería preguntarle tantas cosas, pero ahora que tenía la oportunidad de hacerlo, no fue capaz de articular ni una sola palabra.

Ayer se habían sentado en el banco del mirador y juntos habían contemplado la pintoresca cascada de Ersfjord. Había sido otro

momento como este. Le había cogido la mano y había apoyado la cabeza contra su hombro, deseando que él respondiera a aquel acercamiento. Pero Adam había permanecido rígido como una tabla y dado la impresión de sentirse inmensamente incómodo.

—¿Qué te pasa? —preguntó él con voz tomada.

Ella negó con la cabeza.

—Bah, no es nada.

Llamaron a la puerta y Adam se levantó de golpe, pareció respirar aliviado.

—Esa tiene que ser Hope—. Le guiñó un ojo a Ally, pero también ese gesto pareció una farsa. Pero ¿qué le pasaba?

La chica *au pair* asomó la cabeza por la puerta y Adam le echó una última mirada apurada a Ally.

—Será mejor que os deje a solas. —Dicho lo cual salió a toda prisa.

Hope parecía igual de confundida que Ally por la marcha tan abrupta de Adam y miró sorprendida a Ally. Esta se encogió de hombros y sonrió incómoda.

—Hombres —dijo, pero recordó que Hope no la entendía. La chica tan solo le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros para indicar su incomprensión. Sin embargo, metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó el móvil, tecleó algo en él y se lo mostró.

¿Qué tal está?

Ally meneó la cabeza, lo que significaba *así así*…

Hope sonrió y alzó la bolsa que hasta ese momento le había pasado desapercibida a Ally.

Le dedicó una mirada interrogante.

Un regalo para usted.

Ally la miró y sonrió indecisa.

La chica volvió a teclear en el móvil y a mostrárselo.

Solo es una tontería, para animarla…

Hope metió la mano en la bolsa y primero le tendió una cadena plateada de la que colgaba un tubito. Cogió el tubito, lo mantuvo a unos centímetros de la boca, le mostró cómo funcionaba y se lo entregó a Ally.

Ally asintió con la cabeza, cogió aire, apretó el pulgar y el dedo índice, los llevó a la boca y soltó el aire.

Hope levantó el pulgar y luego fingió que estaba hiperventilando.

Ally comprendió. Era una cadena para aliviar el estrés producido por los ataques de pánico. Se colgó la cadena al cuello y asintió para darle las gracias a la chica. Esta, sin embargo, incómoda, las rechazó con un gesto de la mano. Volvió a rebuscar en la bolsa y le mostró una bola de nieve que albergaba montañas cubiertas de nieve y unos bonitos troles. Hope agitó la bola y al instante empezó a nevar en su interior.

Ally cogió el objeto y lo observó ensimismada. Le pareció recordar que esa cosa recibía el nombre de bola de nieve. La agitó y esbozó una sonrisa soñadora.

De repente le vino un pensamiento a la cabeza. Ocurrió en cuestión de segundos, algo casi imperceptible y aun así… Sin previo aviso se le llenaron los ojos de lágrimas.

Hope la miró consternada.

Ally alzó las manos enseguida tratando de hacerle entender que estaba bien. Que eran lágrimas de alegría porque acababa de recordar algo del pasado. Miró el móvil, lo cogió y le pidió con los ojos ayuda a Hope.

Esta entendió, tecleó algo y se lo tendió con un gesto de invitación.

Con manos temblorosas, Ally tecleó su texto. Al acabar le devolvió el móvil a Hope.

Hope leyó lo escrito y miró a Ally sin dar crédito, luego tecleó como loca lo que hizo sonreír a Ally.

Le entregó de nuevo el móvil a Ally, la cual notó que las manos de Hope también temblaban de emoción.

Leyó:

> ¿En serio? ¿Acaba de recordar que de pequeña tenía un juguete igual? Eso es FANTÁSTICO. ¿Qué le parece si se lo contamos a Adam y a Frieda?

Ally reflexionó, pero luego negó decidida con la cabeza.

Hope se encogió de hombros para mostrar que no entendía. Aunque Ally sabía qué quería decir, Hope lo tecleó en el móvil:

> ¿Por qué quiere guardárselo? Es un avance impresionante, algo maravilloso. Significa que va por muy buen camino.

Volvieron a intercambiar el móvil.

> ¡No me fío de Frieda! Y con mi marido también tengo dudas, no sé si realmente quiere lo mejor para mí. Por eso no quiero que se enteren aún. ¿Le importa que quede entre nosotras?

Hope leyó y asintió. Ally notó en su mirada una comprensión muda y recordó la escena de hacía poco en el jardín. La chica *au pair* también tenía sus dudas.

La puerta se abrió de golpe.

—Bueno, ustedes dos —las interrumpió Frieda—. Ya está bien por hoy.

Ally apartó los ojos de Hope, la cual hizo desaparecer en cuestión de segundos el móvil, metiéndolo en el bolsillo del pantalón. Pero Frieda ya se había dado cuenta y las miraba con desconfianza.

—Hope me ha explicado con el móvil cómo funciona esta cadena —explicó Ally rápidamente.

La enfermera la observó desconfiada, pero luego sonrió y pareció dejarlo correr.

Ally suspiró para sus adentros, igual que Hope, como vio.

Frieda le dijo algo a la chica, algo que Ally no entendió, a lo cual Hope le brindó un guiño de complicidad a Ally y se fue de la habitación.

Ally se quedó triste. Le gustaba comunicarse con ella. Era un soplo de aire fresco. ¿Cuándo había sido la última vez que había disfrutado de un momento así? Con Frieda, en cambio, llegaba de inmediato la incomodidad. Y después de que Adam le hubiera por lo visto comunicado que iban a sustituirla, la temperatura ambiental rozaba el punto de congelación.

Estudió el rostro de Frieda en busca de una reacción visible, pero la enfermera mantuvo una actitud profesional.

—Es hora de examinar los latidos del bebé. Voy a prepararlo todo y luego voy a llamar a Adam para que la examine él antes de irse para la clínica.

Ally destapó la barriga y se acomodó mientras que Frieda traía del cuarto de baño una mesilla con ruedas en la que había un aparato. Lo dejó junto a la cama y salió al pasillo a llamar a Adam.

Cuando este entró en la habitación, Frieda se colocó en el otro lado de la cama, cruzó los brazos delante del pecho a la espera de que empezara el examen.

Ally se puso rígida cuando su marido esparció el gel frío y pegajoso sobre su barriga. Miró a Frieda, pero esta no apartaba los ojos de Adam, aparentemente ignorándola. ¿Por qué no echaba su marido a esa arpía de la casa de una vez, joder?

Adam conectó el aparato y Ally se incorporó.

—¡Quiero que se vaya ahora mismo, Adam!

Su marido se sobresaltó y la miró alarmado.

—¿Qué?

—Sabes que me estoy refiriendo a Frieda. Haz que salga ahora mismo de aquí, ¿entendido?

Adam sacudió la cabeza, consternado, paseó la mirada de una mujer a otra y una vez más la situación pareció desbordarlo.

—Adam, este es nuestro bebé y tú te encargas de examinarme. No necesitas a Frieda, así que dile que se vaya, ¡maldita sea!

Ni la propia Ally sabía de dónde había sacado el valor y la fuerza para rebelarse contra el entrometimiento de Frieda. Pero notó que era lo único correcto. Y la sensación de defenderse por fin le gustó.

Observó cómo Adam le dedicó una mirada a la enfermera y le hizo un gesto leve con la cabeza.

Al mirar a Frieda, quedó petrificada.

¡De los ojos de aquella mujer emanaba odio en estado puro!

—El bebé está perfectamente —informó Adam poco después mientras la miraba pensativo.

Ally ladeó la cabeza y tragó temerosa.

—La expresión de tu cara no dice lo mismo.

Él negó con la cabeza.

—Es que… Has sido injusta con Frieda, ¿lo sabes?

—¿Injusta? —Ally no comprendió—. ¿Eso qué significa? Yo solo quería que se fuera.

—¿Por qué?

—Porque el bebé solo es asunto nuestro. ¿Por qué narices tiene que estar presente cuando escuchamos los latidos de nuestra pequeña?

Adam carraspeó.

—Porque es tu enfermera y tú su paciente. La he contratado para que no pierdas a tu bebé, cariño. Que quisieras que la mandara fuera, tuvo que ser como una bofetada para ella, después de todo lo que ha hecho por nosotros y lo que sigue haciendo. Hace días que no ve a su marido.

—¿Ya has olvidado la manera en la que me ha hablado? ¿Cómo me ha tratado?

Adam la miró muy serio.

—He hablado con ella y la versión de Frieda es un poco diferente. Dijo que tú empezaste a dar golpes a diestro y siniestro,

completamente histérica. Tenía miedo de que te diera un ataque si no te tranquilizabas y por eso te gritó. No fue por ninguna otra razón.

Ally miró a Adam y tragó.

—¿Y ya les has dicho también que vamos a rescindir el contrato tan pronto encontremos a alguien que ocupe su puesto?

Él resopló, parecía un niño indefenso.

—Hemos hablado de ello, pero no en ese orden. Antes de echarla, quiero asegurarme de tener a alguien que la sustituya. Imagínate que se enfada y que se larga sin más, en ese caso nos quedaríamos sin nadie y, en serio, no sé cómo lidiar con todo yo solo.

—Entonces, cuando dijo antes eso de su sucesora, ¿no era más que un farol?

—Seguramente —murmuró él evitando su mirada.

—Pero ¿lo has intentado? ¿Has buscado en serio a alguien que sustituya a Frieda?

—He buscado en internet y les he preguntado a algunos compañeros. Pero como ya te he dicho, esas cosas llevan su tiempo. Al fin y al cabo se trata de dar con alguien a quien le vas a confiar las dos personas más importantes de tu vida.

Ally soltó una carcajada carente de alegría.

Adam la miró consternado.

—¿A qué viene eso?

—Que quieras lo mejor para el bebé, eso te lo creo, pero en cuanto a mí… —Dejó la frase en el aire y trató de controlar las lágrimas. Luego se obligó a mirar a su marido—. ¿Puedo hacerte una pregunta? Pero prométeme que vas a ser completamente sincero.

Adam cerró los ojos y suspiró, sin embargo, asintió con la cabeza.

—¿Cómo era nuestro matrimonio antes del accidente? ¿Éramos felices?

Adam la miró consternado. Tardó un rato en recuperarse, entonces movió los hombros, hizo círculos con la cabeza hasta que le crujió el cuello y resopló.

—Teníamos nuestros problemas, Ally. Pero hablar ahora de qué tipo de problemas, nos llevaría mucho tiempo. Demasiado. —Se detuvo para buscar las palabras adecuadas con las que proseguir—. Por favor, espera a que haya nacido el bebé. ¿Harías eso por mí? De todos modos, ya queda poco. Y entonces hablaremos de todo. Te lo prometo.

Ally reflexionó y asintió.

—O sea, que iba bien encaminada con mi corazonada —dijo—. Estábamos pasando por una crisis y entonces ocurrió lo del accidente. Es por eso por lo que estás tan distante conmigo, por eso no quieres que te toque, ¿me equivoco?

—¡Cariño, por favor! —rogó él—. Hablaremos cuando haya nacido el bebé.

—Claro. —Ally sonrió con aire melancólico—. Pero todavía me debes una respuesta.

La miró, pero guardó silencio.

—¿Todavía me quieres? —Le costó pronunciar las palabras, pero ahora que habían salido, se sintió mejor.

Adam bajó la cabeza y clavó los ojos en una mancha que había a sus pies. Tras lo que pareció una eternidad volvió a alzar la mirada y abrió la boca como para decir algo.

Ally se preparó para lo que vendría a continuación, pero en eso él se levantó de golpe, como un resorte, y sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡Basta! —gritó y la miró desesperado—. Ahora no puedo.

Y sin decir ni una palabra más, salió corriendo de la habitación.

DIECIOCHO
HOPE

Solo seis días más y celebraría la Navidad con una familia de verdad. ¡Por primera vez en su vida! Aunque lo de «familia» no cuadraba del todo.

Ally y Adam eran pareja, muy pronto serían una familia de verdad, pero Frieda… Ella no encajaba allí, nunca había encajado. Pensar en el pequeño Peeta le partía el corazón. Quería a aquel niño más que a nada en el mundo. No era capaz de imaginarse cómo sería no verlo todos los días. Sin embargo, consideraba que el niño pertenecía allí, aun siendo hijo de Frieda.

De repente recordó la manera en la que la había mirado Peeta cuando Frieda se lo había arrebatado de los brazos para llevárselo a la casa principal. El niño había extendido los brazos hacia ella porque quería quedarse con ella.

Aquel hombrecito querría a su madre, seguro, pero también reaccionaba a los cambios de humor de esta, lo cual, probablemente, lo desestabilizaba.

Pero ¿qué iba a poder hacer ella?

Y por esa precisa razón estaba ansiosa por conocer a Ole, el marido de Frieda. Sería un consuelo saber que al menos él era un tío enrollado, un buen padre, capaz de manejar los drásticos cambios de humor de su mujer. Ojalá, por el bien de Peeta, sobre todo. El

mero pensamiento de que pudiera sufrir a causa de la inestabilidad psíquica de su madre, le provocaba dolor de barriga.

Hope también recordó la conversación con Hella, los problemas que esta había tenido durante su embarazo. El recuerdo hizo que se sintiera todavía peor con respecto a Frieda. ¿A qué estaba jugando la enfermera? ¿De verdad que solo se trataba de cambios de humor?

Hasta ahora no había sido capaz de hablar con Ally sobre la historia inverosímil de la placenta desprendida. No quería preocuparla aún más a estas alturas del embarazo. Pero no se lo quitaba de la cabeza y la tenía muy preocupada.

A lo largo de los últimos días se había planteado en más de una ocasión comentárselo al menos a Frieda, pero siempre había acabado desechando la idea al tenerla de frente.

Y luego estaba Adam.

En el fondo, Hope le tenía cariño, pero algo en ella le impedía confiar plenamente en él. No por el cabello que había encontrado en la almohada de Frieda. Eso no le parecía tan determinante. Si realmente engañaba a su esposa con Frieda, sería horrible, por supuesto, y no estaría para nada bien, pero ¿acaso no era el pan nuestro de cada día de los hombres de todo el mundo? Se metían en camas ajenas, les mentían a sus esposas y algunos incluso las abandonaban para irse con las amantes.

Todos esos hombres cometían errores muy graves, eran adúlteros y embaucadores y, aun así, esa posibilidad no asustaba a Hope. Lo consideraba un comportamiento, en cierto modo, muy humano.

Mucho más la preocupaba el comportamiento casi afectado que tenía con Peeta. Tras haberlo pillado jugando encariñado con el niño, era como si Adam se esforzara por evitar al pequeño y alejarse de él, cuando aparecía ella. ¿Por qué lo hacía?

Llamaron a la puerta, Hope dejó caer el lápiz, cerró su diario y fue a abrirle la puerta a Frieda.

Sin ni siquiera saludar o esperar a que la invitaran a entrar, Frieda se abrió paso y entró.

—Hope, hoy voy a necesitar tu ayuda toda la tarde. ¿Te importaría? ¿Tienes tiempo?

Hope asintió completamente cogida por sorpresa.

Frieda parecía no haber pegado ojo en toda la noche, estaba mucho más nerviosa e inquieta que de costumbre.

—He quedado con Ole —le explicó—. Pero antes aún quiero comprar los regalos para mi familia. Sé que no te viene muy bien porque tienes que ir a las clases, pero te prometo que será una excepción. No volverá a ocurrir. —Se calló y sacudió la cabeza.

—Vale, vale, no pasa nada —trató de tranquilizarla Hope al verla pasear alterada de un lado a otro de la habitación.

Pero Frieda la ignoró y prosiguió su verborrea:

—Ha llamado Adam. Tiene que operar a un paciente que ha sufrido un accidente grave, y por eso sus planes van a posponerse todos un par de horas, ¿entiendes? No sé a quién pedírselo si no.

—Que no hay problema, Frieda, en serio —le aseguró Hope—. Por un día que haga pellas no pasa nada. Luego le pido a Jody los apuntes y listo.

Frieda asintió aliviada y por fin se detuvo delante de ella.

—Te debo una, Hope, en serio.

—Olvídalo, si lo hago encantada —le restó importancia Hope—. Pero tengo que preguntarte algo —dijo antes de poner contenerse.

—Vale… —aceptó Frieda, pero con voz aún más tensa.

—Se trata de Ally y su bebé. Hace semanas me contaste que se le había desprendido la placenta y que por eso tenía que guardar cama. Pero el otro día, cuando fue de excursión con Adam…

—¿Qué?

—Estuve mirando en Google qué pasa cuando se desprende la placenta. La cosa pudo haber acabado muy mal. ¿Y si llegan a pasar por un bache? Bastaría para…

—¡Estás equivocada! —la interrumpió Frieda—. No dije que fuera el caso, sino que había que andar con cuidado para que no ocurriera. Por culpa de la caída, el embarazo es un asunto muy delicado, ¿entiendes? No hace falta mucho para que haya un desprendimiento de verdad. A eso es a lo que me refería.

Hope miró a Frieda y asintió para transmitirle que lo había entendido, pero no le creyó ni una sola palabra. Recordaba perfectamente lo que le había dicho. ¿Por qué le mentía tan

descaradamente? Como si ella fuera tan lela como para no enterarse bien de las cosas. Se tragó la rabia. No valía la pena enfrentarse a Frieda por eso.

—Vale, Frieda, pues te habré entendido mal —dijo procurando que su voz no temblara de rabia.

—¿Entonces hasta luego? —quiso asegurarse Frieda.

Hope asintió.

—De todos modos ya tenía pensado pasarme para empezar con las tareas.

—No hace falta —explicó Frieda—. Tienes libre hasta las cuatro. Aprovecha y disfruta hasta entonces.

Una vez se hubo ido Frieda, Hope esperó unos instantes y luego fue corriendo hacia la mesa, cogió el diario y buscó en él hasta encontrar la hoja y la anotación.

¡Ahí estaba! La entrada era inequívoca. Incluso había puesto las palabras de Frieda entre comillas para indicar que era una cita y no cometer ningún error.

Tanto Adam como Frieda le habían mencionado que la placenta de Ally se había desprendido un poco de la pared uterina y que por eso tenía que permanecer casi todo el tiempo tumbada en cama. Justo eso fue lo que transcribió palabra por palabra, igual que todos los demás detalles relacionados con el estado de salud de Ally.

Cerró el libro y reflexionó. ¿Por qué mentía Frieda al respecto?

¿Qué estaba pasando aquí?

Se le aceleró el corazón y de repente notó un hormigueo en la espalda. Era como si alguien…

Hope se giró de golpe, se lanzó hacia la puerta, la abrió y salió. No pudo ver mucho por culpa de la oscuridad, así que dio unos cuantos pasos hacia la derecha, luego hacia la izquierda, pero no había nadie.

Estaba convencida de que alguien la estaba observando. Pero también podía ser que, después de todo lo ocurrido, sus nervios le

estuvieran jugando una mala pasada.

Volvió a meterse dentro, se calentó en la estufa de leña y volvió a sentarse a la mesa.

¿Qué hacer con aquel inesperado tiempo libre? Barajó por un momento la posibilidad de ir de nuevo a Tromsø, pero el parte meteorológico había anunciado la llegada de una tormenta de nieve y no quiso arriesgarse a quedar varada en mitad de la nada y no poder acudir a sus tareas. Además, había gastado ya casi todos los ahorros en los regalos, en el chocolate que le había costado un ojo de la cara y en combustible, que en Noruega era extremadamente caro.

Hope suspiró. Decidió aprovechar el tiempo para ir a dar un paseo. Podía sacar un par de fotos de la zona y mandárselas a Sara. Desde que estaba aquí no había tenido mucho tiempo para hablar con su amiga. De hecho, la había desatendido de manera vergonzosa. Ya iba siendo hora de recompensarla por ello y mandarle unas imágenes impresionantes de aquel paisaje de ensueño.

Contenta se puso las botas, el chaquetón y el gorro y se puso en marcha.

Regresó a su morada una hora después, feliz y congelada. Lo primero que hizo fue ir a la cocina y poner agua a hervir para preparar un té y aprovechó para abrir la nevera y coger algo para picar.

A punto de llevar el té y el sándwich a la zona de estar, lo vio… El vaso de agua que había dejado lleno encima de la mesa al salir de la cabaña estaba tirado encima del diario.

Inspiró hondo, dejó el té y el plato en la encimera y, sin poder dar crédito, se quedó mirando aquel desastre. Cogió el vaso, lo puso de pie, luego cogió la libreta. Estaba completamente empapada y prácticamente inservible. Sus recuerdos desde el día uno de su llegada hasta ahora… ¡perdidos, destrozados, ilegibles!

Al comprender que solo podía haber sido una única persona, le empezó a hervir la sangre de rabia.

O sea, ¡no se había equivocado con esa sensación horripilante de estar siendo observada!

Frieda había espiado por la ventana y la había observado mientras hojeaba el diario en busca de la anotación sobre el diagnóstico de Ally. Había esperado a que se fuera para montar aquella guarrería. Estudió con tristeza el diario emblandecido y estuvo tentada a buscar huellas dactilares en el vaso de agua. Pero ¿de qué serviría? Y, ante todo, ¿por qué hacía Frieda esas cosas?

¿Qué pretendía?

¿Mandarle alguna señal? ¿Dejarle claro que no se inmiscuyera más en sus asuntos?

¿O había otra razón tras la destrucción de sus pertenencias?

Su cuerpo le estaba gritando que fuera a la casa principal y le pidiera cuentas a Frieda. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía muy claro que sus acusaciones serían en vano. No tenía pruebas de que durante su ausencia Frieda hubiera entrado en la cabaña.

¿Y el vaso?

Desesperada tuvo que reconocer que no tenía nada contra Frieda en la mano. La mujer diría simplemente que había sido la propia Hope la que habría tirado el vaso.

Hope suspiró. No servía de nada. Tendría que dejarlo pasar y de ahí en adelante andar con más cuidado.

De todos modos, la mayoría de las entradas e informaciones del libro las guardaba en su memoria. Solo tenía que sentarse y anotarlo todo de nuevo y a continuación esconder bien el diario de reserva.

Recordó el regalo de Ally. Suspiró al darse cuenta de que si lo usaba ella misma, tendría que comprarle un regalo nuevo a su jefa. Menos mal que todavía le quedaban unos cuantos días para hacerlo.

Sacó del armario el regalo que originariamente estaba pensado para Ally, se sentó en el sofá y empezó a escribir: en orden cronológico a partir del día de su llegada.

Cuando más tarde cerró tras de sí la puerta que daba a la habitación de Peeta, Hope se sentía como si la hubiera atropellado un camión. Temió haber cogido frío o pillado algo durante el paseo. Le dolía la cabeza, sus extremidades parecían de plomo y tenía el estómago revuelto. Al recordar que se había preparado un sándwich, pero que al final no lo había comido, suspiró. Claro, había pasado el restante tiempo libre reconstruyendo las entradas del diario.

Se había olvidado por completo del té y del bocadillo. Cuando se dio cuenta de que ya eran casi las cuatro y tenía que ir a trabajar, no le quedó tiempo para tomar nada.

Había disimulado frente a Frieda, se había esforzado por parecer relajada, serena y despreocupada al presentarse ante ella.

Cuando se hubo ido Frieda, había subido con Peeta en brazos a la habitación de Ally, pero esta estaba profundamente dormida.

Para distraerse se había puesto a hacer galletas con Peeta y luego había recogido la cocina y la había dejado impecable. Le había preparado una ración de puré de patata con huevo revuelto al hombrecito, plato que Peeta se había zampado en cuestión de pocos minutos.

Durante el baño, al pequeño le había costado horrores mantener los ojitos abiertos, cosa que a Hope le vino más que bien.

Fue a la cocina, echó un vistazo dentro de la nevera, encontró una botella abierta de vino, se sirvió una copa, la vació casi de un solo trago. Por tener el estómago vacío, el alcohol le entró directamente en la sangre causándole una agradable sensación de ingravidez.

A continuación cogió una rebanada de queso, la enrolló, la metió en la boca.

Aunque estaba hambrienta, no conseguía tragar el bolo alimenticio formado en la boca. Cuando consiguió bajar por fin el queso, temió, por un breve instante, que fuera a volver a subir, pero entonces el estómago se le calmó. Sacó dos platos de la alacena, puso un puñado de galletas en cada uno y preparó unas rebanadas de pan con queso que también repartió en los platos. Una cena conjunta con Ally durante la cual poder charlar un poco, pensó Hope mientras subía sonriente las escaleras.

Y de paso cumplía el encargo de Frieda: subirle algo de comer a Ally. Era la segunda vez aquel día que se dirigía arriba y Hope rezó, casi imploró, que la esposa de Adam estuviera por fin despierta. Necesitaba saber sin falta cómo estaba.

Llamó a la puerta, esperó unos segundos, luego abrió la puerta con llave, entró.

Sin embargo, al ver a Ally, dejó los platos rápidamente en lo primero que encontró. Tanto se asustó. La pobre estaba más pálida que de costumbre, tenía la frente perlada de gotas de sudor, parecía exánime. Apenas logró esbozar una sonrisa cansada.

Dos pasos y Hope se colocó a su lado, sacó el móvil, en el que había instalado una aplicación traductora para facilitar la comunicación. Ya no había que escribir el texto, bastaba con hablar directamente. Abrió la aplicación, le dio al botón de inicio, preguntó:

—Ally, ¿cómo se encuentra?

Ally escuchó las palabras traducidas del programa.

Hope cambió la configuración, le acercó el micrófono a la boca de Ally, dejó que esta hablara.

—Muy bien —salió a los pocos segundos una voz metálica y sonora del altavoz. Ally miró preocupada hacia la puerta.

—No se preocupe —la tranquilizó Hope a través del móvil—. Aparte de Peeta, estamos solas en la casa. Adam aún está en el trabajo y Frieda ha quedado con su marido.

Mientras que la aplicación traducía la respuesta al alemán, Hope estudió a la enferma. Ahora parecía más relajada, disfrutando con la conversación, aunque no respondió, sino que pareció reflexionar.

Pero entonces Ally apartó las mantas y, con esfuerzo, se incorporó hasta quedar sentada.

Hope la ayudó cogiendo un cojín de los sillones y colocándoselo detrás de la espalda.

Cuando Ally consiguió respirar de nuevo con normalidad, le pidió con señas el móvil que Hope tenía en la mano. Esta cambió rápido el idioma y se lo entregó.

Pero en vez de hablar, Ally se quedó mirando la pantalla, como pensando qué decir exactamente. Por fin miró con gesto sombrío a Hope, empezó a hablar.

Luego presionó el botón de traducción.

A Hope se le aceleró el corazón al escuchar las palabras de Ally.

—Creo que Frieda me está administrando tranquilizantes para paralizarme. Hacía días que no duermo tanto como hoy y no tiene sentido, ahora que sé que estamos solas. Creo que no quiere que tú y yo intercambiemos opiniones. Sabe que somos capaces de hacerlo gracias a tu móvil.

Hope miró a Ally y asintió.

Lo que estaba diciendo Ally tenía sentido. Las últimas veces que había visto a Allegra estaba mucho mejor, despierta y descansada, pero ahora… hoy… era como si le costara horrores mantener los ojos abiertos.

Hope cogió aire, le dictó la respuesta al móvil y le dio a reproducir.

Ally asintió.

—Tengo mis sospechas —tradujo la aplicación las palabras de Ally —. Creo que Adam y Frieda tienen una aventura. Pero para Frieda al menos es mucho más… Parece estar loca por mi marido, él, sin embargo, está como tenso e incómodo ante su presencia. Dudo que Adam tenga que hacer horas extra hoy y que Frieda haya quedado con Ole. Apuesto lo que sea a que Adam y Frieda tienen una cita hoy.

Hope la miró fijamente y tuvo que controlarse por no soltarle lo que había encontrado el otro día en la habitación de Frieda, en la almohada de esta. Lo que hizo fue suspirar, encogerse de hombros y esperar que Ally no hubiera notado que ella, Hope, sospechaba lo mismo desde hacía tiempo.

Ally señaló el móvil.

Hope asintió y se lo colocó delante de la boca.

—Hace unos días, Adam me confesó que nuestro matrimonio estaba pasando por un bache ya antes del accidente. —Ally siguió hablando mientras la aplicación traducía—. Además, creo que ya no me quiere y que solo le importa el bebé. Se niega a explicarme el porqué. Pero yo estoy convencida de que su relación con Frieda ya viene de atrás, de mucho antes del accidente. Lo que a su vez me lleva a preguntarme algo cuya respuesta me da muchísimo miedo:

¿Qué se esconde verdaderamente detrás de mi supuesto accidente? ¿Intentó Frieda quitarme de en medio?

DIECINUEVE
ALLY

Desde aquella tarde en la que había compartido con Hope sus sospechas sobre Adam y Frieda, no había vuelto a estar con la chica. De eso hacía dos días y estaba preocupada. ¿Había espantado a Hope con aquella terrible acusación? No habían tenido ocasión de seguir hablando de ello porque Frieda había regresado antes de lo esperado. Hope había tenido el tiempo justo de dejar la bandeja con la comida encima de la mesilla de noche antes de que Frieda le dijera que se fuera.

Ella había podido echar aún un vistazo por la ventana y alcanzó a ver a Hope huyendo prácticamente hacia su cabaña sin mirar atrás como solía hacer.

¿Había asustado tanto a la chica? ¿Pensaría Hope ahora que estaba loca, o incluso paranoica? ¿Les comentaría a Adam y a Frieda su conversación? De solo pensarlo rompió a sudar. Si sus sospechas resultaban ciertas, corría definitivamente un gran peligro.

No serviría de nada comentárselo a Adam porque este ya lo había negado y volvería a hacerlo y la haría pasar por loca, como el otro día, al posicionarse de lado de Frieda y no del suyo.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Actúa con calma, le susurró una voz en su cabeza. *Hazte la tonta. Aprovéchate de tu estado de salud y finge haberlo olvidado*

todo.

Lo pensó, pero al final desechó la idea. No porque se sintiera mal por fingir. No, es que no se consideraba a sí misma tan buena actriz.

Se incorporó con mucho esfuerzo, se levantó despacio, fue hacia la ventana, se sentó en los cojines que Adam habían repartido en el alféizar y miró hacia la oscuridad.

Había llegado al punto en que la oscuridad constante estaba empezando a afectarla. Se sentía más deprimida de lo habitual, perdía los nervios mucho antes, tenía constantemente la sensación de romper a llorar de un momento a otro. Suspirando contempló la mancha húmeda que dejaba su aliento en el cristal frío de la ventana y dibujó un corazón en él sin darse cuenta. Su interior se encogió de dolor, pero no fue algo físico sino una sensación procedente de las entrañas.

¿Era pena?

¿O le estaban jugando una mala pasada sus emociones?

Puede que sea otro recuerdo.

¡Solo tengo que permitir que pase!

¿Que pase?

¿El qué?

Ally se centró en el tirón que sentía en el estómago y en el pecho, se permitió sentir tristeza, pero nada…

Resopló, a punto de volver para cama, oyó el ruido de una puerta abriéndose en la planta de abajo. A los pocos segundos vio a Hope cruzar el jardín para dirigirse a su cabaña.

La chica se giró, miró durante unos segundos en su dirección. Ally alzó contenta la mano, saludó a Hope, pero esta la ignoró.

¿Por qué?

De repente oyó un portazo muy cerca. El ruido procedía de la casa. Ally respiró aliviada. Hope no había respondido al saludo porque había visto a Frieda o a Adam.

Eso estaba bien, significaba que no les había contado nada. Todavía podía confiar en ella. Al menos así lo esperaba.

Volvió a cama, los pensamientos giraban como locos en su cabeza, una idea cristalizó. Una idea descabellada, pero podría

funcionar. No le quedaba otra que arriesgarse. Pulsó el timbre con decisión para llamar a Frieda. Se acostó, esperó.

La enfermera llegó irradiando amabilidad, parecía casi preocupada de más por el bienestar de Ally.

—¿En qué puedo ayudarla? —canturreó. A Ally casi le dieron arcadas.

Pero se controló, siguió desempeñando su papel, suspirando y esperando sonar apagada y débil.

—Me siento mazada, Frieda —murmuró—. Y aun así, tengo mucha hambre. ¿Se lo imagina?

—¿Qué le apetece? —preguntó Frieda.

—Me apetece una taza de chocolate caliente con nubes y unas cuantas galletas de las de Hope con un poco de mermelada. Ah, ¿y podría tomar un poco más de la sopa de pasta del mediodía? Estaba tan rica.

Frieda esbozó una sonrisa.

—Antojos, sí, claro que puedo imaginármelo —dijo riéndose—. En mi caso eran los bocadillos de crema de cacao y queso fresco. Una mezcla asquerosa, pero, cuando tuve a Peeta viviendo en mi barriga, a mí me gustaba.

Ally se obligó a reírse, pero se puso seria de repente.

—Y mándeme de paso a Adam. Tengo que hablar urgentemente con él. Se trata del nombre de nuestra hija. Le he estado dando vueltas y hoy me he dado cuenta de que prefiero otro nombre.

Frieda la miró asombrada, aunque no dijo nada.

—Le mandaré a Adam con las galletas. El resto se lo subiré yo cuando esté listo.

—Gracias, Frieda. —Ally se esforzó para dedicarle una sonrisa de agradecimiento. La vio marcharse y tuvo que controlarse para no resoplar de alivio. La primera parte estaba lograda.

Esperó hasta oír los pasos de Frieda en las escaleras, entonces salió de cama y se apresuró al cuarto de baño. Allí se sacó el camisón y las bragas, se puso el albornoz. Acababa de volver al dormitorio cuando oyó a Adam entrar en la habitación. Dio un paso hacia él.

Durante un instante se miraron sin decir nada, luego reaccionó él. Alzó el plato con las galletas.

—¿Dónde lo dejo?

Ally señaló con la cabeza hacia la mesa al otro lado de la habitación y lo siguió.

—¿Por qué no has pasado estas dos últimas noches conmigo?

Él se giró hacia ella, carraspeó incómodo, buscando una respuesta. Luego se encogió de hombros.

—Pensé que tras nuestra última conversación, sería raro y que preferirías no tenerme aquí.

—¿Por qué no dices la verdad, Adam? Que eres tú el que prefiere no tener que dormir con su esposa. —Se calló, sacudió la cabeza. Luego abrió el albornoz, lo dejó caer, quedó completamente desnuda ante él. Su marido abrió la boca, luego palideció.

—Ya no te parezco atractiva porque estoy embarazada.

Lo había formulado a propósito así, como una aseveración y no como una pregunta, para que a Adam no le quedara mucho margen para dar con una excusa.

—Pero no, cariño, Dios mío, para nada. Es solo que… me parece que… —Se interrumpió, esquivó su mirada—. No deberías hacer eso, Ally —dijo finalmente cuando se hubo recuperado—. ¡Por favor, vístete!

Ally se acercó a él, alargó la mano hacia su barbilla, lo obligó a mirarla.

—¿Por qué, Adam? Somos marido y mujer, no debería importarte verme desnuda. Pero lo hace, es evidente. Lo que solo puede significar que… —Soltó un gemido desgarrador con la esperanza de que él no hubiera notado que era fingido, se cubrió la cara con las manos.

Tal como había esperado, él la abrazó y le acarició la espalda desnuda para calmarla.

Permanecieron de pie un rato, abrazados, ella completamente desnuda pegada a él, mientras que las manos de él se deslizaban una y otra vez por su piel.

Se oyó el ruido de porcelana.

El ruido de platos cayendo al suelo.

A continuación, una blasfemia.

—¡Santo cielo! —gritó Adam, tratando desesperadamente de apartarla. Pero Ally no lo soltó. Se agarró a su camisa como una lapa.

Tuvo que controlarse para no sonreír, se giró despacio, deliberadamente, hacia el origen del ruido y con fingida confusión miró a Frieda, la cual, en medio de la guarrería esparcida por el suelo, permanecía allí de pie, con los ojos clavados en Adam, sin poder dar crédito.

Ally tragó y se armó de valor.

—Pero ¿qué ha pasado, Frieda? —preguntó, dirigiéndole una mirada inocente primero a ella y luego al desastre de sopa y chocolate repartidos por el suelo—. ¿Ha tropezado?

Alzó los ojos y buscó el contacto visual con Frieda, pero al ver la rabia reflejada en los ojos de la otra, se sobresaltó.

Ally fue consciente de que Adam era lo único que impedía que Frieda se lanzara sobre ella y la matara en aquel mismo instante.

VEINTE
HOPE

Hoy era la segunda vez que Hope no se enteraba de nada en clase. Vale, la primera vez había sido porque Frieda había necesitado su ayuda y había tenido que hacer pellas, pero hoy, aunque estaba físicamente presente, su cabeza estaba en otro lado.

Hope le echó un vistazo al reloj de pulsera. Cómo aguantar hasta el final era todo un enigma. Cada fibra de su ser deseaba estar en su acogedora cabaña, metida bajo una manta y dormir de un tirón hasta mañana por la mañana. Sin embargo, estaba segura de que como mucho sería capaz de echar una cabezadita, lo cual seguía siendo mejor que estar aquí sentada, a punto de caer de la silla por culpa del cansancio que arrastraba. Había pasado las dos últimas noches en vela, dando vueltas de un lado para otro, pensando constantemente en Ally.

Aquellas horribles acusaciones vertidas contra Frieda le estaban dando qué hacer. Por un momento incluso se había planteado si contárselo a Adam. Informar a la policía tampoco era una opción. También había intentado afrontarlo sola. Aparte de la declaración de Ally no había nada más. La declaración de una mujer que sufría amnesia a consecuencia de un accidente. Ningún policía en ninguna parte del mundo daría crédito a sus palabras si a Adam y Frieda les diera por insistir en que Ally no era fidedigna.

Pero ¿y si Ally se estaba volviendo paranoica y percibía la realidad a su alrededor de manera distorsionada? ¿Y si la lesión cerebral era la causante de ver una amenaza que en verdad no existía?

A Hope tampoco le caía bien Frieda y admitió que en su presencia se sentía de todo menos cómoda. Y luego estaba el asunto del diario. Y la mentira del desprendimiento de la placenta. Y el cabello encontrado en la almohada de Frieda.

Todo ello eran argumentos a favor de que Ally bien podía estar en lo cierto con sus sospechas. ¿Por qué entonces esa lucha consigo misma? ¿Por qué las dudas?

Porque no te habrían traído a su casa si hubiese algo que ocultar, se contestó a sí misma tras darle otra vuelta más.

Eso era, por eso no tenía sentido.

Según Adam, había sido idea de Frieda contratar a una *au pair* para liberarla de algunas tareas y poder dedicarles más tiempo a los cuidados de Ally. Si Frieda realmente hubiera planeado hacerle algo a Ally, jamás traería a una desconocida a la casa, ¿no?

Pero luego estaba Ally. Había sonado tan convincente.

¿Acaso ella misma no se había visto ya en más de una ocasión tentada de comentarle a Adam los cambios de humor de Frieda? Y luego el propio Adam… ¿cabía dentro de lo posible que tuviera un lío con Frieda?

En un gesto de desesperación, Hope se pasó los dedos por el pelo hasta que recordó que seguía en clase. Joder, tenía que controlarse. Pero el asunto la traía por la calle de la amargura. ¿Cómo no se sentiría Ally?

Hope tragó, se sintió indefensa y sola con sus dudas como nunca antes en su vida.

Y eso que, en el fondo, nada de aquello era asunto suyo.

Ella no era más que la chica *au pair*, no tenía nada que ver con Ally. Además, dentro de un par de semanas recogería sus bártulos y volvería a casa. Aunque, por otro lado, llevaba tanto tiempo deseando formar parte de una familia de verdad, que ahora estaba más que dispuesta a hacer lo que hiciera falta por proteger a esta.

¡Estaba entre la espada y la pared!

Le caía muy bien Ally y se sentía como una traidora porque llevaba días evitándola. Cuando ayer por la noche Ally la había saludado desde la ventana, le dio la impresión de que estaba triste y desesperada y le había costado mucho no reaccionar al saludo.

—¿Te importaría llevarme luego? —susurró Jody interrumpiendo así la noria de sus pensamientos.

Hope asintió sombría con la cabeza.

—¿Va todo bien? —Jody la miró preocupada.

—Tengo sueño, nada más —respondió Hope.

Cuando por fin terminaron las clases, recogió las cosas en un abrir y cerrar de ojos y junto con Jody fue hacia el coche.

—Venga. Suéltalo ya. ¿Qué pasa? —quiso saber la amiga mientras cogían la salida hacia la carretera secundaria.

Hope le echó un vistazo e hizo una mueca.

—Es por Allegra, la mujer de Adam, mi jefe.

—¿La del accidente?

Hope asintió.

—Bueno, ya está mejor de la lesión cerebral. Ya recuerda algunas cosas de antes del accidente.

—Pero ¡eso está guay! Entonces seguro que no va a tardar en recordarlo todo —comentó Jody.

—Sí, eso sí —admitió Hope—. Pero no se trata de eso.

—Oye, Hope, deja ya de andarte por las ramas. ¿Qué te preocupa?

—No sé si debo hablar de ello. Con gente de fuera, me refiero.

—Que estamos solas —dijo Jody poniendo los ojos en blanco—. ¿O acaso ves a alguien más en el coche?

—Es que Ally no quiere que le cuente a su marido que está haciendo progresos. Se le ha metido en la cabeza que él y la enfermera están conspirando contra ella.

—¿Que qué? —Jody se dio un manotazo en la frente—. Eso suena más enrevesado que cualquier telenovela, ¿no crees?

Hope la miró sin entender.

—¿Telenovela? ¿A qué te refieres?

Sin decir nada, Jody alzó la mano, extendió el dedo índice y se dio con él unos golpecitos en la frente.

—¿Crees que efectivamente está loca?

—Bueno, no diría tanto, pero todo es bastante *strange*. Puede que no esté tan bien como crees. Vale, puede que recuerde algunas cosas del pasado, pero con lo de la lesión pudo desarrollar una especie de psicosis. Yo al menos, me pensaría bien qué creerle y qué no.

Habían llegado a la casa de la familia anfitriona de Jody y Hope apagó el motor. Se dirigió hacia Jody, reflexionó sobre las palabras de esta, asintió.

—Puede que tengas razón. Pero tengo una sensación extraña con todo lo que está pasando. ¿Sabes cuando tienes un presentimiento, pero no sabes qué significa?

Jody sonrió.

—Que va. Lo que tú llamas presentimiento creo que es otra cosa. Lo que creo es que esta oscuridad de mierda te está empezando a afectar. Deberías ir al solárium. Mi familia de aquí tiene un cacharro de esos en el sótano. Si quieres, les pregunto.

—No hace falta —rechazó Hope.

—¿Seguro?

Hope asintió.

—Bueno, pero al menos entra a tomarte una taza de té. Te hace falta, tienes pinta de quedarte dormida de un momento a otro y no quiero que la líes parda con un accidente. —Jody miró hacia arriba —. Además, la tormenta de nieve está empeorando, así que tendrás que estar en forma cuando te pongas en marcha.

Hope acabó cediendo. Le llevaría todavía media hora llegar a casa y, de hecho, no le vendría mal cargar las pilas. Se apeó y siguió a Hope.

Hella estaba en la cocina y las saludó con una sonrisa radiante.

—Siéntate, querida, estoy preparando un ponche.

—Le vendría mejor un café —dijo Jody en su lugar y acto seguido se puso a accionar la enorme cafetera.

Hope se dio cuenta de que hoy estaba también presente una señora mayor, sentada en una silla de ruedas.

—Esta es Trudi —se la presentó Hella—. Mi madre.

Hope le tendió la mano a la señora.

—Yo soy Hope.

La señora le devolvió el gesto, la estudió.

—¿Tú eres la chica que trabaja en la casa de los nuevos?

Hope asintió con la cabeza.

—Hella me ha contado lo que le pasó a la pobre. Una historia horrible.

Hope asintió sombría.

—Por cierto, Trudi también fue enfermera —explicó Jody—. En la clínica de Tromsø, en la que trabaja Adam.

—¿En serio? —Hope miró con interés a Trudi—. ¿Conoce a mi jefe?

—Me temo que no. Ya hace unos años que lo dejé. —Dio unos golpecitos en las ruedas de su silla—. Mi espalda ya no me deja estar de pie mucho tiempo o caminar todo el día. Estenosis del canal espinal, ¿entiendes? En mi caso no se puede operar.

—Lo siento —dijo Hope—. ¿Le gustaba trabajar allí?

Trudi asintió sonriente.

—Era mi vida. Trabajaba en quirófano. He visto de todo: víctimas de accidente, niños muy enfermos, de todo.

—Al principio fue muy duro —añadió Hella—. Con eso de que no podía ir a trabajar nos volvía locos a todos. Pero ahora ya se ha hecho a la idea de que se ha acabado.

—Podrías pedirle consejo a Trudi, por lo de Ally —sugirió Jody—. Estamos en familia.

Hope tragó, indecisa. Pero al final se decidió y se dirigió a Trudi.

—Estoy preocupada por Ally, mi madre anfitriona. Últimamente está… no sé cómo decirlo.

—Hable sin más, suéltelo, mi niña. Nada humano me es ajeno —la animó Trudi.

—Parece más perdida que de costumbre. Por un lado recuerda cosas del pasado, lo que está muy bien, pero por otro… —Se calló y se encogió de hombros.

—¿El accidente le causó amnesia?

Hope asintió.

—Y Hella dijo que está embarazada, en la recta final, y que hay incluso un ligero desprendimiento de la placenta.

—El bebé debería nacer por Año Nuevo —explicó Hope—. Y en cuanto a lo otro, lo de la placenta… es posible que me haya confundido. Frieda me dijo el otro día que aún no había desprendimiento, que solamente quiere evitar que pase.

Trudi asintió pensativa.

—Esa Frieda, ¿es enfermera diplomada?

—Sí, creo que sabe muy bien lo que hace.

—Entonces ¿cuál es el problema? ¿Qué le preocupa?

—Allegra, bueno, la paciente, no se fía de Frieda. De hecho, creo que le tiene miedo.

—¿Que le tiene miedo?

—Sí, cree que su marido y ella… bueno… que están liados y que Frieda quiere librarse de ella. Que el accidente no fue ningún accidente.

Trudi pareció consternada.

—¿Y esa Allegra lo dijo tal cual?

—Sí.

Trudi miró confundida primero a Jody y luego a Hella. Finalmente clavó los ojos en la cara de Hope.

—Y tú, niña, ¿tú qué crees? —preguntó cambiando al tú.

Hope se encogió de hombros.

—Frieda es un poco rara. Pero le está haciendo un favor a Adam cuidando a Ally. Su marido, Ole, también trabaja en la clínica. Es cuidador y conoce bien a Adam. No me cuesta imaginarme que a veces Frieda pueda llegar a perder la paciencia con Ally, por estar tanto tiempo separada de su marido y porque aparte de cuidar de la mujer de Adam también tiene que cuidar de Peeta, su hijo. No lo tiene fácil. Si hasta va a pasar las Navidades en casa de mi jefe para estar junto a Ally. No es una situación fácil para ninguno de los implicados. Para el que menos, para Adam.

Trudi asintió comprensiva.

—Los pacientes con amnesia no son fáciles de cuidar —explicó—. No hay que olvidar en ningún momento que hubo una lesión cerebral que fue la que desencadenó ese estado. Yo tendría cuidado con qué creer. Tal vez no estaría de más hablar con el marido, confiarle lo que te dijo Ally. Es importante que la paciente se sienta a salvo, que no sucumba a una paranoia, ¿entiendes?

Hope asintió, la idea de traicionar a Ally la hizo sentirse miserable.

—Por cierto, ¿cómo se apellida esa Frieda? —preguntó Trudi de repente.

Hope la miró.

—Pues para decir la verdad, no lo sé. Solo sé que su marido se llama Ole y que trabaja de cuidador en urgencias de la clínica de Tromsø y que Frieda, antes de nacer Peeta, también trabajaba allí. Es alemana. Lleva pocos años aquí en Noruega, igual que Adam y Ally.

Trudi hizo una mueca, miró a Hope.

—Que no sepas su apellido complica la cosa, obviamente, pero nada es imposible. —Se detuvo, sonrió pícara—. Voy a ver de qué me entero con respecto a esa Frieda. Quién es, qué opinaban de ella, ese tipo de cosas, ¿vale? Hasta puede que averigüe qué tal su matrimonio con ese Ole.

Hope se lo agradeció, cogió el café que le tendió Jody, tomó un trago. Luego miró a Trudi, sonrió aliviada.

—Creo que con eso no me haría un favor solo a mí.

Hope ya llevaba una hora en casa, pero seguía sin estar del todo tranquila. Seguramente fuera por el café que había tenido que tomar.

Soltó un suspiro y leyó la lista de los pros y los contras que había hecho en el bloc de apuntes del móvil. Repasó todo una vez más. Había decidido esperar algo más antes de contarle a Adam lo que le

preocupaba a Ally. Al menos hasta que Trudi hubiera cumplido su promesa de averiguar cosas.

Hope se levantó, puso las zapatillas, fue a oscuras hasta la nevera, sacó una botella de zumo de naranja. A punto de beber oyó un chirrido. Congelando el movimiento, titubeó.

Dejó la botella en la encimera, fue corriendo a la puerta y tal como estaba, en pijama y zapatillas, salió. Medio doblada corrió hacia la parte de atrás de la cabaña, se escondió detrás de una viga y echó un vistazo asomando por la esquina.

Reconoció a Frieda, que corría tras Adam, quien a su vez estaba a punto de meterse en el coche.

Aguantando la respiración, vio cómo Frieda agarraba a Adam de la manga mientras que él miraba preocupado hacia la casa primero y hacia su cabaña luego.

Hope no se atrevía ni a respirar. No quiso ni imaginar qué pasaría si la pillaban espiando.

Al principio solo oyó fragmentos de palabras que soltaba Frieda. Que estuvieran hablando en alemán, le complicó el asunto a Hope. Pero ya contaba con los conocimientos suficientes de alemán para reconocer que se trataba de Ally, que estaba profundamente dormida porque Frieda le había inyectado algo.

Los dos volvieron a mirar hacia la cabaña y Hope se vio obligada, a pesar del frío, a esperar. Por fin se miraron Frieda y Adam el uno al otro, parecían estar discutiendo sobre algo.

Hope estaba a punto de regresar a hurtadillas al interior de la cabaña cuando vio a Frieda ponerse de puntillas y darle un beso en la boca a Adam.

Hope se quedó de piedra. Así que tanto Ally como ella estaban en lo cierto con sus sospechas.

Frieda y Adam… ¡entre los dos había tema!

VEINTIUNO
ALLY

Toda su existencia, su vida en esta casa con Adam y Frieda, parecía un viaje a toda velocidad hacia el desastre desde aquella tarde en la que los había provocado conscientemente. Obviamente no sabía cuándo se desmoronaría la fachada que Adam y Frieda mantenían en pie por el bien de ella o cuándo se desmoronaría uno de ellos y…

Ally sacudió la cabeza, pero no se atrevió a llevar el pensamiento hasta sus últimas consecuencias.

Eso, ¿qué debía de esperar?

¿Habría, de hecho, una continuación para ella?

¿Estaba a punto de perder a Adam y la convivencia con él o se trataba de mucho más? ¿De su vida?

Frieda la había mirado con algo que sobrepasaba con creces la irritación. En aquel momento Ally había sentido miedo de verdad. Al mismo tiempo estaba muy orgullosa de sí misma, por no haberse dejado intimidar por Frieda y no mostrarle lo que sentía.

Hizo todo lo posible para seguir adelante con la farsa. Sí, había sido muy doloroso ver lo incómoda que le había resultado a Adam su desnudez y lo avergonzado que estaba cuando se les unió Frieda.

Pero en realidad, había sido mucho más. Más tarde se dio cuenta de que Adam no solo estaba avergonzado. Su marido parecía la

encarnación de la mala conciencia y solo porque Frieda lo había pillado abrazando a su esposa desnuda.

La reacción de Frieda tampoco había manera de malinterpretarla. Había soltado la bandeja y los había mirado sin poder dar crédito y a la vez llena de odio.

La reacción no había podido ser más inequívoca. Y la única razón para una reacción así era que esa mujer quería a Adam mucho más de lo que sería apropiado.

Ally se sobresaltó cuando llamaron a la puerta.

Hablando del rey de Roma, pensó Ally al ver entrar a Frieda.

—Bueno, ¿nos ponemos a ello? —preguntó la enfermera con la boca pequeña.

Ally alzó las cejas sin entender.

—¿Ello?

—Día de baño —fue la aclaración escueta de la enfermera.

—Quiero hacerlo sola.

Frieda negó con la cabeza y dijo con tono severo:

—De eso nada. Si se marea o si resbala, la tenemos montada.

—Pero si eso a usted le vendría muy bien —replicó Ally con tono brusco.

Frieda la miró estupefacta.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No me he explicado con claridad? —preguntó Ally y se centró en mantenerle la mirada a la enfermera.

Frieda cogió aire y por un momento no supo cómo reaccionar, acabó por salir de la habitación.

A punto de respirar aliviada, Frieda regresó con Adam de remolque.

—No sabía que ya estuvieras en casa —dijo y le regaló una sonrisa maliciosa a su marido.

—Acabo de llegar. —Su voz sonó tomada y parecía estresado y cansado, como siempre últimamente.

—Venga, dígale lo que acaba de echarme en cara —exigió Frieda.

Ally cogió aire y se armó de valor.

—Sabe, nos viene bien que lo haya traído —explicó dirigiéndose a Frieda y luego mirando de uno a otra—. Sé que estáis liados. —Alzó

las manos para rechazar la protesta que estaba a punto de articular su marido y adoptó una expresión relajada y calmada—. Espera, déjame acabar de hablar. Quería deciros que no me importa. ¡En serio! Lo que pasa es que no soporto que me mintáis o que Frieda descargue conmigo que no la satisfagas. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Adam? —Clavó los ojos en su rostro, esperó, pero al ver que no llegaba ninguna reacción de su parte, Ally resopló impaciente y miró a Frieda—. Puede usted quedarse con él. Eso sí, de aquí en adelante contrólese cuando se presente ante mí. Ni soy una niña con la que haya que ser condescendiente ni estoy incapacitada. De modo que cuando yo diga que quiero bañarme sola, ¡lo va a respetar, joder! ¿Me ha entendido?

Frieda la miró ojiplática y luego soltó una risa caballuna. Estuvo así un buen rato, luego miró a Adam.

—¿Por qué no dices nada?

Él se encogió de hombros.

—Porque no serviría de nada. Hace mucho que está convencida de eso y da igual lo que haga yo, no sirve de nada. —Calló y suspiró —. Al menos, de todo esto podemos sacar algo bueno… Parece que efectivamente vuelve a ser la de siempre.

Ally ignoró esas últimas palabras, soltó un gruñido hosco.

—¿Qué da igual lo que hagas? Adam, no has hecho nada para demostrarme que te importo. Cuando te pregunté ayer si aún me quieres, huiste literalmente y ¡no volviste a aparecer en todo el día! ¿Qué impresión crees que causa eso, joder?

La miró con hombros caídos, parecía estar a punto de romper a llorar.

—No tengo ninguna relación con Frieda —le explicó con el tono pectoral de la convicción. Bajó la mirada, la clavó en el suelo, suspiró por lo bajo—. Te quiero más que a nada en el mundo, Allegra, pero esta situación está acabando conmigo.

Alzó la cabeza, la miró indeciso durante un momento, abandonó la habitación sin decir ni una palabra más.

La enfermera la miró, negó con la cabeza.

—Se lo pone usted muy difícil al pobre.

—¡No quiero que me mientan, joder!

—Adam y yo no estamos liados. Estoy casada y quiero a mi marido, al padre de Peeta.

Ally se fijó en un brillo divertido en los ojos de Frieda, pero decidió ignorarlo.

—Entonces ¿a qué viene todo este teatro? —preguntó.

Frieda negó con la cabeza, con una sonrisa pilla.

—¿Y me lo pregunta a mí? Es evidente que ha sido todo una farsa suya. ¿En serio le sigue extrañando que esté furiosa con usted?

Ally reflexionó sobre lo que acababan de decirle, decidió finalmente que ya era más que suficiente. De todos modos no serviría de nada. Ninguno de los dos iba a ser sincero con ella. Tenía que hacerse a la idea.

Cuadró los hombros.

—Le he pedido a Adam que la eche y lo decía en serio.

Frieda la miró, sosteniéndole la mirada.

—Lo sé. Solo que no entiendo por qué. Estoy aquí para usted, disponible las veinticuatro horas del día, por su culpa tengo abandonada a mi propia familia. Y todo eso solo porque Adam y yo queremos lo mejor para su bebé. ¿Lo entiende, Allegra? Su marido, usted y yo, todos juntos hemos de remar en la misma dirección porque solo importa una única cosa, que es que esa niña nazca sana.

Ally tragó, notó que las hormonas estaban otra vez alborotándose. Se le llenaron los ojos de lágrimas y estuvo tentada de decirle a Frieda que esa también era su máxima prioridad. Pero entonces fue consciente del significado de las palabras que acababa de pronunciar la enfermera.

Ella no le importaba una mierda a nadie. Desde el principio no se había tratado de ella, sino del bebé que llevaba en su vientre. ¡De la hija de Adam y suya!

VEINTIDÓS
HOPE

Todavía aturdida y asustada, se enderezó, miró la pantalla iluminada del reloj. No eran ni las dos. O sea, apenas había dormido dos horas y media. Bizqueó preguntándose qué sería lo que la había despertado cuando oyó vibrar el móvil. Lo cogió, miró la pantalla, reconoció el número de Adam.

Se le aceleró el corazón. Desde que había llegado nunca la había llamado en plena noche. Aceptó la llamada, pero antes de poder decir nada oyó unos chillidos horribles al otro lado de la línea.

Era como si estuvieran apuñalando a alguien o como si alguien estuviera en peligro de muerte.

—¡Tienes que venir de inmediato, Hope! ¡Ya! ¡Aquí se ha desatado el pandemonio! —Oyó la voz temblorosa de Adam, aunque los gritos que ahora se habían convertido en aullidos sobrepasaban con creces su voz.

—Estoy de camino —dijo sin aliento, saltó de la cama, puso las zapatillas y tal como estaba, en pijama, corrió hacia la casa. Durante el trayecto se le pasaron miles de pensamientos por la cabeza. Tenía que ser Ally la que chillaba de esa manera, pero su voz había sonado diferente, como la de un animal, un animal luchando por su vida.

Al llegar a la puerta principal se dio cuenta de que con la conmoción había olvidado coger la llave. A punto de dar la vuelta,

Adam le abrió la puerta. Con el rostro enrojecido, estaba allí temblando ante ella y por un segundo creyó que iba a desplomarse por culpa de la preocupación.

Los gritos de Ally les llegaron desde arriba. Sonaron tan fuertes que era como si estuviese allí junto a ellos.

—¿Qué ha pasado?

Adam abrió la boca, la cerró enseguida, trataba de mantener la calma.

—Ha sido culpa mía —emitió finalmente entre mucho esfuerzo—. Ally ha enloquecido completamente. Tan mal como hoy no ha estado nunca. Acaba de darle una paliza a Frieda y a mí también me ha atacado. No consigo calmarla. Tú y ella conectáis bien. Puede que a ti te haga caso. Si no, no me quedará más remedio que pedir ayuda e ingresar a mi mujer.

—¡Dios mío! —exclamó Hope—. Eso sería lo peor que se le podría hacer a Ally, ahora que había mejorado tanto. ¿Tiene un ataque?

Adam negó con la cabeza.

—Te lo explico luego, ¿vale? Antes tengo que coger hielo para Frieda. Creo que Ally le ha roto la nariz.

Hope se quedó de piedra unos segundos, luego reaccionó. Se metió en la casa deslizándose entre Adam y la puerta, subió los peldaños de dos en dos, se asustó al llegar arriba.

Frieda estaba a cuatro patas, mientras la sangre le salía de la nariz y goteaba espesa en el suelo.

Hope, que no soportaba ver sangre, pasó trastabillando a su lado y se metió en la habitación de Ally. La embarazada estaba completamente desnuda, arrodillada en la alfombra colocada a la cabecera de la cama, se agarraba la barriga y gritaba a intervalos.

—Ally —Hope se dirigió a ella, pero la mujer no reaccionó. Se acercó, se acercó un poco más, cuando de repente la mujer alzó la cabeza y miró en su dirección. Tenía la mirada vacía, sin embargo, pareció percibir de alguna manera su presencia, porque se incorporó, alzó los brazos para protegerse.

—No voy a hacerle nada, Ally —dijo Hope con voz tranquila, aunque era consciente de que Ally no la entendía. Esperaba que el

tono de su voz la calmara—. Ally, por favor, siéntase —siguió probando Hope, sin saber qué más hacer. Entonces recordó la cadena con el *hôki*. Ally no la llevaba puesta, pero, al mirar alrededor, la vio en la mesilla de noche. La cogió rápidamente, se la tendió a Ally—. Pruebe a ver —la animó lo más suave que pudo, hizo oscilar la cadena como si fuera un péndulo. A punto de rendirse, los ojos de Ally se fijaron en el *hôki*. Hope se acercó un poco más.

Los gritos de Ally dieron paso a unos gemidos suaves mientras que Hope le acercaba el tubito a los labios. Pareció funcionar. Ally imitó los ejercicios de respiración que le había enseñado.

Hope no supo si habían transcurrido segundos o minutos antes de que Ally soltara el colgante, la mirara con tristeza, murmurara algo que sonaba a «bebé».

Hope miró la barriga de Ally, preguntándose si tendría contracciones.

Al notar una corriente de aire en la nuca, se giró de golpe. Era Adam que miraba a su mujer sin poder dar crédito.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Le hablé con calma y voz baja y le he dado la cadena. Aunque parezca mentira, funciona. —Cogió aire, se giró hacia Ally, cuya expresión facial volvió a endurecerse ahora que había vuelto Adam.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —le preguntó Hope a Adam—. ¿Tiene contracciones? Farfulló algo de un bebé.

Adam esquivó su mirada.

—Como ya he dicho antes, ha sido culpa mía que ahora esté tan alterada. Descubrió la cicatriz. Llevo todo este tiempo preguntándome cuándo se daría cuenta.

Hope frunció el ceño.

—¿Qué cicatriz?

Adam bajó la mirada.

Entonces Hope lo entendió, miró a Ally, reconoció la línea estrecha y rosada por debajo del ombligo y encima del monte de Venus.

—¿Ally ya tiene un hijo? —soltó, miró confundida a Adam—. No lo pillo… ¿Dónde está? ¿Es… es Peeta?

Adam abrió los ojos como platos, negó rápidamente con la cabeza.

—¡Por Dios, no! No Peeta. Ally y yo tuvimos un niño. Murió cuando aún vivíamos en Alemania. Paul tenía cuatro años cuando tuvo lugar la tragedia. —Hope miró a Adam consternada, vio que tenía los ojos anegados en lágrimas—. Aquello hizo que Ally perdiera la cabeza, intentó suicidarse un par de veces, ya no le veía sentido a la vida. Por eso nos vinimos aquí, porque los dos necesitábamos empezar de cero. Deseé de todo corazón que las cosas aquí mejoraran. Que Ally volviera a quedar embarazada, que su estado anímico también mejorara. Que recuperara las ganas de vivir. Pero todo salió al revés.

Adam cayó de rodillas, rompió a llorar.

Hope se vio superada por la situación, se sintió tan fuera de lugar en medio de la revelación del destino de dos personas que deseó poder desaparecer allí y ahora.

Y de repente también encajó la última pieza del puzle. Sin que nadie se lo hubiera dicho, supo que el presunto accidente de Ally no había sido tal.

Pero la responsable no era Frieda, sino la propia Ally. Tuvo que ser otro intento de suicidio, y eso que volvía a estar embarazada de su hija.

—¿Lo entiendes ahora? —sonó de repente la voz nasal de Frieda a sus espaldas. Tenía la nariz muy hinchada, con ojeras de color violeta. Hope se acercó, se detuvo delante de ella—. Por eso nuestro cuidado exagerado y la puerta cerrada con llave. Le rogué a Adam que le contara la verdad, pero él tenía miedo, quería ocultársela hasta después del parto. Por eso siempre tenía que estar alguien presente cuando se duchaba o bañaba. Me enfadé mucho con Adam por obligarme a mentirle a mi paciente. Y al mismo tiempo me daba mucha pena porque no tenía a nadie más con quien hablar. Excepto a mí. Sus compañeros le insistían una y otra vez que ingresara a Ally, pero él insistía en traérsela a casa, bajo su responsabilidad, por lo que muchos lo criticaron. Adam no tiene a nadie y, bien lo sabe Dios, ya ha sufrido bastante.

Hope asintió despacio. Por fin entendió el comportamiento extraño de Frieda y Adam. Entendió todo excepto el beso que había visto anoche.

Hope notó los ojos de Frieda en ella, alzó las cejas interrogante.

—No fueron imaginaciones de Ally lo de la relación —admitió Frieda sonrojándose, a lo que Adam soltó un gemido y se acercó a ellas.

—No —pidió en voz baja, pero decidida—. Eso no es asunto de Hope.

—Pero tiene que saberlo —insistió Frieda evitando mirarlo—. Estoy harta de tantas mentiras, ¿entendido?

Adam negó irritado con la cabeza.

—Déjame. —Frieda lo detuvo con la mano en alto y se giró hacia Hope—. Fue un desliz, ¿entiendes? Adam estaba por los suelos, vino a mi habitación, quería hablar. Lloró muchísimo, lo abracé y sucedió.

—Un beso —admitió Adam irritado—. Y otro más la otra noche. No lo entiendo, fue un impulso y lo siento muchísimo.

—Ya lo sé. —Frieda asintió, miró a Hope—. Quise decírselo antes a Ally, pero entonces empezó a pegarme, después de que Adam le hablara de Paul. Por eso he decidido que ahora es cosa de Adam confesarle también eso.

—Amo a mi mujer —explicó Adam con la voz rota—. Nunca ha sido mi intención hacerle daño. Sin embargo, he de reconocer… —se interrumpió, cogió aire—, que este último intento suyo de quitarse la vida me ha dolido mucho, mucho de verdad. Que haya decidido así sin más dejarme atrás, llevarse a nuestro bebé… —Emitió un sollozo —. Ha sido demasiado, ¿entiendes, Hope? Yo quería, no, tenía, que castigarla por ello. Y por ser tan terca, por protestar constantemente, porque se sentía maltratada, y eso que era todo por culpa suya, me hizo perder los nervios por un momento.

—No fue culpa de Ally —lo corrigió Frieda cortante—. Perdió a su hijo, no lo superó nunca y se hartó de sufrir. Por eso lo hizo. Hubiese necesitado ir a terapia y no huir traspasando fronteras.

Adam suspiró.

De repente se oyó el llanto de un niño.

Frieda hizo amago de acudir, pero se detuvo, se giró hacia Hope.

—¿Te importaría mirar cómo está Peeta y hacer que vuelva a dormirse? Me temo que si me ve así, se asustaría muchísimo.

—Por supuesto. —Hope bajó las escaleras corriendo, contenta de alejarse del desastre de la primera planta.

Una vez en la habitación de Peeta, cogió al muchachito en brazos, le pasó una mano tranquilizadora por la espalda, empezó a cantarle una nana.

Hope notó que sentir el calor corporal del niño en sus brazos, su olor dulce, también la calmaba a ella.

Cerró los ojos, se obligó a pensar en otra cosa, cuando se abrió la puerta. Adam estaba en el marco, mirándola malhumorado.

—Le he inyectado algo a Ally para que duerma —dijo—. Y ahora quiero pedirte mis más sinceras disculpas —susurró mirando la puerta cerrada tras él—. Viniste desde Inglaterra para aprender noruego, pasar unos meses aquí, vivir una experiencia nueva y acabaste metida en el caos de una familia completamente rota. —Tragó avergonzado—. ¡Lo siento muchísimo!

Hope negó con la cabeza.

—Tu familia no está rota —replicó ella en voz baja—. Amas a Ally y ella te ama a ti. Tuvisteis un hijo al que adorabais y tendréis una hija a la que también vais a colmar de amor. Eso es muchísimo más de lo que yo jamás he tenido. Por eso créeme, por favor, cuando digo que no hay nada en este lugar que esté irrevocablemente roto. Vais a conseguirlo, Adam. ¡Estoy convencida!

El hombre trató de esbozar una sonrisa, pero fracasó. Se fijó en Peeta, que murmuró algo en sueños.

Hope soltó un soplido de asombro.

—Ha dicho «mamá», Adam. Frieda va a volverse loca de alegría.

Adam se dio la vuelta, seguramente para ir a buscar a Frieda, pero cambió de parecer al instante.

—Mejor que no la vea así —murmuró y miró al pequeño, suspiró triste.

De repente, Peeta extendió sus bracitos regordetes hacia él.

—Papá… —dijo el niño alto y claro.

Hope miró a Adam sorprendida.

—¿Tú también lo has oído?

—Sí. —Sonrió con cierta malicia—. Ole me va a matar.

VEINTITRÉS
ALLY

—¿Qué tal se encuentra hoy?

Ally ignoró la pregunta de Frieda y se hizo la dormida.

—Sé que me está oyendo. —La enfermera entró en la habitación, vino hacia la cama.

Ally suspiró, se puso de espaldas, se incorporó, no sin esfuerzo. Se sentía como si le hubieran dado una paliza, seguramente por culpa del fármaco que le había inyectado Adam ayer para tranquilizarla. Carraspeó, alzó la cabeza, soltó un resoplido asustado al ver la cara de la enfermera.

—¡Dios mío! ¿Fui yo? Lo siento muchísimo.

Frieda hizo una mueca de dolor, se llevó la mano a la nariz molida.

—Tiene usted un buen derechazo, Ally. —Se acercó, se sentó en la cama junto a Ally y buscó su mirada—. ¿Lo entiende ahora, Ally? Quiero que me lo confirme, por favor.

Ally tragó, esquivó la mirada de Frieda, asintió finalmente.

—Sí, anoche me di cuenta de varias cosas —respondió—. Sus cuidados y su severidad exagerada para conmigo. Las miradas entre usted y Adam, la familiaridad entre mi marido y usted. Todo encaja, al igual que el comportamiento comedido, casi frío, de Adam conmigo. Ahora entiendo a qué se debe. Tiene que… —Se

interrumpió para dar con las palabras exactas—: estar increíblemente enfadado conmigo.

Frieda negó con la cabeza.

—Creo que lo que pasa es que tiene miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—A que vuelva usted a intentarlo, Ally. Él la quiere, no quiere perderla y mucho menos quiere que al bebé le pase nada. Paul también era hijo suyo y el hecho de que pronto vaya usted a dar a luz a una niña es casi un milagro. Adam dijo que los médicos habían perdido casi todas las esperanzas de que volviera usted a quedarse embarazada, pero cuando sucedió, la felicidad tuvo que desbordarlo. El intento suyo de matarse a usted y al bebé, lo dejó completamente desamparado y sin saber qué hacer.

—¿Podrá perdonarme alguna vez que le haya hecho algo tan terrible? ¿Usted qué cree?

Frieda la estudió pensativa, asintió lentamente con la cabeza.

—Dele algo de tiempo. Cuando haya llegado su hija a este mundo, volverá a ser él mismo. Confíe en mí. Todo va a ir bien cuando por fin haya nacido Elara.

—¿Y usted? —quiso saber Ally—. ¿Podrá perdonarme usted alguna vez que la haya golpeado así?

Frieda se rio, acto seguido soltó un resoplido de dolor.

—Esto todo, en parte, también es culpa mía —dijo tras reflexionar un instante—. No debí apoyar a Adam, mentirla a usted y ocultarle una información tan importante. He comprendido que usted, y daba igual lo grande que tuviera la barriga, tarde o temprano descubriría la cicatriz. Tenía que haberme negado y obligado a Adam a contárselo todo. Pero no lo hice. Y eso fue error mío. —Frieda le tendió la mano—. ¿Amigas?

Ally miró a los ojos de la mujer, le devolvió el gesto.

—A por un nuevo comienzo. Pero esta vez, por favor, sin mentiras —añadió, recordando que eso ya se lo habían prometido en otra ocasión.

Después de que Frieda se hubo ido, Ally repasó mentalmente la noche anterior. No recordó cuál había sido el desencadenante que la había llevado a tocarse de repente la cicatriz. Luego la mirada en el espejo… Había sido un *shock*.

Tal vez había vuelto a tener aquella pesadilla.

Cerró los ojos, se concentró, pero nada… No tenía ni idea de qué había causado aquel desplome. Tan solo una cosa era segura: había perdido los estribos por completo. Sin embargo, recordó a Frieda y Adam tratando de apaciguarla.

Entonces su marido había mencionado a Paul, el hijo de ambos. Su trágico accidente. Los numerosos intentos de ella para quitarse la vida por eso. Y mientras hablaba la había estado mirando de una manera que le resultó escalofriante, igual que Frieda… Habían sido miradas penetrantes, escrutadoras. Seguramente habrían confiado en que con aquella revelación regresaran por fin los recuerdos. Sin embargo, lo que había ocurrido había sido que había perdido el control, había dado golpes a diestro y siniestro y le había hecho daño a Frieda.

Era como estar atrapada en una pesadilla de la que no había escapatoria. Incluso ahora seguía pareciéndole irreal, como si aquel drama no le hubiera pasado a ella sino a otra persona.

Cerró los ojos, trató de traer a la memoria la cara de Paul. Pero no lo consiguió. Ahí no había nada. A pesar de todo lo ocurrido, su cerebro seguía sin estar dispuesto a liberar aquellos recuerdos.

Y eso era una sensación horrible.

¿Qué tipo de madre era si no recordaba a su hijo muerto?

Escuchó su interior, con la esperanza de al menos poder llorar la pérdida del niño ya que no era capaz de recordar su cara.

Pero también eso le fue denegado.

Frustrada subió la manta hasta taparse la cabeza y soltó un grito ahogado.

Al oír que se abría la puerta, apartó la manta, vio a Adam entrando en la habitación.

—¿Puedo?

Ella asintió, luchando contra las lágrimas. Luego se dio cuenta de que Adam llevaba algo en la mano. Una foto enmarcada.

—¿Es… Paul?

Asentimiento de cabeza.

Extendió la mano, cogió el marco, cerró los ojos, se armó de valor.

Al volver a abrirlos, ver al niño que la miraba riéndose, notó un dolor apagado, casi imperceptible en su interior.

Pero ¿ese dolor no tendría que ser mucho más profundo, la pena no tendría que estar ahogándola?

Se concentró en su interior.

No, eso no era dolor de verdad. Solo era pesar.

Ensimismada limpió con el dedo la fina película de polvo acumulada en el cristal, tragó al darse cuenta de que los rasgos faciales del niño, su risa tan dulce, no despertaban en ella ningún tipo de emoción.

Miró a Adam.

—¿Qué pasó exactamente?

—Un accidente en la guardería. Se cayó de unas barras de mono, se partió el cuello.

Ella parpadeó consternada, abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

—No notó nada —dijo Adam con un tono de voz neutro—. Paul murió en el acto.

Ally soltó un sollozo ahogado.

—No lo recuerdo. ¿No es horrible?

—Lo recordarás… Algún día. Puede que sea una especie de barrera protectora que ha construido tu cerebro para no permitir que entren esos recuerdos mientras estés embarazada. Para que no… —Se calló de golpe, turbado.

—… Para que no vuelva a intentar quitarme la vida. —Fue Ally la que terminó la frase.

—Sí. —Él la miró, sonrió con tristeza.

—Siento mucho haberte hecho tanto daño.

—Lo sé —respondió Adam. La atravesó con la mirada. De repente, Ally tuvo la sensación de que él quería decirle algo importante, pero que no se atrevía por miedo a que ella no fuera capaz de superarlo.

—¿Qué ocurre, Adam? —trató de animarlo a abrirse, le cogió la mano, se la apretó con suavidad.

Él negó con la cabeza, apartó la mirada y se soltó.

—¡Me estás ocultando algo más!

Él carraspeó. Su expresión se había vuelto sombría de repente.

—No… no es nada importante. —Forzó una sonrisa, pero a Ally no se le pasó que era una sonrisa falsa y eso la asustó.

—Puedes contarme lo que sea, Adam, en serio. ¡Ya no soporto ni una mentira más!

Él frunció el ceño, asintió.

—Y lo haré, cariño, pero… —Se detuvo, respiró hondo—. Todo a su debido tiempo.

VEINTICUATRO
HOPE

—¡Hope! ¡Espera!

Jody sonó alterada. La amiga ya se había comportado raro con ella antes de las clases, durante las mismas parecía estar en otro mundo. Como si estuviera muy preocupada por algo.

Se giró hacia ella.

—¿Puedes llevarme?

—Claro, entra. —Abrió el coche, se sentó al volante, esperó a que Jody también se hubo sentado y abrochado el cinturón.

—¿Seguro que no te importa dar este rodeo?

—Por supuesto que no —respondió Hope y le echó un vistazo a su amiga, que en ese momento estaba mordiéndose el labio inferior —. Venga, suéltalo ya. A ti te pasa algo.

—Es solo que… —Jody se hizo la remolona—. Me trajo Hella y me dijo que, si podía, te pidiese que me llevaras tú de vuelta. Que ella tenía cosas que hacer.

—¿Y? —Hope hizo una mueca, miró a Jody con la duda reflejada en la cara—. Mientes fatal. ¿Qué pasa de verdad? ¡Venga, suéltalo!

Jody se puso roja, pero no dijo nada.

—*Vaaale.* —Hope se dio por vencida y arrancó el coche—. Pues entonces nada.

—Es por esa tal Frieda —soltó Jody por fin, no soportando más los minutos de silencio.

—¿Qué le pasa? —preguntó Hope nerviosa, recordando que había compartido su preocupación con Hella y Trudi.

—La mamá de Hella ha averiguado cosas.

—¿Qué cosas? —Hope miró sorprendida a la amiga.

Jody volvió a morderse el labio.

—No puedo contar nada. Trudi quiere decírtelo en persona.

Hope esbozó una sonrisa.

—O sea, por eso no tiene tiempo Hella para venir a recogerte.

—*Sorry* —asintió Jody avergonzada.

Tras haber aparcado pocos minutos después delante de la casa de la familia anfitriona de Jody y correr con la amiga hacia la casa, Hella abrió la puerta y las saludó ya de lejos, emocionada.

—He puesto agua a hervir para un té —dijo, miró muy seria a Hope—. Aunque en este caso sería mejor algo más fuerte.

Hope miró asustada a Hella.

—¿Tan malo es?

Hella balanceó la cabeza, como indecisa, y le indicó que la siguiera a la cocina, donde ya las estaba esperando Trudi sentada en su silla de ruedas.

—Por fin has llegado, querida —saludó a Hope con entusiasmo—. Ven, siéntate. Te estábamos esperando.

Hope aceptó la invitación y empezó a preocuparse. El secretismo de Jody, la fuerza concentrada de las mujeres de la casa…

—La enfermera en la casa de tu padre anfitrión, ¿ya has averiguado su apellido? —Trudi fue directa al grano.

Hope negó con la cabeza.

—No, pero han pasado cosas en la familia. Lo que le ocurrió a Ally fue efectivamente un accidente. —Hope se detuvo, apartó un mechón de la cara, miró las caras expectantes de las allí reunidas.

¿Qué estaba haciendo allí?

De golpe se sintió todavía más incómoda. ¿De verdad debería contarles a estas desconocidas los entresijos de la historia de su familia anfitriona? Pero, dado que en su última visita había sido ella misma la que había empezado y que incluso le había dado luz verde a Trudi para hacer averiguaciones, ahora no había manera de escaquearse. Cogió aire, las miró.

—La propia Allegra es la responsable de lo que le pasó. No fue Frieda la que quiso librarse de ella, sino ella misma. Fue un intento de suicidio.

Hope ignoró la consternación en los rostros de Hella, Trudi y Jody y resumió lo que ella misma había oído dos noches atrás. A continuación se recostó en la silla, tomó un trago de té que le había entregado Hella.

Durante un rato reinó el silencio en la estancia hasta que Trudi lo rompió.

—¿Tú te crees esa historia?

—Sí —dijo Hope tras titubear unos segundos—. No veo por qué no. Me lo contó Adam, el marido de Ally. ¿Por qué iba a mentirme precisamente a mí? Ally tiene efectivamente una cicatriz ahí donde cortan los médicos cuando sacan un bebé. Lo he mirado en Google. Todo encaja, no quedan cabos sueltos. Yo al menos lo veo así.

Trudi la miró seria, suspiró.

—Entonces me pregunto por qué te mintió esa tal Frieda.

Hope se estremeció confusa.

—¿Qué significa eso? ¿En qué mintió?

Trudi carraspeó incómoda.

—En que en la clínica de Tromsø no hay ningún matrimonio que trabaje de cuidadores y que coincida con los nombres de esa mujer y su marido.

—¿Cómo? No lo entiendo… —farfulló Hope.

—Sin embargo, así es —prosiguió Trudi—. No hay ningún hombre llamado Ole trabajando en urgencias. Y tampoco ha habido nunca ninguna enfermera llamada Frieda en ninguna de las plantas de la clínica. Nadie de mis antiguos compañeros ha oído hablar nunca de ellos.

Una Hope confusa se quedó mirando a la señora.

—Puede que haya sido otra clínica.

Trudi asintió.

—Sí, yo también pensé eso al principio, pero Adam, el neurocirujano que vino de Alemania, a ese lo conocen todos. Al igual que a su esposa Allegra, que también es médica, pero que ha ejercido muy poco tiempo de ginecóloga aquí en Noruega. Nadie entendió qué estaba pasando cuando dimitió de repente, hasta que empezaron a decir que estaba psíquicamente enferma y que por eso, de momento, tenía que centrarse en ella misma.

—Eso al menos coincide con lo que me contó Adam —contestó Hope.

—Ya, pero… —Trudi se encogió de hombros en un gesto de duda —. ¿No le contaste a Jody que tras el accidente Allegra estuvo durante varias semanas en coma y en cuidados intensivos?

Hope asintió.

—Sí, eso fue lo que me dijeron.

—¿Y te contó Frieda cómo llegó a conseguir el puesto de enfermera en la casa de Allegra y Adam?

—Creo recordar que un compañero de Adam que sabía que necesitaba ayuda en casa con Ally pensó en Ole y la esposa de este.

Trudi resopló.

—Lo que pasa, Hope, es que es como si ese Ole y esa Frieda no existieran. Y créeme, he investigado a fondo.

—¿Cómo es posible?

Trudi se encogió de hombros, lamentándolo.

—No lo sé, Hope. Como yo tampoco avanzaba, llamé a unas cuantas personas del departamento de recursos humanos. Allí no conocen a ningún cuidador con el nombre de Ole ni a ninguna enfermera llamada Frieda que estén casados y que trabajen o hayan trabajado en esta clínica. Y eso no es todo. Tampoco ninguno de los compañeros más cercanos a Adam recuerda haber tratado allí a Allegra después del accidente. Hace más de dos años y medio que la vieron por última vez.

VEINTICINCO
ALLY

La despertó un dolor indescriptible. Empezaba en el bajo vientre y se extendía hacia la espalda hasta convertirse en un tirón muy fuerte. Se incorporó en la cama, parpadeó, sin saber en un primer momento ni qué hora era ni en qué día estaba.

Apartó la manta, sacó las piernas de la cama, quiso levantarse cuando otro dolor agudo le atravesó el centro. Se encogió, gimió, notó cómo rompía a sudar. Y pasó. El corazón se le aceleró al darse cuenta de que tenían que ser las contracciones. Iba a tener un bebé… ¡ahora!

Gimiendo se inclinó hacia delante, activó el timbre de emergencias para avisar a Frieda. Casi en el mismo momento algo presionó contra su zona íntima, luego notó la humedad.

Se levantó asustada, miró hacia abajo. Había roto aguas. Entró en pánico. Volvió a tocar el timbre para llamar a Frieda. Otra ola de dolor le atravesó el cuerpo, la dejó casi sin aliento. Jadeando se inclinó hacia delante, tal como se lo había enseñado Frieda.

Inspirar hondo, soltar despacio. Respirar para luchar contra el dolor, recordó.

Cuando hubo pasado la contracción, Ally se incorporó, miró hacia la puerta. Pero ¿por qué estaba tardando tanto Frieda?

Recordó que al mediodía le había dicho que tenía planeado hacer un muñeco de nieve con Peeta. O sea, que ahora tenía que ser por la tarde o casi noche. A estas horas Hope estaba en clases y tardaría en volver.

Arrastrando los pies llegó hasta la ventana donde miró a través de los cristales empañados hacia el exterior. Pero estaba demasiado oscuro para distinguir algo. Abrió la ventana, se inclinó un poco hacia fuera cuando le dio otra contracción.

A Ally se le escapó un quejido y un gemido, las contracciones se estaban intensificando. Necesitaba ayuda urgentemente.

—¡Frieda! —gritó hacia la oscuridad. Miró alrededor, escuchó, pero no obtuvo respuesta.

El bajo vientre de Ally se encogió de dolor, se puso duro como una piedra. Ahora ya no fue capaz de luchar contra ello, emitió un grito de dolor. Cuando hubo pasado la contracción, respiró rápido, volvió a intentarlo.

—¡Frieda, por favor! ¡Que ya empieza! —le gritó a la oscuridad.

Escuchó, atenta a cualquier ruido.

Pero no obtuvo respuesta. No fue capaz de distinguir a nadie ni de oír nada. Allí fuera no había nada.

A punto de rendirse y de cerrar la ventana, vio a la enfermera con su hijo en brazos. Venían de la zona en la que se encontraba la cabaña de Hope.

¿Qué hacían allí?

Pero la siguiente ola de dolor volvió a arrollarla. Inspirar, expirar lentamente, se ordenó a sí misma. Entonces chilló lo más fuerte que pudo, le hizo señas con ambos brazos.

Por fin la enfermera alzó los ojos.

—¡Frieda! Tengo contracciones. ¡Esto va a empezar! ¡Te necesito!

El cuerpo de Frieda se tensó al instante. Luego se puso a correr.

Ally volvió a duras penas a la cama, logrando por los pelos sentarse en ella.

Esperó a que llegase la ayuda. Seguramente no fueran más que segundos los que estuvo mirando temerosa la puerta, pero a ella le parecieron horas. El miedo le revolvió el estómago, su fuerza

muscular iba a menos por la tensión provocada con cada contracción.

Cuando se abrió la puerta, Ally rompió a llorar de alivio.

—He timbrado un montón de veces. ¿No me has oído? —se quejó con voz lacrimosa.

—Estaba con mi hijo en el jardín. Hemos hecho un muñeco de nieve —explicó Frieda. Ally notó la excitación en la voz de la mujer —. ¿Cada cuánto vienen las contracciones? —preguntó preocupada.

—Ni idea. No he mirado el reloj —soltó Ally, consciente de que había sonado caprichosa, pero la tensión se estaba cobrando sus tributos—. Pocos minutos, creo —explicó, jadeando de nuevo—. Puede que tres o cinco, no lo sé.

Frieda tragó, luego vio con espanto el camisón mojado de Ally.

—Ya ha roto aguas. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hace unos cuantos minutos ya. Creo que tras la segunda o tercera contracción.

—Vale —dijo Frieda con decisión—. Vuelva a tumbarse, primero voy a examinar el cuello uterino. Solo tengo que… —Siseó—. ¡Joder! ¡Y precisamente ahora no está Hope! —Miró desamparada al pequeño que seguía con su traje de nieve puesto y observaba con ojos muy abiertos el ajetreo—. Tengo que dejarte un momento en el suelo, ¿vale, cariño? —le dijo con ternura y se acuclilló—. Quédate aquí sentado como un niño bueno. Mami te va a bajar enseguida a tu habitación.

Luego se incorporó, miró a Ally, sacó el móvil del bolsillo, con dedos veloces tecleó algo en él.

—Les he escrito a Adam y a Hope —explicó—, pero hasta que lleguen, vamos a tener que arreglárnoslas solas.

—Tal vez sería mejor que viniera un médico. —La voz de Ally temblaba.

—Adam es médico. Y yo soy enfermera, Ally. Está en buenas manos. Además, insistió usted que quería dar a luz en casa.

—¿Eso hice? —preguntó Ally de nuevo jadeando con fuerza.

—Sí. Ya lo había hablado con Adam antes del accidente.

—¿En serio?

Frieda asintió con la cabeza.

Ally ahogó un grito al alcanzar su pico la siguiente ola de dolor.

Frieda se fijó primero en la barriga y luego en el rostro.

—Creo que Adam no va a llegar a tiempo desde Tromsø. El bebé parece haber decidido venir al mundo ya. —Apartó las piernas de Ally, le tocó la barriga, frunció el ceño—. Dura como una piedra. —Sacó unos guantes desechables del cajón de la mesilla de noche de Ally, los puso, empezó a manipular su bajo vientre.

Al introducir los dedos dentro de Ally, esta cogió una bocanada de aire. No por el dolor, sino más bien porque le resultaba desagradable la manera brusca con la que la estaba examinando Frieda.

—El cuello uterino solo tiene una dilatación de seis centímetros —explicó Frieda—. Vamos a tener que esperar un poco más. —Miró muy seria a Ally, tragó—. No empuje hasta que yo se lo diga, ¿entendido? Ni un segundo antes.

—Pero ¿tú eres capaz de traer mi bebé al mundo? ¿Ya lo habías hecho antes?

—Estuve una temporada en obstetricia. Allí aprendí unas cuantas cosas. Así que puede confiar en mí, ¿vale?

Ally asintió con la cabeza, le estaba costando respirar.

Frieda la miró indecisa.

—¿Qué? —preguntó Ally.

—Mi hijo —explicó—. No quiero que vea esto. Cuando las contracciones vayan a más, no va a poder controlarse.

Ally tragó.

—¿Cuánto va a tardar Hope en llegar?

Frieda sacó el móvil del bolsillo del pantalón, le echó un vistazo.

—Ni ha leído el mensaje.

Introdujo un número en el aparato, lo llevó a la oreja, esperó.

Emitiendo un suspiro, guardó el aparato.

—Nada. No lo coge. Se ve que apaga el móvil durante las clases.

Miró a Ally, succionó el labio inferior, lo mordió indecisa.

—Vale, vamos a hacer lo siguiente: me llevo a Peeta rápidamente abajo, le quito el traje y lo meto en la cuna. Ahí puede jugar sin que le pase nada, gracias a los barrotes. No es la solución ideal, pero hasta que no haya llegado Hope tendremos que apañárnoslas.

Se giró hacia el niño, se bajó hacia él.

Ally observó la escena, vio cómo el pequeño esbozaba una sonrisa, extendía los bracitos hacia Frieda farfullando feliz.

—Mama.

A Ally la recorrió un escalofrío.

De un momento a otro pasó a sentir un frío helador, a pesar de haber estado sudando los últimos minutos. Se quedó mirando al niño, cómo se apretaba contra la madre, cómo metía el dedo en la boca, cómo lo chupaba.

Algo en su interior se aflojó.

Un recuerdo.

Ante sus ojos aparecieron imágenes.

Vio un hombre con el cabello rubio y ojos grises. Verlo le cortó la respiración.

Se vio a sí misma en medio de un montón de desconocidos, ante una tumba abierta. Una urna solitaria dentro, blanca, con una rosa plateada en la parte delantera.

—Porque no me gusta el oro —murmuró.

¿Era un recuerdo del entierro de Paul? ¿De su hijito?

¡*NO*!

La voz en su interior la hizo temblar.

—¿Cómo dice? —Frieda, que ya casi había salido con el pequeño, se giró hacia ella.

Ally la miró fijamente, abrió la boca.

—¿Qué pasa, Allegra?

Sin poder dar crédito negó con la cabeza, miró a Frieda, jadeó llevada por el pánico.

—Tengo… —La interrumpió una nueva contracción, la hizo gemir de dolor y sudar por cada poro de su cuerpo.

—Deme solo dos minutos —gritó Frieda y salió corriendo hacia las escaleras con Peeta en brazos.

Ally oyó los pasos rápidos de la mujer en los peldaños cuando otro pensamiento relámpago iluminó su cerebro.

—Basti —murmuró sin fuerzas y notó cómo se apoderaba de ella una sensación de mareo—. Lo recuerdo —gimió. El hombre al que

acababa de ver, el hombre con el cabello rubio y los ojos preciosos, ese era Bastian. Y ella lo llamaba Basti.

Apretó los ojos, volvió a abrirlos. ¿Qué era eso? Su marido se llamaba Adam. ¡Las imágenes en su cabeza no tenían sentido!

Sí que lo tienen, sigue pensando, concéntrate, ¡joder!

—No… puedo —emitió con voz ahogada, pero la cabeza le estaba estallando. A cada segundo surgían imágenes nuevas que encajaban con las anteriores.

Cogió aire, en un estado de pánico, apretó los párpados, con la esperanza de ponerle fin a esta marea de imágenes. Pero los recuerdos seguían entrando a raudales. Luego un tirón en el pecho. Un dolor tan fuerte que al principio pensó que se iba a morir. Pero no fue ella la que murió, sino el hombre de sus recuerdos. Y al igual que entonces, también ahora se le partió el alma.

—Por favor… —Un sollozo de desesperación surgió de su garganta—. Por favor, ¡no!

La imagen del hombre rubio se difuminó. De repente apareció la imagen de Adam. Codo con codo con Frieda. En sus recuerdos los dos estaban muy juntos, mirándola, con odio en los ojos. Empezó a temblar, abrió la boca para respirar. Pero el oxígeno no parecía llegarle a los pulmones. Un miedo aterrador surgido de la nada. Sombrío, amenazante y helador.

Frieda… Ally… Adam.

Jadeó al entenderlo por fin.

Y entonces se hundió en el vacío.

VEINTISÉIS
HOPE

Acababa de aparcar el coche cuando oyó a alguien gritar. Hope se apeó, atravesó el grupo de árboles, vio a Frieda muy nerviosa en la puerta. Tragó. Si se acercaba ahora a Frieda, solo podía rezar para que esta no notara que algo no iba bien. Que no se fiaba ni un pelo de ella.

Durante todo el trayecto desde la casa de Jody, no había podido quitarse de la cabeza lo que le había contado Trudi. Que nadie en el hospital conocía ni a Frieda ni a Ole, que Ally no había sido atendida en aquel hospital tras sufrir el accidente.

Entonces todo lo que le habían contado Adam y Frieda no eran más que mentiras.

Pero ¿por qué?

Hope le había dado muchas vueltas, pero no había dado con ninguna explicación plausible.

Para aclarar las ideas, llenó los pulmones con el aire frío de la noche y se concentró en exhibir una expresión facial neutra. Que Frieda o Adam se enteraran de lo que había averiguado, antes de saber qué se traían entre manos y por qué, podría tener consecuencias fatales.

Forzó una sonrisa al dar los últimos pasos hacia Frieda, pero al ver el pánico reflejado en el rostro de esta, le entraron ganas de dar

media vuelta y huir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en vez de eso y notó que le temblaba la voz.

—Ally se ha puesto de parto. El bebé va a nacer esta tarde.

—¡Oh, Dios! Pero ¿no es demasiado pronto?

Frieda negó con la cabeza.

—Casi ningún bebé nace en la fecha planeada. Muchos nacen más tarde, pero también los hay que son tan impacientes que no son capaces de esperar. Esta niña se ve que quiere venir ahora.

Hope notó que también a Frieda le temblaba la voz. Pero ¿por qué? ¿Acaso no era una enfermera con experiencia, que precisamente en estos momentos tendría que mantener la calma y controlar los nervios? ¿Por qué entonces daba la impresión de que a Frieda se le estaba yendo la situación de las manos? ¿Era por el parto o por algo más?

¿Era por ella?

¿Por las preguntas de Trudi en el hospital?

La recorrió un escalofrío al imaginar, tras el fisgoneo de Trudi, a un compañero receloso de Adam llamando por teléfono a la casa para preguntar por el estado de Ally. Si había sido así, entonces Frieda y él ya estaban al tanto de que los había estado investigando.

Estudió a Frieda, trató de buscar la respuesta en el rostro de esta cuando oyeron un grito en la primera planta de la casa.

Frieda dio media vuelta, corrió hacia las escaleras. Hope la siguió.

Frieda ya casi había llegado arriba cuando se detuvo, se giró hacia Hope.

—Peeta está solo en su habitación. ¿Puedes ocuparte de él?

Hope asintió.

—Solo entrar un momento para ver cómo está Ally. Puede que necesites mi ayuda.

Por una milésima de segundo Frieda la miró de una manera extrañamente penetrante, sin embargo, asintió con la cabeza.

Al entrar las dos en la habitación de Ally, la pobre estaba tirada en el suelo, con el rostro desfigurado por el dolor.

Hope se acuclilló a su lado, le puso la mano en la frente perlada de sudor, le apartó cariñosamente los mechones pegajosos de la frente. Maldijo más que nunca no hablar el idioma de Ally ni entender una sola palabra de este.

Miró preocupada a Frieda.

—¿Es normal que se retuerza de esta manera?

Frieda asintió.

—Un parto no es un paseo, Hope. Ally tiene dolor y va a tener mucho más cuando empiecen las contracciones fuertes para empujar.

—¿No será mejor que llamemos a un médico?

—Ya lo he hecho —respondió Frieda—. Y Adam también está de camino.

—¿Puedo hacer algo para ayudar a Ally?

—¡No, no puedes! ¡Tú ocúpate de Peeta! Está solo en nuestra habitación. Lo he tenido que sacar de aquí porque, si no, los gemidos de dolor de Ally y la situación en general lo habrían trastornado.

Hope asintió. Quiso levantarse cuando Frieda la empujó por el hombro hacia abajo.

—Espera. Tengo una idea mejor. Quédate aquí un par de minutos. Voy a buscar una silla de ruedas.

—¿Una silla de ruedas?

—Hay que bajar a Ally al sótano. Allí hay espacio para una silla ginecológica y una camilla en caso de emergencia.

Hope notó cómo ella misma palidecía.

—¿Qué emergencia?

Frieda resopló.

—Las calles están casi cerradas, Hope. Adam me ha dicho por teléfono que tardaría más que de costumbre. Igual que el médico al que he llamado. En caso de surgir alguna complicación, habrá que sacar al bebé aquí mismo, ¿entiendes? Ally es ginecóloga y todavía tiene algunos aparatos en el sótano que compró para montar su propia clínica aquí en casa. Podrían venirnos bien ahora. Pero para eso hay que bajarla de alguna manera.

Hope tragó, asintió finalmente.

—Vale, yo me quedo aquí hasta que hayas vuelto.

A solas con Ally, sacó el móvil, llevada por un arrebato, marcó el número de Jody.

¡Nada!

No parecía haber línea.

Volvió a intentarlo. Y una vez más. Nada. Acabó introduciendo un mensaje, intentó enviarlo. Pero eso tampoco funcionó. Desquiciada dejó el móvil en el suelo, le acarició la mejilla a Ally. Pero la pobre no parecía percatarse tan siquiera de su presencia. Jadeaba, gemía, se tensaba, miraba hacia el techo de la habitación.

A Hope le pareció que no era solo el dolor lo que la estaba martirizando. Estaba muerta de miedo, casi horrorizada. Como no se le ocurrió nada más, Hope empezó a cantar una nana.

Entonces, de repente, Ally la miró, abrió la boca para decir algo.

—Listo, ya podemos empezar —dijo Frieda, que acababa de entrar como una exhalación en la habitación, empujando una silla de ruedas.

—Ally estaba a punto de decir algo —explicó Hope.

Frieda frunció el ceño, se acuclilló a su lado, miró a Ally, le dijo algo para calmarla.

Efectivamente, Ally pareció relajarse un poco, por un instante incluso cerró los ojos, pero entonces Hope notó que estaba temblando.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Frieda.

—Antes, al mirar, tenía el cuello uterino dilatado unos seis centímetros y ya había roto aguas. Me imagino que ahora lo tendrá abierto del todo y que pronto van a empezar las contracciones de expulsión del feto. Tenemos que darnos prisa. —Se levantó, se inclinó sobre Ally, le dijo algo.

Ally consiguió incorporarse, dejó que Frieda y Hope la pusieran de pie y la sentaran en la silla de ruedas.

—Vamos a hacer lo siguiente, Hope —le indicó Frieda—: yo tiro del freno, bajo marcha atrás y despacio los peldaños de uno en uno y tú vigilas que Ally permanezca sentada quieta sin moverse, ¿entendido? Y si necesito ayuda, te vienes a mi lado para sujetar la silla entre ambas.

—¿Y por qué no la llevamos en brazos sin más?

—Pesa demasiado —explicó Frieda.

Hope asintió, se preparó. Una vez en las escaleras, miró a Ally, le cogió una mano, le siguió cantando la canción de antes.

Ya habían llegado casi a la mitad cuando Ally se tensó de repente. Era como si quisiera girarse hacia Frieda, pero luego pareció querer bajarse de la silla. A Frieda le costó mantener el equilibrio por lo que Hope se vio obligada a soltar la mano de Ally y ayudar a Frieda.

Dado que los movimientos de Ally se intensificaban cada vez más, Frieda gritó de rabia, le dijo a Ally algo que la hizo detenerse.

Se hizo el silencio, sin embargo, era un silencio espeluznante…

Hope volvió junto a Ally, buscó su mirada.

Los ojos de la parturienta estaban muy abiertos, la tez blanca como la cal, el sudor le caía a goterones en la ropa. Abrió la boca, gimoteó por lo bajo. Luego extendió la mano, agarró el brazo de Hope, la miró con ojos suplicantes, murmuró algo que no entendió.

Tardó un rato en darse cuenta de que lo que estaba susurrando Ally era un nombre. Una y otra vez.

Cara…

Hope negó, sacudió la cabeza sin comprender, miró a Ally, se encogió de hombros.

Cuando por fin consiguieron dejar en la planta baja la silla de ruedas con Ally, Frieda soltó una maldición, miró a Hope.

—A partir de aquí ya puedo sola, ¿vale?

—Pensaba que había que bajar a Ally hasta abajo del todo.

—Hasta el sótano solo son seis escalones —explicó Frieda—. Y no son tan altos como los que acabamos de dejar atrás.

—¿Seguro que vas a poder arreglártelas tú sola? —Dudó.

Frieda asintió sombría.

—Tú ocúpate de Peeta hasta que haya llegado Adam. ¡Venga, vete! Así es como mejor nos vas a ayudar.

Hope estaba a punto de irse cuando se cruzó con la mirada de Ally. Esta miraba consternada primero a una luego a otra. Entonces Ally empezó a sacudir la cabeza como loca, emitió finalmente un chillido agudo.

Hope miró a la enfermera, notó cómo se le erizaba el vello. Algo no iba bien. ¿Qué se traían entre manos Frieda y Ally? Era como si estuvieran manteniendo una conversación muda…

Al dirigirse Frieda de nuevo a Hope, su rostro parecía el de una estatua de hielo.

—Que vayas con Peeta —le ordenó con tono cortante—. ¡Ya! ¡Lárgate de una vez!

A Hope casi le fallaron las piernas al ver llorar desconsoladamente a Ally.

Pero ¿qué podía hacer ella?

No entendía qué estaba pasando, tan solo podía esperar que Adam llegara lo antes posible y que se aclarara todo.

Al ver a Peeta dormir tranquilamente en su camita, suspiró. Se inclinó sobre él, le acarició la mejilla.

Pero ¿qué pintaba ella aquí?

Observar cómo dormía Peeta no tenía ningún sentido.

Salió a hurtadillas de la habitación, quiso coger el móvil del bolsillo del pantalón, pero no estaba.

Recordó que lo había dejado en el suelo en la habitación de Ally. Corrió arriba, pero una vez dentro, no lo encontró por ninguna parte.

¡Frieda!

Seguramente lo había cogido mientras ella estaba pendiente solo de Ally.

Una ola de rabia la atravesó, emparejada con un temor indefinido. Ahí estaba de nuevo: esa sensación de peligro, de algo que no entendía.

Bajó rápido al sótano. Una vez allí abrió un par de puertas, pero lo que había detrás resultaron ser simplemente un trastero y una despensa. Joder, no conocía esta parte de la casa, nunca había tenido razones para echar un vistazo aquí abajo.

¿Dónde estaban Frieda y Ally?

A punto de subir, oyó un golpe. Más bien el ruido de latas cayendo. Se giró, volvió a la despensa que había descubierto antes, entró, miró alrededor, cuando se fijó en otra puerta más que había entre dos estanterías. No la había visto antes porque no tenía picaporte.

VEINTISIETE
CARA

—Vaya, vaya. Así que has vuelto a recordar. —Frieda, o más bien, Allegra Westphal, como se llamaba en realidad, tiró de la correa y fijó la pierna de Cara al estribo de la silla.

—Por favor —suplicó Cara—. ¡No tienes por qué hacer esto!

—Oh, sí que tengo —replicó Allegra—. Tengo y lo voy a hacer. ¡Ese bebé nos pertenece! ¡A Adam y a mí! —Desde arriba, le lanzó una sonrisa divertida a Cara—. ¿En serio pensabas que ibas a poder huir? ¿Aun por encima, con el hijo de Adam en la barriga?

—Siento lo que pasó —soltó Cara, que recordaba por fin el papel impuesto que jugaba en aquella interacción horrorosa. Pero en ese instante otra contracción le atravesó el vientre. Se tensó igual que antes, pero la adrenalina en su cuerpo ya estaba actuando de potente analgésico y consiguió sostenerle la mirada a Allegra.

—¿El qué exactamente? —fue la pregunta sarcástica de Allegra —. ¿Sientes que quisieras largarte, matando de paso casi a otro hijo más de mi marido? ¿O lamentas que Paul haya muerto por tu culpa? Lo era todo para mí, mi pequeño tesoro.

—Sabes que no fue a propósito —trató de calmarla Cara.

Pero Allegra tan solo la miraba llena de odio.

—¿Tienes la menor idea de lo que me hiciste? Aquel día no solo lo perdí a él sino también a Elara, mi hija. Estaba embarazada de

siete meses… Cuando llegó la llamada de la guardería diciendo que mi hijo había sufrido una desgracia terrible, me metí en el coche y tuve un accidente. Perdí a mi niñita y la posibilidad de volver a tener hijos. Tu ineptitud nos costó la vida a Adam y a mí, perdimos todo lo que queríamos y nos importaba. Aparte de Paul y Elara queríamos tener dos hijos más, pero ¡tú frustraste nuestra felicidad!

—Fue una desgracia, muy desafortunada. Jamás quise que le pasara algo a uno de los niños que estaban bajo mi cuidado. Tienes que creerme —suplicó Cara—. Pero aquel día ocurrieron tantas cosas. Basti, mi pareja, había colapsado. Sabía que le había llegado la hora, que me quedaba poco tiempo con él, porque el cáncer estaba extendido. En aquel momento estaba tan desesperada que no era yo. Luego ocurrió lo de ese niño que atacó a otro niño. Por un breve momento perdí el control y lo abofeteé. Ni yo misma era capaz de creer lo que acababa de hacer y hui a los lavabos. Solo me ausenté unos pocos minutos, pero bastaron para… —Cara se interrumpió, cerró los ojos.

Una nueva contracción sacudió su cuerpo.

—¡Mira qué bien! Ya casi estamos —comentó Allegra, impasible ante los gemidos de dolor—. Una vez haya nacido la pequeña, te habrás librado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Cara llena de pavor, aunque imaginaba cuál sería la respuesta.

—Hace mucho que Adam y yo lo hemos hablado. Yo quería que te quedaras más tiempo con nosotros para parirnos más hijos, pero mi marido considera que cada día que sigas aquí representa un peligro para nosotros. Así que, cuando se haya acabado esto, se ocupará de ti. Lo tenemos planeado al detalle.

Cara la miró sin poder dar crédito.

—Vais a acabar en la cárcel. Hace mucho que la policía me está buscando y tarde o temprano van a encontrarme.

Allegra soltó una risa maliciosa.

—Llevas casi dos años aquí y nadie nos ha descubierto. Creo que a estas alturas tu familia y tus amigos, incluso la policía alemana, dan por hecho que te has suicidado. Al fin y al cabo, tú misma te encargaste de que todo el mundo creyese que no querías seguir

viviendo, cosa que, por supuesto, a nosotros nos vino que ni pintado.

Cara tragó.

—Porque me observabais, ¿verdad?

—¡Muy bien reconocido, querida! Primero te vigilamos por internet —admitió Allegra—. Me enteré de que tras la muerte de tu marido casi te hundes. No querías incluso ni a tu propio hijo. Te lamentabas en tus grupos de Facebook y expresabas tu descontento con lo de ser una futura madre soltera, ¡admitiste públicamente que te estabas planteando abortar! —Allegra resopló despectivamente—. En vez de alegrarte, querías matar a tu hijo. Y cuando al final decidiste seguir adelante con el embarazo, seguías gimoteando y lamentándote, hasta te planteaste quitarte la vida. Leí cada palabra que escribías. En alguna que otra ocasión incluso comenté, bajo una identidad falsa, tus publicaciones, haciendo referencia a lo que habías hecho.

Cara gimió al recordar todo lo que le había escrito aquella persona.

—¿Esa eras tú?

Allegra asintió con la cabeza.

—Escribiste que no había sido culpa tuya, sino del niño. ¡Manda narices! Le echaste toda la culpa a un niño pequeño, tú, ¡una mujer adulta! Y luego te indignaste por el ridículo castigo menor que te impuso el tribunal: tres años de libertad condicional y una sanción pecuniaria. Dijiste que no era justo. Odiarte nos resultó cada vez más fácil a Adam y a mí. Con tus continuas lamentaciones incluso conseguiste que tu secuestro pareciera la acción desesperada de una mujer depresiva. Habías perdido a tu pareja, estabas embarazada y completamente sola.

Cara quiso decir algo cuando de repente se le cortó la respiración. Volvió a ver a Peeta, cómo extendía los brazos hacia Allegra, cómo la llamaba mamá…

—Peeta es mi hijo —farfulló al reconocer por fin la verdad—. Peeta… lo traje al mundo.

—Va a estar bien con Adam y conmigo, eso puedo asegurártelo. Al igual que Elara.

Los ojos de Allegra se dirigieron al vientre de Cara.

—Cuando me encuentren sabrán que detrás de todo esto estáis Adam y tú —protestó Cara con las últimas fuerzas que le quedaban.

—Nadie te encontrará jamás. Será como si te hubieras esfumado. —Allegra esbozó una sonrisa maliciosa.

—No vais a saliros con la vuestra. Jamás. Hope sabe que estoy aquí —dijo Cara y al instante se dio cuenta de que había cometido un gran error.

Allegra la estudió con frialdad.

—¿Ves? Lo de la chica, sin embargo, me da pena de verdad. Me cae bien, pero ahora… —Se interrumpió para suspirar—. Ha estado investigando un poco de más. Le ha contado a la gente que Ally está enferma y que esa Frieda le resulta rara. Por eso, una señora mayor que trabajaba antes en la clínica de Tromsø ha estado metiendo las narices en cosas que no eran asunto suyo. Eso es un pequeño revés, obviamente, pero nada que no pueda arreglarse. Ya nos las apañaremos Adam y yo.

—Entonces ¿tenéis pensado matarla a ella también? —soltó Cara, junto con un grito comprimido al notar que una presión intensa hacía explotar literalmente su bajo vientre.

Allegra le puso una mano en la barriga.

—Las contracciones de expulsión. Ahora tienes que centrarte y hacer lo que te diga.

Cara negó con la cabeza, se obligó a ignorar la presión, respiró para enfrentarse a la sensación de estar implosionando por dentro.

—Deja… a Hope… en paz —farfulló con esfuerzo.

—Me temo que no va a poder ser. —Allegra parecía sentirlo de verdad—. En vez de husmear tendría que haberlo dejado correr. Puede que el asunto hubiera acabado de otra manera para ella.

Cara miró a la mujer, sacudió la cabeza al darse cuenta de que Allegra estaba mintiendo.

—Vale —admitió esta finalmente—. La idea de Adam era traer a Hope, que nos ayudara un poco y mandarla de vuelta a su casa cuando las cosas contigo se volvieran peliagudas y empezaras a recordar. Sin embargo, también nos planteamos qué hacer en caso de que las cosas salieran mal, por lo que elaboramos un plan de

emergencia. Hope no tiene familia en Inglaterra. Contactamos con ella a través de una dirección de correo electrónico anónima, le transferimos el dinero para el billete desde una cuenta del extranjero, cuenta que ya no existe y que no se puede rastrear. El contacto telefónico con la chica se llevó a cabo mediante un móvil de prepago. Solo conoce mi nombre de soltera, König. No sabe que en realidad me llamo Westphal. Y aunque lo sepa, da igual. Negaremos que jamás haya trabajado para nosotros.

—¿Cómo vais a conseguir eso? Tiene sus contactos —gimió Cara, poniendo en marcha todas sus fuerzas para enfrentarse a las contracciones.

—No te preocupes por eso. Eso corre de nuestra cuenta —se mofó Allegra.

—Están las chicas de la escuela de idiomas, saben de vuestra existencia.

—Solo saben que trabajaba para un matrimonio, Adam y Ally, que la esposa estaba embarazadísima y atada a la cama tras haber sufrido un accidente. Para cuando llegue la policía, ya habremos hecho desaparecer todas las huellas y pruebas que puedan indicar que estuvo aquí. Al fin y al cabo, soy Ally ¿ya lo habías olvidado? Estoy como una rosa, nunca he tenido que estar encamada, tan solo quería ir a lo seguro por haber tenido tantos abortos anteriormente y no quería poner en peligro este embarazo tan deseado. Voy a contar la misma historia que conocen los compañeros de Adam. Es la única versión que le contaron también a Trudi. Ninguno de los compañeros sabe de la existencia de Hope, nunca hemos tenido una chica *au pair* en casa, ¿entiendes?

—Sois unos monstruos —le espetó Cara.

—Tan solo somos precavidos y hemos pensado en todo. Incluso para la llegada de esta desafortunada chica tenemos una historia creíble. Adam recordará una chica sin techo con la que se topó en la ciudad y a la que le habló al verla llorar sentada al frío. La pobre criatura le habló de la familia para la que trabajaba de asistenta y niñera y que la habían echado tras cometer un grave error. A Adam le dio pena la chica, por lo que se planteó contratarla, me lo comentó, pero yo me opuse. Le dio algo de dinero, por lo de la mala

conciencia y porque quería que lo usara para comprarse un billete de avión de vuelta a casa. Pero se ve que ella tenía otros planes, siguió acudiendo a la escuela de idiomas, se inventó una historia absurda que, por desgracia, se creyeron Jody y la familia de esta. —Ally calló y soltó una risita malvada.

—¡No! —jadeó Cara—. ¡No podéis hacerle eso!

Pero Allegra ni le hizo caso.

—¿Sabes lo mucho que he tenido que buscar hasta dar con alguien como Hope? ¿A una joven traumatizada, sin familia, desesperada por sentir que pertenece a un sitio? —prosiguió despiadada—. La propuesta de Adam de contratarla hubiera sido perfecta para ella, pero cuando al final él se echó atrás, ella se refugió en un mundo de fantasía. Me he apoderado del móvil de Hope y a lo largo de las próximas semanas voy a escribirme con su amiga Jody para dejarlo todo claro. Jody creerá que Hope regresó a su país. Y aunque no lo haga, ¿a quién crees que va a creer la policía? ¿A una joven que ha reaccionado de manera exagerada o a una pareja de médicos bien vista?

—Hope es una niña inocente, con toda la vida por delante.

—¡Igual que lo era mi hijo Paul! —gritó Allegra.

Cara se echó atrás sobresaltada, se tensó por la presión en el bajo vientre, se opuso a las ganas de empujar. Tenía que ganar tiempo, aunque no sabía de qué le iba a servir.

Miró a Allegra.

—Tú y Adam no sois unos asesinos.

—¡No tienes ni idea de lo que es capaz la gente cuando le arrebatan lo más querido!

Cara se sobresaltó al oír el chirrido de una puerta abriéndose.

Allegra giró la cabeza, cogió un martillo que tenía preparado y a mano.

¡Hope! ¡Tenía que ser Hope que estaba manipulando la puerta desde fuera!

—¡Huye! —gritó, pero entonces recordó que la chica no hablaba alemán.

Inglés… ¡Debía concentrarse! Todo le daba vueltas en la cabeza, pero, reuniendo todas sus fuerzas, consiguió juntar las palabras

correctas en inglés.

—*Run!** —gritó lo más fuerte que pudo—. *She will kill you!**

Se oyó un estruendo, luego gritos.

Allegra, que ya había corrido hacia la puerta con el martillo en alto, se giró hacia ella sonriendo con malicia.

—Mira qué bien. Ha llegado Adam.

Cara cerró los ojos, derrotada. Era demasiado tarde.

Oyó que se abría la puerta, a Allegra gritándole a su marido que se ocupara de Hope. Estaba preparada para oír los jadeos de la chica mientras que Adam la agarraba por el cuello y la estrangulaba, u oír un golpe seco, asestado con el martillo en su cráneo.

Sin embargo, lo que ocurrió fue que los gritos de Allegra enmudecieron. Se extendió un silencio escalofriante.

Luego oyó la voz monótona de Adam, un clic, una detonación.

El ruido hizo que le retumbara el tímpano. Oyó los gritos ahogados de Hope.

Pasos…

Cara lanzó una oración muda al cielo.

No se atrevía ni a respirar.

¿Qué estaba pasando?

De repente tuvo a Adam frente a ella. Salpicaduras de sangre en la cara y el jersey, la estaba mirando con ojos extrañamente vacíos.

Vio el arma que llevaba en la mano.

—¡Por favor! —balbuceó—. Siento mucho lo que hice. Lo que os hice a Ally y a ti.

Él asintió sombrío.

—Lo sé.

Durante un rato tan solo se miraron, luego Adam alzó la mano con gesto indeciso, se quedó mirando el arma como si la viera por primera vez.

—Si me matas ahora, también morirá tu hija —sollozó Cara.

Adam la miró, sonrió con tristeza.

—Vas a ser una buena madre, ¿verdad? ¿Me prometes que vas a quererla como la habríamos querido Ally y yo?

Cara abrió la boca, pero no logró articular ni una sola palabra. Pero ¿qué estaba diciendo ese hombre?

—Tienes que decirlo —soltó Adam con voz ronca—. ¡Dilo, por favor!

Cara asintió, aterrada.

—Mi esposa jamás hubiera encontrado la paz… En el fondo murió con Paul y Elara. —Adam hizo una mueca y esbozó una sonrisa melancólica, le puso la mano en la barriga, se la acarició, luego se llevó el arma a la cabeza—. Hope ya ha llamado a la policía.

Cara quiso incorporarse, pero Adam la agarró del hombro y se lo impidió, empujándola contra la silla.

—¡No, Adam! ¡Por favor, no!

Una detonación todavía más fuerte que la anterior. Luego, como a cámara lenta, una llovizna fina y caliente, su sangre cayendo en la cara de ella.

Un impacto sordo.

Adam se había desplomado, sin vida, al lado de la silla.

---

* *¡Corre!* - N. de la T.

* *¡Va a matarte!* - N. de la T.

EPILOGUE

TRES DÍAS DESPUÉS...

Llamaron a la puerta. Esta se abrió y en su habitación del hospital entraron un joven acompañado por un agente de policía de más edad y Hope. Hope le sonrió a Cara.

—Su médico nos ha dado permiso. ¿A usted tampoco le importa si hablamos un momento? —preguntó el joven empleando un alemán perfecto—. Me llamo Hannes Unger, soy el intérprete y colaboro con la policía. Hope Trembley ya le ha explicado a la policía lo ocurrido, pero quedan algunos flecos sueltos, por eso estamos aquí.

Cara tan solo lo miró con los ojos muy abiertos, esperó a que prosiguiera.

—Los compañeros de Alemania ya están al tanto, al igual que su familia, que también ya ha sido informada. Nos han dicho que sigue usted teniendo problemas a la hora de comunicarse en inglés. Por eso me han pedido que haga de intérprete.

Cara tragó, miró a Hope, quien la animó con un gesto de la cabeza. Luego se giró hacia el policía.

—Estoy lista. Quiero acabar con esto cuanto antes. ¿Qué pasa con mi hija y con mi hijo?

—Una enfermera acaba de atender a su hija y Peeta… o mejor dijo Noah, que es como querían llamarlo Bastian y usted, está ahora

mismo en manos de una psicóloga infantil.

Cara se incorporó, jadeó a causa del tirón de la episiotomía, miró al policía, luego al intérprete.

—¿Qué quieren saber?

—Díganos con sus propias palabras, cómo comenzó todo.

Cuando al cabo de casi dos horas se hubieron ido el intérprete y el policía, Cara miró a Hope.

—Me alegro mucho de que estés bien —le dijo en un inglés titubeante.

Hope sonrió.

—Ídem.

Las dos se rieron, luego Cara hizo una mueca.

—Voy a probar hablar sin la aplicación esa. Puede que no haga del todo el ridículo.

—Adelante, si lo estás haciendo muy bien —confirmó Hope.

—Si no hubiese sido por ti, me temo que ni tú ni yo estaríamos ahora con vida.

Hope negó ligeramente con la cabeza.

—Creo que, al final, se lo debemos más bien a Adam. Tengo la impresión de que hacía mucho que cargaba en la conciencia con el peso de convertirse en un asesino. Él no quería y ser testigo de cómo su mujer florecía con el odio y planeaba así sin más un asesinato, o incluso dos, estaba acabando con él.

Cara se encogió de hombros, tenía sus dudas.

—¿Estás segura?

—No, cómo estarlo, pero si echo la vista atrás, cobran sentido muchas cosas que dijo e hizo Adam, incluso las desavenencias entre Allegra y Adam de las que fui testigo involuntariamente. No estaban para nada de acuerdo.

Cara asintió pensativa.

—Tal vez habría que añadir también que habías descubierto su juego y que incluso les habías contado a personas ajenas lo que

estaba ocurriendo en la casa.

—Es posible que eso también tuviera que ver, pero para ser sincera, Cara, mi corazón me dice que Adam no sería capaz de vivir con la muerte de dos personas sobre su conciencia. Amaba a su mujer, haría lo que fuera por ella, pero traspasar ese límite, eso era harina de otro costal. Creo que sabía que se había acabado, que no podían seguir así. Estoy segura de que quería que todo se acabara de una vez. Estabas con él cuando disparó. ¿Dijo algo?

—Sí. No puedo quitarme de la cabeza sus últimas palabras. Dijo que Ally jamás habría encontrado la paz y que en realidad ya había muerto con sus hijos. Creo que Adam quiso reunir de ese modo a su familia.

—¿Que creía en la vida después de la muerte?

—Obviamente, él, no sé, pero yo sí creo. Resulta reconfortante de algún modo. Ally, Adam y sus hijos por fin reunidos.

—Lo que ocurrió en aquel entonces pudo haberle ocurrido a cualquiera —dijo Hope en voz baja, se sentó en la cama de Cara, le apretó la mano—. Espero que lo sepas.

Cara tragó.

—Aun así, ojalá no hubiera actuado como una imbécil. Mi fallo le costó la vida a un niño pequeño.

—Pero para eso tienes ahora la oportunidad de resarcirte. Para lo que te queda de vida.

—¿A qué te refieres?

—Pues tu hija. Al fin y al cabo, mitad de ella desciende de Adam, ¿no?

Cara asintió.

—Su hijo Paul murió porque tú no estuviste atenta y ahora vas a convertirte en la mejor madre del mundo para Elara.

Asintió, miró a Hope.

—Y para Noah.

—¿Noah?

—Es el verdadero nombre de Peeta. Mi difunto marido quería que su hijo se llamara Noah.

—Noah… —Hope cerró soñadora los ojos—. Noah y Elara, suena bien. Los dos van a tener una infancia muy feliz, contigo como

mamá, estoy convencida.

—¿Y tú? —preguntó Cara— ¿Qué vas a hacer?

Hope la miró, se encogió de hombros.

—Estaba tan desesperada por encontrar una familia que perdí completamente de vista que todos nosotros tenemos en nuestra mano la pluma con la que escribimos nuestra propia historia. —Se calló y se rio—. Voy a volver a casa y voy a hacer lo que hacen todos los de mi edad.

—¿Que es…?

—Vivir y disfrutar el momento —contestó Hope a la ligera y por un segundo Cara casi le envidió esa despreocupación y las oportunidades que tendría por delante.

Aunque… a ella también le habían brindado una segunda oportunidad, se dio cuenta de repente. Hope tenía razón. Haría justo eso con lo que siempre habían soñado Ally y Adam. Se lo debía. Amaría a Noah y a Elara, los educaría para ser personas fantásticas, vería cada momento con ellos como un regalo. Como un milagro.

Le sonrió a Hope.

—Suena a un buen plan: vivir sin más y disfrutar de cada momento.


DANIELA ARNOLD
LA CHICA DEL GLACIAR
UN THRILLER PSICOLÓGICO

SOBRE EL LIBRO

Tras la muerte de sus padres, el hermano de Susanne es su único apoyo. Sin embargo, la desaparición repentina de una joven da un vuelco inesperado a sus vidas. La búsqueda que emprende la policía apunta al hermano de Susanne, pero tanto ella como él insisten vehemente en su inocencia. Hasta que encuentran sangre de la desaparecida en el domicilio de Daniel.

¿Podría ser cierto que su amado hermano es un asesino?

Una muerte cruel llevará a Susanne a viajar a Islandia en busca de respuestas.

Allí descubrirá un secreto relacionado no solo con la desaparición de una joven alemana, sino también con el pasado de Susanne y su familia.

Susanne descubre demasiado tarde que la verdad esconde una maldad abismal y que a veces es mejor no remover el pasado.

Por mis padres,
dondequiera que estén ahora.
Nos volveremos a ver...
¡Estoy seguro!

PRÓLOGO

El sudor le resbalaba por la nuca, recorría la espalda y se acumulaba en la cuenca situada encima de las nalgas. Por dentro, sin embargo, era todo lo contrario. Sí, sudaba por el esfuerzo de pedalear, pero en su interior sentía escalofríos. Arrancaban en el pecho y se extendían rápidamente por todo el cuerpo.

Apretó los labios y se maldijo mentalmente por haber cogido el atajo a través del bosque siendo ya de noche.

Al percatarse de que el día anterior, y el anterior, se había enfadado consigo misma por el mismo motivo, sonrió.

¿Para qué negarlo?

Era un hecho. Todos los días se proponía lo mismo: finalizada la jornada laboral coger el camino más largo a lo largo de la carretera. Pero tras ocho horas en la consulta médica estaba tan cansada que al final siempre optaba por el atajo. Era aún su primer año de prácticas como asistente médico, pero el estrés de la consulta ya se hacía notar.

Al acercarse a la parte en la que unos arbustos espesos bordeaban el camino, notó cómo se le encogía el estómago y se le ponían los pelos de punta.

En verano aquel trayecto por el bosque se podía hacer con claridad diurna hasta las diez de la noche aproximadamente, pero en los meses oscuros, es decir, de octubre a marzo, a las siete ya no se

veía nada. La zona por la que estaba pasando ahora era la más inquietante, porque incluso a plena luz del día no se veía nada.

Oyó un sonido silbante justo delante de ella y ni un segundo después su torso se vio frenado por algo que la levantó del sillín. Notó las manos doloridas por la fuerza con la que se aferró desesperada al manillar.

Sin éxito.

Salió catapultada hacia atrás, voló por los aires y cayó de espaldas sobre el suelo duro del bosque. La cabeza le rebotó con tanta fuerza que por una milésima de segundo todo se volvió negrura y se quedó sin aire.

Tras recuperarse un poco oyó un traqueteo y luego el sonido de ruedas rodando por gravilla y piedras.

Se asustó al darse cuenta de lo que significaba aquello.

–¿Hola? –llamó con voz temblorosa y mantuvo la respiración mientras esperaba una respuesta.

¡Ahí había alguien!

Estaba completamente segura.

Y ese alguien estaba justo delante de ella manipulando su bicicleta, sacándola del sendero para esconderla entre los arbustos.

Estaba intentando levantarse cuando recibió una fuerte patada en el esternón que la volvió a tirar contra el suelo. Gimió.

–¿Qué es todo esto? –consiguió articular con los dientes apretados por el dolor y sollozando.

Chilló cuando de repente, salidas de la nada, dos manos empezaron a tocarla. Unos dedos enguantados le tiraron de los labios para a continuación meterle un pañuelo en la boca y fijarlo con una cinta adhesiva. Empezó a dar patadas, a gritar a pesar de la mordaza, pero en vano. Su atacante la había sorprendido de tal manera que cada músculo de su cuerpo parecía haberse licuado por el pánico. De repente notó las manos en sus muslos, deslizándose hacia abajo para desde la pantorrilla tirar de ella y arrastrarla por el suelo. Ni un segundo después otro par de manos la cogió de la otra pierna.

Son dos fue lo que le pasó por la cabeza.

Dos locos que la arrastraban hacia los arbustos.

El corazón se le disparó.

–Por favor –intentó gritar a pesar de la mordaza–. ¡Dejadme!

Oyó una sonrisa malvada. Las manos la soltaron. Oyó ramas que se partían y comprendió que los atacantes estaban acercándose. Acercándose a ella.

De repente se hizo luz en medio de la oscuridad. Uno de ellos la enfocó con una linterna, cegándola. Cerró los ojos y se puso a llorar.

–Por favor –intentó de nuevo–. Dejad que me vaya.

Pero la mordaza impedía cualquier tipo de comunicación.

La fuente de luz perdió intensidad.

Parpadeó un par de veces y, efectivamente, distinguió la silueta de dos personas.

Las dos iban vestidas de negro. Al alzar la mirada en dirección a las cabezas, soltó un chillido. Sus atacantes llevaban máscaras de figuras de terror muy conocidas.

Cerró los ojos y se puso a rezar. Oyó un clic y volvió a abrir los ojos. Algo alargado y brillante flotaba sobre ella. Un cuchillo…

Notó el suelo debajo de ella humedecerse.

¡*Oh dios mío!* pensó aterrada.

Se había orinado encima, de puro miedo.

Uno de los atacantes se rio.

El cuchillo se acercó lentamente, lo que solo podía significar una cosa, que uno de los atacantes se estaba inclinando sobre ella.

Con una rabia salida de la nada lo agarró. Trató de hacer fuerza con los codos y lo apartó de sí, alzó veloz el torso y con la mano derecha cogió el cuchillo.

Agarró al atacante por el brazo y tiró de él hasta echarlo al suelo.

Un cuerpo delgado, no muy pesado cayó sobre el suyo.

Tuvo que pillar al atacante por sorpresa porque tardó un rato en apartarse de ella, dejándose caer hacia un lado.

La enfocó un halo de luz.

Bizqueó y se asustó al ver el filo del cuchillo.

Ahora ya no brillaba ni era plateado, sino rojo, casi negro. No fue hasta entonces que se percató de las gotas de sangre. Tenía el cuello húmedo y pegajoso. Tocó el líquido caliente que ya llegaba

hasta el pecho y notó unos latidos tenues justo por encima de la clavícula.

En su intento por liberarse había pillado al atacante tan por sorpresa que al caer hacia delante le había clavado el cuchillo a ella.

Por desgracia, le había atravesado la garganta.

Ojalá no la aorta pensó llevada por el pánico. Pero no sirvió de nada. Empezó a verlo todo borroso y notó un peso muy grande oprimiéndola.

Trató de luchar contra él, cogió aire, notó el sabor a cobre en la boca.

Oyó un sonido estentóreo y tardó un rato en darse cuenta de que era ella quien lo emitía.

–¡Mierda, joder!

Se asustó.

Esa voz…

No sonaba ni a amenaza ni a maldad - estaba asustada, muy asustada.

Pero había algo más.

Esa voz… le resultó familiar.

La boca se le abrió de forma automática. Quiso decir algo, pero no consiguió articular palabra. Cada vez le costaba más respirar.

Incluso parpadear o mantener los ojos abiertos resultaba extenuante.

Reconoció la derrota.

Sus diecisiete años de vida llegarían hoy a su fin. Sobre el suelo frío y mohoso del bosque.

El mundo a su alrededor se detuvo de repente. Vio los rostros de sus padres y se puso muy triste.

Mamá, pensó, *lo siento*.

–Está sangrando como un cerdo. –La voz le llegó desde muy lejos.

Se apoderó de ella un frío helado.

–¿Acaso crees que no lo veo? –logró oír con mucha dificultad.

Haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba, quiso decir algo, pero solo consiguió emitir un borboteo.

Todo le daba vueltas.

El mareo desapareció de repente y su cuerpo le resultó ligero como una pluma.

–Tenemos que llamar a emergencias. –Por la voz distinguió que uno de los atacantes estaba a punto de perder los nervios.

Casi se rio de su ignorancia e ingenuidad. Era más que evidente que ya era demasiado tarde para eso.

Sonrió al ver una luz ante ella.

–Se está desangrando –dijo la otra persona–. Solo podemos hacerla desaparecer para siempre. ¿Me oyes? Tenemos que enterrarla en el bosque para que nadie la encuentre.

La luz se acercó, cada vez más, y luego se vio catapultada a la nada.

UNO
AUGSBURGO

ABRIL 2022

.

Miró a su alrededor sin dar crédito. Esa casa, la ropa que llevaba puesta, todo le resultaba desconocido. Pasó la mano por la tela de la bata de casa preguntándose de dónde la habría sacado. Ni era de su estilo ni recordaba poseer una prenda así.

Y luego aquella habitación. Dio un giro de tres cientos sesenta grados. Estaba en una cocina, una cocina antigua, compuesta por una cocina de leña, unos estantes de ebanistería colgados en la pared y una mesa de comedor con cuatro sillas situada en el centro.

–¿A dónde demonios has ido a parar? –soltó a la vez que una ola de terror se apoderaba de ella.

A punto de abrir la boca para llamar a sus padres, a su hermano, volvió a surgir de la nada ese horrible aviso mental.

"¡No hagas ruido! ¡Que no te oigan!"

Estaba confusa.

¿Para que no me oiga QUIÉN?

Tragó y miró por la ventana. Al ver la tormenta de nieve que bramaba en el exterior, quedó petrificada.

Algo no encajaba.

Todo estaba demasiado oscuro ahí fuera.

Y demasiado frío aquí dentro.

Y de golpe lo entendió todo.

¡Tenía que largarse ya!

Pero el temporal… ¡Daba igual!

Su voz interna no admitía protestas.

Sin embargo, sabía que no podía salir por la puerta.

¡Él la había cerrado con llave!

Y aunque no sabía a quién se refería con ÉL, ni por qué era tan importante, sacó las cosas de la repisa de la ventana, como si fuera lo más normal del mundo, cogió una silla para poder subir a la cornisa, y con casi medio cuerpo fuera se dio cuenta de que había olvidado algo.

Una chaqueta, o al menos un jersey que la abrigase. ¿Cómo si no iba a sobrevivir una sola hora a la intemperie?

A punto de girarse algo la detuvo. Un presentimiento que la empujó a seguir trepando por la ventana. Cuando por fin aterrizó en zapatillas sobre la nieve, apretó los dientes y se animó mentalmente.

"Adelante, tú puedes. Sabes que no estás sola." Y de repente lo recordó todo.

Tenía que dirigirse hacia la carretera, hasta la siguiente curva, allí estaría él, esperándola.

Empezó a correr y sintió en su interior alegría y alivio por haber conseguido salir de la casa. Esa alegría y ese alivio la hicieron insensible al frío. Corrió y corrió y corrió hasta que vio la moto a pocos metros de distancia.

Era un modelo antiguo. Seguramente tendría más de cincuenta años. Él estaba esperándola de pie junto a la moto. Tal como se lo había prometido.

Se detuvo ante él y, jadeando, miró a su hermano.

–Gracias por ayudarme –le dijo. Dispuesta ya a subirse a la moto, él la detuvo cogiéndola del brazo.

–Primero ponte esto. –Le entregó un fardo que resultó ser un jersey grueso y un pantalón de montar–. Ya me imaginaba yo que

no tendrías tiempo de vestirte, así que te he traído esto. Al fin y al cabo, no queremos que te nos mueras de frío.

Cuando por fin se sentó detrás de él, le rodeó el cuerpo con los brazos y el vehículo se puso en marcha traqueteando. Cerró los ojos aliviada y haciendo frente a las lágrimas.

Lo había conseguido, era libre, nunca más volvería a echar la vista atrás.

Y sin embargo, la alegría y el alivio no lograron penetrar en su interior. Era como si su alma y su cuerpo llevasen vidas separadas. Mientras que su cabeza le aseguraba que todo iría bien, la reacción de su cuerpo dejaba patente que no sería así.

Se obligó a pensar en algo bonito para olvidar el frío penetrante, pero cuanto más se alejaban, más consciente era de lo absurda que era aquella huida. La nieve empeoraba con cada minuto que transcurría, la carretera se convirtió en un camino de grava y empezó a dudar de sus posibilidades.

Un halo de luz procedente de atrás los rozó y la moto aminoró.

Su hermano, al igual que ella, sabía que se había acabado.

Cuando el coche oscuro se detuvo a su altura y se abrió la puerta del conductor, se le revolvieron los intestinos.

Se apeó un hombre.

Él.

Enorme, fuerte, un monstruo.

Y aunque no le veía el rostro, sabía que estaba sonriendo malévolo, divirtiéndose con aquel intento de huida de aficionados.

Ella bajó la mirada y se estremeció al oír un golpe sordo y ver a su hermano desplomarse.

Un grito atravesó el aire.

Desesperado y aterrado.

Tardó unos segundos en percatarse de que lo había emitido ella.

Giró la cabeza, vio el cuerpo sin vida tirado en el suelo, en la nieve, una nieve que en cuestión de segundos se tiñó de rojo, casi negro.

Alzó los ojos y vio una garra enorme acercarse a ella. Sus piernas ya no eran capaces de sostenerla y se precipitó al vacío.

Se despertó jadeando y desorientada. Al comprender que estaba en su dormitorio, iluminado por la farola de la calle y que no bramaba ningún temporal de nieve en el exterior, se recostó de nuevo, aliviada, sobre la almohada.

–Todo en orden –murmuró, atenta al fuerte latido de su corazón, que poco a poco se fue apaciguando. Como si, al igual que ella, comprendiese, por fin, que solo había sido una horrible pesadilla.

Soltó el aire retenido en los pulmones y se preguntó si soñar con la muerte de su hermano sería un mal presagio.

Desde la muerte de sus padres diez años atrás, durante un alud en los Alpes suizos, las pesadillas habían sido una constante, pero en esas pesadillas jamás le pasaba algo a su hermano.

Repasó mentalmente el sueño, preguntándose si sería capaz de recordar los detalles. La bata de casa horrenda, el mobiliario sencillo y escaso de la cocina, la cantidad de nieve, el paisaje frío y austero.

Ya había tenido en varias ocasiones un sueño parecido, pero nunca había resultado tan real y amenazante. Y precisamente eso era lo que tanto la asustaba.

Ese sueño tenía que significar algo.

¿Estaría bien su hermano?

Sabía que tenía turno de noche en el hospital, y que no le gustaba nada que lo llamara en horas de trabajo. Aun así no pudo reprimir la necesidad de escribirle al menos un mensaje.

Cogió el móvil de la mesilla de noche, escribió unas cuantas palabras y le dio al botón de enviar. A continuación se puso a esperar con el móvil en la mano.

El corazón le seguía latiendo con fuerza, pero se calmó enseguida al ver los tres puntitos.

Se emocionó al sentir aquel alivio.

Daniel está bien pensó y notó cómo se le volvían a relajar los músculos.

"Mucho trabajo esta noche. Nos vemos por la tarde después de dormir algo. ¿Vale?"

"Claro", contestó añadiendo un emoticono sonriente y volvió a dejar el aparato en la mesilla de noche. A punto de volver a quedar dormida, la sobresaltó un ruido.

¿Qué había sido eso?

Era como si algo se hubiese caído abajo, en el piso de Daniel.

¿O había sido fuera?

El gato debió de percibir su miedo porque saltó encima de la cama y le pasó el hocico por la mejilla.

Era como si Speedy le quisiera decir "Tranquila, no pasa nada", pero ella seguía inquieta por el ruido. Apartó las mantas, puso los pies en el suelo y calzó las zapatillas. Con pasos titubeantes salió al pasillo, atenta a cualquier sonido.

Nada.

Se acercó de puntillas a la puerta del piso y apretó la oreja contra la madera de esta.

No oyó nada.

Se fue a la sala de estar, miró hacia la cama del perro. Sandy, su pitbull, dormía plácidamente. Respiró aliviada.

Si la perra no se paseaba inquieta de un lado para otro y si no ladraba, entonces es que todo estaba en orden.

Y aun así…

Susanne emitió un gemido nervioso al darse cuenta de que a pesar de que todo parecía estar bien, su fuero interno la obligaba a ir a asegurarse por ella misma.

Volvió a la puerta de entrada, cogió las llaves del piso de Daniel y se dirigió al bajo, donde, desde el fallecimiento de sus padres, vivía su hermano, solo.

Solo ahora.

Hasta hacía pocas semanas había compartido el piso de tres habitaciones con su novia Eva.

Y de repente, un día, resultó que Eva le había sido infiel.

A saber cuántas veces durante todos aquellos años.

Susanne seguía sin entender cómo Daniel le había podido perdonar una traición así y que continuara aferrándose a aquella relación. Y eso que había sido la propia Eva la que le había echado el jarro de agua fría encima confesándole la infidelidad.

Eso había sido hacía unas tres semanas.

Desde entonces su hermano vivía más o menos en un estado de luto. Iba a trabajar, regresaba a casa, dormía, comía poco y bebía

mucho.

Pero no había perdido la esperanza.

La esperanza de que Eva abriera los ojos y se diera cuenta de que estaba equivocada.

La esperanza de que volviera a darle otra oportunidad.

La esperanza, a pesar de todo, de compartir un futuro juntos.

Le daba pena.

No.

Más que eso, sufría con él, hubiera hecho lo que fuera con tal de aliviarle la pena.

Daniel era la persona más buena y amable que conocía, y no porque fuera su hermano y por haberla criado tras el fallecimiento de sus padres.

Para ella Daniel era mucho más que un hermano.

Era su alma gemela. Su mejor amigo. El pilar de su vida. A quien aferrarse cuando la sacudía un terremoto emocional. Podía hablar con él de lo que fuera porque no solo la escuchaba, sino que, además, empatizaba con ella.

Estaba tan agradecida por tener a alguien como Daniel a su lado que la simple idea de perderlo, o una mierda de pesadilla, la aterraba.

Tras llegar al bajo y abrir la puerta, la golpeó un olor muy fuerte.

Una mezcla de perfume, lejía y… cobre.

Frunció el ceño.

Encendió la luz del pasillo y con el corazón a mil fue de habitación en habitación, pero todo parecía en orden.

Lo único, aquel olor tan extraño y fuerte en algunas habitaciones, tanto que casi le provocaba arcadas.

Entonces recordó que por la tarde había venido la señora de la limpieza.

Resopló y asintió pensativa con la cabeza.

Esa tenía que ser la explicación. La señora solía llevar perfumes muy fuertes y usaba detergentes que no se conseguían en una tienda normal. Pedía los productos por internet. Susanne se había preguntado en más de una ocasión cómo era posible que un detergente apestara tanto.

Salió del piso y echó una última mirada por encima del hombro. Cerró con llave y volvió a subir a su casa.

Debería sentirse aliviada, pero por una extraña razón seguía inquieta.

Su mente se lo explicó: *Acabas de darte cuenta de que estás completamente sola en una casa enorme.*

Sonrió al asimilar y analizar aquello. Normalmente no era una miedica, no le importaba estar sola, pero la pesadilla la había dejado hipersensible.

Al oír vibrar el móvil volvió corriendo al dormitorio, lo cogió de la mesilla y sonrió al ver que era su hermano.

–¿No has dicho que estabas muy estresado? –preguntó con algo de retintín.

–Y lo estoy, pero quería saber cómo estás tú. ¿No puedes dormir?

Daniel la conocía tan bien… Casi mejor de lo que se conocía ella misma.

–He tenido una pesadilla.

–¿Con qué soñaste? ¿Mamá y papá?

–Me he olvidado –le mintió.

Daniel, al otro lado de la línea, guardó silencio.

–En serio que no me acuerdo.

–Vale.

–¿Quieres que cocine hoy para los dos? –preguntó Susanne para llenar el silencio con algo agradable–. Voy a preparar mi famoso guiso de marisco.

Daniel se rio.

–Eres consciente de que últimamente no soy la persona más sociable del mundo, ¿verdad?

–Tú déjame a mí. –Susanne sonrió–. Hasta ahora siempre he conseguido animarte. Y en serio, no hay mujer en el mundo por la que valga la pena mustiarse.

–¿Ninguna? ¿Seguro que ninguna?

Susanne sonrió.

–Bueno. Vale. Puede que una. Yo… pero eso es diferente, hermanito.

DOS
AUGSBURGO

ABRIL 2022

Ocho días después…

–¿Te importa si hago pasar a alguien a tu oficina?

Lara alzó la cabeza a regañadientes para mirar a su compañero.

–Sabes que estoy archivando las actas y los expedientes de las últimas semanas, ¿verdad? Sea lo que sea, ¿no puedes encargarte tú?

La miró y negó con la cabeza.

–Quiere hablar con una mujer. No tengo ni idea de de qué se trata.

Lara se recostó y acabó asintiendo.

–Vale, que pase.

Sandro asintió con la cabeza y desapareció. No había pasado ni un minuto cuando llamaron a la puerta y entró una mujer de pelo castaño. Lara supuso que tendría unos treinta y muchos. Estaba nerviosa.

–Por favor, tome asiento –le pidió y le indicó una silla al otro lado del escritorio–. ¿En qué puedo ayudarla? –preguntó amablemente.

–Soy Tatjana Lindner y se trata de mi amiga, Eva Wilhelm. Estoy muy preocupada por ella.

–¿Qué le pasa? ¿Ha ocurrido algo? –quiso saber Lara.

–Eva ha desaparecido. Falta desde hace una semana.

–¿A qué se refiere con "falta"? ¿Podría concretar? ¿Cuándo la vio o habló con ella por última vez?

–La última vez que nos vimos fue hace nueve días, en la empresa. Un viernes. Eva tenía pensado pasarse el sábado por mi casa, pero no vino. He intentado varias veces contactar con ella, pero ni coge el teléfono ni me abre la puerta.

–Puede que se haya ido de viaje.

–Me lo hubiese dicho. Además, Eva no es así. No faltaría al trabajo sin avisar antes.

Lara alzó las cejas.

–¿Me está diciendo que no ha ido a trabajar, pero ni está de baja ni de vacaciones?

–Exacto –confirmó Tatjana Lindner–. Es verdad que últimamente tenía problemas y que acababa de pasar por una separación complicada, pero esta falta de responsabilidad no va con ella. Nunca faltó al trabajo sin justificación previa. Y tampoco estuvo nunca tanto tiempo sin comunicarse conmigo.

–¿Qué relación tienen ustedes dos?

–Nos conocimos en el parvulario y éramos muy amigas en el colegio. Yo me tuve que mudar a Múnich y a raíz de eso perdimos el contacto durante muchos años. Pero al regresar, fue Eva la que me consiguió el trabajo y la que me recibió con los brazos abiertos. Retomamos nuestra vieja amistad.

–Así que no solamente son compañeras de trabajo sino también amigas.

–Eso es.

–Me pregunto… –Lara se interrumpió para reflexionar sobre cómo formular la siguiente pregunta sin resultar ofensiva–. ¿Cómo es que nadie más que usted ha echado en falta o se ha preocupado por la desaparición de Eva? ¿Podría ser que Eva no quisiera que usted…?

–No –la interrumpió Tatjana Lindner–. Eva y yo somos íntimas. Soy su mejor amiga. Tiene conocidos, pero apenas tiene relación con ellos. Como mucho se ven una o dos veces al mes. A ninguno de ellos se le ocurriría presentarse aquí por no haber sabido nada de

Eva en dos o tres semanas. Mi caso es diferente. Eva y yo estamos en contacto prácticamente a diario, bien en el trabajo, bien en privado. Nunca estuvo tanto tiempo sin dar señales de vida.

–¿No tiene una familia que pueda estar preocupada?

–Su familia… –Tatiana resopló–. Bueno, Eva tiene una hermana que vive en el extranjero. Hablan de vez en cuando por teléfono, pero a veces pasa un año sin saber nada la una de la otra. No tienen una relación muy cercana, ¿entiende?

–¿Y los padres de Eva?

–El padre hace muchos años que murió y la madre enfermó y está en una residencia. Tiene Alzheimer. En una variante bastante agresiva. Muchas veces, cuando Eva va a visitarla, ni la reconoce.

–Vale, entiendo. Pero aun así, ¿no sería posible que Eva haya decidido alejarse de todo? Puede que necesite estar a solas. Hay personas que cuando se separan, se vienen abajo.

–Fue Eva la que se separó de Daniel. No quiso contarme los motivos que la llevaron a tomar esa decisión, pero es posible que sea por los problemas que ella arrastra.

–¿Qué tipo de problemas?

–Nunca quería hablar de eso. Al menos no hasta el pasado viernes. Tengo la impresión de que quería quedar conmigo para contármelo todo. Pero entonces desapareció.

El gesto de la mujer pasó de preocupación a rabia.

–He hecho los deberes, ¿vale? Eva es una persona responsable en el trabajo. Pero mucho más con su madre. Verla tan enferma la afecta muchísimo y aun así va una vez a la semana sin falta a visitarla a la residencia. En estos años, que han sido muchos, no se ha saltado ni una sola visita. Excepto la semana pasada.

–¿Ha ido a preguntar?

Asintió con la cabeza.

–Antes de venir aquí les pregunté a las enfermas por Eva. Y tal como me temía, nadie la vio la semana pasada, y eso es muy raro. No me preocupo sin razón.

–Dice usted que aparentemente Eva tenía problemas. ¿De tipo económico? ¿O de salud tal vez?

–No lo sé.

Lara miró muy seria a Tatjana Lindner.

–¿Cree que Eva pudo haberse hecho algo?

La mujer palideció.

–Jamás haría algo así. Estoy segura. Eva sabe que su madre…– balbuceó y negó bruscamente con la cabeza.

–¿A qué se refiere?

–Su madre solo la tiene a ella y ella jamás abandonaría a su madre.

–¿Sabe si Eva padece alguna enfermedad psíquica?

–No.

–Así que está convencida de que le tuvo que haber pasado algo.

–No puede haber otra explicación para su desaparición.

–¿Y el ex? ¿No dijo que Eva se separó de él?

–Sí, hará un mes, más o menos.

–¿Sabe cómo se lo tomó él?

–Creo que mal. Eva y él iban a casarse. Ella seguía teniendo su propio piso, pero vivía prácticamente en la casa de él. Después de romper, un día después del trabajo vi que él la estaba esperando. Discutieron y le pregunté a Eva si necesitaba ayuda, pero ella dijo que no, que se las arreglaba sola y que me fuera tranquila.

–¿Y cuánto hace de ese encontronazo entre Eva y su ex?

–Puede que unas tres semanas. Poco después de la separación.

–¿Le dio la impresión de que Eva le tenía miedo a su ex?

Negación con la cabeza.

–Eva tenía pinta de estar nerviosa, pero no atemorizada.

–Y la relación… ¿sabe si había malos tratos?

–No creo. Daniel estaba muy enamorado de ella. La adoraba. Me cuesta mucho imaginarme que le tocara un solo pelo o que le dijese alguna vez una palabra más alta que otra.

–Y la separación… ¿pudo haber otro hombre de por medio?

Lara vio a Tatjana sonrojarse.

–Es posible –acabó admitiendo–. Pero no lo sé a ciencia cierta.

–Pero Eva insinuó algo por el estilo.

–Últimamente estaba un poco rara.

–¿En qué sentido?

–Estaba más callada y distante. Era como si estuviese ocultando algo.

–¿Sabe qué podría ser?

–No muy bien. Un día la oí hablar por teléfono y lo que me quedó claro era que no estaba hablando con Daniel.

Lara asintió.

–¿Tiene las llaves del piso de Eva?

–Me temo que no. Si las tuviera, ya hubiera ido a mirar.

–¿Sabe quién podría tener una llave? ¿Ese Daniel tal vez?

–Lo dudo. Ella rompió todo contacto con él, eso sí que me lo dejó muy claro.

Lara carraspeó.

–¿Puede darme la dirección y el número del móvil de Eva? Voy a ver si encuentro a alguien en su edificio, al conserje por ejemplo, que tenga una llave. Puede que con eso ya se aclare todo. Y en caso contrario, me sería de gran ayuda si me dejara también el número de móvil de usted, un número donde poder localizarla en todo momento.

–¿Eso significa que va a ocuparse del asunto?

Lara asintió con la cabeza.

–Aunque va a resultar complicado. Eva es adulta y tiene derecho a desaparecer una temporada. Y mientras no haya ningún indicio de que realmente le ha pasado algo, nos movemos en una zona gris.

–Pero imaginemos que está herida en su piso. Necesitará ayuda. Y zona gris o no, habrá que asegurarse de que todo está en orden, ¿no?

Lara hizo un gesto con la mano para calmarla.

–Lo dicho, yo me encargo, pero no puedo decirle cuánto vamos a tardar en obtener permiso oficial para poder entrar en la vivienda.

–¿Y después? –quiso saber Tatjana–. Imaginemos que no está en el piso.

Lara frunció el ceño.

–En ese caso contactaremos con la hermana, si es que conseguimos localizarla. Intentaremos también hablar con la madre, en cuanto nos lo permita su estado. Hablaríamos también con el jefe de Eva. Puede que sepa algo más que usted. Y después de eso

podemos rastrear el móvil de Eva, interrogar al ex. Todo eso. –Lara se interrumpió al ver las lágrimas en los ojos de Tatjana–. Pero puedo asegurarle que la mayoría de los desaparecidos vuelven por voluntad propia al poco tiempo. Seguro que con su amiga ocurrirá lo mismo.

Tatjana hizo una mueca.

–Lleva una semana desaparecida. Estoy convencida de que eso es muy mala señal.

TRES
AUGSBURGO

ABRIL 2022

Un ruido atronador despertó a Susanne. Eran martillazos a las ocho de la mañana.

Sandy empezó a gruñir para acto seguido ladrar enfurecida. A Speedy también pareció incomodarle el ruido a una hora tan temprana. Saltó encima de la cama para mirar ojiplático a Susanne. Esta lo acarició, esperó unos segundos a que se le calmara el corazón a ella y apartó las mantas para levantarse.

Más martillazos.

Comprendió que procedían de la puerta principal.

Por encima de los ladridos de Sandy distinguió varias voces.

Salió al pasillo, cogió a Sandy por el collar, abrió la puerta del piso y echó un vistazo.

¿Por qué no salía Daniel?

Recordó que aquella semana le tocaba turno de noche. Seguramente estaría profundamente dormido.

Regresó al dormitorio, se puso la ropa del día anterior y con Sandy siguiéndole los talones se dirigió hacia abajo. A través del cristal ahumado de la casa distinguió la silueta de dos personas. No supo explicar el pánico que se apoderó de ella.

Respiró hondo y abrió el pestillo de seguridad. Se sobresaltó al ver que las personas causantes de todo aquel alboroto eran una

mujer de unos cuarenta y largos y un hombre algo más joven. A ninguno de los dos los había visto antes.

–Lara Widmann, Policía de Augsburgo –explicó la mujer enérgica mientras le mostraba la identificación poniéndosela justo delante de la nariz–. Y este es mi compañero. Querríamos hablar con Daniel Lang. Vive aquí, ¿no es así?

–Daniel es mi hermano –replicó Susanne sin poder reprimir el tono de pánico en su hilo de voz.

¿Qué querría la policía de su hermano?

–Esta semana tiene turno de noche. Es ATS de urgencias. Trabaja en el Policlínico. Supongo que se metería en cama a las siete y por eso no se ha enterado de los golpes.

–¿Sería tan amable de despertarlo? Tenemos que hablar con él en persona. Es inevitable.

Susanne asintió y se apartó un poco.

–Por favor, entren. Voy a ver si consigo despertarlo.

Con los dos ya dentro de la casa, Susanne miró indecisa hacia la puerta del piso de su hermano.

–Esperen un momento, por favor.

La inspectora asintió. Susanne estaba a punto de abrir, cuando apareció su hermano medio dormido.

–¿Se puede saber quién demonios está armando tanto jaleo a estas horas de la mañana?

–La policía quiere hablar contigo –le susurró Susanne rápidamente para pararlo.

–¿La policía? –Abrió los ojos incrédulo y miró a la pareja que estaba esperando detrás de Susanne.

–Policía de Augsburgo –explicó Lara Widman–. Se trata de Eva Wilhelm.

–¿De Eva?

Susanne se dio cuenta de que el color había huido del rostro de Daniel.

–¿Qué pasa con Eva?

–Pues eso nos gustaría saber –respondió la comisaria–. Lleva desaparecida desde hace diez días.

Susanne vio tambalearse a Daniel por lo que en cuestión de milésimas de segundo se colocó a su lado y lo cogió del brazo.

–¿Estás bien? –le preguntó, pero él ni la oyó, tan solo siguió mirando fijamente a la policía–. ¿Que ha desaparecido?

–¿Cuándo la vio por última vez? –preguntó la mujer.

Susanne la observó preocupada. Era como si la voz de la inspectora ocultara algo al acecho.Pero Daniel pareció no notar nada.

–A ver –dijo frunciendo el ceño–. Tuvo que ser hace tres semanas. La fui a esperar a la empresa en la que trabaja.

–¿Estaban citados? –preguntó la mujer.

–No, pero quería saber qué pasaba, por qué me estaba evitando.

–¿A qué se refiere?

Daniel miró indefenso primero a Susanne y luego a la policía.

–¿Que a qué me refiero? –Resopló–. Que me mandara a paseo me pilló completamente por sorpresa.

–¿Había motivos para ello? ¿Había pasado algo?

–Se podría decir que sí. La verdad es que nos entendíamos genial. De hecho, íbanos a casarnos. Y luego va y me dice que me fue infiel. Le pregunté por qué, quería saber si todavía me quería y me dijo que sí.

–¿La perdonó? ¿Volvieron?

–Por supuesto. Pero luego, unos días después, de buenas a primeras me dejó. Me devolvió el anillo y dijo que no quería volver a verme. Y yo… no entendía nada. La llamaba por teléfono, pero ella nunca me cogía. Y por eso fui a su trabajo, a mirarla cara a cara. Quería saber qué le pasaba, si tenía problemas, pero se negó a hablar conmigo. Se cerró en banda. Decía que había otra persona.

–¿El hombre con el que lo engañó?

Daniel negó con la cabeza.

–No era eso. Tenía que haber otra razón. Eva había cambiado. Yo ya lo había notado. Había algo que la preocupaba, antes ya de llegar a estos extremos.

La inspectora hizo un ligero gesto con la cabeza.

–La mujer que denunció su desaparición dijo algo parecido. Se llama Tatjana. ¿La conoce?

Daniel asintió.

–Por supuesto. Son muy amigas.

–Pero no tanto como para que Eva le contase sus problemas.

Daniel hizo una mueca.

–A veces Eva resulta un poco complicada en lo que al trato con las personas se refiere. Últimamente eso se había vuelto muy exagerado. Le costaba muchísimo confiar en la gente de su entorno, ni siquiera en su gente de mayor confianza.

–O sea que desde su encuentro de hace tres semanas no la ha vuelto a ver.

Daniel bajó la mirada.

–Me dejó muy claro que no quería volver a verme, después de lo de presentarme en su trabajo. Y desde entonces me he mantenido alejado. Ni la he llamado ni le he mandado ningún mensaje. Me costó mantener las distancias, pero no me quedó otra que respetar sus deseos. Tenía la esperanza de que cuando se diese cuenta de lo exagerado de su reacción, volvería a entrar en razón. Al fin y al cabo hemos estado varios años juntos. Eso no se tira por la borda así sin más.

–Y ese hombre con el que lo engañó, ¿sabe quién es?

Daniel negó con la cabeza.

–Solo dijo que yo no lo conocía y que tampoco tenía mayor importancia.

–¿Le guarda rencor a Eva por lo de la separación?

Daniel bajó la mirada. Al volver a alzar los ojos se fijó en los ojos llorosos de su hermana.

–No estoy enfadado con ella ni le guardo rencor. Estoy triste y dolido porque no consigo explicármelo. Éramos felices y de repente cambió por completo. Así sin más, en serio. Y hoy por hoy sigo sin saber por qué.

Lara Widman reflexionó un instante.

–¿Le importa si entramos un momento? –pidió luego–. Queremos hacerle algunas preguntas más y me gustaría poder sentarme para tomar nota. Puede que sus respuestas nos ayuden a encotrarla.

Daniel asintió y miró aterrado a Susanne.

–Mi hermana… quiero que esté presente. ¿Puede?

Lara Widman hizo un breve gesto de asentimiento y luego siguió a Daniel al interior de la vivienda. Este los llevó a la sala de estar, se sentó en el sofá y les ofreció los sillones a los dos policías. La mujer tomó asiento, pero su compañero prefirió permanecer de pie.

–¿Recuerda si Eva mencionó algo de irse a algún sitio? –prosiguió el interrogatorio Lara Widman.

Daniel negó con la cabeza.

–¿Te mencionó algo a ti? –le preguntó a su hermana.

–No –contestó Susanne.

–¿Y ninguno de ustedes sabe qué podría ser eso que la preocupaba?

Susanne miró primero a Daniel y luego a la agente.

–A mí no me dijo nada.

–Antes de la separación a mí apenas me dejaba llegar hasta ella. Estaba impenetrable. No solo en el sentido físico. Siempre tenía excusas para no venir a mi casa. Bloqueaba mis llamadas. Se distanciaba.

–Entonces lo de la separación no fue tanto de buenas a primeras –observó la inspectora.

Daniel se encogió de hombros.

–Pensaba que todo volvería a su cauce. Debí haber insistido. Puede que acabara abriéndose.

Susanne le puso una mano tranquilizadora en el hombro y se dirigió a la policía.

–¿Qué han hecho hasta ahora para dar con ella?

–Hemos hablado largo y tendido con su amiga Tatjana, que fue quien puso la denuncia por desaparición. Probamos suerte en la residencia con su madre, pero supongo que ya saben que la señora Wilhelm está enferma. También nos hemos puesto en contacto con su hermana porque pensamos que pudo haber decidido de buenas a primeras ir a visitarla. Luego hablamos con su jefe y con algunos de sus compañeros de trabajo y conseguimos una orden para poder entrar en su piso sin su autorización.

–¿Y todo eso sin resultados?

–Hasta ahora no. –Lara miró fijamente a Daniel–. No hay nada en su piso que indique que se haya ido de viaje. Es como si hubiera

salido solo un momento. También hemos comprobado su actividad bancaria y desde su desaparición no hay ningún movimiento. Tampoco usó la tarjeta de crédito. Hemos comprobado su actividad en internet, y más de lo mismo. Hace más de tres semanas que no entra en Facebook ni en Instagram, y tampoco ha entrado en su cuenta de correo electrónico. En cuanto a su móvil…

–Disculpe –la interrumpió su compañero–. ¿Pero podría usar el cuarto de baño?

Daniel asintió.

–Al salir a la izquierda, la segunda puerta a la derecha.

Daniel se quedó mirando al policía y luego volvió a dirigirse a Lara.

–Ha mencionado el móvil de Eva. ¿Qué pasa con él?

–Lo hemos rastreado y seguido hasta la última señal emitida. Encontramos el móvil en un contenedor de basura en un área de descanso.

Susanne notó el sobresalto de Daniel.

–¿Eso qué puede significar?

Lara Widman suspiró.

–Para serle sincera, compartimos la preocupación de su amiga Tatjana. Hay muchos indicios que indican que le ha pasado algo. Sobre todo el hecho de no haber sacado dinero de sus cuentas y que aparentemente no se haya llevado nada. Y luego está lo del móvil…

Susanne se dio cuenta de que la mujer tenía la vista clavada en Daniel.

–¿Está insinuando que mi hermano tiene algo que ver con la desaparición de Eva?

Lara no contestó.

Tras lo que pareció una eternidad regresó su compañero y la atmósfera en la sala cambió. Susanne sintió escalofríos al ver su mirada sombría.

–¿Puedes venir un momento? –le pidió a su compañera.

Susanne estaba a punto de levantarse para acompañarlos, pero Daniel la detuvo con un gesto casi imperceptible.

Los dos policías regresaron al cabo de unos minutos y ahora Lara también estaba seria y distante.

Observó y evaluó literalmente a Daniel.

–Mi compañero ha encontrado algo en el cuarto de baño –le explicó–. Y también en el pasillo y en la cocina. ¿Nos permite que echemos un vistazo aquí en la sala de estar?

–¿Y qué es lo que ha encontrado su compañero? Si son huellas de Eva, eso no significa nada –observó Daniel–. Hasta hace unas semanas vivíamos prácticamente juntos aquí.

–No son huellas dactilares –contestó el policía–. En el cubo de basura del cuarto de baño, en el fondo, casi escondidos, hay pañuelos ensangrentados. ¿Puedo preguntar de dónde procede tanta sangre? ¿Alguna lesión reciente?

Daniel miró confuso a Susanne y luego al policía y acabó diciendo que no con la cabeza.

–Y en el marco de la puerta del cuarto de baño, por debajo de la pileta, en el marco de la puerta de la cocina y en la nevera. En todos esos sitios hay marcas marrones que podrían ser sangre. ¿Le importa si llamamos a alguien para que venga y les eche un vistazo con un aparato especial?

Daniel quedó petrificado.

–¿Acaso creen que podría ser sangre de Eva?

El agente salió para traer unos segundos después el cubo de basura del cuarto de baño. Lo dejó delante de Daniel, se puso un guante de goma y metió la mano. Sacó unos cuantos pañuelos arrugados empapados de sangre.

–En base a esto la herida fue bastante seria. Y como acaba de decirnos que suya no es, tendrá que ser de otra persona.

–Les juro que no le he hecho nada a Eva –dijo Daniel con voz baja.

–Entonces no le importará que analicemos su piso más a fondo –intervino Lara Widman.

Daniel se encogió resignado de hombros y se levantó.

–Hagan lo que tengan que hacer. Yo mientras tanto me voy a ir al piso de mi hermana a echarme un rato. Porque como imaginarán, no me encuentro muy bien.

Al cabo de dos horas, se habían sumado dos policías más. Susanne tenía sus dudas de que permitir que los policías camparan a sus anchas por el piso fuera una buena idea.

–Debiste llamar a un abogado y echarlos de casa. No permitir que pongan el piso patas arriba.

Daniel la miró.

–Yo no le he hecho nada a Eva. Y quiero que la encuentren sana y salva. Por eso he decidido cooperar.

Susanne resopló. Luego se levantó.

–Quédate aquí de brazos cruzados si quieres, pero yo voy a bajar a cantarles la cuarenta.

Sin esperar respuesta se dirigió hacia abajo.

Abrió la puerta del piso de su hermano, que solo estaba entornada, y entró. Le sorprendió que a pesar de la hora que era, allí dentro estuviera todo tan oscuro.

–¿Qué está pasando aquí? –le preguntó a Lara Widman, que se encontraba en la sala de estar, a oscuras, observando concentrada unas manchas azules en el sofá.

Lara la miró.

–Le ruego que abandone el piso de inmediato. Esto es una investigación policial. Y estamos en lo que podría ser el escenario de un crimen.

–¿Por qué? –gritó Susanne–. ¿Qué pasa?

–No es asunto suyo.

–Si ustedes ni siquiera deberían estar husmeando por aquí –le espetó Susanne—. Mi hermano tiene derecho a que venga un abogado. Y este le dirá seguramente que sin una orden de registro no pueden poner patas arriba la vivienda de mi hermano.

Lara se levantó.

–No necesitamos ninguna orden. Daniel nos dio permiso para que mirásemos lo que quisiésemos. ¿No lo recuerda?

–¡Porque lo cogieron ustedes con la guardia baja y por sorpresa!

Lara suspiró y le indicó con un gesto que se acercara a ella.

–¿Ve esas manchas azules en el tapizado del sofá?

Susanne asintió con la cabeza.

–¿Qué es?

Lara hizo una mueca.

–Sangre. La hemos descubierto con el Luminol. Esas manchas están repartidas, con mayor o menor intensidad, por todo el piso. A simple vista no se ven, pero con el Luminol…

–¿Y eso qué significa? –preguntó Susanne con la voz rota.

–Significa que vamos a tener que llevarnos a su hermano a comisaría para interrogarle sobre Eva Wilhelm oficialmente. Mientras tanto, el forense se encargará de analizar las muestras de sangre y de compararlas con las pruebas que hemos recogido en el piso de Eva. En caso de coincidencia, su hermano estará metido en un lío muy gordo. Y en cuanto al tema de la asistencia jurídica, puede que vaya siendo hora de que su hermano se busque un buen abogado, sí.

CUATRO
AUGSBURGO

ABRIL 2022

–¿Estás lista?

Lara alzó los ojos, le sonrió a Sandro, se levantó, cogió su carpeta y siguió al compañero.

–¿Crees que hoy habrá más suerte? Tengo la impresión de que hoy el señor Lang tampoco va a estar por la labor de colaborar.

–Hoy cae –aseguró Sandro y le echó una mirada por encima del hombro–. Lleva tres días aquí encerrado. Dudo que sea capaz de defender su inocencia por mucho más tiempo. Las cosas se le están complicando, y lo sabe. Tiene todo en contra: la pelea con Eva con su amiga como testigo. La sangre encontrada en su piso. El hecho de que no haya señal de vida de Eva.

–Que dios te oiga –replicó Lara–. Me pregunto por qué tardarán tanto los del laboratorio con los resultados.

–No era sangre fresca. Al fin y al cabo, ya hace que Eva ha desaparecido. A eso súmale la comparación con los cabellos que encontramos en el piso. Ten paciencia. Además, puede que Daniel Lang confiese antes.

–¿Qué pasa con Hanau? ¿Piensa hacernos compañía a lo largo del día y participar en el interrogatorio?

Sandro asintió.

–Propongo que primero hablemos tú y yo a solas con Daniel. Que Fabian venga dentro de un rato. Puede que consiga sacarle algo a Lang si habla con él después.

Lara se detuvo delante de la puerta que daba a la sala de interrogatorios. Cogió aire y miró a su compañero.

–Su hermana está convencida de que Daniel es inocente.

Sandro hizo una mueca.

–Ya conoces la historia de la familia. Los padres fallecieron cuando Susanne aún era una adolescente. Su hermano, que acababa de cumplir la mayoría de edad, solicitó la custodia sin dudarlo ni un momento. Se hizo cargo de su hermana e impidió que la internasen en una institución. Esas cosas unen. Es normal que no vea a su hermano capaz de cometer un asesinato. Para ella es su súper héroe. Con él todo es color de rosa.

Lara asintió. Puso la mano en el picaporte, lo bajó y entró. Lo primero que le llamó la atención fue el cuerpo encogido de Daniel. Hasta un ciego vería que aquel joven estaba acabado.

Casi sintió lástima por él.

Esbozó una sonrisa.

–Buenos días, señor Lang. ¿Quiere un café antes de empezar?

Daniel alzó la mirada y negó cansado con la cabeza.

–¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted?

Daniel soltó una risa amarga.

–Pues sí. Puede dejar que me vaya, porque no he hecho nada.

–Me temo que eso no va a poder ser –dijo Lara tajante a la vez que amable–. Sigue habiendo una joven treintañera desaparecida. Y mis compañeros y yo vamos a hacer todo lo posible para averiguar qué le ha pasado.

Daniel asintió.

–Yo también quiero que aparezca Eva. Como recordarán, se trata de mi exprometida, de la que sigo enamorado, por cierto. Y mientras están perdiendo el tiempo aquí conmigo, no lo están empleando en buscarla a ella. Y eso acaba conmigo. Si le ha pasado algo o si alguien le ha hecho daño, la probabilidad de encontrarla con vida se reduce con cada segundo que pasa y que malgastan haciéndome preguntas estúpidas.

Lara se concentró con mucha seriedad en el rostro del hombre.

–¿Así que opina que nuestras preguntas son estúpidas?

–Sí –replicó Daniel–. Les he repetido muchas veces que soy inocente y que no le he tocado ni un solo pelo. Y nada, ustedes siguen acribillándome a preguntas en vez de salir en su búsqueda.

–¿Y los pañuelos ensangrentados? ¿Los rastros de sangre en su piso? –quiso saber Lara–. Usted mismo afirmó que no recordaba haber sangrado, o sea, que no tiene ninguna explicación. Sin embargo, Eva sigue desparecida. Dígame, ¿qué se supone que hemos de pensar?

–¡Que yo tampoco lo sé! –exclamó Daniel–. No le he hecho nada a Eva. Y no sé de dónde ha salido esa sangre.

–Pero la amiga de Eva, Tatjana, atestigua que los vio discutir a usted y a Eva. ¿Cuál era el motivo de la discusión?

–Como ya he repetido un montón de veces, no fue una discusión. Estuve esperándola porque sabía a qué hora salía del trabajo. Quería volver a hablar con ella para hacerla entrar en razón porque una relación de varios años no se puede desechar así sin más, por puro capricho. Quería entender la razón de esa decisión. Pero se negó a decirme qué era lo que le estaba pasando por la cabeza. Reconozco que el tono de la conversación fue a más porque los dos estábamos nerviosos y enfadados, pero insisto, yo no le hice nada. La amo y solo quería que volviera conmigo.

–Pero después de eso desapareció.

–Tengo el mismo interés que ustedes en que aparezca.

–Encontramos un sinfín de botellas de bebidas alcohólicas en su domicilio, señor Lang. Todas ellas vacías. ¿Quiere comentar algo al respecto?

Daniel hizo una mueca de burla.

–No me diga que ahora está prohibido beber en casa. Cuando Eva me dejó lo pasé muy mal. Y ahogué mis penas en alcohol. ¿Tan reprochable es eso?

–No –aceptó Lara–. Pero estamos hablando de un número considerable de botellas vacías de aguardiente. ¿No sería posible que sí tenga usted algo que ver con la desaparición de Eva, pero que simplemente no lo recuerda?

Daniel negó con la cabeza.

–Siempre bebía en casa. Después del trabajo. Y luego me metía en cama.

–O sea, que después de la separación siguió acudiendo al trabajo, luego regresaba a casa, donde se emborrachaba y se acostaba en cama a dormir la mona. ¿Y así todos los días desde la separación?

Daniel asintió.

–Y por eso también he discutido alguna que otra vez con Susanne. Estaba al tanto de mis borracheras e intentó tomar medidas al respecto. Estaba preocupada por mí.

–Sin embargo, ella no puede atestiguar que después del trabajo usted volviera todos los días directamente a casa. Creo recordar que declaró que de vez en cuando usted también se tomaba alguna copa en el Luggi, el bar al que suele ir habitualmente.

–El Luggi no es un bar sin más, es el bar del club deportivo. Y tampoco es que sea un habitual del local. Lo que pasa es que conozco al dueño. Es uno de mis mejores amigos. De hecho, conoce a Eva y podrá confirmarle que yo jamás le haría daño a Eva.

–Lo que quiero decir –recalcó Lara–, es que no puede usted demostrar que estuviera usted efectivamente siempre en casa. Cabe la posibilidad de que, completamente borracho, saliera usted de casa, se encontrara en la calle con Eva, se la llevara de vuelta a su piso y que ahora no lo recuerde. Es cierto que usted y su hermana viven en la misma casa, pero Susanne declaró que, cuando está dormida, no se entera de lo que pasa en el piso de abajo.

–¡Bobadas! –exclamó Daniel–. Si de verdad le hubiese hecho daño a Eva en mi piso, Susanne se hubiera enterado. Las paredes tampoco es que sean tan gruesas.

–Tengo una pregunta hipotética para usted –dijo Lara y miró fijamente a Daniel a los ojos–. Supongamos que resulta que la sangre de su piso pertenece a Eva, ¿cómo piensa seguir?

Daniel se encogió de hombros.

–No cambiaría nada porque no he hecho nada. Ni siquiera borracho como una cuba. Sé quién soy y que rehúyo todo tipo de violencia. Soy inocente y por esa misma razón le dije al abogado que

me consiguió mi hermana que se fuera. No necesito ningún abogado porque no le he tocado ni un pelo a nadie.

–¿Le importaría hablar con el psicólogo de la policía? Se llama Fabian Hanau y creo que no estaría de más que ustedes dos intercambiaran unas palabras.

Lara observó que Daniel reflexionó antes de asentir con la cabeza.

–Claro. ¿Por qué no? Puede que no sea tan cuadriculado y terco como ustedes.

–¿Qué opina? –le preguntó Lara a Fabian al salir este cuarenta minutos después de la sala de interrogatorios.

–He de confesar que es un caso complicado. Daniel Lang resulta muy colaborador y abierto. Sus declaraciones de amor hacia ella también resultan creíbles y auténticas. Es cierto que su mirada era inquieta y a menudo perdida. Le costó mirarme a los ojos. Daba la impresión de sentirse muy inseguro, asustado, con miedo casi. Pero si se me permite ser sincero, todo eso resulta inquietantemente fingido y artificial. Como si quisiera dar la impresión de ser una criatura indefensa e inofensiva. Pero si quiere mi opinión, ahí dentro tienen a un lobo disfrazado con piel de cordero.

Lara tragó primero y luego asintió con la cabeza. Acabó mirando seriamente al psicólogo.

–¿Me daría esa valoración por escrito?

Hanau asintió con la cabeza.

–Si se me permite la pregunta, ¿y ahora qué?

–Pues habrá que presionar algo más. –Lara miró muy seria al psicólogo–. Mientras estaba usted hablando con Lang, nos han llamado del departamento forense.

–¿Con qué resultados?

–Bueno. –Lara guardó un silencio cargado de significado–. El resultado del análisis coincide con lo que usted acaba de decir. No cabe la menor duda de que la sangre encontrada en la vivienda de

Lang pertenece a Eva Wilhelm, lo que significa que Daniel Lang lleva tres días contándonos cuentos chinos.

CINCO
AUGSBURGO

ABRIL 2022

El zumbido del móvil pareció atravesar una niebla espesa antes de penetrar en su subconsciente. Medio dormida, sin apenas lograr abrir los ojos, alargó la mano en busca del aparato. Desde que su hermano estaba en prisión preventiva, Susanne se sentía como un animal enjaulado. No encontraba paz física ni mental. Era como si su cuerpo estuviera pasado de revoluciones. Se pasaba las noches en vela y no quedaba dormida hasta el amanecer.

A todo eso había que añadir que su hermano, cabezota como era, no quería un abogado, por razones, según él, más que comprensibles. Era inocente y negarse a aceptar asistencia jurídica era un recurso para respaldar dicha inocencia.

Tanto ella como el abogado, Dr. Martin Behrens, habían, obviamente, intentado hacerle cambiar de idea, pero en vano. No había hecho nada malo y por eso no necesitaba ningún abogado.

Susanne le había pedido al Dr. Behrens que no dejara el caso, con la esperanza de que Daniel transigiera, pero hasta ahora no había sido así. Su hermano seguía detenido y no había trazas de que eso fuera a cambiar a corto plazo. Susanne sabía qué estaba pasando. Esa inspectora, tan amable ella y simpática de puertas afuera, hacía mucho que le había colgado a su hermano el sambenito de loco.

¿Y Daniel qué?

Había sido su propia ingenuidad la que había permitido que todo aquel asunto llegara tan lejos.

Cuando por fin consiguió abrir los ojos y acostumbrarse a la claridad, registró que era el abogado quien la estaba llamando. Inmediatamente se le formó un nudo en el estómago.

Aceptó la llamada.

–Qué bien que la encuentre. –Behrens fue directo al grano–. Hay novedades en el caso de su hermano. Primero la mala noticia. La sangre encontrada en el piso de Daniel pertenece, efectivamente, a Eva. Pero también hay una noticia buena. –El abogado hizo una pausa, para darle la oportunidad de digerir lo que acababa de oír–. Su hermano ha cedido por fin y acepta que lo defienda. De hecho, voy de camino a comisaría. La volveré a llamar más tarde.

La cabeza de Susanne le daba vueltas. Que la sangre era de Eva. ¿Eso qué significaba?

¿Cómo era posible?

Cerró los ojos para luchar contra las lágrimas.

–Daniel no ha hecho nada –consiguió articular a duras penas. Tenía la voz rota–. Haga lo que sea necesario para demostrarlo. Mi hermano está enamorado de Eva. La quiere. Esto todo no tiene ningún sentido.

–Que ahora haya decidido acceder a una representación legal complica las cosas –le explicó Behrens–. Tengo que estudiar el expediente y ver de qué pistas y pruebas dispone la policía. Y necesito saber qué ha declarado su hermano hasta ahora. Espero que no se haya ido demasiado de la lengua.

–¿Conseguirá sacarlo de ahí?

Durante un rato reinó el silencio al otro lado.

–Al menos haré todo lo que esté en mis manos.

El día había transcurrido sin pena ni gloria. Tendría que estar preparando el próximo trimestre y estudiar para el último examen,

pero Susanne había agotado todo lo que le quedaba de concentración y fuerzas. Las palabras no eran más que letras borrosas y los apuntes carecían de sentido.

Acabó por rendirse. Emitiendo un grito furioso, barrió la superficie del escritorio con el brazo extendido y tiró el montón de carpetas y folios al suelo.

Resultaba muy frustrante pasar el día allí sentada mientras que la policía le hacía la vida imposible a Daniel por algo que no había hecho.

Pero lo que más la agobiaba eran las palabras de Behrens pronunciadas aquella mañana al teléfono.

No conseguía sacarse de la cabeza que la sangre encontrada en el piso de Daniel era de Eva.

Cada vez que cerraba los ojos veía aquella imagen horrible.

Al policía con el cubo en la mano, sacando de él vendajes y gasas arrugados y empapados en sangre.

Luego las manchas en el sofá. La más grande tenía un diámetro de diez centímetros y no se podía ver a simple vista porque alguien había estado lavando y frotándola para eliminarla y porque la tapicería era de color marrón oscuro.

Es decir, alguien había limpiado la sangre de Eva.

¿Pero quién?

La expresión de Daniel al ver los vendajes en la basura había reflejado la misma confusión y conmoción que sentía Susanne. Lo que significaba que no tenía ni idea de cómo había llegado aquello allí. Aseguraba con la misma vehemencia no saber de dónde procedían las restantes manchas de sangre distribuidas por toda la casa.

Ella le creía.

Pero a ojos de la policía estaba mintiendo, era como si un culpable tratara de salvar el pellejo y curarse en salud. Aquellos agentes no conocían a Daniel. No sabían lo increíblemente buena persona que era su hermano, lo mucho que seguía queriendo a Eva.

Sin embargo, era un hecho: en la vivienda de su hermano se había encontrado la sangre de una mujer desaparecida con la que había discutido poco antes.

Por muy doloroso que le resultara, tenía que admitir que las cosas pintaban mal para Daniel.

Susanne echó la cabeza hacia atrás y reflexionó. Seguía convencida de la inocencia de su hermano, pero no cabía duda de que era muy extraño que la sangre de Eva estuviera repartida por todo el piso.

Tenía que dar con una explicación razonable. Una explicación que ni siquiera la policía pudiera descartar sin más.

Pero cuanto más reflexionaba, más evidente resultaba la inutilidad de su empeño.

No le quedaba otra que confiar en el abogado, en que haría su trabajo y sacaría a Daniel de la prisión preventiva.

Una vez estuviera libre su hermano, se devanarían los sesos juntos para encontrar una explicación a todo aquello.

Se sobresaltó al oír el zumbido del móvil. En un acto reflejo aguantó la respiración cuando vio que era Behrens quien llamaba.

–Tengo buenas noticias –se oyó su voz atronadora–. Fue mucho más sencillo de lo que me esperaba. Supongo que ayudó el hecho de que ya he tenido mis más y mis menos con esa mujer, Lara Widmann, por culpa de otro cliente. La Widmann es famosa por ir matando moscas a cañonazos, si entiende a lo que me refiero.

–Eh… –balbuceó Susanne.

–No es la primera vez que mete a un sospechoso en preventiva y después resulta que no es legítimo. Lo mismo ha ocurrido en el caso de su hermano. De hecho, aparte de la declaración de la amiga de Eva Wilhelm, la policía no tiene nada. Que no haya rastro de Eva, que lleve más de una semana sin dar señales de vida, no es prueba de que esté muerta, herida o encerrada en algún sitio. Aparte de las huellas de sangre en la vivienda de Daniel, no tienen nada en su contra. Y dado que Eva y Daniel mantuvieron una relación a lo largo de varios años, el hallazgo de la sangre no tiene por qué significar necesariamente que la sangre esté relacionada con la desaparición de Eva.

–¿O sea, que lo van a soltar?

Silencio al otro lado y luego una leve risa.

–Me lo he traído conmigo –soltó Behrens por fin–. Tengo a su hermano sentado aquí a mi lado en el coche. Espere, que pongo el manos libres.

–¿Daniel? –preguntó Susanne aliviada sin poder evitar llorar–. ¿Te vienes ya para casa?

–Hola, peque –la saludó Daniel.

A Susanne le pareció que sonaba cansado y mustio. Normal, después de todo lo que había pasado.

–Me voy a pasar aún con Dr. Behrens por el bufete y luego voy. Aunque… puede ser que me pare antes un rato con Luggi. A más tardar a la hora de la cena estoy en casa.

–¿Que quieres ir al bar de Luggi? No sé yo si eso será una buena idea… La policía te estará vigilando y si sigues justo donde lo dejaste…

–Solo quiero tomarme una copa que creo que me la tengo merecida –fue la respuesta irritada de Daniel.

–Vale –cedió Susanne–. Pero prométeme que para la cena estás aquí. Voy a preparar tu plato favorito.

–No hace falta. No quiero que te tomes tantas molestias por mi culpa.

–Sabes que lo hago encantada, hermanito, siempre y cuando mantengas tu promesa y no te emborraches en el Luggi.

Eran casi las diez de la noche y Daniel seguía sin aparecer. Susanne ya le había llamado varias veces al móvil, pero no le había cogido. Trató de justificarlo diciéndose que habría tanto ruido en el local que seguramente no había oído las llamadas.

Respiró hondo y pensó qué hacer.

Por un lado estaba muy enfadada con él, porque le había dado prioridad a ir al bar en vez de volver a casa y analizar todo juntos con calma. Por otro lado lo. Era su manera de huir durante un par de horas de la pesadilla de los últimos días. Pero aun así…

Sabía que ella lo estaría esperando, cocinando para él. Podría haberla llamado por lo menos y avisar de que llegaría algo más tarde.

Tal vez no la había llamado a propósito, sabiendo cómo reaccionaría ella.

Inspiró hondo para luego soltar el aire poco a poco.

Si no fuese por esa sensación, ese inexplicable mal presentimiento. Algo relacionado con su hermano.

Esa sensación le impedía respirar con normalidad, le había dado dolor de barriga y la tenía nerviosa dando paseos por todo el piso.

Tal vez debería bajar y echar un vistazo.

Puede que hubiese llegado a casa sin que ella se hubiese enterado.

Desechó la idea. Si así fuera, habría subido, tal como había prometido.

¿Y si llamaba a Behrens para preguntarle qué le había dicho Daniel antes de salir del bufete?

Negó con la cabeza.

El abogado seguramente ya la tendría por una chalada sobreprotectora - lo había llamado ocho veces. Pero Behrens había conseguido tranquilizarla un poco. Le había dicho que confiara en Daniel, que le dejara su espacio, a pesar de parecer por el momento un niño desvalido. Había acabado dándole la razón y lo había dejado estar. Durante un tiempo, pero ahora…

Miró el reloj. Las diez y media.

No fue capaz. Cogió el móvil y marcó decidida el número de Luggi.

A los pocos segundos oyó las voces de los amigotes de Daniel.

–¿Puedes pasarme a mi hermano? No coge el maldito móvil. – Susanne fue consciente de lo borde que sonó su voz y se maldijo por ello.

–¿Daniel? Si hace horas se piró. Se tomó una birra y dijo que se iba para casa que estabas preparando la cena.

Susanne sintió una tensión repentina en todo el cuerpo.

–¿Que ya se ha ido?

–Lo dicho, hace un buen rato.

–Pero aquí no ha llegado. Aquí no está. –Susanne jadeó y luchó contra un ataque de ansiedad–. ¿Te dijo si tenía pensado pasarse por algún otro sitio antes?

–No. –La respuesta salió disparada de la boca de Luggi–. Se fue poco antes de las ocho con la intención de irse para casa. No sé más.

–¿Salió solo del local?

–Según recuerdo sí.

–Vale –susurró Susanne sosteniendo el teléfono con manos temblorosas–. Si lo ves, si vuelve por ahí, dile, por favor que me llame, que estoy muy preocupada.

–Claro, pero no creo que vaya a volver.

Susanne estaba a punto de colgar cuando se le ocurrió algo.

–¿Dices que se tomó solo una cerveza?

–Sí, dijo que no quería pasarse.

–O sea, que aún estaba sobrio cuando salió de ahí.

–Sí, totalmente.

SEIS
AUGSBURGO

ABRIL 2022

El zumbido del móvil le llegó al alma.

Lara palpó a oscuras en busca del teléfono y se maldijo por no haberlo dejado en el salón.

Su marido gruñó malhumorado desde el otro lado de la cama.

–Ya –murmuró ella. Cuando por fin lo encontró, leyó en la pantalla el nombre de su compañero. Soltó un leve gemido al darse cuenta de que aún no eran las cuatro de la mañana. Apartó las mantas y se levantó. Salió del dormitorio y cerró la puerta con cuidado. No fue hasta entonces que descolgó.

–¿Qué pasa? –preguntó consciente de su tono borde.

–Lo siento, cariño, pero se acabó la noche –fue la respuesta alegre y animada al otro lado de la línea.

–¿En serio? –Lara suspiró–. ¿Es por el caso de la desaparecida?

–Me temo que no –contestó Sandro–. Ha habido un incidente en la B 17.

–¿Otra vez adolescentes tirando cosas desde arriba?

–Según el aviso, daños personales. Parece que se ha caído una persona desde el puente.

–Mierda. –Lara ya estaba completamente despierta–. ¿Hay más personas afectadas?

–He hablado con un colega patrullero que estaba in situ. Parece ser que la persona cayó delante de un camión en marcha y este la arrolló. Hay otro vehículo implicado. Hubo que cortar la carretera en ambas direcciones. Mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes.

Veinte minutos después Lara ya estaba en el lugar del accidente. Lo que vio fue una imagen de absoluto caos por lo que intuyó las dimensiones de la catástrofe.

El camión estaba atravesado sobre los dos carriles y un segundo camión se había empotrado en el semirremolque del primero.

Tanto los bomberos como el equipo de rescate y el THW, el servicio de protección ciudadana, ya estaban allí tratando de sacar al conductor del segundo camión de la cabina completamente aplastada.

El hombre parecía estar muy grave, pero vivo, lo que no tenía que significar, bien lo sabía Lara, que fuese a sobrevivir. Suspiró y miró a Sandro, de pie a su lado con los labios apretados.

Se dirigieron a un patrullero que a su vez iba a hablar con el paramédico y el conductor del camión atravesado.

El rostro del joven se ensombreció al verlos.

–Tiene mala pinta –dijo y le dio primero la mano a Lara y luego a Sandro–. Soy Jan Winkler. Hemos hablado antes por teléfono.

Sandro asintió.

–¿Ya se sabe qué ha pasado?

–Hable con el conductor del primer camión. Es aquel de allí. Dentro de lo que cabe está bastante entero.

Lara calculó que el conductor tendría unos sesenta años. Estaba muy afectado, pero capaz de contestar algunas preguntas, tal como

había predicho el patrullero.

–Ese tío salió de la nada y cayó delante de mi camión. No lo vi venir y no pude reaccionar a tiempo. Me llevé un susto tremendo y me metí contra los quitamiedos. Y en eso ya se me empotra a toda mecha atrás el compañero.

–¿No vio a nadie en el puente? –quiso asegurarse Lara.

El hombre negó con la cabeza.

Lara miró al paramédico.

–¿La víctima es un varón?

El paramédico asintió con la cabeza.

–Murió en el acto. Lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que un camión al menos le pasó por encima. Si no los dos. Mis compañeros están intentando… –Se detuvo tratando de calmarse. Luego bajó la mirada y cogió aire. Al alzar la vista, su rostro estaba todavía más sombrío–. El cuerpo se despedazó. Hay restos esparcidos por ambas pistas, hasta han llegado al carril contrario. El torso… –Se interrumpió de nuevo–. Llevo unos cuantos años en esto, pero nunca he visto nada igual.

Cuando siete horas más tarde Lara, con Sandro de remolque, abandonaba el departamento forense del Policlínico de Augsburgo, seguía con el estómago revuelto.

El paramédico no había exagerado al describir el estado de la víctima.

Por suerte el hombre iba documentado. Era la documentación de su sospechoso: Daniel Lang.

Lara ya había llamado a la hermana y con voz preocupada la chica le había indicado que tras su puesta en libertad Daniel no había vuelto a casa. Todavía quedaba por comparar el ADN para una identificación definitiva, pero todos tenían muy claro que el fallecido era Daniel Lang.

–¿Por qué crees que lo hizo? –le preguntó Sandro camino al coche.

–¿Crees que se trata de un suicidio?

–¿Acaso tú no?

Lara se encogió de hombros.

–Hemos visto el puente desde arriba. Es imposible que se cayera accidentalmente. La valla tiene la altura de una persona.

Lara asintió con la cabeza.

–Pero si saltó voluntariamente, no entiendo cómo es posible que el conductor del camión no lo viera primero allí de pie y luego saltando de la barandilla.

–Estaba oscuro. El hombre estaría concentrado en la carretera.

–Puede ser –murmuró Lara.

–¿Crees que pudieron empujarlo desde arriba? ¿Cómo? Es verdad que Daniel Lang es bastante delgado para ser hombre y demasiado alto tampoco es, pero aun así resultaría difícil tirar desde esa altura y por encima de la barandilla a alguien que se está defendiendo y resistiendo.

–¿Y si fue entre varios? ¿Y si le dieron antes una paliza que lo dejó inconsciente?

Sandro negó con la cabeza.

–El tipo se cargó a su ex y no podía vivir con ello. Los remordimientos lo hicieron saltar.

–¿Entonces por qué defendió con tanta vehemencia su inocencia durante los interrogatorios? ¿Por qué se sintió tan aliviado cuando el abogado lo sacó de la preventiva?

Sandro soltó una risa amarga.

–Porque no quería pudrirse en la cárcel. Sabía lo que le había hecho a Eva. Y por eso quería salir, para matarse también. Y lo consiguió. El tío estaba pirado. No soportaba la idea de que su Eva estuviera con otro, o que no quisiera saber nada más de él. Por eso la mató y enterró en algún lugar. Y luego no dejaron de atormentarlo los remordimientos y se volvió loco. Esas cosas pasan.

–Claro –admitió Lara–. Solo que durante nuestras conversaciones Daniel Lang no me pareció para nada un suicida en potencia. No dudo que de alguna manera esté implicado en la desaparición de Eva, pero a mí no me pareció en ningún momento alguien a punto de suicidarse.

Lara iba preparando mentalmente las palabras adecuadas a medida que se acercaba a la entrada de la casa de la familia Lang.

Conocía la historia familiar de Daniel y su hermana y supuso que Susanne se derrumbaría al enterarse del fallecimiento de su hermano.

Lara pulsó el timbre y esperó.

Transcurridos unos minutos oyó una puerta cerrándose en el interior de la casa. Poco después la joven estaba ante ella. Lara se fijó en los ojos enrojecidos y la cara hinchada.

–Le tuvo que haber pasado algo –dijo Susanne con la voz entrecortada y se apartó un poco para dejar entrar a la inspectora.

Lara permaneció en silencio mientras seguía a la mujer hacia su vivienda en el piso superior. Ya en la cocina se sentó en una silla y miró a Susanne Lang con gesto turbado.

–La verdad es que sí –añadió finalmente–. Su hermano se ha visto involucrado en un accidente.

–¿Un accidente?

Lara asintió con la cabeza.

–¿Los dos camiones de la B 17 de hace dos días?

–Me temo que sí –confirmó Lara–. Me hubiese gustado ponerme antes en contacto con usted, pero hemos tenido que esperar a los resultados definitivos.

–¿Qué resultados?

–Hemos tenido que hacer una comparación de ADN para poder identificar de manera concluyente el cuerpo de su hermano.

Susanne se quedó mirando a Lara con la boca abierta. Cuando hubo asimilado y entendido a qué se refería, rompió a llorar.

Lara le dejó su tiempo. No intervino y cuando la joven se hubo recuperado un poco la miró con empatía.

–¿Quiere que pida que venga alguien? En la policía tenemos psicólogos muy buenos para atender a los familiares que experimentan un caso traumático.

Susanne negó con la cabeza.

–¿Cómo murió?

Lara cogió aire y pensó qué decir.

–Los dos vehículos lo arrollaron y eso significa… –Se interrumpió y miró a Susanne Lang.

–¿Sufrió?

–Según el personal de emergencias, falleció en el acto.

–¿Puedo verlo? ¿Puedo despedirme de él?

Lara se estremeció un poco, con la esperanza de que Susanne no se hubiera dado cuenta, pero esta la miró con los ojos muy abiertos.

–Se lo desaconsejo encarecidamente –dijo Lara con un hilo de voz–. Su aspecto… No debería recordarlo así.

Susanne bajó los ojos y empezó a llorar de nuevo.

–¿Cómo ocurrió? –quiso saber a continuación–. En las noticias dijeron que un hombre se había caído del puente de la B 17. ¿Ese hombre era mi hermano? ¿Era Daniel? ¿Por qué? ¿Cómo pudo pasar algo así?

–Suponemos que fue un suicidio.

Susanne se incorporó, tiesa como una tabla y miró asustada a Lara. Luego negó decididamente con la cabeza.

–Daniel jamás haría algo así.

–No hay otra explicación –replicó Lara–. El punto desde donde cayó su hermano sobre la B 17 está vallado con una barandilla alta lo que descarta cualquier accidente.

–Pues entonces lo empujaron. La misma persona responsable de la desaparición de Eva.

Lara miró a Susanne y luego negó con la cabeza.

–Hemos encontrado residuos de droga en la sangre de su hermano. Parece que antes de saltar se atiborró de medicamentos y otras sustancias. Si fue una acción planificada o si surgió a causa del colocón, es algo que no sabremos nunca. Supongo que la verdad se encuentra en un punto intermedio.

–Mi hermano jamás tuvo algo que ver con drogas. Vale, últimamente bebía demasiado, pero cuando hablé con su colega Luggi, el dueño del bar, me dijo que Daniel estaba sobrio cuando salió de allí y que tenía pensado venirse para casa.

–Lo siento mucho, en serio –dijo Lara mirando a Susanne–. Sé que es difícil de aceptar que un ser querido decida dejar este mundo por voluntad propia. Es posible que a raíz de la marcha de Eva su

hermano tuviera problemas psíquicos tan serios que ya no le veía ningún sentido a la vida. Puede que usted como hermana estuviera demasiado cerca como para reconocer cómo se sentía de verdad. Y por eso es tan importante que entienda que usted no pudo haber hecho nada. Era Daniel quien tenía que haber pedido ayuda.

Susanne cuadró los hombros y la miró fijamente.

–Mi hermano no estaba loco. No le hizo daño a Eva como tampoco tenía ninguna intención de suicidarse. Él y yo estábamos muy unidos, tanto que se habría sincerado conmigo si estuviese deprimido o si se le pasase por la cabeza la idea del suicidio.

La joven se levantó y se tambaleó un poco sobre las piernas inseguras.

–Tengo que pedirle que se vaya. Quiero estar sola.

SIETE
AUGSBURGO

ABRIL 2022

–Vaya. Cómo está esto. –Katrin sintió lástima por Susanne–. Ven que te ayudo. Entre las dos acabamos enseguida.

Susanne alzó las manos en un gesto de defensa.

–Me da igual cómo esté esto y si te molesta, ya sabes dónde está la puerta.

Susanne sabía perfectamente lo borde que había sonado, pero no conseguía imponerse al vacío en su interior. Era tal cual había dicho: todo le daba igual, incluido el aspecto de sus cuatro paredes.

Katrin no se enfadó ni mucho menos, sino que la miró con la cabeza ladeada.

–No me gusta tener que decir esto, pero tienes un aspecto horrible.

Susanne hizo una mueca.

–¿Comes bien?

–No tengo hambre.

–¿Duermes al menos?

Susanne se encogió de hombros.

Katrin se acercó a ella y la cogió por los hombros para llevarla hasta el sofá.

–Siéntate –le ordenó–. Voy a prepararte algo de comer. Y mientras yo recojo esto un poco, tú comes todo lo que puedas.

Susanne abrió la boca para protestar, pero Katrin negó con la cabeza y la miró con gesto feroz.

–No voy a irme de aquí hasta que esto esté más o menos decente y tu hayas comido algo.

Mientras Katrin se afanaba en la cocina, Susanne se acostó en el sofá y cerró los ojos.

Hacía ya cinco meses que su hermano había muerto y yacía bajo tierra, pero para ella el dolor por su pérdida era el mismo, como si hubiera ocurrido el día anterior. Echaba de menos a Daniel. Cada maldito día. Lo echaba tanto de menos que incluso le causaba dolor físico. Le dolía el estómago, la cabeza, incluso los músculos reaccionaban a la pena, lo que a su vez mermaba su energía vital. Se estremeció al oír el entrechocar de los platos. Al poco rato le llegó el olor a huevos fritos.

–Es lo único que he encontrado en la nevera –se disculpó Katrin–. O sea que después de recoger voy a salir a hacer la compra.

–No hace falta –murmuró Susanne, a lo cual recibió una mirada de reprimenda por parte de su amiga.

Cogió el tenedor y cortó un trozo minúsculo de la clara del huevo y se lo metió en la boca. Acto seguido tuvo arcadas.

–Traga –ordenó Katrin–. Parece que tendremos que volver a acostumbrar a tu estómago a ingerir alimentos sólidos. He visto un montón de botellas de *smoothies* en la basura. No me digas que desde mi última visita solo has estado tomando eso.

Susanne se encogió de hombros.

–Sigue comiendo –volvió a ordenar Katrin. Luego se sentó junto a Susanne en el sofá y la miró muy seria–. ¿Qué va a pasar con los estudios? Te quedaba solo un semestre y vas tú y lo tiras todo por la borda.

Susanne dejó el tenedor en la mesa y miró a su amiga.

–Ya te lo expliqué el otro día. Me estoy tomando unas vacaciones semestrales. Estoy en modo *standby*. Nada más.

–Pues a mí no me tiene pinta de que vayas a seguir en octubre. ¿O me equivoco?

Susanne se encogió de hombros.

–Puede que me tome otro semestre más.

–¿Por qué? –quiso saber Katrin–. ¿Para seguir encerrada en casa? Tienes que mirar hacia delante. Volver a levantarte, avanzar, ¿me entiendes? Esto no puede seguir así. De ningún modo.

–No puedo –admitió Susanne con un hilo de voz.

–Tienes que hacerlo. Contrólate. Levántate y mira hacia delante. ¿O acaso crees que Daniel hubiese querido verte así, derrotada? Recuerda lo que pasó cuando murieron vuestros padres. Él hizo de tripas corazón, se armó de coraje para ocuparse de ti. ¿No te parece que le debes el seguir adelante?

Susanne miró a Katrin enfurecida.

–Daniel está muerto. No se entera de nada de lo que está pasando aquí y ahora.

Katrin negó con la cabeza.

–¿Qué fue lo que te dijo tu hermano tras la muerte de vuestros padres? Que estaba convencido de que seguían con vosotros. –Katrin se interrumpió, se acercó aún más a Susanne y le pasó el brazo por encima de los hombros–. Ahora soy yo, tu amiga, la que te dice lo mismo. Daniel estará muerto, pero no se ha ido. Sigue contigo y seguirá siempre. Él hubiese querido que sigas con tu vida. Que seas feliz. Y lo sabes, porque para él eras la persona más importante de su vida.

–Si eso fuera verdad, no se habría suicidado.

–Estaba enfermo. Puede incluso que desesperado. En situaciones así la gente a veces toma la decisión equivocada. Y a veces es terrible y definitiva. Como en el caso de tu hermano. Pero a pesar de todo, no es culpa tuya y Daniel no hubiese querido que esa decisión desafortunada determinara tu vida.

–No me siento capaz de volver a la universidad. La gente, los estudios, aún no estoy lista.

–Pues haz algo diferente. Algo con lo que hayas soñado siempre, que te guste y que te haga pensar en otras cosas.

Susanne miró a Katrin con la duda reflejada en el rostro.

–Si ni siquiera tengo fuerzas para levantarme por las mañanas. Me cuesta horrores ir con Sandy a pasear al bosque. ¿Cómo voy a conseguir sacar energías para algo nuevo?

–Podrías hacer un viaje.

Susanne se quedó mirando a Katrin.

–¿Me estás aconsejando que me vaya de vacaciones?

La amiga asintió.

–Exactamente. Vete a Italia, al calor, nada en el mar, pasea por la playa, toma el sol, come pasta y pizza hasta reventar. Ya verás tú que en una semana más tardar tus espíritus vitales vuelven a ti.

–Pero no me apetece irme a Italia.

De repente Katrin se acordó de algo.

–Tu hermano y tú, ¿no quisisteis siempre volar a Islandia? Creo recordar algo así.

–Él quería regalarme el viaje para celebrar el fin de carrera. Ya había comprado los billetes con el dinero que había estado ahorrando a lo largo de estos años.

–Pues entonces haz ese viaje. ¿No crees que Daniel así lo hubiera querido?

Susanne se encogió de hombros.

–La idea era hacerlo los tres juntos. Él, Eva y yo. Hacerlo ahora yo sola, no estaría bien.

–Pero si ya tenía los billetes… ¿No te parece una señal?

–No sé yo.

Katrin le cogió las manos y se las apretó con suavidad.

–Podrías hacer el viaje en honor a Daniel. Ir a ese sitio que a él le hubiera gustado visitar. Enciende una vela por él, piensa en él. Y además, –se detuvo un instante y la miró fijamente–. ¿Recuerdas lo que te he dicho antes?

–Sí, sí –contestó Susanne molesta–. Que sigue aquí. Aquí conmigo.

–Es muy importante que lo creas firmemente. Como lo hiciste con tus padres en su día. Si lo haces, nunca estarás sola, ni siquiera en Islandia. Vayas a donde vayas, tu hermano estará contigo.

–Aunque quisiera, no puedo largarme de un día para otro. ¿Qué hago con Sandy y Speedy?

Katrin se rio.

–¿Dónde estarían si te hubieses ido con tu hermano?

Susanne miró a Katrin.

–¿Los cuidarías tú?

–Haría lo que fuera con tal de verte mejor. Cuidar de tus animalitos mientras estés en Islandia, será un honor para mí.

De nuevo a solas pensó en la propuesta de Katrin. No es que creyera esa bobada de la presencia espiritual de su hermano. Sabía que su hermano había dicho aquellas tonterías tras el fallecimiento de sus padres, para que ella no se sintiera tan mal. Y echando la vista atrás, tuvo que reconocer que lo había conseguido.

Algo en su interior le dijo que Katrin no iba desencaminada. Su hermano llevaba años ahorrando, apartando varios cientos de euros de su sueldo de enfermero para poder hacer aquel viaje a Islandia. La primera en soñar con el viaje había sido su madre, y luego ellos dos.

Unos dos meses antes de la separación, les había anunciado que había logrado juntar más de diez mil euros.

Les había enseñado la lata de galletas con el dinero guardada en el armario del salón y un papel sujeto con un imán a la puerta de la nevera y que resultó ser un vale para el vuelo. Susanne le había preguntado a Daniel por qué guardaba tanto dinero en casa y no en el banco, a lo que él se había justificado diciendo que si metía el dinero en la cartilla iría desapareciendo y se gastaría en otras cosas. Estando en la lata eso no pasaba.

Susanne cuadró los hombros y reflexionó. Daniel se había sacrificado para conseguir el viaje de sus sueños y había ahorrado con mano férrea. Si ahora ella no hacía aquel viaje, ¿no sería un poco como despreciar los esfuerzos de Daniel por hacer realidad el sueño de ambos?

Katrin tenía razón. Tenía que salir de aquella casa en la que todo la recordaba su pérdida. Tenía que dar con una salida, conseguir de alguna manera seguir adelante, dejar de aferrarse al pasado. El no haberse podido despedir de Daniel, siguiendo el consejo de aquella inspectora, seguía doliendo muchísimo. ¿Y si viajaba a Islandia en una especie de despedida y a la vez nuevo comienzo?

Se levantó, cogió la llave del piso de Daniel y se dirigió hacia abajo.

Al principio titubeó unos segundos, pero luego abrió la puerta y entró decidida. No la recibió el olor acostumbrado de su hermano, sino el olor a productos de limpieza. Recordó que poco antes de la muerte de Daniel, ella le había pedido a la señora de la limpieza que limpiara a fondo.

Cogió aire y siguió adelante. El piso estaba reluciente, casi esterilizado, lo que la estaba agobiando bastante, tuvo que reconocer.

En el salón se concentró única y exclusivamente en el armario que contenía la lata de galletas. Pero al abrirlo, la lata no estaba. Se le aceleró el corazón. Abrió el armario de al lado. Nada. Luego rebuscó en todos los armarios, en el aparador y a continuación en el resto de las habitaciones de la vivienda. Cuando hubo finalizado, echó la cabeza hacia atrás e inspiró hondo. ¿Dónde estaba el dinero, joder? ¿Le habría hecho caso y lo habría llevado al banco?

No. Había estado hacía poco en el banco para arreglar el papeleo relacionado con las cuentas bancarias de Daniel y no se había mencionado ninguna cuenta de ahorro ni nada parecido con ese montón de dinero. Así que, ¿dónde estaba el dinero?

¿Se lo habría llevado Irina, la señora de la limpieza?

Negó con la cabeza.

Irina ya limpiaba en aquella casa cuando aún vivían sus padres. El fallecimiento de estos la había afectado muchísimo y a Daniel y a ella misma los quería como a sus propios hijos. Jamás se le ocurriría robarle nada a Daniel.

¿Y Eva?

¿Habría cogido ella el dinero?

Pero en ese caso, Daniel se lo hubiera dicho, ¿no?

Le costó tragar.

Luego fue corriendo a la cocina donde bajo un imán colocado en la puerta de la nevera estaba el vale para los vuelos.

O mejor dicho, donde debería haber estado.

También había desaparecido.

¿Qué significaba todo aquello?

Recordó que el vale era para tres personas. Lo habría cogido Daniel tras separarse de Eva para cambiarlo por solo dos billetes de avión.

Pero entonces, ¿por qué no estaba el vale nuevo debajo del imán?

Susanne suspiró.

¿Eso significaba que habían desaparecido tanto el dinero como los billetes de avión?

Acabó negando con la cabeza.

A pesar de todo, la idea de volar a Islandia seguía pareciendo lo correcto.

Ella tenía dinero en el banco, su parte de la herencia de sus padres. Durante todos aquellos años se había negado a tocar un solo céntimo de ese dinero, pero ahora había llegado el momento de hacerlo.

Trató de recordar el nombre de la compañía aérea que había expedido los vales.

¿Era *Island Air*?

Negó con la cabeza.

¿*Lufthansa*?

Tal vez.

Tenía que entrar en el correo electrónico de Daniel. Tal vez allí encontraría lo que estaba buscando. Luego tan solo tendría que llamar al departamento de reservas y explicarles la situación. Cabía la posibilidad de al menos poder usar los billetes.

¿Y luego? susurró una voz en su interior. La voz de la duda.

Susanne, que estaba dirigiéndose al escritorio de Daniel, se detuvo.

¿De verdad iba a hacerlo?

¿Viajar a Islandia completamente sola?

Llevada por un impulso miró hacia la izquierda donde seguía el antiguo secreter de su madre. Colocada encima había una foto de Daniel, aún niño. Su hermano sonría alegremente.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Era el escalofrío de la determinación.

¡Sí, joder!

Lo haría.

Meterse en un avión y volar al norte. Al país con el que siempre había soñado su madre.

OCHO
ISLANDIA/KEFLAVIK

SEPTIEMBRE 2022

Dos días después...

Susanne recorría con sentimientos encontrados la pasarela que la llevaba al edificio del aeropuerto. Percibía lo que estaba transcurriendo a su alrededor, pero ella misma se veía como un objeto extraño en medio de todo aquello.

Un grupo de jóvenes pasó charlando alegremente a su lado, comentando si no sería buena idea comprar unas cuantas botellas en el *Duty-free* del aeropuerto porque en Islandia el precio de la cerveza estaba por las nubes.

Otro grupo estaba planeando a dónde ir primero.

No fue hasta ese momento que Susanne se dio cuenta de que ella no tenía a nadie con quien hacer planes, que estaba completamente sola en un país extranjero y desconocido.

De repente sintió la necesidad de dar media vuelta y refugiarse en el avión. Se quedó parada tratando de coger aire y no llorar.

–¿Va todo bien?

Se giró de golpe y vio a un hombre alto y rubio que la estaba mirando preocupado.

Ella se recuperó lo suficiente como para asentir con la cabeza.

–Sí, es solo que…

El hombre, de unos treinta años según los cálculos de Susanne, la observaba.

–En serio, estoy bien.

El asintió, pero con dudas.

–¿Viajas sola?

–Sí.

–Qué valiente.

Susanne se rio.

–Para nada. Es que no me quedaba otra.

–¿Vas a visitar a alguien?

Ella negó con la cabeza.

–Si quieres, puedes unirte a nosotros. Somos un grupo divertido de seis personas. Resultará mucho más divertido que andar sola por ahí.

Susanne negó rápidamente con la cabeza.

–Muy amable por tu parte, pero… –Dejo la frase a medio acabar.

–Tranquila, no somos un grupo de chiflados, ni nada por el estilo. Somos viejos amigos que emprenden un viaje juntos cada cierto tiempo. Por cierto, es la tercera vez que vengo a Islandia. O sea, de paso tendrías tu propio guía.

–En serio, es muy amable por tu parte, pero no. Para ser sincera, he venido para hacer algo muy importante. Un asunto familiar, por así decirlo.

–Vale. –El hombre carraspeó y sonrió–. En caso de que cambies de opinión, los próximos dos días vamos a estar en el hotel *Smart Lodge*, aquí en Keflavik. Por cierto, yo soy Ralf.

–Susanne –dijo ella esbozando una sonrisa.

–Tío, ¿vienes o qué? –lo llamó un hombre de pelo oscuro que se puso en marcha acto seguido.

–Tengo que irme.

–Claro –replicó Susanne–. Encantada de haberte conocido.

Ralf se giró para emprender una carrera y alcanzar a los demás, pero recordó algo más.

–Si tú también vas a andar por aquí, en Keflavik, y no sabes qué hacer, hay un bar, el *Petite*. Es una especie de lugar de encuentro justo en la zona del puerto. Antiguamente era un almacén para los

cargueros que llegaban. El sitio mola. Dan pinchos, la bebida es buena y el dueño es un buen tío. Digamos que el bar es un secreto a voces para todos los que hacen parada aquí. Si ves que te aburres…

Susanne sonrió.

–Ya sé dónde encontraros. Está bien saberlo, gracias por la recomendación.

Susanne observó a Ralf alejarse. Le siguió con la mirada hasta que ya no pudo verlo. No fue hasta entonces que ella misma se puso en marcha. Mientras esperaba junto a la cinta transportada a que llegase su maleta, volvió a ser consciente de que seguramente era la única de los allí presentes que no tenía ningún plan preparado, que no sabía qué hacer a continuación. Tras meterse en la cuenta de Daniel había buscado entre sus correos electrónicos hasta encontrar la reserva del vuelo. Luego había llamado a la aerolínea y tras muchas vueltas, por fin había conseguido poner los billetes a su nombre. El hombre que la había atendido había sido incluso tan amable de devolverle el dinero sobrante tras enterarse del fallecimiento de su hermano.

Los problemas habían surgido a la hora de alquilar un coche. Septiembre seguía cayendo en temporada alta, por lo que casi todos los coches a un precio razonable estaban cogidos. No le había quedado más remedio que coger un SUV de los caros. Con él se fue una parte considerable del presupuesto.

Los hoteles aquí en Islandia no eran solamente caros, sino que, para espanto de Susanne, en plena temporada resultaban casi impagables.

La habitación minúscula en una pensión de Keflavik costaba casi tanto como una habitación en un hotel de cuatro estrellas en la costa italiana.

Susanne cayó en la cuenta de lo mucho que le tuvo que haber llevado a Daniel preparar aquel viaje. Había investigado a fondo, sabía lo caro que era todo y había ahorrado lo suficiente.

Susanne tragó al pensar de nuevo en la lata de galletas.

Se había roto la cabeza pensando qué habría sido de ella. Al final lo había dejado por imposible. ¿Qué era lo que había dicho Katrin? Que mirase hacia delante, que intentase asimilar el pasado. Eso

incluía no preocuparse por cosas que ya no tenían arreglo. La única persona que sabía qué había pasado con el dinero ya no estaba. Y no volvería.

Sacó pensativa el móvil y le mandó un mensaje a su amiga diciéndole que había llegado bien y dándole las gracias por esa patada en el culo para volver a encarrilarla.

Al cabo de veinte minutos vio llegar su maleta sobre la cinta, saltó corriendo del banco donde estaba sentada, la cogió y se dirigió hacia la parte en la que estaban casi todas las empresas de alquiler de coches.

Unos cuarenta y cinco minutos más tarde estaba sentada por fin al volante de su coche y sintió, por primera vez en mucho tiempo, que estaba hambrienta. Poco a poco la fue embargando la emoción por el viaje que la esperaba. Introdujo la dirección del hospedaje y arrancó.

Ya era de noche y había empezado a llover, tanto que apenas distinguió el entorno. Solo que la carretera que llevaba a Keflavik estaba bordeada a ambos lados por enormes campos de lava negra cubiertos de musgo. El paisaje resultaba sombrío y frío y la hizo recordar alguna que otra película de ciencia ficción que había visto con su hermano.

Se sorprendió a sí misma sonriendo, a pesar de estar luchando internamente contra un atisbo de melancolía.

Se asustó al verse en el retrovisor. Estaba demacrada. Tenía unas ojeras tan pronunciadas que recalcaban aún más su tez pálida. Parecía enferma. Apartó los ojos del espejo para volver a concentrarse en la carretera.

Distinguió a lo lejos las luces de la ciudad. En algún momento ya surgiría la emoción del viaje, aunque de momento tan solo sentía un nudo en la garganta. Igual que al salir del avión.

Inspiró hondo para deshacer ese nudo y se obligó a sí misma a pensar en positivo.

¿Qué diría Daniel si ahora estuviera sentado a su lado?

Le pareció oír su voz.

No seas boba, hermanita. Ya que estás aquí, adelante. ¡Diviértete! Haz todo lo que yo haría. Ahora te toca divertirte por los

dos.

Tragó y se puso a pensar en los planes que habría hecho Daniel. ¿Habría preparado un itinerario, habría establecido etapas, escogido lugares llamativos, apuntado sitios que visitar?

Seguramente.

Se concentró para recordar lo que solía decir siempre que soñaba con Islandia. Pero de repente se quedó en blanco. Ni siquiera había comprado una guía para el viaje. Se había lanzado sin más, a la buena de dios.

Daba igual. Usaría el móvil como fuente de inspiración para descubrir itinerarios interesantes, y tras instalarse en la pensión, ya vería a dónde la llevaría el siguiente día.

Al entrar por fin en una calle animada, con algunas tiendas y restaurantes, el navegador le indicó que faltaban pocos metros para llegar a su destino.

Siguió muy despacio hasta ver por fin el letrero de la pensión. Por suerte había un pequeño aparcamiento para dejar el coche. Se apeó, se estiró y miró la fachada del edificio. Vista desde fuera no invitaba a entrar, pero de todos modos, no tenía pensado pasar más de dos noches en ella.

Sacó el equipaje del maletero, y con sentimientos encontrados se dirigió a la entrada.

Poco después estaba abriendo la puerta de su habitación, preparada para lo peor. Pero resultó una sorpresa agradable por lo acogedora y bonita que era la habitación. La cama grande estaba situada en el centro. Luego había una mesita y una silla, y en las paredes un par de estantes. Incluso había un televisor. El cuarto de baño era diminuto, pero al menos no tenía que compartirlo como sería lo habitual en una pensión o en una casa de huéspedes islandesa. Dado que iba a quedarse poco tiempo, decidió no molestarse en deshacer la maleta. Se sentó en la cama y echó la cabeza hacia atrás.

Estaba agotada, pero le pareció demasiado pronto como para meterse en cama. Por no mencionar que a esas alturas estaba verdaderamente famélica. Se levantó, cogió un chaquetón y bajó a recepción donde la recepcionista, una mujer de mediana edad, la saludó con una sonrisa amable.

–¿Aquí se puede comer algo? –preguntó Susanne en inglés.

La mujer le indicó con la cabeza una máquina expendedora.

–Solo lo que hay ahí dentro.

Susanne se giró y se quedó mirando los paquetes de patatas fritas y los sándwiches envasados. Hizo una mueca de desagrado.

–Yo tenía otra cosa en mente. Algo más rico.

La recepcionista se rio.

–Calle abajo, a la izquierda, a unos tres minutos andando tiene el *Olsen*. Los turistas hablan maravillas del local porque la comida es abundante, barata y sabrosa.

Susanne le dio las gracias y se puso en marcha. Al ver el primer farolillo de neón rojo anunciando el restaurante, sus tripas reaccionaron con un rugido. Que tuviese apetito y tanta hambre era algo que hacía mucho tiempo que no ocurría. Ya solo por eso había valido la pena venir a este país.

Abrió la puerta de madera del restaurante y se topó con una atmósfera que la hizo pensar en un restaurante al estilo americano.

Pidió una ración grande de *fish and chips* y un refresco en la barra. Luego fue a ocupar la única mesa que quedaba libre. Mientras esperaba a que llegara la comida, cogió el móvil para investigar a dónde ir primero. Había varias posibilidades, como coger la circunvalación y bordear toda la isla.

Leyó un artículo sobre volcanes que estaban en activo cerca de Reykjanes y decidió que aquel pueblo cerca de Reikiavik se merecía una estancia algo más larga. De ahí podría emprender una excursión hasta el volcán que había entrado en erupción más recientemente, ver la zona geotérmica de Krysuvik y Gunnuhver o zambullirse en la Laguna Azul.

Le alegró descubrir que el sur, a pesar de su aridez, ofrecía un montón de posibilidades. De hecho, desde allí mismo podría recorrer el Círculo Dorado en un solo día.

No pudo contener una sonrisa y se sorprendió a sí misma. ¿Pero tenía derecho? Sintió remordimientos por su hermano fallecido; estaba viviendo el sueño de él, sería ella la que vería las maravillas y los lugares con los que él solamente había podido soñar.

No exageres le susurró su voz interior. *Era vuestro sueño. El de los dos. Tú también soñabas con emprender algún día este viaje a Islandia.*

La ración enorme que le sirvió la joven camarera la dejó boquiabierta.

–Buen provecho –le deseó la joven usando un inglés precario.

Mientras comía siguió buscando más sitios que poder visitar durante el viaje. Había un lago glaciar en el sur de la isla en el cual durante todo el año, incluso en verano, flotaban icebergs. Con un poco de suerte, incluso podían verse focas salvajes.

Decidió poner la laguna glaciar Jökulsarlon en su lista de cosas que ver.

Desde allí a la Playa de Diamantes no había nada. Las imágenes de internet bastaron para impresionarla. Admiró en la pequeña pantalla del móvil la arena negra de lava y los trozos de hielo en los que se reflejaba el sol.

Si esto ya resultaba impresionante, cómo de impresionante no sería verlos en vivo y en directo.

Otro destino que añadir a la lista.

Una vez estuvo saciada - efectivamente había comido casi la ración completa - ponderó si regresar al hotel o dar un paseo antes. Ya era noche cerrada, pero había leído en internet que Islandia era uno de los países más seguros del mundo. Así que no le importó ir a pasear sola por los alrededores a una hora tan tardía.

Una vez fuera del local pensó qué dirección tomar y recordó haber visto antes un lugar desde el que seguro tendría unas vistas fantásticas sobre el puerto y la bahía.

Subió decidida la cremallera del chaquetón y se puso en marcha. Iba sumida en sus pensamientos cuando la sorprendió música roquera sonando a todo volumen.

Buscó de dónde procedía la música y observó un grupo de jóvenes fumando delante de un bar. El letrero indicaba que se

trataba del *Petite*.

¿El *Petite*?

Parpadeó confusa.

El nombre le sonaba. El tío del aeropuerto le había recomendado aquel local.

Ralf.

Se detuvo y reflexionó.

Todo estaba demasiado oscuro como para poder contemplar ningunas vistas. Así que, ¿por qué no entrar en el bar? Quién sabe, con una copita ahora tal vez durmiese mejor luego. Y Daniel… No cabía la menor duda de que él ya hacía mucho que la hubiera cogido del brazo y arrastrado al interior del bar, por el mero hecho de que le encantaba la música rock.

Cruzó la calle para dirigirse a la entrada. Visto por fuera, el *Petite* parecía un local pequeño y acogedor, con vigas de madera y mesitas repartidas por todo el patio trasero. Pero al entrar, Susanne se quedó sin aliento. La barra estaba toda ella hecha con madera rescatada del mar. Desde las vigas de madera que soportaban el techo alto colgaba todo tipo de decoración, lo que le confería al local un toque caribeño.

Jamás se hubiera imaginado algo así.

Susanne observó entusiasmada el entorno encontrando cada vez más elementos fascinantes. Pero lo mejor de todo eran las miles de fotos *Polaroid* pegadas en las paredes. Descubrió un taburete libre en la barra, y se dirigió hacia allí para sentarse en él.

–¿Qué te traigo? –preguntó a los pocos segundos un joven sonriente de pelo oscuro mientras se movía al ritmo de la música.

–Un gin tónic, por favor –pidió ella devolviéndole la sonrisa.

Poco después el chico regresó con un vaso lleno hasta la mitad de ginebra y un botellín de tónica. Al ver la bebida, un calor agradable recorrió el cuerpo de Susanne. Aquella era la bebida favorita de su hermano, y la tónica de la marca *Fentimans*, la que más le gustaba.

Vertió un poco del líquido dulce y amargo a la vez sobre el alcohol y tomó un buen trago.

–¿Has venido sola? –quiso saber el joven de la barra mirándola con interés.

Ella asintió con la cabeza.

–¿A mi bar en concreto o a mi precioso país en general?

–Viajo sola –contestó Susanne–. ¿Este bar es tuyo?

El joven asintió con la cabeza y le tendió la mano por encima de la barra.

–Soy Marvin. Encantado.

Ella le devolvió el gesto.

–Susanne.

Luego señaló las fotos en las paredes y con las cejas alzadas quiso saber:

–¿Qué significa?

Él se rio.

–Fue idea de mi ex. Poco después de la inauguración Tommy me regaló una vieja cámara *Polaroid*. Colgamos una foto nuestra en la pared y al rato nos preguntó una parejita de turistas si podíamos sacarles una foto también a ellos. Eso fue repitiéndose y, *voilá*. Con el paso de los años se han ido juntando unas cuantas. –Sonrió, cogió algo de debajo de la barra y sacó un aparato negro que le tendió a Susanne–. ¿Te apetece?

Susanne titubeó, pero luego asintió.

–Vale, por qué no.

Marvin salió de detrás de la barra, se le acercó e indicó con la cabeza hacia la mesa de billar.

–Aquel es un buen lugar para tu foto de recuerdo. Aquí están a todos los demás de fondo.

Susanne asintió con la cabeza, se levantó y siguió a Marvin a la parte de atrás del local. Una vez allí se apoyó en una de las mesas altas y sonrió mientras Marvin hacía un zoom sobre su cara.

–Listo –dijo y se rio–. Ahora toca esperar un rato.

Volvieron a la barra y Susanne tomó otro trago de su copa.

–¿Y a dónde te diriges? –preguntó Marvin llevado por la curiosidad.

–No tengo ni idea –admitió ella–. Este viaje fue bastante… espontáneo para ser sincera. Lo único que hice fue comprar el billete

y alquilar un coche. Además de una habitación para la primera noche. No sé si quedarme mañana o continuar el viaje. A saber a dónde.

–¿Así que has llegado hoy?

Ella asintió.

–¿Y por qué Islandia?

Ella ladeó la cabeza.

–Porque tengo raíces islandesas.

–¿En serio?

Ella asintió.

–Cuando murió mi abuela, mi madre y mi hermano repasaron todas sus cosas y encontraron su fe de nacimiento. Su apellido de soltera era islandés. Encontramos, además, algunas fotos viejas de la isla. Supusimos que mi abuela había dejado su patria para probar suerte en Alemania.

–¿Y la encontró?

–Creo que sí. Se casó, tuvo a nuestra madre y murió siendo una abuela feliz. Lo curioso es que… nunca nos habló de su vida anterior aquí en la isla. De hecho, creo que ni mi madre lo sabía. Y bueno, tras la muerte de mi abuela, fue un hecho. Mi madre, Daniel, y yo también, bueno, que tuvimos claro que teníamos que venir a Islandia. Algún día. Pero luego…. –Se interrumpió y guardó silencio.

–¿Qué pasó luego?

–Nuestros padres murieron al quedar sepultados bajo un alud de nieve. Yo no era más que una adolescente. Mi hermano se hizo cargo de mí para que no me metieran en una casa de acogida. Por culpa mía no cumplió su sueño de estudiar medicina y se conformó con ser ATS. Y solo por cuidar de mí.

Marvin le dedicó una sonrisa.

–Tu hermano parece una persona maravillosa.

Ella tragó y luego asintió con la cabeza tratando de que no se le notara nada. Ya se había acostumbrado a hablar de los padres fallecidos, pero de Daniel… Aún no estaba preparada.

–¿Y por qué haces noche aquí en Keflavik? –Marvin la trajo de vuelta al presente–. Emociones, aparte de en mi bar, no vas a encontrar muchas –bromeó–. Aunque bueno, desde aquí puedes ir a

ver algunas cosas interesantes. O puedes seguir y buscarte un apartamento acogedor o tal vez una casita en Reykjanes. No es que allí haya mucha más marcha, pero en una noche clara, a veces, pueden verse auroras boreales.

–Tenía pensado ir a la laguna glaciar y a la Playa de Diamantes.

Marvin se rio.

–O sea, te quedas con los mismos sospechosos de siempre. ¿Conoces la Black Beach de Reynisfjara?

Susanne frunció el ceño.

–Suena escalofriante.

–Es la playa más bonita que he visto jamás –le explicó Marvin–. Está rodeada de altas columnas de basalto. Hay incluso una cueva.

–No suena mal –admitió Susanne–. Pero me imagino que el agua estará demasiado fría como para tomar un baño.

Marvin sonrió y de repente se puso muy serio.

–No es una playa para bañarse. Las corrientes son muy peligrosas. ¿Has oído hablar de las *sneaker waves*?

Susanne dijo que no.

–Son olas que aparecen de repente y se hacen enormes. De hecho, ya arrastraron a varias personas mar adentro. Los accidentes mortales en esa playa son una constante.

Susanne se quedó mirando a Marvin en estado de shock, pero él hizo un gesto para restarle importancia.

–La cuestión está en no cometer el típico error de turi. No te acerques demasiado al agua. Queda a una distancia prudencial de la orilla y simplemente observa. Ya verás, es impresionante.

Miró hacia abajo y le pasó la foto por encima de la barra.

–Ha salido bien –le dijo y sonrió–. Y ahora busca un sitio adecuado para tu foto. Si quieres, puedes escribir debajo un saludito vacacional para futuros visitantes.

Susanne se levantó y se puso a buscar.

Observaba sonriendo la inmensa cantidad de fotos de familias felices, amigos o parejas. Acababa de encontrar un hueco para su foto cuando dio un respingo.

Quedó petrificada mirando la foto de una pareja que estaba besándose. Pero no era eso lo que le impedía apartar los ojos de la

foto. Miraba sin dar crédito a la joven que se veía al fondo. Completamente sola y ensimismada estaba sentada en un sillón, mirando al vacío.

Susanne cogió aire y se acercó. Observó a la mujer y notó cómo se le erizaba el vello. Con dedos temblorosos cogió la foto.

Tragó saliva y le entraron sudores fríos. Se le aceleró el pulso. Cerró los ojos para tratar de calmarse.

Demasiado tarde.

El ataque de pánico ya se había apoderado de ella. Sin poder creerlo y como hipnotizada seguía mirando fijamente la fotografía que tenía en la mano. Y luego, oscuridad absoluta.

NUEVE

KEFLAVIK

SEPTIEMBRE 2022

Oyó voces y gritos nerviosos que llegaban hasta ella como a través de algodón. Todo le daba vueltas. Parpadeó un par de veces, abrió los ojos y se encontró con las caras preocupadas de gente desconocida. Luego reconoció a Marvin, que la estaba mirando con una mezcla de inseguridad y consternación.

–Menudo susto me has dado –le soltó mientras ella trataba de incorporarse entre gemidos. Susanne miró confundida a su alrededor. Estaba tumbada en un sofá, con los pies apoyados en alto sobre un montón de cojines apilados. Marvin le puso un vaso de agua fría en los labios–. Bebe un poco –la instó.

Ella hizo lo que le mandaron y volvió a recostarse.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó a Marvin.

Este hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Pues no sé muy bien. Algunos clientes dicen que te vieron coger una foto de la pared. Se ve que la estabas mirando fijamente, como si estuvieses viendo un fantasma. Y luego, así sin más, te desmayaste.

Susanne empezó a sudar de repente. La foto…

–¿Dónde está? –gritó casi.

Él la miró con cara de extrañado.

–La he vuelto a pegar en la pared…

–¡Necesito la foto! –dijo ahora sí gritando e ignorando las miradas curiosas de los presentes. Miró a Marvin con ojos suplicantes.

–Vale, tranquila. Voy a traerla.

Se fue, volvió y le dio la foto.

Ella la cogió y se fijó de nuevo en la mujer de pelo negro que se veía al fondo. Notó cómo una rabia incontrolable se iba apoderando de ella.

Ya la había reconocido antes. ¡Era ella! Era Eva Wilhelm, la ex de su hermano, eso sí, muy cambiada y - ¡viva!

La cabeza le daba vueltas. ¿Qué significaba aquello?

–¿Puedes explicarme por qué te desmayaste al ver esa foto? –quiso saber Marvin.

Susanne lo miró, ignoró su pregunta y giró la foto de tal manera que él pudiera verla.

–La mujer detrás de la pareja de novios, ¿la recuerdas?

Él le cogió la foto de la mano, la observó durante un rato y al final asintió con la cabeza.

–Sí, creo que sí. Se llama Sandra. Me dijo que era de Berlín.

Susanne movió la cabeza de un lado a otro como para indicar sus dudas.

–¿Y cuándo exactamente estuvo aquí?

Marvin le indicó la foto.

–Míralo tú misma. La parejita que tomó la foto escribió algo debajo.

Susanne giró la imagen de nuevo hacia ella. No se había fijado hasta ese momento en el breve comentario en la franja blanca de la foto.

Jane y Kevin. 29 de abril 2022.

–Así que la foto se hizo a finales de abril en este bar.

Marvin asintió.

–Y esta mujer detrás de la pareja, ¿en serio la recuerdas?

Marvin se rio nervioso.

–Todos los años entran miles de turistas en mi bar. Normalmente no suelo recordar a nadie así de fácil, pero con ella es diferente.

–¿Por qué?

Marvin hizo una mueca.

–Pasó unos días aquí. Al igual que tú, ella también viajaba sola. Me pareció completamente perdida, siempre ahí sentada, mirando al vacío. Una noche me fijé que estaba llorando. Así que me acerqué a ella y le pregunté si estaba bien. Me contó un poco su historia. Enseguida me di cuenta de que necesitaba urgentemente ayuda de modo que le di la dirección de un colega mío. Vive en el norte y tiene una finca equina con hotel y restaurante. Siempre anda buscando gente que a cambio de alojamiento y comida le eche una mano.

–¿Y estás seguro de que se trata de la misma mujer de la foto?

Asintió con la cabeza.

–Me acuerdo tan bien porque las dos primeras veces que vino aún tenía media melena y era rubia. Y la noche en la que me fijé que estaba llorando tenía de repente el pelo negro y corto, esquilado más bien.

Susana resopló y se incorporó. Ya no estaba mareada ni sentía náuseas, sino que por sus venas volvió a correr una determinación que hacía tiempo que había desaparecido.

–¿Qué te contó exactamente esta mujer?

Marvin la miró.

–¿No crees que primero deberías contestar a mi pregunta?

Susanne tragó.

–La mujer de la foto… era la prometida de mi hermano.

–Así que la conoces bien. Vale, ¿pero entonces por qué te desmayaste?

Susanne estuvo a punto de inventarse una excusa, pero se decidió por la verdad. O al menos, por parte de ella.

–Su nombre real es Eva. Y no es de Berlín, sino de Augsburgo. Dejó a mi hermano así sin más y se largó. Nadie sabía dónde estaba o si seguía viva. Incluso la policía la estuvo buscando. Y mi hermano… Le costó mucho asimilarlo y sufrió mucho por su culpa.

–¿Y ahora qué tal está?

Susanne notó las lágrimas.

–No, no, no –farfulló Marvin–. No quería…

–No pasa nada –lo tranquilizó Susanne.

–¿Qué pasa con tu hermano?

–La policía cree que se suicidó.

–¡Cielo santo! ¿Por ella?

Susanne hizo una mueca y se encogió de hombros.

–Yo no me creo que se quitara la vida. El asunto en general es muy complicado.

–Entiendo –murmuró Marvin comprensivo. Luego se sentó junto a ella y la miró muy serio–. A mí me contó que no tenía familia y que la habían dejado, que no tenía nada, ni casa, ni trabajo. Y que primero tenía que reencontrarse a sí misma antes de decidir qué hacer con su vida. Además, dijo, que solo contaba con unos pocos miles de euros que tenían que cundirle y que por eso no podía alquilar ningún coche. El vuelo y la estancia los primeros días ya le habían salido mucho más caros de lo que en realidad podía permitirse. –Se detuvo, cogió aire y miró a Susanne con cara de pena–. Por cierto, solo me creí la mitad de lo que me contó.

–¿Y eso por qué? –preguntó Susanne.

–Porque tenía el cuerpo lleno de moratones y arañazos. Llevaba vendajes en los brazos, y apósitos en el cuello y el pecho. Cojeaba y tenía heridas en la cara. En la foto no se nota porque está demasiado oscuro. Para ser sincero, asustaba bastante. Era como si le hubieran dado una paliza tremenda. –Hizo un gesto de negación con la cabeza–. A mí me pareció estar ante una mujer desamparada, indefensa y que huía de alguien. Y estaba aterrada, cada vez que se abría la puerta y entraba alguien, ella se sobresaltaba. Por eso le aconsejé que se fuera al norte. Aquello es mucho más tranquilo y vasto.

–¿No sabrás por casualidad si aún sigue allí? Quiero decir, si tenía pensado ir a la granja de tu colega, puede que él sepa si…

Marvin asintió y se levantó.

–Espera. Voy a llamarlo ahora mismo. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Han pasado cinco meses. La mayoría de los granjeros suelen contratar a los mochileros por un par de días, como mucho unas semanas. Además, los visados solo tienen validez para seis meses.

Mientras que Susanne esperaba a que Marvin volviese, intentó ordenar los pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

Así que Eva no estaba para nada muerta, tal como creían Lara Widmann y sus compañeros.

Había llegado a la isla con heridas, según Marvin, y parecía muy asustada porque creía que la estaban persiguiendo.

Susanne cerró los ojos y se concentró para resumir lo que sabía. La policía había localizado el móvil de Eva y lo habían encontrado en la basura. De modo que ella misma tuvo que haberlo tirado. Por miedo a que la encontrasen.

Además, desde su desaparición no había habido ningún movimiento en sus cuentas bancarias.

¿Con qué dinero había entonces costeado el viaje?

Susanne resopló al darse cuenta.

Eva era quien había cogido el dinero de la lata de galletas. Y seguramente también el vale para el vuelo, que de hecho no le había servido de nada porque Daniel había hecho las reservas a su propio nombre. Incluso a ella, a la hermana, le había costado hacerle entender al empleado de *Lufthansa* que la reserva estaba a nombre de un muerto y que ella era el único miembro vivo de la familia. Eva seguramente había ido con el vale al mostrador de facturación y le dirían que aquel vale no servía. Seguramente lo había tirado y comprado un billete con el dinero de Daniel. Disponía de 10.000 euros, que le tenían que cundir para poder permanecer escondida durante una temporada. Con los elevados precios de Islandia, tuvo que darse cuenta enseguida que se encontraba en una situación financiera muy complicada.

¿Pero de qué estaba escondiéndose?

O mejor dicho, ¿de quién?

¿De Daniel?

Susanne desechó esa idea.

Daniel había ahorrado para el viaje a Islandia, un viaje que también incluía a Eva. En caso de que efectivamente hubiera huido de Daniel, era muy poco probable que se largara precisamente a Islandia.

Así que, ¿de quién huía?

De repente recordó la sangre.

La noche de abril en la que Daniel había tenido turno de noche.

Susanne se había despertado creyendo haber oído un ruido abajo.

Sandy no había ladrado.

Aun así, Susanne había bajado a echar un vistazo.

¿Sería posible que Eva se hubiera escondido para que no la viera o que ya se hubiera marchado?

Ahora entendía el silencio de Sandy. Conocía a Eva y sabía que no representaba ningún peligro.

Y la sangre… Según el relato de Marvin, el estado físico de Eva solo podía significar que estaba herida.

Dado que seguía teniendo la llave del piso de Daniel, seguramente había entrado para hacerse las curas.

¿O había alguna otra razón para no haber ido a su propio piso?

Porque tenía miedo a que la encontraran allí.

La voz en su interior la hizo estremecerse. Esa tenía que ser la explicación. Eva se había metido en algo. En algo peligroso. Por eso llevaba tan rara semanas antes de la separación y por eso había abandonado así sin más a Daniel. Los problemas debían de estar ahogándola. Alguien la estaba amenazando, hiriendo. No le quedaba otra que huir. Y sabía de los ahorros que Daniel guardaba en el armario.

Todo encajaba.

Susanne resopló.

¿Cabía la posibilidad de que aquello que amenazaba a Eva, también tuviera que ver con su hermano? ¿Que también él estuviera involucrado?

¿Estaba al tanto?

No, eso era imposible. Si así fuese, habría informado a la policía una vez desaparecida Eva.

Definitivamente él no sabía nada.

¿Y la propia Eva?

Tendría que habérsele pasado por la cabeza que la policía la buscaría. Que sospecharían de Daniel. ¿Por qué no había hablado

para así alejar las sospechas de él? *Porque tenía mucho miedo. Porque temía por su vida.*

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Susanne al entender lo que aquello significaba.

Si Eva había huido porque temía por su vida, entonces es que la seguían unos tipos realmente malvados.

¿Y si esa gente había averiguado lo de la sangre en el piso de Daniel? Entonces pensarían que Daniel…

Ahora también cobraba sentido su llamada. Que estaba sobrio al salir del Luggi. Que su idea era venirse para casa, pero alguien debió de…. Susanne emitió un grito ahogado.

–¿Qué pasa? –se preocupó Marvin, que regresaba en ese instante.

–¿Has averiguado algo? –Susanne respondió con otra pregunta y la voz temblorosa–. ¿Sabes si Eva sigue en el norte?

Marvin hizo un gesto de pesar.

–Mi colega dice que la recuerda. Estuvo en la granja hasta mediados de mayo y luego siguió su camino porque ya no la necesitaba. La mandó a Dalvik, porque allí también hay granjas cuyos propietarios conoce de vista. Le dijo que seguramente alguien le daría cobijo. Desde entonces no sabe nada de ella.

–¡Mierda! –Susanne suspiró y luego se deshizo en lágrimas.

–¿Qué pasa? –preguntó Marvin suavemente cuando la vio un poco más calmada.

Ella lo miró y se puso a pasar la mano por la pernera de los vaqueros.

–Nada –dijo con voz baja–. Estaba recordando a Daniel.

–¿Tu hermano?

Ella asintió.

–Tiene que ser horrible perder de esa manera a un ser tan cercano.

Ella lo miró y tragó.

–Sí. –Cogió aire. Y más si en vez tratarse de un suicidio, seguramente se trate de un asesinato cruel e infame.

DIEZ
DALVIK/HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

Susanne llevaba horas conduciendo y le estaba costando concentrarse y no salirse de la carretera.

Los descubrimientos de la noche anterior la habían alterado de tal manera que no había pegado ojo. Había permanecido despierta en cama mirando la oscuridad y reflexionando sobre qué hacer a continuación.

Lo más sensato sería (era consciente de ello) llamar a la policía. En Alemania constaba que Eva seguía desaparecida, aunque hacía meses que Lara Widmann y sus compañeros ya no la buscaban. Estaban convencidos de que Eva estaba muerta.

La policía se había empeñado en cargarle a Daniel la desaparición de Eva, opinión que respaldaba la manera en la que había fallecido.

Pero la foto que había encontrado en el *Petite* anoche lo cambiaba todo. No solo para ella y para su hermano, sino también para la policía de Augsburgo.

La idea de llamar a Lara Widmann ya se le había pasado por la cabeza la noche anterior, hacerle llegar la foto para con ella reanudar la investigación, pero luego le habían entrado dudas. Le había dado muchas vueltas, pero finalmente había decidido esperar un poco más. Antes de involucrar de nuevo a la policía, quería,

primero, hablar ella misma con Eva. Mirarle a los ojos y preguntarle por qué se había largado sin mirar atrás. Sobre todo quería saber por qué había metido a Daniel en la boca del lobo.

Eva era una mujer inteligente de treinta años. Tenía que haberse imaginado que sospecharían de Daniel si ella desaparecía sin dejar rastro.

Y luego estaba la cuestión del porqué. Si era verdad que la perseguían unos locos, entonces había puesto a Daniel en peligro conscientemente la noche que había entrado en su piso para hacerse las curas. Le había robado el dinero conscientemente, y conscientemente había cogido los vales de vuelo.

Pensándolo bien, Eva también había puesto en peligro la vida de Susanne ya que vivía en la misma casa que su hermano.

No le quedaba otra que mirarle a los ojos a esa mujer y hacerle todas aquellas preguntas, hacerle entender la sucesión de acontecimientos terribles que había desencadenado.

Es más, ¿sabría Eva que Daniel había muerto?

Seguramente había visto la noticia del accidente causado por un suicida en Augsburgo, aunque el periódico no había mencionado nombres. Sin embargo, cabía la posibilidad de que la exprometida de Daniel todavía estuviera en contacto con gente de Augsburgo y que estos le hablaran del supuesto suicidio de Daniel.

¿Qué probabilidades había?

Susanne tampoco tenía respuesta para eso.

De hecho, lo dudaba. Sumida en pensamientos negó con la cabeza y le echó un vistazo al navegador. Ya solo quedaban unos ochenta kilómetros para llegar a Dalvik en el norte. Sin embargo, parecía una distancia eterna que se alargaba como un chicle.

Hecho que seguramente tenía que ver con que le estaba costando muchísimo mantener los ojos abiertos. El shock por lo descubierto, la noche en vela, su propia agitación, todo ello estaba pasando factura tras cinco horas conduciendo.

Bajó la ventanilla y notó cómo el aire frío entrante despertaba su espíritu vital.

Se fijó en un rebaño de ovejas pastando en un prado que se extendía hasta la ladera de una cadena montañosa que se veía en

lontananza.

Susanne sonrió. Un dato de Islandia que sí conocía era que aquí había más ovejas que personas.

Desde que había dejado atrás Reikiavik, había pasado por innumerables extensiones de tierra prácticamente sin habitar. Una parte del recorrido la había llevado incluso a las tierras altas donde había tenido que recorrer un camino de grava a lo largo de unos sesenta kilómetros.

La lluvia y la lama habían dejado huella en el coche de alquiler. De hecho, parecía recién sacado de un rally campo a través. Ojalá no le causaran problemas a la hora de devolverlo.

Volvió a mirar el navegador. Aún quedaban sesenta kilómetros. Su cuerpo le pedía a gritos un café, pero llevaba horas conduciendo sin pausa y sin pasar ni por una cafetería ni una gasolinera.

Marvin le había aconsejado coger la ruta más larga, pero también la más interesante hacia el norte, pasando por Höfn y Egilsstadir, aunque eso implicaba tener que hacer noche y contar con bastantes más horas al volante.

Su idea original, la de ver todas las maravillas de la isla, había quedado relegada a un segundo plano. Lo único que importaba ahora era encontrar a Eva.

Y por eso había obviado el consejo de Marvin y optado por la ruta que la llevaría cuanto antes al norte.

Aun así había pasado por cascadas maravillosas, playas y acantilados espectaculares, pero ya no estaba en modo vacaciones, sino que había cambiado a modo obsesión.

Llevaba horas rompiéndose la cabeza pensando si había pasado por alto algún indicio de peligro, tratando de recordar sus conversaciones con Eva cuando aún seguía con Daniel.

¿En algún momento había insinuado estar metida en problemas?

Recordó que Daniel había mencionado que su prometida lo evitaba, que apenas tenía tiempo para él, ¿pero había entrado en detalles?

Susanne no recordó nada.

Solo sabía que Eva le había sido infiel a Daniel.

Que prácticamente lo había echado de su lado.

¿Pero por qué?

No tenía ni idea.

Y su hermano tampoco la había tenido.

Eva no había hablado con él sobre sus problemas.

De ahí la cuestión de si había habido algún indicio del que no fueran conscientes.

Susanne trató de recordar la última vez que vio a Eva.

La expresión de Eva había reflejado tensión, cosa que no había sabido interpretar Susanne en su día. Eva estaba muy tensa e insegura.

Susanne lo había atribuido a que Eva no quería contar la verdadera razón por la que se iba. Y efectivamente podría ser así, aunque por motivos bien distintos a los que había supuesto.

Lo que a ella le había parecido tensión pudo haber sido miedo puro y duro.

O sea, que ya por aquel entonces, Eva sabía que algo malo estaba planeando sobre su vida.

¿Pero por qué no se había sincerado con Daniel?

En vez de contarle sus problemas y pedirle ayuda, Eva había huido y lo había dejado tirado.

Susanne vio por fin los primeros tejados a lo lejos. Otro vistazo al navegador le indicó que tenía que tratarse de Dalvik. Suspiró aliviada. Un hormigueo le recorrió todo el cuerpo.

¡Por fin!

¿Sería una ingenua por creer que Eva seguiría allí escondida?

El colega de Marvin no sabía nada concreto, pero si había estado buscando trabajo en aquel lugar, alguien tenía que recordarla.

Era un clavo ardiendo, pero para empezar era más que suficiente.

Dos horas después, Susanne se desplomó detrás del volante del coche de alquiler, frustrada. Le costó mucho no estallar en un llanto de impotencia y mandarlo todo a paseo.

Había estado en cuatro granjas, en varios restaurantes y en una gasolinera. Incluso en el supermercado le había enseñado la foto a un sinfín de personas, pero nadie había visto a Eva o no la recordaban.

Unos golpes en la ventanilla la trajeron de vuelta a la realidad. Al lado del coche había un joven que vestía un peto, una camisa a cuadros y un sombrero de ala ancha. Estaba sonriéndole.

Susanne bajó la ventanilla.

–Estaba antes en la tienda y me enteré de que anda usted buscando a una joven alemana –dijo el chico hablando en un inglés perfecto.

Ella asintió, cogió la foto que había dejado poco antes en la guantera y se la mostró.

–Estoy buscando a la mujer que se ve al fondo, detrás de la pareja.

Con la cabeza ladeada el hombre estudió pensativo la foto.

–Yo no la vi en persona –dijo luego, mirándola a ella muy serio–. Pero por su aspecto podría ser la autoestopista desesperada con la que se topó mi madre hace un par de meses aquí en Dalvik. La recogió y la llevó hasta Hauganes.

–¿Podría pedirle a su madre que le eche un vistazo a la foto, por favor?

–Mi familia y yo vivimos allí en Akureyri. Lo que pasa es que por nuestras relaciones comerciales venimos con frecuencia a Dalvik. Pero si quiere, puedo mandarle por *WhatsApp* la foto a mi madre.

–Eso sería fantástico –aceptó Susanne entusiasmada.

Observó impaciente cómo el joven fotografiaba la imagen *Polaroid* y tecleaba a continuación algo en su móvil.

–Esta mujer –el joven volvió a alzar la vista y le devolvió la foto–, ¿por qué la está buscando? ¿Está emparentada con usted?

–Podría decirse que sí –confirmó Susanne–. Es mi cuñada y lleva meses desaparecida. Parece que tenía problemas y que por eso desapareció, pero la familia está muy preocupada –mintió Susanne, con mala conciencia y la esperanza de que no se le notara.

–Eso encaja con lo que contó mi madre.

–¿Y qué contó exactamente?

–Mi madre nunca recoge a autoestopistas. Es demasiado desconfiada y tiene miedo, ¿entiende? Pero esa mujer… con ella hizo una excepción y me habló de ella. Debió de ser a principios del verano. La joven estaba de pie en el borde de la carretera, llorando. Completamente desesperada. A mi madre le dio tanta pena que paró. Intentó sonsacarle qué le pasaba, pero la joven estaba muy asustada y parecía estar huyendo de alguien. Lo único que le contó a mi madre fue que en Alemania su vida corría peligro y que por eso no podía regresar. Mi madre supuso que era por un marido maltratador y quiso ayudarla.

»Recuerdo que la mujer también tenía problemas con el visado, por eso ninguno de los granjeros de por aquí la quería contratar a largo plazo. Así que mi madre la llevó a Hauganes, a la granja de una conocida. Por lo que sé, allí le ofrecieron un empleo temporal.

El sonido de una campanilla anunció la entrada de un WhatsApp. El chico miró la pantalla del móvil y le sonrió a Susanne.

–¿Es ella?

–Sí.

–Y ese Hauganes… ¿dónde queda?

La sonrisa se amplió todavía más.

–A menos de un cuarto de hora de aquí. La granja Olafsson está en las afueras y es difícil de encontrar. Lo mejor será que introduzca la dirección en el navegador.

–Sí –le confirmó la mujer mientras estudiaba atentamente a Susanne–. La conozco. Estuvo con nosotros casi seis semanas ayudando en los establos, limpiando las habitaciones y haciendo otras pequeñas tareas. Era muy trabajadora, aunque no muy habladora. Creo que se llama Eva si mal no recuerdo. Y sé que no le gustó nada cuando mi marido le pidió la documentación antes de darle trabajo y alojamiento.

Susanne hizo una mueca de decepción.

–Así que ya se fue.

–Fue muy raro eso –dijo la mujer que se había presentado como Asta Kristjansdottir–. Durante seis semanas Eva fue una persona fiable, trabajadora, activa desde la mañana temprano hasta entrada la noche. No hablaba mucho y tampoco participaba en las actividades de ocio que había después del trabajo. Incluso los fines de semana preguntaba si había algo que hacer. Era como si el trabajo le mantuviera la cabeza ocupada y la distrajera de otras cosas. Acabada la jornada lo único que hacía era meterse en su habitación y ya. Incluso durante las comidas prefería sentarse sola, sumergida en su propio mundo. A mí me daba la impresión de haber pasado por algo malo y que necesitaba la soledad para curarse. Y luego, una mañana, así sin más, no apareció por el trabajo. Fuimos a mirar si estaba todo en orden, porque los días previos no se había sentido bien físicamente, pero nos encontramos con la habitación vacía y ella desaparecida. Ni siquiera se despidió de nosotros, y lo que me pareció aún más extraño, se fue sin cobrar su último sueldo. Era como si hubiera tenido que desaparecer de golpe a porrazo. Nadie contaba con eso, y es el día de hoy que desconocemos el porqué.

–¿Y no saben a dónde quería ir o qué tenía pensado hacer en el futuro?

–Lo dicho, no hablaba mucho. La única con la que simpatizaba algo era con mi hermana Margret. Si es que le contó algo a alguien, fue a ella. Lo que pasa es que Margret no vive aquí en la granja, sino a unos kilómetros. Viene mañana. Si quiere, puede hablar con ella personalmente.

Susanne resopló.

Luego asintió con la cabeza a la vez que trató de disimular un bostezo.

–No tengo donde quedarme esta noche. ¿Les queda alguna habitación libre? Para ser sincera, no me veo capaz de coger el coche y hacer un solo metro más.

Asta la miró unos segundos y luego asintió.

–Vale. En la casa principal está todo ocupado, y los bungalós también, pero en la parte más alejada está el viejo cobertizo que hemos restaurado. Ese está libre. No es muy grande, pero es

económico, y sobre todo, muy acogedor. Si le sirve, puede pasar la noche allí.

–Me sirve cualquier cosa mientras tenga una cama y pueda darme una ducha.

–Eso desde luego. –Asta se rio–. Por cierto, ¿tiene hambre? El restaurante se encuentra en el edificio principal. No es que mi marido sea un chef de cinco estrellas, pero su guiso de pescado lo conocen incluso en Akureyri.

Asta no había exagerado. El guiso era realmente delicioso.

Al abrir la puerta de la diminuta casita de invitados, Susanne tenía una sensación agradable en la boca del estómago. Ya era de noche y cuando accionó el interruptor de la luz la recibió el olor a madera y sábanas limpias. Suspiró encantada. La cama estaba ubicada en el centro de la estancia, y la cubrían varios almohadones y un cobertor de plumas. A ambos lados había unas mesitas de noche. Al lado de la puerta, contra la pared, había un sillón con un reposapiés y una mesa pequeña. En una cómoda frente a la cama había incluso un televisor con acceso a *Netflix*, según le había explicado el marido de Asta a la hora de cenar. Y un minibar escondido debajo, detrás de uno de los armarios. Todo ello mucho más de lo esperado.

Susanne entró en el cuarto de baño y se quedó mirando ensimismada los botellines colocados en la estantería encima del lavabo. Cogió un albornoz que había debajo y regresó a la habitación para desvestirse.

Una vez bajo la ducha, volvió a pasar revista al día.

Cierto, no había encontrado a Eva, pero al menos ya sabía que había pasado varias semanas trabajando en aquella granja. Cabía la posibilidad de que siguiera en las cercanías.

De hecho, era muy posible que acabara encontrándola.

Susanne echó la cabeza atrás y soltó un gemido de satisfacción mientras el calor del agua mimaba su cuerpo cansado y le quitaba el

frío interior que sentía.

Pero al mismo tiempo la embargaba la duda.

¿Y si no daba con Eva?

¿Y si ya no seguía en Islandia? O al menos no en el norte.

¿Y si había bajado al sur?

En teoría podía estar en cualquier sitio y llevarle siempre varios cientos de kilómetros de ventaja.

Cerró el grifo, se puso el albornoz, pasó a la habitación contigua y se sentó en la cama pensando en qué más podía hacer.

¿Involucrar a la policía de aquí? Sin duda, contarían con más recursos para localizar a alguien.

¿Pero y luego qué? ¿Las autoridades de aquí no contactarían inmediatamente con la policía alemana?

Volver a tener que vérselas con Lara Widmann era lo último que necesitaba Susanne. De momento solo contaba con la esperanza de que Eva le hubiese contado sus planes a esa tal Margret.

¿Pero y si no?

¿Cómo proceder entonces?

La pista de Eva terminaba justo aquí.

Susanne dejó caer la cabeza y se obligó a mantenerse optimista.

Espera a mañana, le susurró la voz en su cabeza. *Si le sigues dando vueltas ahora, lo único que conseguirás será otra noche en blanco.*

Cierto.

Tenía que recuperar fuerzas, mantener la calma. Lo demás ya se encauzaría.

Estaba a punto de extender el brazo hacia la mesita de noche para apagar la luz de la lamparilla cuando oyó un ruido alargado. Le pareció un… chillido.

Se levantó, fue hacia la puerta y la abrió.

El ruido allí sonaba aún más fuerte e iba en aumento. La recordó a un animal quejándose.

Susanne dio otro paso hacia adelante y miró alrededor, pero por culpa de la oscuridad no alcanzó a ver más allá de unos veinte metros.

El edificio principal y los bungalós se encontraban a más de dos cientos metros, lo único que estaba relativamente cerca era un granero viejo y un edificio medio derruido que recordaba a un garaje.

¿Procedería de allí el ruido?

¿De la oscuridad?

Pero por nada del mundo andaría sola en mitad de la noche por un recinto desconocido para ir a mirar. Entró de nuevo en la cabaña, cerró la puerta y escuchó atentamente.

¡Y entonces, de repente, se dio cuenta!

Sonaba como el llanto desolado de una chica.

ONCE

HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

–¿Ha dormido bien? –El chico que, según Susanne, tendría entre dieciséis y como mucho veinte años, dejó una taza con café humeante frente a ella.

–Sí, gracias. –Inspiró con deleite el sabroso aroma de la bebida.

–¿Quiere que le traiga también algo de comer?

–¿Aún sirven desayunos?

–La verdad es que solo hasta las diez –contestó el chico–. Pero estoy seguro de que a mi padre no le importa prepararle algo.

–Un sándwich estaría genial.

–¿Le gusta el salmón?

–Mucho.

–Entonces tiene que probar el *bagel* de salmón –le recomendó con una sonrisa de oreja a oreja–. Por cierto, yo soy Jon. Y mi hermano mayor, el encargado de las bebidas tras la barra, se llama Ragnar.

–Yo soy Susanne. ¿Vuestros padres son los dueños de la granja?

–Bueno, en realidad es la granja de mi abuelo Kristjan. Pero ya es viejo. Por eso se encargan mis padres y mi tía de todo el trabajo.

–Tu hermano y tú, ¿soléis ayudar mucho en la granja?

–Por supuesto –contestó él–. Mi hermano está aquí todo el día y yo ayudo después del colegio y en las vacaciones.

–Entonces es posible que conozcas a Eva. Es alemana. Tu madre dijo que estuvo aquí, ayudando unas cuantas semanas la primavera pasada.

Jon la miró y asintió con la cabeza, pero de repente pareció desconcertado y preocupado.

–Estaba muy triste –soltó por fin y acto seguido se sobresaltó, como si aquellas palabras se le hubieran escapado sin querer.

–¿A qué te refieres?

El chico se rascó la cabeza incómodo.

–Tengo que seguir trabajando.

–¿Sabes por casualidad a dónde pensaba ir y por qué desapareció tan repentinamente? –insistió Susanne rápido.

Él negó con la cabeza.

–¿Hubo algo más que te llamara la atención?

Pareció titubear. Miró primero a su hermano y luego al suelo.

–Lloraba mucho –susurró de manera apenas audible.

–¿Lloraba? –repitió Susanne para asegurarse.

Él alzó la vista y asintió con la cabeza.

–Solía esconderse en el establo o iba a junto de las ovejas en la dehesa. Debía de pensar que allí nadie la vería, pero yo la seguí un par de veces y la observé. Me daba pena.

–¿Dijo por qué estaba tan triste?

Él negó con la cabeza.

–Puede que estuviera enferma.

Susanne no pudo evitar un gesto de sorpresa.

–¿De dónde sacas eso?

–Vomitaba mucho. Y una vez se cayó.

–¿Qué quieres decir con que se cayó?

–Estaba limpiando el establo y se desplomó sin más. Mi tía y mi padre la cogieron y llevaron a la casa. Luego llamaron a un médico. Después de irse el médico lloraba aún más a menudo.

–¿Y no dijo por qué?

–No hablaba mucho. Con nadie.

–Pero con Margret sí, ¿o no?

Jon se sonrojó. Volvió a darse la vuelta. Estaba vez parecía asustado.

–Asta me contó que Eva y Margret se llevaban bien.

–Asta es tu madre, ¿cierto?

Él asintió.

Susanne volvió a tener la sensación de que al chico le resultaban incómodas sus preguntas.

–Tengo que encontrar a Eva urgentemente. Somos familia.

Él la miró desconfiado.

–Pues no se parecen.

–No nos unen lazos de sangre, pero es mi cuñada. –Susanne trató de justificarse con una mentira piadosa–. Mi hermano y ella están juntos.

–¿Y tu hermano no está preocupado por Eva?

A Susanne se le puso un nudo en el estómago. Luego asintió con la cabeza.

–¿Puedes preguntarle a tu tía si puedo hablar un momento con ella? –consiguió articular.

Él la siguió mirando un rato en silencio. Luego soltó un suspiro.

–Voy a mirar si está.

–Mi sobrino me ha dicho que es usted familiar de Eva y que la anda buscando.

Susanne alzó la mirada, tragó el último bocado que le quedaba del *bagel* y se encontró ante una mujer alta y rubia que la miraba con desconfianza.

–Cierto. Eva y mi hermano son pareja. Ella hace ya bastante que ha desaparecido. Estamos preocupados por ella y quisiéramos saber dónde está.

La mujer le tendió la mano.

–Soy Margret. Me encargo de los caballos. Cuando empezó aquí en la granja, Eva hacía de todo, pero resultó que tenía una mano especial con los caballos. Me contó que montaba desde pequeña. Así que la asigné al cuidado de los caballos a raíz de lo cual intimamos.

–¿Le habló de su vida personal? ¿Tal vez la razón de por qué dejó Alemania tan precipitadamente?

Margret la miró muy seria.

–No cabe duda de que Eva estaba metida en problemas. El primer día ya tuve la impresión de que huía de alguien. Tenía miedo, a veces estaba incluso aterrada. Estaba atrapada en su propio mundo. Cuando ya llevábamos un tiempo trabajando juntas, me contó en confianza que acababa de pasar por una separación muy complicada.

–¿Una separación? ¿No dijo nada más?

–No. Para serle sincera, supuse que había huido de una relación de malos tratos. Todo apuntaba a ello: el huir de un entorno familiar, su miedo, el hecho de que carecía de medios económicos y que dependiera de ayuda externa.

–¿Pero no le comentó nada al respecto?

Margret la miró.

–Eva y su hermano FUERON pareja, ¿no? Lo recalco tanto porque antes cuando lo dijo dio la impresión de que siguen siéndolo.

Susanne asintió y cogió aire.

–Mi hermano amaba a Eva más que a nada en el mundo. Jamás le hubiera tocado ni un solo pelo. Fueron felices durante mucho tiempo. Tenían pensado casarse. Y de repente ella cambió, se encerró en sí misma. Al final se separó de Daniel sin darle ninguna explicación.

–¿Y cómo quiere saber que todo iba bien entre su hermano y Eva? ¿Cómo puede estar tan segura de que él la trataba con respeto? Es posible que estuviese usted equivocada en cuanto a su relación. Suele ocurrir más a menudo de lo que creemos. Hacia fuera todo parece en orden, ¿pero quién sabe lo que pasa realmente de puertas adentro?

Susanne se controló para no replicarle con palabras duras a aquella mujer.

–Porque conozco a Daniel. Traía a Eva en palmitas. Siempre estaba ahí para ella. Cuando ella lo dejó, algo en su interior se rompió. No entendía el porqué de la decisión de Eva. Intentó convencerla para que le diera otra oportunidad. Por su culpa él…

–Por su culpa él, ¿qué?

Susanne hizo un gesto de negación con la cabeza.

–¿Qué pasa con su hermano? ¿Y por qué no ha venido él tras Eva si tanto la quiere?

–Mi hermano está muerto –le espetó Susanne antes de romper a llorar. No pudo impedir que aquellas palabras salieran de su boca. Gimió por dentro al ver la consternación en el rostro de la mujer. Aun así, decidió dejarlo ahí. Bajo ninguna circunstancia le contaría a Margret que la policía estaba buscando a Eva y que ella estaba convencida de que el suicidio de su hermano en realidad había sido un asesinato a sangre fría. El riesgo de que aquella mujer contactara con las autoridades locales era demasiado grande.

–Lo siento –se lamentó Margret–. En serio. No quería ofenderla.

–No pasa nada. Usted no tenía por qué saberlo –trató de justificarla Susanne.

–¿Qué le pasó?

–Parece que se suicidó…

–¡Dios mío, qué horrible! –soltó Margret. Luego frunció el ceño–. ¿Tiene usted dudas al respecto?

–No va con él, ¿entiende? Igual que no va con él la violencia. La desaparición de Eva tiene que deberse a otra cosa. Y he venido a descubrirlo. Y cuando haya encontrado a Eva quiero mirarla a los ojos y preguntarle por qué le tuvo que partir el corazón a mi hermano.

–Entiendo –dijo Margret compungida–. Y por eso me duele tanto no poder ayudarla. Como ya le contó mi hermana, una mañana descubrimos que había desaparecido con todas sus pertenencias. No se despidió ni vino a recoger su paga semanal. No tengo ni idea de a qué vino tanta prisa.

–¿A usted no le llama la atención? –quiso saber Susanne–. Al fin y al cabo usted misma acaba de decir que le parecía que tenía problemas financieros. No tiene sentido que alguien así se largue sin cobrar.

–Es cierto que Eva y yo siempre nos hemos llevado bien y que conmigo no era tan extremadamente cerrada como con los demás, pero tampoco es que fuéramos íntimas. Hacía solo unas pocas

semanas que la conocía y por eso no soy quién para juzgar sus acciones, ni a ella como persona.

–¿Y antes de desaparecer? ¿La notó cambiada? ¿Dijo o hizo algo que indicara que tenía pensado irse?

Margret reflexionó y luego negó con la cabeza.

Susanne recordó que tanto Asta como Jon habían mencionado que Eva parecía enferma. Se preguntó por qué Margret no mencionaba nada al respecto.

–¿Nada de nada?

–No, que yo sepa.

–Lo digo porque Jon me contó que solía vomitar con frecuencia y en una ocasión incluso se desmayó.

–Bah, tonterías. –Margret se rio e hizo un gesto con la mano para restarle importancia–. El chico exagera. No fue nada. Había días que apenas comía, de modo que un día le dio un bajón de tensión. Pero tras unas cuantas comidas saludables y algo de descanso se recuperó sin mayor problema.

–O sea, que antes de desaparecer ya estaba bien.

–De salud sí. Cómo estaba anímicamente no lo sé.

Margret echó un vistazo al reloj e hizo una mueca.

–Lo siento, pero tengo que seguir. Por si no volvemos a vernos, le deseo mucha suerte en su búsqueda.

–Gracias –dijo Susanne y se quedó mirando pensativa a Margret.

Cuando hubo cerrado la puerta tras de sí, Susanne resopló y echó la cabeza hacia atrás. Se quedó reflexionado. El último comentario, ¿había sido una indirecta?

¿Acaso le había insinuado Margret que se fuera?

Susanne negó con la cabeza.

Seguro que la había malinterpretado.

Margret había sido muy amable con ella, había empatizado con ella.

Además, todo lo que le había contado tenía sentido. Había hablado abiertamente de la estancia de Eva en la granja, había sonado convincente y sincera al describirle lo que opinaba de la joven alemana. ¿Por qué iba a mentir? Susanne incluso podía

entender las sospechas de Margret con respecto a la relación sentimental de Eva, aunque siguiera enfureciéndola.

Pero había algo más.

¿Dudas?

No, más bien desconfianza.

Se le había metido dentro y ya no la soltaba.

¿Por qué?

No tenía ni la menor idea.

De lo que sí estaba segura era de que, por alguna razón desconocida, no acababa de fiarse del todo de Margret.

¿Acaso ese no era motivo más que suficiente para quedar un par de días más en la granja?

DOCE
HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

Ya hacía un buen rato que Margret se había ido, cuando Susanne volvió a acordarse del ruido que había oído la noche anterior. Le había sonado al llanto de una chica.

Se levantó y se fue a la barra tras la cual estaba el hermano de Jon.

–¿Me cobras la comida, por favor? –pidió a la vez que echó un vistazo alrededor–. ¿No anda Asta por aquí? Quiero preguntarle algo.

–Mi madre se ha ido a hacer la compra. ¿Qué desea saber?

–Me gustaría quedarme unos días más –le explicó–. ¿Puedo quedarme donde estoy?

–Está en el cobertizo viejo, ¿verdad?

Susanne asintió.

–¿Y quiere quedar allí? ¿Le basta? Pregunto porque en la casa principal ha quedado libre una habitación doble. Es un poco más cara, pero mucho más confortable.

Susanne rechazó la oferta.

–El cobertizo está genial. Es cómodo y limpio. No necesito más.

–Pues ya aviso yo a mi madre de que quiere quedarse. ¿Sabe por cuánto tiempo?

Susanne negó con la cabeza.

–Puede que hasta mañana o pasado mañana. ¿Hay algo que ver por la zona?

Ragnar frunció el ceño pensativo.

–Puede ir hasta Akureyri. Tienen una iglesia muy pintoresca en el centro de la ciudad. Y treinta kilómetros más allá hay una cascada realmente impresionante. ¿Ha oído hablar de la Godafoss? Puede verse desde la circunvalación. Es un sitio genial.

Susanne le dio las gracias. En la puerta se acordó de otra cosa más.

–Una pregunta, ¿hay otra casa vacacional cerca del cobertizo?

Ragnar negó con la cabeza.

–¿Por qué?

Susanne frunció el ceño.

–Es que anoche oí un ruido raro cuando estaba fuera buscando auroras boreales.

–¿Un ruido?

–Sí, como si alguien estuviera llorando.

Ragnar se rio.

–Seguro que fue el viento –le explicó–. Por las noches esto está tan silencioso, y sobre todo tan oscuro, que todo suena diferente que en la gran ciudad.

Susanne asintió pensativa y salió.

Apenas una hora más tarde Susanne ya había dejado el coche en el aparcamiento que daba a la Godafoss, después de darle durante todo el trayecto vueltas a qué era lo que la hacía desconfiar tanto de Margret.

Sin embargo, no logró catalogar el sentimiento.

Pero había más.

Que Ragnar hubiera despachado aquel ruido que a ella la había asustado tanto como algo meramente imaginario la irritaba. Aunque era consciente de que podía ser cierto. Estaba agotada, con los nervios sobrecargados. Era muy posible que bajo esas circunstancias

le hubiese dado mucha más importancia al ruido de la que en realidad tenía.

Mientras se dirigía hacia la gente aglomerada alrededor de la barrera protectora, se preguntó a qué había venido si aún no había encontrado a Eva y ni siquiera tenía una pista sobre su paradero.

¿Y ella? Haciendo de turista en busca de la foto perfecta.

Suspiró y se detuvo.

–Así que es verdad que el mundo es un pañuelo.

Aquella voz le resultó familiar. Al alzar la mirada se topó con unos ojos azules que también le resultaron conocidos.

–Eres Ralf, ¿no?

El joven asintió con la cabeza.

–Siempre que te veo pareces sumida en tu propio mundo. Hasta da miedo hablarte. ¿Estás bien?

Susanne asintió con la cabeza.

–¿Ya has visto el sur?

Susanne negó con la cabeza.

–Me surgió algo.

Ralf alzó una ceja dubitativa.

–¿Qué puede surgirle a alguien estando de vacaciones?

–Lo cierto es que no estoy aquí de vacaciones –le explicó–. Al menos no solo. Estoy buscando a alguien. Como ya te dije en el aeropuerto, tengo que solucionar algo. Un asunto familiar importante.

–¿Y ha habido suerte?

Mientras se dirigían a la cascada, Susanne se planteó si hablarle a Ralf de sus problemas. A pesar de ser dos desconocidos, su cercanía le inspiraba – extrañamente - confianza, como si se conocieran desde hacía mucho.

Decidió contarle a Ralf lo mismo que le había contado a Margret. No todo, pero lo suficiente para que pudiera entender su empeño en encontrar a Eva.

–Siento mucho lo de tu hermano –dijo Ralf una vez hubo acabado su relato–. No hay mujer en el mundo por la que valga la pena perder la cabeza de esa manera.

Miró a Susanne y de repente se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

–Eso ha sonado mal –balbuceó él–. Tú eres mujer y me parece que mi comentario ha resultado más desconsiderado de lo intencionado.

Ella hizo un gesto para restarle importancia.

–Opino igual que tú. Quitarse la vida por culpa de un corazón roto no tiene sentido. A la persona que te ha dejado y responsable de que tú estés jodido le importa una mierda cómo te sientas porque, si no, no te hubiera dejado. –Soltó una carcajada amarga–. Bueno, puede que me haya pasado un poco, pero creo que se ajusta bastante. Mi hermano estaba loco por ella, y aun así estoy convencida de que no se suicidó. Él no era así.

–Pero has dicho que…

–La policía es quien está convencida de que se trata de un suicidio –lo interrumpió ella.

–Pero tú crees que hay algo más.

Susanne suspiró y asintió con la cabeza.

–Y has venido a Islandia a averiguarlo.

–Sí, aunque ahora misma no sé por dónde seguir. Eva me lleva siempre unos pasos de ventaja. Al fin y al cabo ya lleva unos meses aquí. Yo sigo su pista, me encuentro con gente que a su vez se encontraron con ella, pero avanzar, lo que se dice avanzar, hasta ahora no lo he hecho.

–Tal vez lo que tengas que hacer ahora es ocuparte de ti misma. Recuperar fuerzas, dormir, comer bien, hacer turismo. Se te ve agotada, con la moral por los suelos. Puede que por eso se hayan estancado tus progresos.

Susanne sonrió.

–Marvin dijo algo parecido.

–¿Te refieres al Marvin del *Petite*?

Susanne asintió con la cabeza y sopesó si hablarle a Ralf de la foto, pero decidió que mejor no. Para ello tendría que remontarse en el tiempo y no estaba preparada.

–¿Qué te pareció el bar? No me digas que no fue una buena recomendación por mi parte.

–Una velada memorable –repuso Susanne fiel a la verdad.

–¿Por qué no te unes a nosotros? –le sugirió Ralf–. Mañana tenemos pensado ir a Husavik a ver ballenas y luego a Dettifoss, que está a unas dos horas de aquí. ¿Te apetece? La Dettifoss es algo muy especial y casi que una visita obligada para todo turista que viene a Islandia.

–¿Por qué? –preguntó Susanne picada por la curiosidad.

–Esa cascada aparece en unas cuantas películas. En *Prometheus*, por ejemplo.

–¿Qué peli es esa?

–¿Conoces la saga de *Alien*?

–Sí, claro.

–Pues *Prometheus* es la precuela.

–Mola –tuvo que admitir Susanne–. Es solo que no sé si mañana seguiré aquí. Para serte sincera, voy día a día. No me siento bien haciendo planes, ¿entiendes?

Vio la decepción reflejada en el rostro de Ralf, así que ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa un tanto avergonzada. El chico le caía bien y en circunstancias normales lo hubiese acompañado a la excursión, pero hoy por hoy le resultaba imposible dejarse llevar y aceptar.

–No hay dos sin tres –le dijo finalmente.

–¿A qué te refieres?

–Pues que van dos veces que nuestros caminos se cruzan por casualidad, sin intención alguna. Si ocurre una tercera vez, aceptaré tu propuesta. Me propongas lo que me propongas, cuenta con ello. ¿Vale?

Después de que Ralf se hubo metido en el coche con sus colegas y ella se hubo despedido de él con la mano, se dio la vuelta para ir a la cascada. El ruido de las masas de agua, las finas gotas que le salpicaban el rostro, por una extraña razón le transmitieron la sensación de estar en el sitio correcto en el momento correcto.

¿Sería porque sabía que a su hermano le habría encantado aquel lugar?

¿O por el hecho de que en aquel sitio y en aquel instante no se sentía tan sola?

No por la cantidad inmensa de turistas repartidos por todas partes hablando entre ellos. No. Se debía más bien a que sentía la presencia física de su hermano, era como si Daniel estuviera allí a su lado.

Como si pudiera oírlo reírse. *¡Pásalo bien, hermanita! ¡Disfruta!*

–¡Este sitio es genial!

Se giró de golpe. La decepción fue grande al ver a dos jóvenes desconocidos mirando fascinados al abismo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Uno de los chicos tenía casi la misma voz que su hermano.

Cuando por la noche, tras una comida copiosa en el mejor restaurante callejero de Akureyri, regresó a su habitación, notó al instante algo cambiado. Alguien había estado en su habitación. Miró alrededor. La cama estaba hecha. El cuarto de baño, limpio como una patena. Rio aliviada… La camarera de habitaciones. Claro.

Por un segundo había tenido la loca sensación de que alguien había estado rebuscando entre sus pertenencias.

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos.

Pero un cosquilleo extraño en la piel la hizo saltar de la cama. De repente tuvo la impresión de que la estaban observando.

¿Pero quién a esas horas iba a observarla?

Y más que nada, ¿por qué?

Tenía que asegurarse.

¡Ahora!

¡Inmediatamente!

Lo primero que hizo fue cerrar los cortinones. Luego salió. La oscuridad era absoluta y no hacía nada de viento. El cielo estaba lleno de estrellas brillantes.

¿Qué le había contado Daniel acerca de las auroras boreales?

Que donde mejor se veían era lejos de las ciudades y en noches con cielo claro. Volvió a entrar a coger una chaqueta. Se la puso y salió de nuevo. Cerró la puerta, se alejó algo de la casa y miró al cielo.

Hay que tener paciencia. Era la voz de Daniel sonando en su interior. *Muchos turistas se pasan más de dos semanas en Islandia y no ven ni una sola. Pero puede que nosotros tengamos suerte.*

Al recordar aquel día, los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba a punto de regresar corriendo a la casa cuando por el rabillo del ojo vio algo de color turquesa sobre ella. De manera tímida y apenas perceptible, la luminiscencia fue abriéndose paso en medio de la oscuridad.

Con la emoción a Susanne se le escapó un jadeo.

Si Daniel estuviera aquí, habría despertado a todo el mundo y los habría hecho salir emocionado para que vieran aquello.

Volvió a entrar y cogió el móvil para inmortalizar el momento. Luego echó la cabeza hacia atrás y esperó.

En el transcurso de media hora consiguió sacar más de veinte fotos de la aurora boreal. Luego escogió la más bonita y la subió a *Instagram*.

"Para mi hermano", escribió. "Daría lo que fuera para que vivieras conmigo este momento."

Cuando empezó a notar el frío decidió que por hoy ya era suficiente. Estaba agotada. Habían pasado muchas cosas, pero por primera vez desde su llegada tuvo la sensación de haber conseguido algo. Vale, no había encontrado a Eva, seguía sin saber por qué había desaparecido, pero la aurora boreal había valido la pena. Y mucho. A su hermano aquella experiencia le hubiese encantado. Hubiese querido que ella disfrutase al máximo su estancia en aquel país.

Ya casi había llegado a la puerta del cobertizo cuando se paró en seco.

Ahí estaba de nuevo.

Igual que ayer, pero mucho, mucho más bajito. Apenas se percibía.

Se le pusieron los pelos de punta. Volvió a girarse y a mirar fijamente la oscuridad.

Eso no era el viento como había dicho Ragnar. Susanne estaba convencida. Y desde luego que no eran imaginaciones suyas.

¿Pero dónde demonios estaba esa chica que lloraba tan desconsoladamente? La casa principal estaba demasiado lejos. Era imposible que el ruido procediera de allí. Además, si así fuese, ella no sería la única en oírlo.

Sin embargo, aquí fuera no había nada más, excepto un garaje y el granero viejo que estaban reformando. A la luz del día se había acercado para verlo y había llegado a la conclusión de que era imposible vivir en él

¿Pero y si era el punto de encuentro de los chicos del pueblo? Siguió desarrollando la idea. Tal vez debería comentárselo a Asta para que tomara medidas antes de que pasara una desgracia.

Volvía a estar cerca de su puerta cuando de nuevo la asaltó la sensación de que la estaban observando. Se giró llevada por el miedo, pero no vio a nadie.

Tan solo percibió el lloriqueo que iba a más para convertirse en un llanto que le rompía el corazón y la lastimaba en lo más profundo de su ser. Y de repente, silencio absoluto.

A Susanne se le puso la piel de gallina. Corrió los pocos metros que la separaban de su casita y respiró aliviada al pasar el cerrojo.

Quedó allí parada un rato hasta que se le hubo normalizado la respiración. ¿Pero de dónde le venía aquel miedo repentino? Si nadie conocía su paradero.

Nadie excepto Katrin.

TRECE
HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

A la mañana siguiente Susanne estaba hecha polvo. Apenas había pegado ojo. Le había estado dando vueltas a cómo explicar aquella sensación de pánico que había tenido allí fuera.

Era un hecho que nadie sabía que se encontraba en Islandia, o sea, era un hecho que nadie podía estar pisándole los talones. Y aun así – y Susanne estaba convencida – no eran imaginaciones suyas. Alguien la había estado observando.

Alguien había estado vigilándola al amparo de la noche.

¿Pero quién?

¿Tendría ese alguien algo que ver con la muerte de su hermano?

¿Con la huida de Eva?

¿La había seguido con la esperanza de que los llevaría hasta ella?

Susanne tragó y el sudor le perló la frente.

Cabía esa posibilidad.

Sin duda alguna, Eva estaba envuelta en algo criminal. ¿Por qué, si no, iba a huir tan al norte, robar el dinero de Daniel y esconderse en granjas? Y Daniel… Hacía mucho que había descartado el suicidio como causa de su muerte. Lo había sabido desde el principio, pero había dejado convencerse por la policía. A eso había que añadir que hasta que no había encontrado la foto de Eva en el *Petite*, toda aquella terrible historia no había tenido ningún sentido. Pero la foto

de Eva con el pelo corto y teñido, la descripción que Marvin había hecho de sus lesiones, todo ello había cambiado el enfoque del asunto.

Cabía incluso la posibilidad de que quien andaba detrás de todo la estuviera vigilando y persiguiendo ya en Alemania.

¿Pero no tendría que haber notado desde hacía mucho que la seguían?

Estaba volviéndose paranoica. Nada más.

–Se la ve cansada.

La voz del chico se coló en las reflexiones de Susanne y la trajo de vuelta al presente.

Miró a Jon y le sonrió.

–Lo cierto es que tengo mucho sueño. No sé por qué, pero no consigo dormir bien. –Miró hacia la barra donde Ragnar estaba ocupado lavando un buen número de vasos sucios. Luego volvió a mirar a Jon–. El granero, el que está en obras, creo que los chavales lo utilizan para cosas no muy lícitas.

Jon la miró ojiplático y se giró de inmediato hacia su hermano, pero este estaba tan concentrado en su tarea que no se percató.

–Se lo comenté a Ragnar ayer, pero me dijo que lo que yo oía por las noches era el viento. Pero en serio… –Susanne se interrumpió para crear una pausa teatral–. No me lo creo. Anoche salí a medianoche y oí claramente el llanto de una chica. Al principio era como un lamento, un gimoteo, pero luego pasó a ser un llanto desesperado. No podía venir de la casa principal porque, primero, está demasiado lejos y segundo, los demás huéspedes también tendrían que haberlo oído. –Susanne miró fijamente a Jon y con tono serio prosiguió–. Estoy segurísima de que el llanto procedía del granero viejo. Allí había una chica llorando desconsoladamente. Y por eso pensé que era mejor avisar para que tu familia pueda hacer algo al respecto. No vaya a ser que ocurra una desgracia con los chicos metiendo allí las narices por las noches. Así que, ¿serías tan amable de decírselo a tu madre o a tu tía? Deberían tomar medidas y poner unos tableros para impedir la entrada.

Jon la miró con gesto sombrío, abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada.

–¿Podrías hacerme ese favor? De verdad que me sentiría mejor si supiera que nadie corre peligro en el granero. Los jóvenes a veces son un poco… alocados. Y más si han bebido o están algo desmadrados. Hasta puede que los conozcas. ¿Podría tratarse de amigos de tu hermano?

Al darse cuenta de que esa podía ser una explicación, Susanne se rio de ella misma. Claro. Por eso había insistido Ragnar tanto el día anterior en que era el viento el que hacía el ruido.

Tenían que ser amigos suyos. Puede incluso que fuera su novia la que había llorado tan desconsoladamente.

–Dime, ¿tú también oíste alguna vez por las noches algo en el granero?

Se fijó en que el color del rostro del chico pasó de rojo grana a casi blanco alabastro. Susanne alzó las cejas.

–¿Estás bien?

Jon la miró con los ojos muy abiertos hasta que volvió a reaccionar. Era como si estuviera manteniendo una lucha consigo mismo. Sacudió la cabeza violentamente, se dio la vuelta y salió corriendo.

Ragnar, que seguía detrás del mostrador, levantó la cabeza y la miró primero a ella y luego a su hermano que se alejaba.

Dejó el vaso que estaba secando a un lado, dio la vuelta al mostrador y se fue hacia ella.

–¿Acaba de ver un espíritu? –le preguntó preocupado.

–Su hermano… yo no pretendía… yo no quería…

–No se preocupe –la interrumpió Ragnar–. Jon a veces está algo pasado de vueltas. No tiene nada que ver con usted. Hace años tuvo un accidente muy grave. Casi no sobrevive. Se pasó varias semanas en un coma inducido. Desde entonces… –Ragnar buscó las palabras adecuadas y de repente pareció muy apenado–. Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo.

Mientras se dirigía a la iglesia, Susanne se fijó que mucha gente, por culpa del mal tiempo, parecía haber tenido la misma idea que ella. Se arrepintió de no haber cogido el coche para ir a otro sitio. De hecho, por un momento incluso se planteó ir a ver la cascada que le había recomendado Ralf. Pero había temido otro encuentro fortuito con él. Susanne no habría sabido cómo explicarle que al final había ido sola, en apariencia rechazando la compañía suya y la de sus amigos.

Y eso que Ralf le caía bien. Le gustaba su humor, su naturalidad, su manera de ser abierta y sincera, y su físico. De hecho, pensándolo bien, lo cierto era que le gustaba bastante. Pero no dejaba de ser alguien que conoces durante las vacaciones. Y ella no estaba de vacaciones. Vale, había venido con la intención de descansar, pero ahora, tras todo lo que había descubierto, sus prioridades habían cambiado y echado por tierra los planes previos.

Era curioso, cómo la foto de Eva colgada en la pared del *Petite* lo había cambiado todo. Por mucho que lo intentaba, no conseguía desconectar y relajarse. Y no lo conseguiría hasta resolver el enigma de la desaparición de Eva.

Aunque era consciente de que podía fracasar y no resolverlo nunca.

Eva tenía mucho que perder por lo que tendría que esconderse bien. Lo que a su vez hacía que encontrarla fue una empresa prácticamente imposible.

Añadiendo a ello el desfase temporal de varios meses.

Susanne lidió consigo misma.

¿Debía regresar a Alemania, ir a la policía y presentarles las pruebas de que se habían equivocado de cabo a rabo al emperrarse en ver a Daniel como el culpable?

¿Pero para qué?

Obtener esa satisfacción tampoco le devolvería a su hermano.

Aunque la policía reabriera el caso para averiguar por fin la verdadera razón de la desaparición de Eva, si reemprendieran su búsqueda, a Daniel y a ella no les serviría de nada.

Había perdido para siempre a su hermano, y nada de lo que hiciera, o dejara de hacer, cambiaría eso.

Lo que sí sabía era que no podía interrumpir aquel viaje. Tenía que llegar hasta su fin para regresar al menos con la sensación de haber vivido el sueño de ambos.

Sin embargo, reconoció que alegría de verdad jamás la experimentaría aquí.

Susanne suspiró. Era como si la pena por el fallecimiento de su hermano, la incertidumbre de no saber la causa de su muerte así como su poder de decisión y su juicio la estuvieran paralizando.

No sabía cómo proseguir. Y lo peor de todo era que no tenía a nadie con quién comentar sus dudas.

El día anterior había estado planteándose si hablarle a Katrin de la foto, de la pista de Eva que la había llevado hasta el norte de Islandia, pero luego se había dado cuenta de que resultaría peligroso.

Conocía bien a Katrin. Sabía que su amiga se preocuparía mucho por ella y que seguramente avisaría enseguida a la policía, con el único resultado de alborotar el avispero.

Por muchas vueltas que le daba, no le quedaba otra que lidiar ella sola con todo. Y ahora tocaba decidir qué paso dar a continuación.

Susanne suspiró inconscientemente mientras se despedía de la travesía por sus pensamientos para volver a abrirse a su entorno inmediato.

En el interior de la iglesia había mucho trasiego, pero sorprendentemente no la molestó.

Todo lo contrario. Metió una moneda en la ranura de una cajita de madera, cogió una vela y la encendió. Luego se sentó en uno de los bancos y contempló el impresionante transepto.

Empleando cada fibra de su cuerpo deseó que ojalá Daniel pudiera estar allí con ella para mostrarle el camino a tomar. Ensimismada sacó el móvil del bolsillo, buscó el número de Lara Widmann y respiró hondo.

¿Llamar o no llamar?

Pasó el dedo por cerca de la pantalla.

Rompió a sudar.

¿Sería esa la respuesta?

Cada vez que se planteaba involucrar a la policía, empezaba a sudar. Era como si su cuerpo se revolviera ante un paso que una vez dado sería irrevocable. Era como si saltaran todas las alarmas en su cuerpo. ¿Un presentimiento? ¿Un mecanismo de defensa?

Devolvió rápidamente el móvil al bolsillo de la chaqueta y se recostó.

Dale otra vuelta… De nada sirve que tomes decisiones cuando estás hecha polvo.

La voz en su cabeza había surgido de la nada.

La voz de Daniel.

Y no solo eso.

Era como si estuviera sentado allí a su lado. Justo allí y justo en aquel momento.

Soltó un gemido y acto seguido una risa histérica.

Lo que le faltaba - que se estuviera volviendo loca.

Se levantó y miró alrededor, pero nadie de los allí presentes le prestó atención.

Al llegar a la granja se topó con Margret.

La mujer la saludó sonriente, pero, al igual que en su primer encuentro, a Susanne no le pareció un gesto sincero. Le devolvió el saludo sin mucho entusiasmo y suspiró al ver que Margret se paraba para esperar por ella.

–¿Qué tal está? –se informó–. Mi hermana me ha dicho que tiene pensado quedarse unos días más.

Susanne asintió.

–Aún no sé cómo proseguir. Si seguir buscando a Eva o volver a casa. Puede estar en cualquier sitio o haber salido del país. Quién sabe.

–¿Le gusta esto?

–¿La granja?

–Me refería a la isla. Al norte.

Susanne resopló.

–El paisaje es maravilloso. Y la comida. El tiempo… bueno, así así.

Margret se rio.

–¿Sabía que hablar de las condiciones meteorológicas es el pasatiempo favorito de los islandeses? Nos podemos pasar horas hablando sobre él tiempo, aunque a los pocos minutos cambie. Hoy mismo, hemos pasado por una tormenta, una lluvia torrencial y poco después, sol brillante.

Susanne también se rio.

–Es mejor que el tiempo que tenemos en Alemania. Allí cuando empieza a llover, la lluvia dura días. –Volvió a ponerse seria–. Por cierto, ¿ha hablado Jon con usted? Es por el granero que hay junto a mi cabaña. Llevo dos noches seguidas oyendo ruidos saliendo de allí.

Margret frunció el ceño.

–¿Y qué tiene que ver eso con mi sobrino?

–No, nada. Solo que le pedí que le avisara a su madre, o a usted. Es que tengo miedo de que por las noches vaya la chiquillada allí a hacer alguna gamberrada.

–A partir de las veintitrés horas cerramos la entrada principal. Sería muy difícil que alguien de fuera entrase en la propiedad.

Susanne la miró dubitativa.

–En la parte de atrás de la propiedad no hay más que una valla no muy alta. En teoría podría saltar cualquiera por encima.

Margret la miró con la cabeza ladeada.

–¿Pero qué oyó exactamente? ¿Voces de chicos?

–Oí a una chica llorando. Y estoy completamente segura de que procedía del granero viejo.

Margret se rio.

–¿Una chica llorando? Me temo que los nervios le están jugando una mala pasada. Seguro que solo fue el viento. Dependiendo de lo fuerte que sople puede parecer incluso el aullido de un animal.

Susanne negó decididamente con la cabeza.

–Ragnar me dijo lo mismo, pero no es el viento. Anoche no hizo viento, nada de nada, y estoy completamente segura de que había una chica llorando. Me preocupa que pueda haber chicos andando por el granero y que les pase algo. Allí está todo oscuro y hay muchas herramientas.

Margret se la quedó mirando y carraspeó.

–Puedo pedirle a Ragnar que eche un vistazo, pero, sinceramente, creo que se equivoca. Aparte de usted en esa parte de la propiedad no hay nadie más. Pero si ve que aquello le resulta demasiado inquietante, puedo mirar si ha quedado algo libre en el edificio principal.

–No hace falta, gracias –replicó Susanne tratando de controlarse para no sonar muy brusca. Odiaba cuando la gente no la tomaba en serio o trataban de hacerla pasar por tonta o ingenua.

Se despidió de Margret y se encaminó hacia su cabaña. Ya desde lejos distinguió que había algo en el escalón delante de la puerta. Se le aceleró el corazón, y más a medida que se iba acercando. Por fin reconoció que se trataba de una roca.

Era negra y porosa.

Lava fría se le pasó por la cabeza. Se acercó al peldaño y extendió la mano. Dudó.

Se rio de sí misma, recogió la piedra y vio que debajo había un papel doblado formando un cuadrado diminuto.

Se asustó. Se dio la vuelta, pero no vio a nadie.

Ahora sí que no cabía la menor duda de que alguien había estado allí, había dejado el papel delante de la puerta y colocado la roca encima para que no saliera volando o no se mojara.

Con dedos temblorosos desdobló la nota y trató de leer las palabras escritas en inglés con letras que más bien parecían garabatos.

Tenía que ser una nota de Jon.

Al descifrar el mensaje quedó petrificada.

Lo releyó.

Y otra vez más.

Finalmente alzó los ojos, se alejó de la casa y miró inquieta hacia las obras.

O sea, ni se había equivocado ni los nervios le estaban jugando una mala pasada. El mensaje del chico se lo confirmaba. Tragó mientras volvía a leer las líneas.

Yo también la he oído llorar...

CATORCE

HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

Una vez dentro de la cabaña, Susanne se sentó en la cama observando pensativa el trozo de papel.

Aquella mañana había interpretado erróneamente la reacción de Jon. Primero había creído que eran amigos suyos los que visitaban el granero por las noches y que se había ido corriendo porque se había sentido presionado. Luego Jon había mirado a Ragnar en busca de apoyo. Susanne lo había interpretado como que sabía exactamente de qué o quién estaba hablando ella, pero que no quería delatar al hermano. Sin embargo, ahora lo comprendió.

Yo también la he oído llorar… Eso significaba lo que significaba.

Esa chica existía. Ella no era la única que la había oído. Y no solo eso. Jon, por lo visto, sabía quién era. Eso se lo confirmaba la palabra "la".

No había escrito que había oído "algo", ni había tratado de explicar que, al igual que ella, había oído un llanto. No. No cabía la menor duda: *Yo también la* – a la chica – *he oído llorar*.

¿Acaso la conocía?

Y si sí, surgía la pregunta: ¿Por qué mentía todo el mundo? ¿Por qué trataban de hacerla pasar por loca y chiflada? ¿Por qué afirmaban tan convencidos Ragnar y Margret que estaba equivocada?

Su impulso fue salir corriendo a la casa en la que vivía la familia, justo al lado del edificio principal, y preguntar por Jon, pero era muy tarde. Los padres y el hermano pensarían cosas raras si les decía que quería hablar con él a aquellas horas. Por no mencionar, que a él tampoco le haría mucha gracia.

A Susanne no le cabía la menor duda de que Jon no quería que nadie de su familia se enterara de lo de la nota.

Había doblado el papel hasta formar un cuadrado diminuto y lo había colocado debajo de la piedra para que nadie lo viera al pasar, cuando hubiese sido suficiente con poner una piedra encima de la hoja para evitar que marchara volando.

Esto también confirmaba que conocía a la chica, o que quería que Susanne supiera que la conocía.

Pero solo ella.

Se levantó y decidió esperar hasta el día siguiente mientras guardaba el papel en un compartimento de la mochila. Bostezó y decidió irse temprano para cama para mañana poder tomar decisiones con la cabeza despejada.

Le pediría cuentas a Jon. Si es que lo pillaba a solas.

Despertó sobresaltada. ¿Había oído algo? ¿Una puerta abriéndose? ¿Y ese frío tan horrible?

Susanne estaba tiritando. A oscuras buscó el interruptor de la lamparilla. ¿Por qué hacía tanto frío en su habitación? Había puesto la calefacción antes de darse una ducha. Debería hacer calor. La luz la deslumbró en un primer momento, pero una vez acostumbrada a la claridad vio que la puerta estaba abierta de par en par.

Por eso hacía tanto frío.

Frunció el ceño.

Luego el corazón empezó a latirle más deprisa.

¿Por qué estaba abierta la puerta?

Estaba segurísima de haber pasado el cerrojo.

Apartó la manta, se levantó, se vistió, fue con cuidado hasta la puerta y miró fuera.

No vio a nadie.

A punto de salir por la puerta se dio cuenta de que no se había puesto los zapatos.

Se sobresaltó cuando le pareció percibir un movimiento en el exterior.

Allí había alguien.

No estaba sola.

Cogió aire. El instinto le decía que se metiera dentro, que atrancara la puerta y se escondiera debajo de las mantas como hacía de niña.

Pero seguía allí parada bajo el dintel de la puerta, incapaz de pensar con claridad.

De repente distinguió unos pasos.

Quien quiera que fuese se encontraba en la oscuridad a menos de diez metros de distancia.

Tenía que tratarse de la misma persona que de algún modo había conseguido meterse en su cabaña.

¿Sería Jon?

¿Querría que saliera a hablar?

Pero entonces, ¿por qué no daba la cara?

¿Por qué estaba jugando con ella y asustándola de ese modo?

Empezó a sudar.

Los pasos se estaban acercando.

Y de repente, silencio.

Susanne respiró aliviada. Quiso volver a meterse dentro cuando a los pocos metros distinguió la silueta delicada de una persona vestida de blanco corriendo hacia el granero.

Ese no es Jon, pensó.

Susanne seguía petrificada en la puerta, sin saber qué hacer.

Es una chica, le susurró la voz en su cabeza. *Una chica con ropa clara y una melena rubia.*

¡Eva!

No.

Eva era mucho más alta y fuerte.

Además, ahora llevaba el pelo corto y oscuro.

¿Pero entonces quién era aquella mujer?

¿Y por qué había abierto la puerta de su cabaña?

Para llamar tu atención.

Susanne empezó a temblar. Eso tenía que ser. Solo eso tenía sentido.

Llevaba dos noches oyendo llantos. Y hoy… hoy veía a una chica meterse corriendo en el mismo granero de donde procedía el ruido.

Solo había una manera de averiguar de qué iba todo aquello, de averiguar por qué lloraba la chica, por qué abría su puerta y por qué salía corriendo.

Yendo al granero.

¡Ahora!

No podía esperar a que se hiciese de día.

Volvió a entrar en la cabaña, cogió el móvil, que había dejado en la mesilla de noche, activó la aplicación de la linterna, se puso los zapatos y salió corriendo.

Curiosamente al llegar al sitio donde había visto a la chica, no distinguió ninguna pisada en el suelo.

Aun así siguió corriendo y se metió por la puerta del granero que seguía abierta. Una vez dentro miró alrededor. Tal como había imaginado, el edificio se encontraba en un estado lamentable. La madera del suelo se había levantado por sitios y crujía a cada paso que daba. Algunas piezas de la tarima estaban tan sueltas que tenía que andar con cuidado de no tropezar y romperse la crisma.

Había mesas pequeñas repartidas por todo el recinto, con herramientas encima. Pero lo realmente extraño era que no veía a la chica por ningún lado. Cuando de repente crujió algo a su espalda se giró de inmediato.

Pero aparte de una vieja escalera de madera que llevaba al desván del granero, no vio nada más.

Se acercó titubeante a la escalera preguntándose si debería arriesgarse y subir.

¿Y si el desván estaba igual de mal que la planta baja? Entonces corría el riesgo de caer desde una altura de más de cinco metros,

puede incluso que de diez. La oscuridad le impedía hacer un cálculo más aproximado de la altura del desván.

Al oír un ruido arriba y que se parecía mucho a pisadas, decidió que tenía que arriesgarse. Tendría que ir con cuidado. Además, llevaba una linterna. Por si las moscas comprobó cuánta carga le quedaba en el móvil. Suspiró aliviada al ver que por eso no tendría que preocuparse. Luego subió peldaño a peldaño al desván. Al divisar el último, volvió a oír algo.

Un sollozo.

Lo reconoció. Era la chica a la que ya había oído llorar en dos ocasiones.

–¿Hola? –Su voz fue apenas un susurro.

Carraspeó.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó un poco más fuerte.

Se le ocurrió que la chica sería una nativa por lo que no entendería su idioma.

Lo intentó de nuevo, esta vez en inglés, pero tampoco recibió respuesta.

Está asustada, le susurró la voz de su cabeza. *Tienes que acercarte a ella para que entienda que no representas ningún peligro y que tan solo quieres ayudar.*

Susanne se quedó quieta mientras se enfrentaba a su propio miedo.

Cada fibra de su ser le mandaba avisos indicándole que diera la vuelta y se marchara, pero los ignoró. Juntó las últimas reservas que le quedaban de valor, determinación y fuerza de voluntad y siguió adelante.

Una vez arriba, cuadró los hombros y recorrió el desván con la luz de la linterna.

Se detuvo.

¿Dónde demonios se había metido la chica?

Tenía que estar allí. Los sollozos habían venido de arriba. Sin la menor duda. Avanzó despacio, con cuidado de dónde ponía los pies, a la vez que barría con la luz de la linterna cada rincón y miraba detrás de cada una de las innumerables vigas de madera.

Tras comprobar que efectivamente allí arriba no había nadie más que ella, resopló.

¡Imposible!

Esa chica había entrado corriendo en el granero. Lo había visto con sus propios ojos. Y dado que en el piso de abajo no la había encontrado por ningún sitio, tan solo podía estar aquí arriba. No había otra.

Pero no está. De nuevo la voz en su cabeza, que lo único que conseguía era ponerla todavía más nerviosa.

Dio varias vueltas de trescientos sesenta grados… y nada. Aparte de ella misma, allí no había nadie más.

Susanne reconoció que aquel descubrimiento la asustaba, y mucho.

¿Dónde se había metido la chica?

¿Había salido por alguna puerta trasera que ella había pasado por alto?

A punto de volver a bajar, oyó unos pasos.

Pasos pesados, como de hombre.

Poco después un haz de luz atravesó las rendijas del suelo y fue a dar en sus pies.

Quedó quieta, sin moverse ni un solo milímetro.

–¿Hola?

Efectivamente, allí abajo había un hombre.

Soltó unas cuantas palabras que ella no entendió, dio unos pasos sin rumbo fijo y finalmente se detuvo.

Por miedo a que la oyera respirar, Susanne contuvo la respiración.

Luego oyó un gruñido enojado y los pasos alejándose.

Quienquiera que fuera, volvía a irse.

¡Menos mal!

Susanne cogió aire.

El hombre la habría oído gritar y habría venido a ver si todo estaba en orden. Cayó en la cuenta de que Margret seguramente había comentado con alguien los temores de Susanne con respecto a las posibles gamberradas y se sintió algo mejor.

Pero la chica a la que había visto… No se lo quitaba de la cabeza: ¿Dónde se había metido? Susanne puso con cuidado un pie delante del otro y ya cerca de la escalera oyó un crujido procedente de un hueco de detrás de la escalera.

–¿Eres tú? –susurró en inglés, controlándose para no salir huyendo–. No quiero hacerte daño. ¿Me oyes? Solo quiero ayudarte –volvió a intentarlo de nuevo, con la esperanza de que, a pesar de su inglés oxidado, la chica la entendiera. Alumbró más allá de la escalera, hacia un nicho pequeño, pero no consiguió dar con el origen del crujido.

¿Habría ratones aquí arriba?

De solo pensarlo se le puso la piel de gallina.

¿O tal vez ratas?

A Susanne se le revolvió el estómago.

Y en ese momento lo vio. Justo delante de ella caían unas motas de polvo del techo, de una enorme viga de madera que parecía servir de apoyo para el tejado.

De detrás de la viga sobresalía una esquina puntiaguda.

¿Qué era aquello?

¿Un cuchillo?

No, aquello tenía otra forma.

Y todo el polvo que flotaba en el aire y que el haz de luz de la linterna hacía visible procedía de ese mismo punto. Extendió la mano, tiró de la cosa y se sobresaltó al notar que efectivamente cedía bajo el tirón. Al final acabó con un libro entre el pulgar y el dedo índice. Un libro con una capa de polvo tan gruesa, que a Susanne no le cupo la menor duda de que era la primera persona en muchos años que daba con su escondite y lo sostenía entre sus manos.

Cuando poco después regresó exhausta a la cabaña, se dejó caer aliviada en la cama sin apartar los ojos del libro.

No le encontraba explicación a por qué no había vuelto a ver a la chica que se había metido en el granero. Antes de salir había comprobado si había alguna otra salida, pero no, así que, para escapar, la chica debería de haber pasar a su lado. Y no había sido el caso.

Eso la inquietaba.

Una cosa estaba clara: no eran imaginaciones suyas. La falda blanca ondeando al viento, era como si siguiera teniéndola ante sus ojos. Y la blusa de la chica y su melena rubia.

¿Cómo podría ser alguien que había resultado tan real no ser más que una fantasía?

Se obligó a pensar en otra cosa. Decidió firmemente que a la mañana siguiente hablaría con Jon y le contaría su excursión nocturna.

Volvió a centrar su atención en el libro que sostenía en las manos. Sopló para quitarle el polvo y abrió nerviosa la tapa para hojearlo.

Al caer en la cuenta de que era capaz de leer lo escrito, la emoción la dejó sin aliento.

Había supuesto que se trataba de un libro de cuentos islandeses, tal vez de una novela romántica que alguien había ocultado, pero que fuera un diario manuscrito, eso sí que no se lo esperaba.

Y menos aún que estuviera escrito en su idioma.

Pasó la mano con cuidado y de manera casi reverencial por las palabras escritas con una caligrafía pulcra en la primera página hacía más de setenta años. Las había escrito una chica de Hamburgo de dieciocho años llamada Greta.

QUINCE
HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

–Oh, dios mío. Lo siento muchísimo. –La voz se fue abriendo paso hasta llegar a su consciencia.

Susanne se sobresaltó, parpadeó confusa y chilló al ver la cara preocupada frente a la suya.

–Pensé que ya se había ido –se disculpó Margret un tanto cortada–. Llamé varias veces a la puerta y como nadie contestaba supuse que la habitación estaba vacía.

Susanne seguía mirando a la mujer sin comprender nada.

Entonces lo recordó.

La chica.

La excursión nocturna al granero.

El diario.

Había pasado la noche enfrascada en su lectura y se había quedado profundamente dormida al amanecer.

–¿Qué hora es?

–Las doce pasadas. Deduzco que ha decidido quedarse unos días más. Porque la hora del *check-out* ya expiró.

Susanne asintió.

–Aún me queda algo por hacer –explicó sin entrar en detalles–. Creo que como mínimo aún voy a quedarme dos días más si es posible.

Margret asintió.

–Hoy no hay problema, pero para mañana tengo que mirar si hay alguna reserva.

–Una pregunta –soltó Susanne antes de poder refrenarse–. Anoche vi a una chica correr hacia el granero. Fui corriendo detrás creyendo que era la chica que había oído llorar las otras noches, pero al llegar al granero había desaparecido. ¿No sabrá usted por casualidad quién podría ser? La chica era… muy delgada. Tenía una melena larga rubia y me pareció muy jovencita. Dieciocho, como mucho veinte años.

Margret se la quedó mirando, reflexionó unos instantes y luego negó con la cabeza.

–Puede que haya sido una amiga de Ragnar –acabó diciendo–. Y no debería ir usted de noche al granero. Aquello está muy oscuro y puede ser peligroso.

–Seguí a la chica –le recordó Susanne.

–No tengo ni idea de a quién se refiere –replicó Margret–. Pero si así se queda más tranquila, pregúntele a Ragnar. Su novia es rubia, aunque delgada no es precisamente. Pero quién sabe, puede que haya alguien más de la que no sepamos –dijo sonriendo.

Susanne apartó las mantas y se incorporó.

Margret pilló la indirecta.

–Bueno, pues yo me voy. Ya volveré luego. Para un desayuno es demasiado tarde, pero, si quiere, puede pedirle a mi cuñado que le prepare un sándwich o una sopa. Seguro que lo hará encantado.

–¿Le suena el nombre de Greta Stein?

Margret, que ya estaba con un pie fuera, se detuvo en seco. Se dio la vuelta y la miró con ojos muy abiertos.

–¿Por qué me lo pregunta?

Susanne trató de buscar febrilmente una explicación que no incluyera el diario del que se había apoderado.

–Me pareció ver su nombre escrito en el desván del granero. Grabado en una viga. Y como es un nombre alemán, pregunto.

A Susanne no le pasó desapercibido que Margret se relajó visiblemente con aquella explicación poco convincente.

–Ni idea de quién puede ser. Puede que haya trabajado en algún momento en la granja. Nos llegan constantemente mochileros de Alemania.

Susanne asintió con una sonrisa, aunque no le cupo la menor duda de que Margret estaba mintiendo. Esa mujer sabía perfectamente quién era Greta Stein.

Se la quedó mirando pensativa mientras se alejaba. Esperó hasta que hubo desaparecido de su campo de visión y sacó el diario del cajón de la mesilla de noche para esconderlo en la mochila.

Fue un impulso que no supo explicar.

Se sentó y agitó la cabeza para espantar todas las dudas. Le afectaba tanto la suerte de Greta Stein de Hamburgo que tenía que descubrir sin falta qué le había pasado.

Según el diario, la joven había llegado a Islandia a bordo del Esja en el verano de 1949, recién cumplidos los dieciocho años y con la esperanza de una vida nueva.

La primera entrada databa de la época de Greta a bordo del Esja, donde conoció a Hannes, un joven de Lübeck que iba a Islandia a trabajar en una granja como peón.

Greta había contestado a un anuncio que había publicado la asociación de agricultores islandeses buscando servicio doméstico. Cuando efectivamente le respondieron, su primera reacción fue volverse atrás. No se veía capaz de dejar a sus cuatro hermanos pequeños, le rompía el alma, pero su madre había logrado convencerla. Y así, aquel verano de la posguerra, había puesto rumbo al norte para encontrar la felicidad lejos de Alemania.

Olaf, el dueño de la granja, la había recibido con los brazos abiertos. Greta se acostumbró rápidamente a la vida allí, y muy pronto se sintió como en casa. Cosa que también tenía que ver con Hannes, que había ido a parar al pueblo vecino. Solían quedar a menudo. Pero la razón principal de por qué Greta apenas pensaba en su vieja patria era que entre ella y Olaf estaba germinando un tierno amor.

Greta quedó embarazada. Del diario se deducía que estaba en el séptimo cielo. Pero a medida que iba creciendo la tripa y ya no podía

ocultar el embarazo, las cosas cambiaron drásticamente. Encerraron a Greta en una pequeña recámara. La tenían prisionera.

Susanne había tenido que releer varias veces las siguientes hojas para poder comprender el verdadero alcance de la suerte de Greta. Olaf no solo la había embaucado, sino que le había mentido y la había engañado. Al llegar a la granja le había presentado a Gudrun diciendo que era su hermana enferma, pero resultó ser la esposa de Olaf. A consecuencia de una grave enfermedad Gudrun no podía tener hijos, de modo que Olaf maquinó un plan malvado: traer a una chica inocente de Alemania y usarla para sus propios fines. Tras descubrir que se habían aprovechado de ella, el único deseo de Greta era irse del país, pero Olaf y su esposa seguían reteniéndola en la granja, y tras dar a luz a gemelos, le quitaron las criaturas y las hicieron pasar por suyas.

También le quitaron la documentación, la presionaron y la amenazaron para que mantuviese la boca callada.

Susanne había tenido que interrumpir la lectura en varias ocasiones para digerir lo que allí ponía. Pero la cosa no quedaba ahí.

Greta había dado a luz a gemelos, Kristjan y Arni, y unos tres meses después del parto, Olaf empezó a violarla con frecuencia porque él y su mujer querían otro hijo más.

Para mitigar algo tanta crueldad, le ofrecieron dinero a cambio de desaparecer para siempre tras el nacimiento del tercer hijo.

Greta sabía que, si no accedía, aquel matrimonio sería capaz de todo, así que fingió aceptar el trato.

Fue incluso capaz de, a pesar de su situación desesperada y la pena, disimular tan bien, que Gudrun y Olaf supusieron que había aceptado finalmente su situación, de modo que le concedieron más libertad y le permitieron salir.

Greta le contó a Hannes lo que pasaba y el primer impulso de este fue avisar a la policía, pero Greta no quiso, por miedo a que el matrimonio les hiciese algo a los gemelos y así vengarse.

De modo que urdieron un plan para que Greta pudiera huir de nuevo a Alemania y salvarse ella misma y al bebé que llevaba dentro. A los gemelos vendría a recuperarlos cuando ya hubiera pasado un tiempo prudencial y Gudrun y Olaf se sintieran a salvo.

La última anotación en el diario databa de la noche anterior a la huida. Susanne se preguntaba por qué habría dejado el diario atrás.

¿Era porque había fracasado la huida?

Susanne cerró los ojos para pensar.

Hannes había trabajado en la granja Hillmarsson en Dalvik. La granja seguía existiendo aunque, obviamente, eran los descendientes del antiguo propietario quienes la trabajaban. Sin embargo, cabía la posibilidad de que siguiese existiendo alguien que de niño hubiese estado allí y se acordara de Hannes.

Susanne se levantó, se vistió y cogió la mochila.

Mientras se dirigía al coche, se preguntaba por qué le preocupaba tanto el destino de aquellos desconocidos, tanto como para dejar pasar otro día más sin buscar a Eva.

¿Sería por su sentido de justicia tan desarrollado?

¿O acaso necesitaba la certeza de saber que a aquella pobre joven le habían devuelto lo que le pertenecía, es decir, sus hijos y su libertad?

Se sentó en el coche y arrancó el motor.

De repente lo supo. La verdadera razón por la que necesitaba saber si Greta lo había conseguido era su hermano. A él también lo habían engañado y alguien en quien había confiado le había roto el corazón. Y ahora estaba muerto, porque su ex prometida se había largado sin pensar en lo que las consecuencias de su pérdida implicaban y lo había dejado solo para lidiar con ellas.

Al dejar atrás la señal que indicaba que estaba en Dalvik, cogió el móvil que yacía en el asiento del copiloto, activó la función de voz e hizo que le indicara la ruta hacia la granja Hillmarsson.

Era consciente de que las probabilidades de éxito eran muy escasas, pero mientras hubiera una, por muy minúscula que fuera, no se rendiría.

Se acercó a un hombre de mediana edad, ocupado en sacar un caballo del establo para llevarlo a la pradera.

–Hola –lo saludó–. ¿Me permite que lo interrumpa un momento? Es importante.

El hombre la miró escéptico, debatiendo consigo mismo si hacerle caso o no. Al final claudicó.

–Pero antes déjeme que lleve a este chavalote de vuelta con sus amigos, ¿vale?

Susanne aprovechó la espera para buscar la manera más adecuada de formular su petición.

–No tengo mucho tiempo –la avisó el hombre que regresó al poco rato.

–Se trata de alguien de mi familia –mintió descaradamente–. Para ser más exactos, estoy tratando de hacer nuestro árbol genealógico y un hombre llamado Hannes Paulsen podría serme de gran ayuda. El problema es que falleció, pero sé que Hannes vivió y trabajó en esta granja entre 1949 y 1951. Por eso quería saber si hay alguien con quien pueda hablar, alguien que lo haya conocido y que se acuerde de él.

El hombre se la quedó mirando perplejo y luego soltó una carcajada.

–¿Es usted consciente de que hace más de setenta años de eso?

–Sí, por supuesto –replicó Susanne–. Pero todavía es posible dar con alguien que estuviera aquí de niño. Ahora podría rondar los ochenta y acordarse de Hannes.

El hombre la miró y suspiró.

–Mi padre aún vive. Aunque no sé yo si sus recuerdos llegarán a setenta años atrás. A veces ni recuerda qué comió al mediodía. –Se detuvo y volvió a mirarla unos instantes–. Venga, vale. Acompáñeme. Voy a llevarla con él. Por cierto, ¿cómo se llama?

Ella le tendió la mano y le dedicó una sonrisa de disculpa.

–Susanne.

Él aceptó la mano tendida.

–Yo soy Mikael.

El anciano, que se llamaba Magnus, la miró estupefacto. Su hijo hacía de traductor dado que él ni hablaba ni entendía inglés.

–Mi padre dice que jamás hubiera creído que algún día llegara alguien preguntando por Hannes.

–¿Así que lo conocía? –preguntó nerviosa Susanne, a la espera del relato del anciano.

Mikael la miró y asintió.

–Mi padre dice que lo conocía incluso muy bien. Él no era más que un niño de doce años, pero se hicieron amigos. Hannes había perdido a su familia durante la guerra. La vida nueva en la isla había sido como un milagro para él. Y más teniendo en cuenta que los padres de mi padre lo trataban como a un hijo. Y por eso mismo no entendieron que Hannes desapareciera para siempre de un día para otro.

–¿No apareció nunca más? –soltó Susanne asombrada.

Mikael negó con la cabeza mientras escuchaba lo que le contaba su padre. Luego hizo una mueca.

–Robó la moto de mi abuelo y nadie supo nunca nada más de él. Lo curioso fue que dejó todas sus cosas atrás. Mis abuelos estaban muy preocupados y lo buscaron por todas partes. Incluso avisaron a la policía, pero nada. Hannes siguió desaparecido. Mi padre dice que mis abuelos estaban convencidos de que le había pasado algo, porque era feliz en la granja. Su intención era quedarse para siempre.

–¿Puede preguntarle a su padre si se acuerda de Greta? ¿Greta Stein?

A Susanne no le pasó desapercibido que el anciano abrió mucho los ojos al oír el nombre de la chica.

–Me da que sí.

Susanne observó la conversación entre padre e hijo y notó cómo se le aceleraba el corazón. Mikael volvió a mirarla y a asentir.

–Greta era muy amiga de Hannes. Se conocieron a bordo del Esja y durante mucho tiempo la gente creyó que había algo entre ellos. Hasta un ciego vería que Hannes estaba enamorado. Pero se ve que en la vida de Greta había alguien más.

Susanne sopesó si contarle al anciano lo que había descubierto y decidió ser completamente franca. Quería descubrir qué les había pasado a Greta y a Hannes y para ello tenía que contarle la verdad a la persona que había sido testigo de su historia.

Resumió en pocas palabras el hallazgo del diario y lo que en él había leído. Cuando Mikael se lo hubo traducido a su padre, este la miró estupefacto.

–Conocí a Olaf y a Gudrun –explicó–. Eran buena gente. Me cuesta creer que… –Se calló y negó con la cabeza–. ¿Y de verdad todo eso está escrito en un diario que encontró en la granja de Kristjan Olafsson?

–Me temo que sí.

El hombre resopló, miró primero dubitativo a su padre y luego a ella.

–Eso significaría que Kristjan y Arni son en realidad hijos de esa tal Greta.

–Exacto –le confirmó Susanne–. Le arrebataron a los niños sin más y la presionaron y aterrorizaron hasta que a ella no le quedó más remedio que rendirse. Y luego las violaciones hasta volver a quedar embarazada. Pero esta vez Greta no estaba dispuesta a aceptar que le quitasen otro bebé más. Se lo contó a Hannes. Este tenía un amigo en la compañía naviera y con su ayuda planeó la huida de Greta. Lo primero era llevarla a Reikiavik. Pero no sé si lo lograron porque el diario termina ahí.

Mikael la miró. Susanne tuvo la sensación de que sabía algo, pero le daba vueltas a si contarlo o no.

Así que le preguntó:

–¿Qué pasa? Si sabe algo, por favor, dígamelo.

Mikael habló brevemente con su padre y luego resopló. El anciano también parecía consternado y había palidecido.

–Si Greta estaba embarazada en el momento de su huida, es imposible que lograra salir de la isla –le explicó Mikael entristecido–. Me temo que lo mismo aplica a Hannes.

–¿A qué se refiere?

–Quiero decir que es imposible que Greta haya abandonado jamás Islandia.

–¿Y por qué?

Mikael carraspeó.

–Porque aproximadamente año y medio después del nacimiento de los gemelos, Gudrun y Olaf tuvieron otro bebé. Una niña.

DIECISÉIS

HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

Los mataron a los dos. Los mataron así sin más e hicieron desaparecer los cuerpos.

El cruel destino de aquellas dos personas era lo único en lo que pudo pensar Susanne durante el trayecto de vuelta.

Greta y Hannes.

Habían venido llenos de esperanza e ilusiones y acabaron encontrando la muerte.

A Susanne no le cabía la menor duda de que Olaf y su mujer se habían librado primero de Hannes y, tras el nacimiento de la niña, también de Greta.

Aquellos locos habían borrado de la faz de la tierra a dos jóvenes y solo para salirse con la suya.

La cuestión ahora era si sus descendientes estaban al tanto. ¿Sabrían que Gudrun no era su verdadera madre?

Susanne se propuso hablar con Margret o Asta nada más llegar a la granja. Si suponía bien, las dos eran hijas de Kristjan, o sea, nietas de Olaf, de un asesino y violador.

Pero a medida que se acercaba al pueblo, su valor disminuía.

¿Y si era la única persona que sabía lo que habían hecho Olaf y Gudrun? En ese caso, al contarle la verdad a la familia, pondría sus vidas patas arriba.

Por otro lado, gracias a ella, Mikael y su padre ahora lo sabían todo. ¿Quién podía asegurar que no lo contarían ellos?

Cuando Susanne metió el coche por el portalón que daba a la granja, vino Jon a su encuentro. Le hizo señas para que parase y bajara la ventanilla.

–¿Qué tal, Jon? ¿Va todo bien?

El chico asintió.

–La tía Margret está muy cabreada con usted.

Susanne alzó las cejas.

–¿Y eso por qué?

El chico se encogió de hombros.

–Dijo que es usted una persona a la que le gusta meter las narices en asuntos ajenos y que odia ese tipo de gente.

Susanne sonrió.

–Puedo vivir con ello. Por cierto, quería preguntarte algo.

Jon hizo una mueca.

–Seguro que es por lo de la nota que dejé en su puerta.

Susanne asintió.

–¿Te importaría explicármelo?

–No quise mentir –murmuró avergonzado.

–¿A qué te refieres?

–Sabía que se lo había contado a Ragnar. Y como el otro día me escapé cuando también quiso contármelo a mí, pensé que era mejor decir la verdad.

–¿Sabes quién es esa chica?

Él asintió con la cabeza.

–Yo la llamo la chica del glaciar.

–¿La chica del glaciar?

Otro asentimiento con la cabeza. Luego Jon abrió mucho los ojos.

–¿Usted también la ha visto?

Susanne asintió.

–La noche pasada. Se metió corriendo en el viejo granero. La seguí, pero había desaparecido.

–Está furiosa, ¿sabe?

–¿Quién está furiosa? ¿La chica? ¿Quién es en realidad?

Jon titubeó, pero luego se dio un empujón.

–Se llama Greta.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Susanne.

–¿Cómo? –soltó.

–Su nombre es Greta –repitió Jon–. Mejor dicho, era.

Susanne negó con la cabeza sin entender nada.

–Vale. Y esa Greta, ¿quién es exactamente? ¿Por qué llora todo el rato y por qué se esconde en el granero?

Jon la miró indeciso.

–Al igual que usted, Greta también era alemana. Hace unos años encontré unas fotos antiguas entre las cosas de mi bisabuelo. En una de ellas se la veía sentada encima del capó del coche de mi bisabuelo sonriendo de oreja a oreja. Detrás de ella, a lo lejos, se veía una lengua glaciar. Creo que la foto tuvieron que hacerla por Vatnajökull, en el sur. En la parte de atrás de la foto estaba escrito su nombre. Creo que era de poco después de su llegada a la isla. Y es por esa foto que la llamo la chica del glaciar. Se la veía tan feliz y ahora… ahora está furiosa.

A Susanne se le puso la piel de gallina. Escudriñó al chico, tratando de averiguar si estaba tomándole el pelo, pero parecía sincero, convencido de que la chica era una joven que había vivido en la granja hacía setenta años.

–No quiere creerme, pero en el fondo sabe que tengo razón, ¿a que sí?

Susanne siguió mirándolo fijamente.

–Encontré un diario –le confesó al final–. Anoche, cuando estaba en el granero.

Él asintió.

–Seguro que Greta quería que lo encontrara.

–¿Estás al tanto de la existencia del diario?

Él asintió con la cabeza.

–Tenía diez años cuando la vi por primera vez, poco después de que me dieran el alta en el hospital. Yo también oía todo el rato a alguien llorar y una noche la vi desde la ventana de mi habitación. Bajé corriendo, pero al llegar al granero había desaparecido. Encontré el diario y le eché un vistazo, pero lo volví a dejar en su

sitio porque no entendía lo que ponía–. Se detuvo y la miró sombrío–. Creo que Greta está desesperada porque nadie pagó por lo que le hicieron hace décadas. Por eso trata de contactar con nosotros. Yo creo que quiere que todo el mundo sepa que el bisabuelo y la bisabuela eran asesinos y que le quitaron a sus bebés.

–¿Y tú cómo sabes eso?

–Margret. La oí discutir con el abuelo Kristjan. Después de que murieran su bebé y su marido.

Susanne se sobresaltó.

–¿Su familia murió?

–En un accidente muy grave.

Susanne palideció.

–¿El accidente por el que estuviste en coma?

Jon asintió con la cabeza.

–Fui el único que sobrevivió. El bebé y el tío Vik no lo lograron.

–Dios mío –exclamó Susanne–. Lo siento muchísimo. Tanto por ti como por tu tía.

Él volvió a asentir con la cabeza.

–La pelea entre ella y el abuelo fue un año después del entierro y fue muy, muy fuerte. Ella estaba tan triste y desesperada que le gritaba al abuelo y le echaba en cara que todo era por culpa del bisabuelo. Por haberle quitado los hijos a Greta y haberla matado.

»El abuelo quiso saber de dónde había sacado esas tonterías, pero resultó que Margret de niña había oído una conversación entre su padre y su abuelo. Hablaban de la hermana del abuelo Kristjan y la razón de por qué se había ido de Islandia y había abandonado a la familia. Parece ser que poco antes de morir la bisabuela Gudrun llamó a sus tres hijos y les confesó todas las cosas horribles que habían hecho. Entre otras cosas les dijo que no era su verdadera madre. El bisabuelo Olaf lo negó todo y les explicó que Gudrun había perdido la cabeza, que estaba ida cuando les contó toda aquella mierda. El tío Arni y el abuelo Kristjan le creyeron, pero tía Erla… –Se interrumpió y sonrió–. Ella empezó a hacer averiguaciones. Encontró el diario de Greta y comprendió que Gudrun había dicho la verdad, pero sus hermanos no querían saber nada del asunto. Dijeron que ella también estaba loca. Creo que esa fue la verdadera

razón de por qué se fue Erla para siempre. Porque el tío Arni y el abuelo Kristjan se negaban a aceptar la verdad: que sus padres eran unos monstruos.

Algo de lo que dijo Jon provocó una reacción en cadena en la cabeza de Susanne.

–¿La hermana de tu abuelo se llama Erla?

Jon asintió.

–Erla Olafsdottier. Creo que en una ocasión la tía Margret mencionó que Erla seguramente habría ido a Alemania a conocer el país en el que había nacido su verdadera madre.

A Susanne la recorrió un escalofrío.

A punto de hacer otra pregunta oyeron la voz de un hombre que gritaba tan fuerte que los asustó a ambos.

–Es mi abuelo –dijo Jon. Se le notaba su mala conciencia por haberle contado a una desconocida un secreto familiar.

–Dice que me meta en casa, que hay trabajo que hacer. Pero creo que lo que pasa es que tiene miedo de que espante a los clientes con mis historias.

Susanne soltó una risa forzada, sacó la cabeza por la ventanilla del coche alquilado, miró hacia el señor mayor que estaba gesticulando como loco y estuvo a punto de explicarle que no pasaba nada, que solo estaba conversando tranquilamente con Jon, pero algo la detuvo. Cerró la boca y se quedó mirando al hombre. Sin explicación alguna de repente se puso a temblar de pies a cabeza.

No fue hasta que se fijó en el rostro del anciano que se dio cuenta de que había vuelto a ocurrir. Su cuerpo ya había comprendido lo que su cabeza aún estaba intentando asimilar. Soltó un chillido. Meneó la cabeza con fuerza, miró a Jon y sintió unas náuseas repentinas. Todo empezó a darle vueltas.

No podía ser.

Era completamente imposible.

Volvió a mirar por la ventanilla y se vio superada por sus propios sentimientos.

Rompió a llorar.

–Si solo es el abuelo –trató de consolarla Jon–. No tiene por qué tenerle miedo. Es inofensivo, lo que pasa es que no soporta a las personas paradas sin hacer nada.

Susanne hizo caso omiso de las palabras del chico y respiró hondo. Luego abrió la puerta del coche, se apeó, corrió los metros que la separaban del hombre y se detuvo ante él petrificada.

Consternada se quedó mirando los rasgos suaves de aquel hombre, sus ojos bondadosos que le resultaban tan familiares, el hoyuelo en la barbilla, el pelo espeso y corto que en algún momento tuvo que ser muy rubio, igual que el de su hermano.

–Daniel –soltó en un suspiro, sin poder dar crédito, y antes de que, de repente, todo se volviera negro a su alrededor.

DIECISIETE

HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

–Menos mal. Se ha despertado.

Susanne parpadeó confundida y se encontró con la cara asustada de Jon.

–Se desmayó así sin más –le explicó Jon–. Mi abuelo y yo la hemos metido en casa. ¿Está mejor?

Susanne se incorporó y miró a su alrededor. Estaba en una sala de estar enorme con muebles antiguos. En la pared frente al sofá en el que estaba tendida había un piano antiguo.

–¿Usted toca? –quiso saber Jon que había seguido su mirada.

Ella negó con la cabeza.

–Era mi hermano el que sabía tocar.

–¿Por qué se desmayó usted al ver a mi abuelo?

Susanne tragó a medida que le volvían los recuerdos.

Su visita a los Hillmarsson.

El descubrimiento de que Olaf y Gudrun habían criado otra hija más aparte de los gemelos.

El hecho de que Greta no había podido haber abandonado la isla.

Susanne miró a Jon.

–No lo consiguió –articuló con dificultad.

–¿Quién?

–Greta –balbuceó Susanne.

Jon frunció el ceño.

–Quería huir –le explicó–. Lo dejó escrito en su diario. Hannes iba a ayudarla.

–¿Quién es Hannes?

–Se conocieron en 1949 a bordo del Esja y se hicieron amigos. Cuando Greta comprendió que Olaf y Gudrun eran unos monstruos, se lo contó a Hannes y le pidió ayuda. Él trabajaba en la granja de los Hillmarsson y un día desapareció sin más, dejando todas sus pertenencias atrás.

–¿Qué cree usted que pasó? –preguntó Jon sin aliento.

–Creo que Olaf los pilló cuando huían y que mató a Hannes. Luego trajo a Greta de vuelta y la mantuvo encerrada hasta que… –Susanne se detuvo.

–¿Hasta que qué?

–Hasta que tuvo el bebé. Erla. La hija de Greta. Y luego… luego Olaf también mató a Greta y enterró su cuerpo aquí en algún lugar de la granja. Seguramente junto al viejo granero.

A medida que hablaba iba entendiéndolo todo y soltó un pequeño gemido. Sin embargo, era una persona realista, no creía en espíritus ni nada por el estilo. Y aun así estaba convencida de que había oído llorar, e incluso visto, a una chica que había muerto hacía décadas.

Y no a una chica cualquiera - a su propia bisabuela.

Soltó una risa histérica y se detuvo de repente al recordar el sueño que había tenido a lo largo de todos estos años. Lo soñaba siempre que emocionalmente se encontraba mal.

Daniel y ella huyendo de un hombre sin rostro.

¿Pero cómo era posible que llevara años soñando con lo que le había ocurrido a su bisabuela si no había sabido nada hasta ahora?

Negó con la cabeza. No había una explicación racional para todo aquello.

Recordó un documental que había visto en la televisión hacía unos meses. Había tratado de la transmisión epigenética de los traumas, un fenómeno psicológico mediante el cual las experiencias traumáticas no solo originaban problemas conductuales en los

afectados, sino que dichas experiencias y sus consecuencias eran hereditarias y pasaban de generación en generación.

¿Acaso era así como se explicaban sus sueños?

¿Y que oyese y viese cosas que era imposible que existieran?

Miró a Jon e hizo una mueca.

–Greta era mi bisabuela. –Le costó decirlo en voz alta, aunque hacerlo resultó liberador a la vez que intimidante.

Jon abrió la boca y volvió a cerrarla.

–Me lo imaginé cuando Mikael Hillmarsson mencionó el nombre de la tercera hija de Olaf y Gudrun. Erla. Erla Olafsdottier. Ese era el nombre de soltera de mi abuela materna. Se casó en Alemania y adoptó el apellido de su esposo. Nunca hablaba de su época en la isla. No fue hasta después de su muerte que descubrimos que su apellido de soltera era de origen islandés. Y esa era la razón de por qué mi madre y mi hermano siempre soñaron con venir aquí algún día.

»Pero no he sido plenamente consciente de todo esto hasta ver antes a tu abuelo. Se parece a… a… –No consiguió articular el nombre.

Jon seguía mirándola aterrado, incapaz de decir algo.

–Bueno, jovencita –los interrumpió de repente una voz viril y fuerte–. Veo que se ha despertado. Estupendo.

Kristjan Olafsson se acercó al sofá y se la quedó mirando. Luego esbozó una cálida sonrisa.

–¿Tanto miedo doy?

Susanne le devolvió la mirada.

–Para poder explicar mi reacción tan extraña tengo que enseñarle algo antes–. Miró a Jon–. ¿Serías tan amable de sacar mi mochila del coche?

Él asintió y salió corriendo.

Mientras esperaban su regreso, se mascaba la tensión en el ambiente. Era como si Kristjan sospechara que de un momento a otro su vida tal como la conocía daría un giro irreversible.

Jon regresó y le entregó la mochila. Susanne sacó la cartera y la abrió. Cogió la foto de su hermano que guardaba en ella y se la entregó al anciano.

–Este es Daniel –le explicó–. Mi hermano.

Los ojos de Kristjan se abrieron mucho. Y acto seguido su cara se desplomó literalmente.

–Esto es imposible –susurró.

–Mi madre, que se llamaba Sonja, encontró entre los papeles de mi abuela la fe de nacimiento de esta y descubrió que había nacido en Islandia. Mi abuela nunca habló de su infancia ni su juventud en la isla ni con su hija ni con nosotros sus nietos. Siempre que alguien le preguntaba por su pasado, ella cambiaba de tema. Mi abuela se llamaba Erla, Erla Link, de soltera Olafsdottier.

–¿Qué? –soltó Kristjan con voz temblorosa.

Susanne asintió triste.

–Murió poco antes que mis padres. Mi hermano decía que su muerte repentina tenía cierto sentido. Nadie debería vivir en sus propias carnes la muerte de un hijo.

–¿Tus padres también murieron?

–Los sepultó un alud en los Alpes suizos. Querían celebrar su aniversario de bodas con un fin de semana romántico en la nieve. De esto hace casi diez años. Yo acababa de cumplir los dieciséis. Fue mi hermano Daniel quien se ocupó de mí tras el fallecimiento de nuestros padres.

–Lo siento mucho –dijo Kristjan apenado–. Nadie debería perder a sus padres a esa edad. –Se quedó callado, luchando consigo mismo–. ¿Y Erla? –preguntó finalmente–. ¿Cómo murió ella?

–Murió año y medio antes que mis padres. De un ataque al corazón. No pudimos despedirnos de ella. De repente ya no estaba. La verdad es que fue un shock muy grande para todos nosotros.

–¿Cómo era? Quiero decir, ¿cómo era Erla? ¿Qué tipo de persona? –quiso saber Kristjan. Susanne se dio cuenta de que Kristjan se estaba esforzando por no llorar.

–Para Daniel y para mí fue la mejor abuela del mundo. Mi madre también tenía una relación muy cercana con ella. Y eso que las depresiones de Erla de vez en cuando le complicaban la vida a mi madre cuando aún era pequeña.

–¿Erla estaba enferma mentalmente?

–Su matrimonio con mi abuelo se fue al traste por eso. Mi madre tenía seis años por aquel entonces. Erla fue una abuela muy amorosa, pero había algo en su interior que la atormentaba y que ni su esposo ni mi madre ni nosotros sus nietos pudimos cambiar. Aquello con lo que cargaba desde hacía años tenía que haberlo contado para poder hacerle frente entre todos, pero no lo hizo. Se lo llevó a la tumba. Y no ha sido hasta ahora que he descubierto sus circunstancias y comprendido el alcance de las atrocidades que tuvieron lugar aquí, que he entendido por qué le resultaba imposible a la abuela Erla hablar de ello. ¿Quién querría reconocer haber sido criada por unos monstruos?

A Susanne no le pasó desapercibido que sus últimas palabras habían sobresaltado a Kristjan. De hecho esperaba que no la dejara seguir hablando o que la contradijera, pero no ocurrió nada semejante. El anciano tan solo permaneció allí de pie, llorando.

Susanne se mantuvo callada y le dejó su tiempo.

Miró a Jon, que estaba de pie al lado de su abuelo, con aspecto lastimero, sin saber qué hacer.

Kristjan tardó unos minutos en recuperarse y calmarse. Se sentó en el sofá al lado de Susanne.

–Durante todos estos años soñé con volver a ver a mi hermana. Mi imaginaba cómo sería su vida. ¿Sabías que ella y yo teníamos una relación muy estrecha?

Susanne negó con la cabeza.

–Para ella era como una traición que a pesar de todo me pusiera de parte de mi padre y que interpretara las palabras de mi madre en su lecho de muerte como desvaríos de una moribunda. En realidad no era más que un mecanismo de defensa. Yo sabía que mi madre había dicho la verdad, lo que pasa es que no quería aceptarlo. Igual que Arni. Él y yo hablamos muchas veces de Erla. La echábamos mucho de menos. Deseé de todo corazón volver a verla para poder decirle lo mucho que lo sentía y que había sido un cobarde al no querer aceptar la verdad. Erla era la más fuerte de los tres. Con su fuerza de voluntad era capaz de hacer todo lo que se proponía. Era el orgullo de nuestros padres, la luz de la familia. Al morir Gudrun y hablarnos de nuestra madre biológica, algo en el interior de Erla se

hizo añicos. Se obsesionó. Tenía que descubrir si nuestro padre mentía o si Gudrun no había fantaseado, si efectivamente había dicho la verdad. Y entonces encontró el diario de Greta. Buscó a alguien que se lo tradujera y luego se lo tiró a mi padre a la cara y le exigió la verdad de una vez. Pero él le quitó el libro y dejó de dirigirle la palabra. Sin embargo, lo único que quería Erla era saber si Greta seguía viva o si realmente estaba muerta. Al ver que Padre no le daba esa respuesta, supe que tan pronto cumpliera la mayoría de edad Erla se iría. Y así fue.

Susanne carraspeó.

–¿Puedo hacerle una pregunta?

El anciano asintió con la cabeza.

–¿Alguna vez llegó a decirle a su padre que sabía que la historia sobre la suerte de Greta era cierta?

Él negó con la cabeza.

–A pesar de todo lo quería, ¿entiende?

–Porque era su padre.

–Que había matado a mi madre biológica.

–No solo a su madre –se le escapó a Susanne.

Kristjan la miró consternado.

–También a Hannes.

–Me suena ese nombre.

–Hannes y Greta se conocieron a bordo del Esja. Se hicieron amigos y mantuvieron el contacto después de encontrar Hannes trabajo en una granja en Dalvik. Magnus Hillmarsson aún lo recuerda porque fueron sus padres quienes acogieron al joven de Alemania. Un día Hannes desapareció sin más y los padres de Magnus estaban convencidos de que le había pasado algo. Lo buscaron durante años porque lo querían como a un hijo.

–¿Me está diciendo que Gudrun y mi padre también lo mataron a él? ¿Que lo mataron porque estaba al tanto de todo?

Susanne asintió.

–Estoy tan avergonzado por lo que hizo mi padre –se lamentó Kristjan–. Y aun así no soy capaz de odiarlo, por mucho que lo intente.

–Tampoco tiene por qué hacerlo –lo tranquilizó Susanne–. Usted no era más que un niño que creció con Gudrun y Olaf creyendo que eran su madre y su padre. Usted es otra víctima más. Y no tiene que avergonzarse por querer a sus padres a pesar de todo.

–Fueron buenos –dijo en voz muy baja.

–¿Quiénes?

–Mi padre y Gudrun. Fueron los mejores padres que uno pueda desear. Nos cuidaban, nos cumplían todos los caprichos, nos mimaban. Serían malas personas, pero buenos padres, ¿entiende? Por eso me negué en su momento a reconocer lo evidente. Igual que Arni. Creo que él y yo fuimos quienes más decepcionamos a Erla. Por ponernos de parte del hombre que nos había estado mintiendo durante años y que había matado a nuestra madre biológica.

–De modo que Erla se vino a Alemania por Greta. Quería encontrar a su familia. Si mal no recuerdo, el abuelo y ella se conocieron en Hamburgo.

–Es decir, que tú eres mi sobrina nieta. –A Kristjan se le iluminó un poco el rostro–. Y tu hermano mi sobrino nieto. Por cierto, ¿por qué no ha venido contigo a Islandia?

Susanne tragó.

–Falleció.

Kristjan se la quedó mirando consternado.

–¿Estaba enfermo?

–Es una larga historia.

Él asintió.

–Ahora mismo no tengo nada que hacer. ¿Y tú?

Dos horas más tarde Susanne regresaba a su cabaña. Nunca en su vida se había sentido tan cansada. Y al cansancio había que añadirle una extraña sensación de pesadez interna que nunca había experimentado.

Que estando en Islandia, buscando a Eva, fuera por casualidad a descubrir la historia familiar de su bisabuela y de su abuela estaba ahora pasándole factura. Todo le daba vueltas y no tenía ni idea de cómo gestionar los últimos acontecimientos.

Había perdido a su familia en Alemania y había creído haberse quedado completamente sola en la vida. Y ahora resultaba que tenía familia en Islandia. El problema era que tanto la familia que había perdido como la nueva que había encontrado tan solo existían porque hacía setenta años un monstruo había violado a una chica indefensa.

El nacimiento de su madre, la existencia de Daniel y la suya propia se basaban en un crimen.

¿Cómo asimilar aquello?

¿Qué hacer con esa información?

¿Volver a casa y hacer como si nada?

Negó con la cabeza.

Su vida nunca volvería a ser la misma, simplemente porque ya no estaba su hermano en ella.

De repente resonaron en su cabeza las palabras de Jon.

El accidente.

Las muertes del bebé y del esposo de Margret.

Se le revolvió el estómago.

La mujer estaba convencida de que la muerte de sus seres queridos tenía que ver con la culpa que arrastraba Olaf y, consecuentemente, también sus descendientes.

Susanne se estremeció.

La repentina muerte de su abuela.

El alud de nieve.

La muerte de Daniel.

¿Y si Margret estaba en lo cierto?

¿Acaso todas aquellas desgracias habían ocurrido por culpa de los crímenes cometidos por Olaf?

Soltó una risa histérica.

Llamaron a la puerta.

Fue a abrirla y se encontró con Jon.

–¿Qué ocurre? –La expresión de su cara no presagiaba nada bueno.

–Acabo de acordarme de algo.

Susanne se lo quedó mirando expectante.

–¿Y…?

–Cuando se desmayó, antes, eso me recordó a alguien.

Susanne lo miró y notó cómo se le fue formando un nudo en la boca del estómago.

–¿A quién?

– A Eva –contestó él titubeando–. Con ella pasó algo parecido. Ya llevaba unas cuantas semanas trabajando aquí en la granja, pero el abuelo Kristjan había estado enfermo y estaba casi siempre en cama. Apenas salía de casa. Cuando por fin se sintió mejor y salimos él y yo, nos cruzamos con Eva. Al verlo Eva se puso a llorar. Margret la consoló. Y a los pocos días, Eva desapareció del mapa.

DIECIOCHO

HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

–Entra –lo invitó Susanne una vez se hubo recuperado de la impresión. Por muy raro que sonara, la observación de Jon sobre la presencia de Eva en la granja era la que la había hecho real.

El chico la siguió. Se sentaron en las sillas junto a la mesa frente a la ventana.

–¿Te llamó algo más la atención? –preguntó Susanne–. ¿Y por qué me lo cuentas ahora?

Él se encogió de hombros.

–Lo había olvidado –admitió luego–. Eva era rara por eso no me llamó la atención su reacción al ver al abuelo y ya no pensé más en eso. Me acordé antes al verte tirada en el suelo.

–Vale, vale –lo tranquilizó Susanne con un movimiento de la mano–. Puede pasar.

–Pero aparte de eso no hubo mucho más –prosiguió Jon–. Tras el incidente con el abuelo Margret y Eva estaban siempre juntas hablando. Eso me llamó la atención porque antes apenas hablaba con nadie. Bueno, y luego se largó de repente.

Susanne se dio cuenta de que decir aquello había hecho que Jon se rascara la cabeza, reflejo de su incomodidad.

–¿Qué te pasa?

La miró asustado, a punto de querer salir corriendo, pero con mucho esfuerzo se controló. Se le notaba cómo estaba lidiando consigo mismo. Quería decirle algo, pero no estaba seguro de si hacerlo o no.

–Bien pensado, yo también soy parte de tu familia –le recordó ella con la esperanza de facilitarle la decisión–. Somos prácticamente primos lejanos.

Jon consiguió esbozar una sonrisa.

–¿Qué pasa? –volvió a intentarlo ella.

Esta vez logró que Jon al menos la mirara a los ojos. La respiración del chico era rápida, signo indiscutible de que luchaba interiormente contra algo.

Ella permaneció en silencio para concederle el tiempo necesario.

De repente se cuadró y asintió decidido con la cabeza.

–Es por la tía Margret –arrancó–. No le gusta que estés aquí.

–¿A qué te refieres?

–Margret está muy enfadada con Asta por haberte dado la cabaña y haberte dicho que ella podía hablarte de Eva. Las oí reñir por eso. Margret quería que Asta te dijera que te fueras, pero los huéspedes no son incumbencia de Margret le dijo Asta y por eso puedes seguir quedándote.

Susanne miró a Jon sin saber qué hacer con aquella información.

Tardó un rato en comprender el verdadero alcance de aquello.

–¿Por qué no quiere que esté aquí?

Jon no respondió, pero ella tampoco esperaba respuesta alguna. Había sido una pregunta retórica. Ella ya conocía la respuesta.

–Desde un principio Margret no ha querido tenerme aquí. Y eso que por aquel entonces ni me conocía ni me había visto nunca. No quería porque sabía que yo estaba buscando a Eva. Seguramente ya se imaginaba que revolvería el pasado. –Susanne se interrumpió y meneó la cabeza–. Lo que pasa es que no entiendo por qué. ¿Qué es lo que oculta tu tía?

Jon seguía mirándola muy tenso.

–Porque oculta algo, ¿verdad?

Cuando Jon apartó la mirada para concentrarse en un punto indefinido en el suelo, Susanne supo que iba bien encaminada.

–No vive en la granja, sino en otro sitio, ¿verdad? Recuerdo que Asta lo mencionó el día que llegué aquí. Margret ya no estaba y su hermana, o sea, tu madre, dijo que no vendría hasta el día siguiente.

Alargó el brazo sobre la mesa para coger la mano de Jon y darle un apretón suave.

–Tienes que decirme dónde vive, ¿me oyes? Desde el primer momento he tenido la impresión de que no está siendo sincera conmigo. Era demasiado amable y para nada honesta. Creo que me ha estado mintiendo todo este tiempo. No se fía de mí porque Eva le contó que huye de alguien. Estoy convencidísima de que sabe más sobre Eva de lo que dice. Hasta puede que sepa dónde está.

Susanne había esperado a la puesta del sol antes de dirigirse a Akureyri. Según Jon, Margret vivía allí, en una antigua granja que había pertenecido a los padres de su difunto marido. Estaba a unos cinco minutos de la ciudad, en un pueblo cuya atracción principal era la casa de Papá Noel.

De hecho, Susanne había anotado este sitio en su lista de lugares que visitar, pero debido a los acontecimientos no había llegado a hacerlo. Aparcó a unos cien metros de la granja de Margret para que esta no viera el coche y le diera por no abrir la puerta. Susanne no podía explicar el porqué, pero algo le decía que era mejor no acudir directamente a ella, sino echar primero un vistazo discreto por la propiedad.

Trepó por encima de la valla de madera, que no era muy alta y bordeaba toda la propiedad. A continuación se escondió detrás de un cobertizo para comprobar si la habían visto y, al confirmar que todo seguía tranquilo, se acercó sigilosamente a la casa. Las ventanas estaban iluminadas. Y a medida que se acercaba distinguió a Margret trasteando en la cocina. Se echó al suelo instintivamente, pero luego se dio cuenta de que era imposible que la viera por culpa de la oscuridad absoluta reinante en el exterior. Aun así siguió

acercándose agachada hasta llegar a la casa. Una vez allí se pegó a la pared tratando de reunir el valor suficiente. Espió por la ventana de la cocina. Margret estaba preparando algo de comer. Susanne vio una bandeja con una jarra de agua y un vaso lleno de zumo al lado. Margret estaba haciendo un *sándwich* de jamón y queso. A continuación lo cortó en dos mitades.

Susanne se apartó de golpe al ver que Margret alzaba la cabeza y miraba a través de la ventana.

¿La habría visto?

Aunque no era capaz de moverse, el corazón se le aceleró. Pasaron los minutos y ella seguía quieta contando con que de un momento a otro se fuera a abrir la puerta y la mujer la encarara furiosa.

Pero no ocurrió tal cosa. De pronto se apagó la luz de la cocina y Susanne respiró aliviada, aunque se sobresaltó al oír poco después un sonido metálico.

Oyó una puerta abrirse por lo que se escurrió hacia un lado, escondiéndose detrás de una leñera que había junto a la casa.

Desde su escondite observó cómo Margret salía de la casa con la bandeja y se encaminaba hacia un contenedor marítimo semienterrado en el suelo. Susanne ya había visto varias construcciones similares en diferentes sitios de la isla y se había imaginado que serían una especie de refugio en caso de terremotos.

Frunció el ceño al ver que Margret dejaba la bandeja delante del contenedor, sacaba un enorme manojo de llaves del bolsillo del delantal y abría la pesada puerta metálica. Luego volvió a coger la bandeja y desapareció en el interior de la construcción.

Susanne pasó varios segundos mirando paralizada la puerta cerrada del contenedor antes de reaccionar. Los pensamientos se agolpaban en el interior de su cabeza, se mezclaban creando un caos de preguntas y suposiciones abstrusas.

Siguiendo un impulso salió de su escondite y se dirigió hacia la puerta de la casa que había quedado entornada. En milésimas de segundos entró y echó un vistazo rápido.

Esto se llama allanamiento de morada, le susurró la voz de su cabeza, pero Susanne la ignoró.

Que Margret hubiera llevado una bandeja con comida y bebida al contenedor la intranquilizó mucho. Tenía que descubrir la razón de aquella acción. A hurtadillas recorrió la planta baja de la casa, echando un breve vistazo en cada una de las estancias, pero ninguna resultaba un buen escondite.

La última habitación, al final del pasillo, resultó ser un trastero. Estaba abarrotado de muebles viejos, una cuna y un sinfín de cajas de cartón apiladas. Era evidente que Margret guardaba en esta habitación las pertenencias de su difunta familia.

Al abrirse la puerta de fuera no le quedó más remedio. Justo allí tuvo que esconderse Susanne. En aquella habitación llena de recuerdos tristes. Tal vez la mejor opción para que no la encontraran.

¿Por qué si no habría metido Margret todas las cosas en aquel hueco si no era para olvidar los horrores que había vivido?

Susanne se coló entre una pila de cajas y una estantería para meterse en un armario ropero enorme colocado al otro extremo de la habitación. Abrió la puerta con cuidado y, a pesar de la oscuridad reinante, distinguió que estaba lleno de ropa.

Daba igual. Tenía que hacerse un sitio como fuera.

Se sentó en el suelo del armario, con las piernas cruzadas y encogida entre chaquetas y pantalones. Se encogió tanto que incluso consiguió cerrar la puerta.

Respiró hondo.

¿Y ahora qué?, quiso saber la voz de su cabeza. *¿Qué vas a hacer ahora? ¿Pasar la noche aquí metida?*

Susanne reflexionó. En el peor de los casos no le quedaría más remedio, pero el mejor plan era esperar a que Margret se metiera en cama y estuviera profundamente dormida. Acto seguido solo tendría que dar con la llave del contenedor para comprobar qué ocultaba en su interior.

Se recostó tratando de encontrar una posición más cómoda, pero el armario estaba tan repleto de cosas que resultó imposible. Al poco rato le dolía el cuerpo entero.

No aguantaría por mucho tiempo.

De repente se abrió la puerta de la habitación. Un haz de luz llegó hasta ella a través de la rendija entre las dos puertas del armario. Susanne empezó a sudar. Cerró los ojos contando con que de un momento a otro la descubrirían. Pero lo que oyó fue un ligero crujido. Abrió los ojos y miró por la rendija. Distinguió la silueta de Margret.

¿Qué estaba haciendo?

A Susanne no le quedó otra opción. Se inclinó con cuidado hacia delante hasta tener la cara pegada a la rendija. Cada uno de sus músculos, tenso. Observó a Margret rebuscar en una caja de cartón y sacar un pelele de bebé. Lo desdobló, enterró la cara en él inhalando el aroma de la diminuta prenda.

Susanne sintió remordimientos. ¿Qué estaba haciendo ella? Estaba siendo testigo del dolor de una mujer mientras estaba escondida en el armario de esta.

Pero, ¡un momento!

¿Qué era eso?

A Susanne se le heló la sangre.

Margret había separado la cara de la prenda permitiendo así que Susanne pudiera verla bien. Aquella mujer ni estaba triste ni desesperada: estaba sonriendo.

Margret dirigió de repente los ojos hacia el armario.

Quedó mirándolo durante varios segundos antes de moverse.

¡Mierda, joder!, pensó Susanne y se echó hacia atrás, escondiéndose entre dos plumíferos, y se tapó la cara con las manos.

No serviría de nada.

Nada más abrir Margret la puerta, la encontraría y convertiría su vida en un infierno.

Susanne cerró los ojos, contuvo la respiración y esperó.

DIECINUEVE
AKUREYRI

SEPTIEMBRE 2022

Un timbre la sacó de su ensimismamiento. Abrió los ojos horrorizada. ¿Es que se había olvidado de apagar el móvil?

No. Recordó que no lo había apagado, pero sí que le había quitado el sonido al salir del coche.

Miró a través de la rendija y vio a Margret parada, mirando indecisa en su dirección.

Luego la mujer dio media vuelta, apagó la luz y salió de la habitación.

Susanne respiró aliviada.

¿Pero y ahora qué?

Nada más finalizar la llamada, Margret regresaría.

Abrió la puerta del armario con cuidado, salió y se puso a escuchar.

Oyó a Margret hablar con otra persona.

Tenía que salir de allí cuanto antes. Se acercó con cuidado a la puerta, salió y recorrió el pasillo de puntillas. En este trayecto era donde más peligro corría de ser descubierta.

Susanne supuso que la otra puerta daba a una pequeña habitación de invitados. Se metió dentro, se escondió debajo de la cama y rezó para que no fuera precisamente esta la habitación donde pasaba Margret las noches.

Agudizó el oído. Margret parecía seguir hablando por teléfono.

¿Y ahora qué?

¿Esperar a que Margret se fuera a dormir?

Suspiró y maldijo la situación comprometida en la que se había metido y se maldijo por haber venido. Pero luego volvió a recordar el contenedor. Resultaba raro que Margret hubiera llevado una bandeja llena de comida a aquel sitio.

A Susanne le costó creer que el contenedor albergase un rincón en el que pasar un rato relajado y cómodo y que Margret hubiera decidido cenar allí. No, más bien…

Eso - "más bien" ¿qué?

¿Qué pasaba con aquel contenedor? O mejor dicho, ¿a quién escondía Margret en él?

Susanne se asustó al percatarse hacia dónde se enfocaban sus pensamientos.

Y no se sorprendió.

No. De hecho, durante la conversación con Jon, incluso antes, ya supuso que Margret sabía mucho más de lo que decía y que les ocultaba algo.

Esa era la verdadera razón por la que Susanne aún no se había ido.

Desconfió de Margret desde el primer momento.

Había algo oscuro en aquella mujer.

¡Eva!

Susanne tuvo de repente la certeza de que la encontraría aquí.

En este lugar.

Seguramente en el contenedor. ¿Pero por qué?

¿Le habría contado Eva toda la historia?

¿Que había huido porque temía por su vida?

¿Eva estaba aquí por voluntad propia?

Pero si así era, ¿por qué iba a esconderla Margret en el contenedor?

No tenía ningún sentido.

¿Por qué no acogerla en su casa?

Había espacio de sobra.

Tal vez Eva no quería correr el riesgo de que viniera alguien y la viera.

A medida que desarrollaba aquel hilo de pensamientos, surgían más preguntas. El tanto pensar, el estrés del día vivido, no pudo con todo, no pudo con el hecho de sentirse perseguida por las furias y hecha polvo.

Acomodó la cabeza entre los brazos y se permitió desconectar por un breve momento.

Un chirrido penetró hasta su inconsciente.

Susanne reaccionó al instante.

¿Por qué había tanta claridad?

Se fijó en un par de piernas, sin saber en un primero momento dónde estaba.

Margret.

Estaba sentada en la cama.

A Susanne la recorrió un escalofrío.

Se había quedado dormida y ahora… ahora era cuestión de tiempo que Margret la encontrara escondida debajo de la cama.

O puede que ya lo hubiera hecho y que ahora la tenía en vilo simplemente para hacerla sufrir.

A Susanne se le pasó por la cabeza salir de su escondite y explicarse, pero entonces jamás descubriría quién había en el búnker.

Si de verdad se trataba de Eva.

No le quedaba otra que correr el riesgo con la esperanza de que Margret no la hubiera descubierto ya.

Se oyó un sollozo.

Luego un ruido como el hojear de un libro.

Se sobresaltó al caer algo a los pies de Margret.

La foto de un bebé.

Margret estaba mirando un álbum de fotos y llorando.

Fotos de familia.

A Susanne se le encogió el corazón.

Ella también había perdido a su familia: a sus padres, a su abuela, a Daniel. Aunque era consciente de que la pérdida de un hijo pesaba mucho más.

De repente sintió mucha pena por Margret.

Al cabo de un rato Margret se levantó, fue hacia la puerta y apagó la luz.

Susanne volvía a estar sola, pero en vez de sentir alivio, lo que sintió fueron remordimientos. No estaba nada bien espiar, escondida debajo de la cama, a una mujer en su duelo.

Tenía que salir de allí cuanto antes.

Oyó un crujir de madera procedente de arriba.

¿Se iría por fin Margret para cama?

Susanne salió de debajo de la cama, se acercó con cuidado a la puerta y pegó la oreja a la misma.

A los pocos segundos oyó que se cerraba una puerta. Susanne salió a hurtadillas al pasillo y desde allí avanzó hasta la puerta principal, donde se detuvo para mirar atrás. Tenía que haber una llave por algún lado, pero no vio ni un armario llavero ni una bandeja ni nada por el estilo.

¿Se habría llevado Margret la llave con ella para arriba?

Entonces descubrió una cómoda estrecha detrás del perchero. Se acercó de puntillas a ella, rebuscó en los cajones hasta encontrar un manojo de llaves. Esperando que fuese el correcto, lo cogió y salió rápidamente al exterior. Por suerte Margret no había cerrado la puerta de casa con llave. En segundos Susanne había salido de casa y corrido hacia el contenedor.

Probó una llave tras otra hasta dar con la correcta. Accionó el picaporte, se apoyó contra el metal, abrió la puerta, se metió dentro y dejó que la puerta se volviera a cerrar.

La recibió un olor nauseabundo.

Una mezcla de ácido úrico y excrementos.

Además de una oscuridad absoluta.

Sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y activó la función de la linterna.

Tras acostumbrarse a la repentina claridad, pasó el haz de luz por cada uno de los rincones del contenedor. Junto a la pared había un cubo. Se acercó a él para mirar qué contenía. Dio un salto hacia atrás al ver heces flotando en él.

El origen de este hedor, pensó.

Trató de controlar las arcadas y siguió deslizando la luz a lo largo de la pared hasta dar con el extremo de un colchón con ropa de cama encima.

Al lado, una bandeja con platos sucios.

Susanne siguió pasando la linterna y se asustó cuando sus ojos se clavaron en algo que había allí en la oscuridad.

Se acercó y reconoció que en el extremo más alejado del contenedor había alguien sentado en el suelo mirándola con los ojos muy abiertos.

–¿Eva? –balbuceó y dirigió el haz de luz a la cara de la persona.

Ojos muy abiertos por el miedo, un rostro pálido y demacrado, el pelo grasiento, negro por las puntas, rubio en las raíces.

La persona que tenía delante apenas se parecía ya a su casi-cuñada, pero no cabía la menor duda: era Eva.

Susanne se acercó con cuidado a ella, se acuclilló y se la quedó mirando.

Eva le devolvió la mirada, de manera extrañamente tranquila y sin emoción alguna, casi vacía.

Al fijarse en el cuerpo, Susanne se sobresaltó tanto que cayó de culo.

–¡Oh dios mío! –soltó ojiplática.

Eva asintió lentamente con la cabeza y sonrió como una loca, abrió la boca y susurró unas palabras ininteligibles.

–Tienes que hablar más alto, si no, no te entiendo –le pidió Susanne todavía consternada, aunque suponiendo qué era lo que Eva estaba intentado decirle.

–Quiere mi bebé.

VEINTE
AKUREYRI

SEPTIEMBRE 2022

–No es tu bebé –sonó a sus espaldas–. Es mío, ¿me oyes? ¡Es MI bebé!

Susanne se levantó de golpe, se giró y dio un paso atrás al ver a Margret en la puerta. Llevaba una linterna en una mano y un garrote en la otra.

–No te muevas –amenazó a Susanne mientras la miraba con una mezcla de odio y melancolía–. Sabía que ibas a dar problemas. Desde el momento en que Asta me dijo que querías hablar conmigo porque estabas buscando a alguien. Intenté convencer a mi hermana para que te recomendase otro sitio, pero ella no quiso hacerme caso, decía que necesitamos el dinero que nos da el cobertizo,

–¿Qué quiere? –preguntó Susanne–. ¿Por qué retiene a Eva?

La mujer se rio.

–Si ya lo sabes.

–Pero… eso es imposible –balbuceó Susanne–. Ese bebé no es suyo. Usted no puede…

–Vaya si puedo –la interrumpió Margret–. Ese bebé me pertenece. Es mi segunda oportunidad. –Se calló y bajó la mirada. Al volver a alzar los ojos, estaba llorando–. Lo que le pasó a Greta no es culpa mía –dijo entonces con voz baja–. Fue cosa de mi abuelo,

de él y de Gudrun. ¿Por qué tuve que pagar yo por ello? ¿O Jon? Antes del accidente era un niño normal y ahora… ahora es un enfermo psíquico. Puede que nunca pueda arreglárselas solo. Va a necesitar siempre a su familia. Y mi bebé, mi niñito precioso, mi amado marido. Los dos murieron. ¿Y por qué? Porque mi abuelo hizo algo terrible y ahora sus descendientes están pagando las consecuencias.

Susanne negó con la cabeza.

–Ese accidente no tiene nada que ver con Greta. Greta está muerta. Lo que le hicieron ya no tiene remedio.

Margret la miró fijamente.

–¿Así que lo sabes?

–Todo –le confirmó Susanne–. He leído el diario y he hecho algunas averiguaciones. Y al ver a Kristjan entendí unas cuantas cosas. Su hermana Erla era mi abuela.

La mujer asintió triste.

–Y aun así, nunca debiste haber venido.

–Estoy justo donde tengo que estar.

–Es posible –concedió Margret.

–Déjenos ir.

–Eso no va a pasar. Ella se queda. –Margret hizo un gesto despectivo con la cabeza hacia Eva.

–Ella no le ha hecho nada.

Margret la miró y soltó una risa.

–Es tan monstruo como mi abuelo.

Susanne frunció el ceño y miró a Eva, pero esta seguía con la mirada perdida.

–He tenido que darle algo para que se tranquilizara porque ya contaba con que aparecerías por aquí a meter las narices. No te preocupes, está bien. No haría nada que pudiera perjudicar a mi bebé.

–Es el bebé de Eva.

–Solo durante unas pocas semanas más. Luego ya no.

–No puede castigar a una inocente por algo que le ha pasado a usted.

–Eva no es inocente. Como tampoco lo somos mi abuelo ni ninguno de nosotros.

–Los únicos que hicieron algo horrible están muertos, así que ya ha acabado todo.

–Entonces, ¿por qué sigue ella aquí? En la granja. La has oído. Igual que yo. La primera vez yo aún era una niña. Creo que está furiosa porque nadie quiere admitir lo que hizo el abuelo. Todos siguen con sus vidas como si nada. Y por eso se llevó a mi familia.

Susanne tragó.

–Greta es su abuela –argumentó–. Ella sabe que usted no tiene la culpa de lo que le pasó. Ella jamás querría hacerle daño. Lo que ocurrió fue un accidente, ¿entiende? Al igual que lo del alud de mis padres.

Margret la miraba fijamente.

–Todo lo que nos ha ocurrido ocurrió porque ella así lo quiso. También la muerte de tu hermano. Nos está haciendo pagar. A todos nosotros.

–Si no deja que Eva se vaya, entonces usted no será mejor que su abuelo y que Gudrun. Será igual de malvada que ellos. Mataron a dos personas y solo para quedarse con sus hijos.

Margret la miró sin entender.

–¿Cómo que a dos personas?

Susanne le habló de Hannes y de su sospecha de que él también había muerto setenta años atrás.

En el momento en que Margret negó consternada con la cabeza, Susanne vio su oportunidad.

–No querrá cometer la misma injusticia que ellos, ¿no?

Margret la miró haciendo una mueca.

–Olaf y Gudrun mataron a personas inocentes. Pero Eva… es de todo menos inocente. ¿A que no eres una buena chica?

Miró con cara de asco a aquel despojo humano.

–Tan pronto llegó a la granja supe que estaba embarazada. Vomitaba constantemente y no soportaba determinados olores. De alguna manera, Eva me caía bien. Era callada, trabajadora, parecía cargar con un gran peso. Igual que yo. Pero entonces, un día, todo cambió. Mi padre se cruzó en el camino de Eva. Ella trató de

disimular. Fingió que se sentía mal y se metió en su habitación. Pero yo me di cuenta enseguida; ver a mi padre había desencadenado algo. La seguí y la oí llorar desconsoladamente. Llamé a la puerta, pasé y de repente ella empezó a hablar. Me habló de su ex, Daniel, y me dijo que mi padre se le parecía muchísimo. También me habló de ti y de lo que os había pasado. De vuestra abuela Erla, de vuestros padres muertos y que soñabais con venir a Islandia para descubrir vuestras raíces familiares.

Margret se interrumpió para luchar contra las lágrimas que se iban acumulando.

–¿Qué voy a decir? Al oír las palabras de Eva, entendí al instante que esa Erla tenía que ser la hermana desaparecida de mi padre. Que no podía ser casualidad que Eva fuera a ir a parar justo a nuestra casa. A mi casa… Yo estaba tan contenta imaginando cómo reaccionaría mi padre al saber que habíamos encontrado a los nietos de Erla, pero entonces… entonces… –Margret volvió a interrumpirse. Miró a Susanne con gesto sombrío tratando de dar con las palabras adecuadas–. Me dijo que Daniel había muerto y que había sido por su culpa. Me lo confesó todo. Cada detalle de su oscuro pasado y las circunstancias concatenadas con él y que desembocaron en la muerte de Daniel.

–¿Sabía que él…? –Susanne estaba demasiado confundida para seguir y se quedó mirando a la mujer–. ¿Y a qué se refiere con que fue culpa de Eva?

El gesto de Margret mudó.

–¿A qué viene tanta formalidad? ¿Acaso no estamos emparentadas? Llámame Margret y tutéame. –Cogió aire y miró a Eva–. ¿Nunca os contó a Daniel o a ti su pecado de juventud?

Susanne negó con la cabeza.

–Ella y una amiga suya se cargaron a una chica, ni más ni menos. La acecharon para asustarla. La pobre no tenía ni dieciocho años. Pero la broma salió mal. De repente su compinche sacó un cuchillo y pasó lo que tenía que pasar. Hirieron a la chica de muerte y estas dos locas la hicieron desaparecer. La enterraron así sin más en el bosque, dejando a los padres durante todos estos años con la incertidumbre, el no saber qué pasó con su hija.

»Un día, de repente, la buena de Eva se encuentra con la madre de la chica muerta. Conversan y se ve que por fin Eva comprende el alcance de lo que hizo A partir de ese momento, la vida de Eva fue en picado, con pesadillas y remordimientos. Quiso convencer a su cómplice para que confesaran lo sucedido, para entregarse, pero no reaccionó como esperaba Eva. La otra y su marido le dieron una paliza. Quisieron hacerla desaparecer también a ella, por miedo a que abriera la boca y lo contara todo. Eva consiguió, no supo cómo, saltar del coche en marcha y largarse. Pero en vez de ir a la policía, huyó al piso de tu hermano, cogió el dinero y se largó. Ya conoces el resto.

Susanne se quedó mirando a Margret, abrió la boca, abrumada con aquella marea de atrocidades.

–¿Pero por qué no acudió a la policía? –preguntó. Luego se giró hacia Eva y simplemente se la quedó mirando–. ¿Por qué no acudiste a la policía, joder? Si tú no hubieras reaccionado de manera tan estúpida, Daniel seguiría vivo. –Las últimas palabras las dijo gritando, pero Eva no dijo ni pío.

Margret soltó una risa sarcástica.

–Si se me olvidaba lo más importante. El marido de la cómplice de Eva es policía. Por eso Eva, al enterarse por las redes sociales que tu hermano había muerto, cogió el dinero, se largó y no hizo ninguna denuncia en la policía. Lo aceptó sin más y vino aquí a esconderse con el rabo entre las piernas. ¿Pero sabes lo peor de todo? Que por un breve momento se le pasó por la cabeza abortar, deshacerse del bebé de Daniel… de nuestro bebé. No lo quería. Seguramente porque le recordaría toda la vida que el padre de la criatura había muerto por su culpa. Menos mal que ya era demasiado tarde para un aborto.

Susanne asimiló las palabras de Margret y volvió a mirar a Eva.

–¿Es cierto todo eso? –le preguntó. Eva la miró fijamente y luego hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, apenas perceptible.

Susanne tragó y trató de controlar las lágrimas. Volvió a dirigirse a Margret.

–Entiendo por qué la odias, en serio, pero que la hagas sufrir de esta manera, que le quites el bebé y que luego la mates, tampoco

va a devolverte a tu familia. Todo lo contrario. Te carcomerá por dentro, así como el pasado de Eva la carcomió a ella y desencadenó todos estos infortunios. Tiene que responsabilizarse ante un juez, responder por el hecho de que por su culpa un inocente estuvo varios días en prisión preventiva y que ese mismo inocente ahora esté muerto. Va a tener que lidiar con eso el resto de su vida, con lo que hizo, ¿me oyes?

Margret se mantuvo en sus trece.

–Quiero ese bebé. Me corresponde, por todas las penurias por las que he tenido que pasar.

–Pero no dejará de ser un alivio temporal. No te quitará la pena para siempre.

–Eso ya se verá.

Susanne se sobresaltó al oír un estruendo. Milésimas de segundos después se abrió la puerta y entró Kristjan. Miró consternado a su hija, a Eva y luego a Susanne.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó con voz atronadora. Y entonces lo comprendió. Se tambaleó, llevó la mano al pecho, miró a Margret y pronunció unas palabras que Susanne no entendió.

Luego entró Jon, seguido de Asta. Ambos miraban con cara de pena a Margret, pero al ver a Eva, dieron un paso atrás.

Asta miró a Susanne y suspiró.

–No son precisamente las mejores circunstancias para una reunión familiar.

VEINTIUNO

HAUGANES

SEPTIEMBRE 2022

Tres días después…

Susanne dudó por un momento, pero luego llamó con decisión a la puerta.

–Pasa –la invitó una voz débil desde el otro lado.

Susanne accionó el picaporte y entró.

Al enfrentarse cara a cara a Eva por primera vez desde aquella noche en el contenedor, le sorprendió no sentir ni rabia ni desprecio por esa mujer.

–¿Cómo estás?

–Todo bien –contestó Eva–. Tengo preeclampsia, pero los médicos dicen que pueden controlarlo.

–¿Y el bebé?

–Será un niño –dijo Eva con voz baja.

A Susanne se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Lo siento –dijo Eva por fin–. Ojalá hubiese sido yo en vez de él.

Susanne alzó los ojos, esta vez sin poder evitar el odio que se apoderó de ella.

–¿Entonces por qué te largaste? ¿Y por qué tuviste que meterte en el piso de Daniel antes de desaparecer? Pasó por aquel calvario por tu culpa.

–Tenía mucho miedo –trató de justificarse Eva–. Aquella tarde fui a casa de Martina para pedirle que me acompañara a la comisaría. Ella aceptó, hizo como que estaba de acuerdo, pero en vez de eso me metió algo en el té y esperó a que regresara Fabian, su marido. Le confesó todo. Él se preocupó, temió que pudieran detenerla, así que decidieron deshacerse de mí. Conseguí salvarme, pero estaba malherida. Como sabía que el primer sitio donde irían a buscarme era mi casa, fui a la de Daniel. En cuanto a lo de la policía…. Sabía que Martina se había casado con un policía. Dadas las circunstancias, ¿cómo podía estar yo segura de que no me pasaría nada si me entregaba? Así que cogí el dinero y los billetes y me largué al aeropuerto. Pero allí resultó que aquellos billetes sin Daniel no servían de nada de modo que compré uno. –Eva se interrumpió y se la quedó mirando muy seria–. Por cierto, ¿cómo me encontraste?

Susanne, que ya había contado con aquella pregunta, sacó del bolso la foto del *Petite*.

–Dale las gracias a Marvin. Fue él quien me indicó el camino correcto. –Susanne calló y estudió a Eva–. Estabas al tanto de la muerte de Daniel. Era el momento de hablar. Sabías que eran los mismos que habían intentado acabar contigo.

Eva apartó la mirada.

–Por miedo. Tenía miedo de Martina y de su marido. Miedo de que me metieran en la cárcel. Y tenía mucho miedo de tener que mirarte a la cara. Sabía que eras la más afectada por la muerte de Daniel. Tener que enfrentarme a ti y decirte que todo había sido por mi culpa hubiese sido lo peor.

–¿De modo que dejaste que todos creyeran que mi hermano era un suicida y el asesino de su ex, solo por tú no atreverte a dar la cara?

Eva se encogió de hombros.

–Ojalá pudiera retroceder en el tiempo. –Titubeó–. ¿Cómo murió exactamente?

–Un accidente. Supuestamente se tiró de un puente a la autoestopista, donde le pasó un camión por encima. La policía estaba convencida de que había sido un suicidio. De hecho, al final, incluso me entraron dudas a mí.

–Fueron ellos –sollozó Eva–. Martina y su marido.

Susanne asintió.

–Sabían que habían encontrado tu sangre en el piso de Daniel y estaban convencidos de que sabía dónde estabas. Seguramente creyeron que él también estaba al tanto de todo. Lo cogieron, le dieron una paliza para sonsacarle dónde estabas. Y al descubrir que de verdad no sabía nada, ya no pudieron permitir que se fuera sin más.

–O sea, es verdad que su muerte es culpa mía.

Susanne no dijo nada, porque no había nada que decir. Luego recordó algo y miró seriamente a Eva.

–¿Y eso que dijo Margret? ¿De verdad quisiste abortar? De hecho, ¿estás segura de que el bebé es de Daniel?

–Al cien por cien –le aseguró Eva–. Y lo del aborto fue un impulso momentáneo. Luego me di cuenta de que jamás podría hacerlo. El bebé es parte de Daniel y, aunque no me creas, lo he querido más que a nada en este mundo.

–¿Entonces por qué te separaste de él? ¿Por qué le fuiste infiel?

Eva soltó una risa amarga.

–Tras haberme topado con la madre de la chica muerta, no pude seguir como si nada. Me decía a mí misma que no me merecía ser feliz mientras no pagara por mis actos. Por eso eché a Daniel de mi lado diciéndole que había otro hombre.

–¿Era mentira?

Eva asintió.

–Pensé que así me dejaría, pero no fue el caso.

–¿Y por eso te separaste?

–Sí.

–¿Y por qué no le dijiste la verdad? ¿Por qué no le confesaste todo a Daniel?

–Porque tenía miedo de que entonces me viera con otros ojos.

–¿Y eso hubiese sido peor que todo lo que pasó?

–Cómo iba a saber yo que…

–Vale, vale –la interrumpió Susanne–. No podías saberlo, cierto.

Resopló y miró a Eva.

–He avisado a la policía. Tanto a la de aquí como a Lara Widmann de Augsburgo. Te ofrecen un trato, más o menos. Si estás dispuesta a volver a hablar con Martina y su marido y si consigues que admitan lo que han hecho, podrían reducirte la pena.

–¿Que vuelva otra vez junto a esos locos? ¿Que les prepare una trampa para que confiesen?

–De hecho, no te queda otra. Al fin y al cabo, no hay pruebas de que fuera Martina la del cuchillo, ni de que ella y su marido te hayan amenazado y hayan querido matarte. Y la muerte de Daniel tampoco se aclarará con suposiciones. La policía necesita hechos o una confesión que tú les conseguirás. Obviamente, no estarás sola. Llevarás un micrófono oculto y la policía estará cerca. Creo que es lo mínimo que puedes hacer. Además, se lo debes a Daniel, por no mencionar a los padres de la chica de cuya muerte tú también tienes tu parte de responsabilidad.

–¿Y cuándo será eso? En este estado mal puedo volar a casa.

–Vendrán a recogerte –le explicó Susanne–. Lara Widmann se ha encargado de todo. La policía de aquí te llevará a Reikiavik, donde te estará esperando Lara para llevarte de vuelta a Alemania.

–¿Y el bebé? No puedo volar así.

–Nadie ha hablado de volar. Lara y tú cogeréis el ferry hasta Dinamarca y desde allí iréis en coche hasta Baviera. A bordo del ferry hay un equipo médico, pero según los médicos de aquí, no parece que el parto se vaya a adelantar. Sales de cuentas a finales de octubre y para entonces ya habrá pasado todo.

Eva suspiró.

–¿Y tú? ¿No vienes?

Susanne la miró y negó con la cabeza.

–Aún me quedan cosas que arreglar aquí. Pero para cuando nazca el bebé estaré de vuelta. Prometido.

–¿Tienes pensado quedarte algún tiempo más con tu familia? ¿Con Margret, después de todo lo que hizo?

Susanne miró a Eva.

–Margret es una mujer destrozada. Lo que hizo estuvo mal, pero no sabía lo que hacía, su pena le impedía pensar con claridad.

–¡Hace años de la muerte de su familia! –exclamó Eva.

–Pero no llegó a asimilarla. Tú, sin embargo, sabías perfectamente lo que hacías cuando ayudaste a Martina a enterrar a aquella chica. Como también sabías que la madre seguiría sufriendo y aun así no dijiste nada. Te largaste sin más. Dejaste tirado a mi hermano. Y ni siquiera diste señales de vida cuando te enteraste de que había muerto.

Susanne inspiró hondo y cerró los ojos. Hablar claro la hizo sentirse mejor.

–Margret está en tratamiento psicológico y tendrá que responsabilizarse por lo que te hizo a lo largo de estos meses. Y en cuanto al resto de la familia…. Ninguno de ellos tiene culpa de todo lo ocurrido. Son igual de inocentes que Daniel y yo.

–¿Así que en serio vas a quedarte?

–Una o dos semanas, sí. Kristjan quiere contratar una empresa para levantar toda la tierra de la propiedad en busca de los restos de su madre. Quiere enterrarla como corresponde y brindarnos a todos la posibilidad de despedirnos de ella como familia, para así resarcir, al menos en parte, el daño que hizo su padre.

EPÍLOGO

PRIMERA PARTE/KEFLAVIK

Principios de Octubre 2022

–Vaya, nunca me hubiese imaginado que iría a volver a verte –dijo Marvin al tiempo que salía de detrás de la barra para saludarla.

Susanne sonrió.

–Quería darte las gracias que te mereces.

–¿Gracias por qué?

–Gracias a ti di con lo que buscaba.

Él se la quedó mirando.

–¿En serio encontraste a Eva?

Susanne asintió con la cabeza.

–¿Y ahora dónde está?

–En Alemania.

–¿Está bien?

Susanne sopesó si contarle a Marvin toda la historia, también la parte que no le había contado la primera vez, pero al final decidió que el reencuentro con él era demasiado bonito como para ensuciarlo con ese tipo de conversación. Así que dijo:

–Creo que sí. Está embarazada. De mi hermano, por cierto.

–¿No habías dicho que él…?

–El bebé llegará para final de mes. Se quedó embarazada cuando ella y Daniel aún estaban juntos.

–¿Y ya sabes por qué se largó?

Susanne asintió, pero no hizo amagos de decir nada.

–Parece que no quieres hablar de ello.

–Hoy no. No ahora.

–No pasa nada. ¿Has podido al menos visitar la isla?

Ella asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

–Sí, pero no sola.

–¿Y eso?

–Pues que aparte de Eva encontré algo más.

Marvin la miró confundido.

–Seguramente vayamos a vernos más a menudo tú y yo. Mínimo una vez al año.

–Sigo sin entender nada de nada.

–He encontrado a mi familia. Mejor dicho, a la familia de mi bisabuela. Me temo que eso también es una historia larga y triste.

Marvin no daba crédito, pero de repente soltó una carcajada.

–O sea, que hoy vas a dejarme en la inopia más absoluta.

Susanne sonrió.

–Te prometo que algún día te lo contaré todo, pero hoy preferiría que hablásemos de cosas más banales.

Marvin asintió y la miró comprensivo. Luego esbozó una gran sonrisa.

–Pues tengo material. Primero, ¿qué fue lo que más te gustó de la isla?

Susanne reflexionó.

–El lago glaciar –dijo, a la vez que en su mente aparecía la foto de su bisabuela que Jon le había regalado antes de marcharse.

Marvin asintió con aire soñador.

–A mí también me impresionó en su día. Los icebergs enormes reflejando ese color azul a la luz del sol. –La miró con curiosidad–. ¿Llegaste a ver las focas?

Ella asintió.

–Incluso algunas focas bebé.

–Qué suerte –suspiró Marvin–. ¿Y estuviste en Black Beach?

Susanne se rio.

–Menudo drama, ya te digo. Jon no quiso hacerme caso. Les echó una carrera a las olas y le pilló una enorme. Nos costó lo suyo sacarlo. Empapado se quedó.

–Ya te lo dije –le recordó Marvin–. ¿Y qué más? ¿Qué más hicisteis?

–Para mí que vi todas las cascadas habidas y por haber.

–¿Y cuál fue la que más te moló?

–Hubo varias. Una donde se podía pasar por detrás. La de Dettifoss por supuesto, el monstruo de las cascadas. –Susanne se encogió de hombros–. Son todas impresionantes. Y cuando vuelva voy a volver a visitarlo todo.

–Lo cual me recuerda una cosa –dijo Marvin, mientras se metía otra vez tras la barra y cogía un sobre para dárselo a Susanne.

Esta frunció el ceño.

–¿Qué es?

Él sonrió.

–Ni idea.

Susanne abrió el sobre y sacó una foto *Polaroid*. Al ver la cara sonriente de Ralf le preguntó a Marvin:

–¿Cuándo fue esto?

–Se volvió para Alemania hace tres días, pero me pidió que te diera esta carta por si te pasabas. Te describió con mucho detalle. Tenía mucho interés en que la recibieses.

Susanne se quedó mirando la nota escrita en la parte blanca de la foto y sintió un calor agradable en su interior.

–Dime por lo menos qué pone.

Susanne le dedicó una sonrisa a Marvin.

–La verdad es que no mucho. Aquí solo pone "Que le den al destino y ¡llámame!" Al lado su número de móvil y ya.

–¿Y vas a hacerlo?

–¿El qué? ¿Llamarle?

Marvin asintió con la cabeza.

–Puede.

EPÍLOGO

SEGUNDA PARTE/AUGSBURGO

Seis semanas después...

Al salir del recinto de la universidad, Susanne pensó que hacía mucho que no se sentía tan bien. Le había estado dando vueltas durante algún tiempo, si estaba preparada para retomar los estudios, y al final había sentido que había llegado el momento.

Sacó el móvil, lo encendió y esperó. Comprobó que le habían entrado unos cuantos mensajes y se detuvo. Seis eran de Eva. Uno de Ralf. Sonriendo empezó por el suyo.

¿Quedamos el finde?

Claro, contestó ella. *¿En mi casa?*

Soltó una carcajada cuando al cabo de un segundo apareció una retahíla de corazones y berenjenas en la pantalla.

–Loco –murmuró, reconociendo que ya estaba ansiosa, deseando que llegara el fin de semana. Siguió repasando los mensajes. Tras dudar un breve instante, pulsó el nombre de Eva.

Cuando por fin comprendió el significado de tanto mensaje, el corazón se le aceleró. Desde su vuelta a Alemania había estado evitando el contacto con la exprometida de su hermano, a pesar de que esta la llamaba y le mandaba mensajes prácticamente a diario.

Pero no había juntado el valor suficiente como para presentarse ante ella. No tenía ni la menor idea de qué sentía por ella. ¿Odio? ¿Rabia?

Seguía sin saberlo.

Pero ahora no le quedaba más remedio. Tenía que tomar decisiones.

El hijo de Daniel había nacido la noche anterior, con dos semanas de retraso. Y al fin y al cabo, el bebé no tenía culpa de que ella tuviera un problema gordo con su madre.

Y eso que Eva había hecho todo lo posible por redimirse. Había aceptado la propuesta de la policía de llevar un micrófono oculto y demostrar la culpabilidad de Martina y su marido Fabian, el psicólogo de la policía. El plan de Lara Widmann de hacerles confesar todo mediante la conversación y la provocación había funcionado.

La policía había asaltado la vivienda y los había detenido. Eva también les había indicado dónde estaba el cadáver de Jana Bergmann. Y había ido a junto de los padres de la chica y les había pedido perdón.

¿Lo había obtenido? Susanne tenía serias dudas.

Eva también le había pedido perdón a ella a través de un sinfín de mensajes y le había pedido poder hablar en persona, pero hasta el momento Susanne no había reunido fuerzas para contestar y mucho menos para verla.

Una vez en el coche y sentada detrás del volante, cerró por un instante los ojos.

¿Cómo habría reaccionado su hermano ante esta situación?

¿Cómo la hubiese manejado él?

¿Qué querría él que hiciera?

Lo sabes perfectamente, le susurró la voz en su cabeza.

Susanne resopló, accionó el contacto y arrancó.

–¿Quieres cogerlo? –casi le rogó Eva.

Susanne sabía que aquel gesto era otro intento desesperado más para acercarse por fin a ella.

Miró al bebé, un niño adorable, y de repente se le partió el corazón.

–Claro –aceptó con la voz entrecortada y cogió con cuidado el bebé en brazos. No supo qué decir mientras miraba la diminuta cara y tocaba con cuidado la piel suave del muchachito.

–¿Ya sabes qué nombre le vas a poner?

Eva negó con la cabeza.

–Esperaba que se te ocurriera uno que encajara con él.

Susanne se la quedó mirando sorprendida.

–¿Que yo…? –Se interrumpió y volvió a mirar al bebé. Luego negó con la cabeza–. No lo sé. En serio.

–¿Qué te parece si lo llamamos Daniel? Como su papá.

Susanne estuvo a punto de decir que no, pero luego escuchó a su voz interior. ¿A él le hubiera gustado? ¿Su hermano hubiera querido que Eva le pusiese su nombre al bebé? No lo sabía. Miró indecisa primero a Eva y luego al bebé que sostenía en brazos. No pudo evitar una sonrisa.

–¿Qué te parece Danilo? Creo que el nombre le va bien.

Eva asintió agradecida.

–¿Y ahora? ¿Qué va a pasar ahora?

Susanne carraspeó.

–Siento no haberme presentado durante lo que te quedaba de embarazo. Quería hacerlo, en serio, pero no fui capaz. Me quedaba aún demasiado por digerir. ¿Lo entiendes?

Eva asintió.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –se le escapó a Susanne antes de darse cuenta.

–Por supuesto.

–Cuando estuviste en la granja de Olafsson, ¿oíste alguna vez a una chica llorar desesperadamente por la noche? ¿O la viste? Rubia, pelo largo, muy delgada, no llegaba a los veinte.

Eva negó con la cabeza.

–¿Por qué me lo preguntas?

Susanne tragó, miró al bebé y luego a Eva.

–Hay una razón concreta que me hizo pensar que yo pertenecía a la familia de la granja.

–Pues porque viste a Kristjan y por tu abuela, supongo.

–No solo por eso –aclaró Susanne–. Todo empezó al oír aquel llanto nocturno. Poco después la vi.

–¿A quién?

–A Greta, mi bisabuela.

Eva abrió mucho los ojos, reflejo de su incredulidad.

–Sé que suena a locura, pero así fue. Oí un llanto y vi a una chica. Jon también. De Margret solo sé que la oyó.

–Pero esa Greta, ¿no está… muerta? ¿Y a qué te refieres con chica, si ahora ya tiene que pasar de los noventa?

–Precisamente a eso es a lo que no dejo de darle vueltas desde hace semanas. Lo que oí y vi, ¿era real? ¿O fueron imaginaciones mías? Pero si fue así, ¿por qué experimentaron Jon y Margret algo parecido? ¿Tiene algún sentido todo esto?

Eva se la quedó mirando sin decir nada.

–¿Sabes lo que pienso hoy por hoy, desde la perspectiva de la distancia? –continuó Susanne–. Pienso que tiene algo que ver con el subconsciente. Yo conocía el nombre de la granja. Olafsson. Al principio no vi la relación, pero mi subconsciente sí. Y como sabía que mi abuela Erla se había marchado de Islandia y que nunca hablaba de ello, supuse obviamente que era porque le había pasado algo malo. Mi subconsciente fue uniendo las piezas. Y lo del diario… bueno, lo encontré por casualidad. Ocurre más a menudo de lo que creemos.

–¿Y cómo explicas que los demás también la vieran y oyeran?

–Remordimientos –respondió Susanne–. Margret estaba al tanto porque había oído a escondidas la conversación entre su padre y su tío. Y Jon, bueno, a pesar de todo es un chico espabilado. Seguro que también oyó en algún momento dado parte de la horrible historia familiar.

Eva cerró los ojos para reflexionar.

–Existe otra explicación más.

–¿Que fuera real? ¿Un espíritu, como quien dice?

–Si he aprendido algo del pueblo islandés es que cree en lo mágico, en espíritus, troles y elfos.

–Pero yo no soy islandesa.

–¿Ah no? –Eva abrió los ojos y la miró sonriente.

–Al menos no de nacimiento –aclaró Susanne.

–Tal vez sea cierto que entre el cielo y la tierra existe mucho más que aquello que podemos ver.

–Yo no creo en espíritus.

–Pues tu cara dice otra cosa.

Susanne bajó la mirada.

–Me gustaría, pero no puedo.

–Tu hermano creía en ellos, lo sabes, ¿verdad?

Susanne se quedó mirando a Eva:

–¿En serio?

Eva asintió con la cabeza.

–Y en lo que respecta a Greta, lo que le hicieron fue tan injusto que es muy posible que su alma no haya podido encontrar la paz hasta estar segura de que también el último de sus descendientes entendiera por fin que ella era la verdadera madre de aquellos tres hijos.

–Por esa regla de tres tuya, Daniel también tendría que seguir por aquí.

Eva hizo una mueca y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Sueño a menudo con él. Y a veces es como si estuviese a mi lado.

–Eso no significa que sea real.

Eva sonrió meditabunda.

–Pero sería bonito, ¿no?

Susanne asintió con la cabeza y de repente el bebé esbozó una sonrisa. En ese instante aquel ser diminuto era igualito que Daniel.

Un escalofrío atravesó el cuerpo de Susanne.

¿Sería una señal?

No lo sabía.

–Aun así, ¿vendrás a visitarnos de vez en cuando? –La voz de Eva se abrió paso entre sus pensamientos.

Susanne miró al bebé y lo besó en la frente.

–Ahí estaré. Tanto para mi sobrino como para ti.

A Eva se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Muchas gracias. Y eso que no me merezco tanta generosidad por tu parte.

Susanne le devolvió a Eva su hijo y le acarició el hombro.

–Dame algo de tiempo y ya verás como entre tú y yo todo volverá a ser como antes, ¿vale?

Eva sollozó y asintió con la cabeza.

–Por cierto, ¿cuándo es el juicio? –quiso saber Susanne.

Eva sorbió los mocos.

–Mi abogado dice que en primavera.

–¿Sabes ya lo que cabe esperar?

–A Martina podría salirle una buena temporada en prisión. A lo que habría que añadir lo que ella y su marido le hicieron a tu hermano. Eso se tratará en un segundo juicio. En cuanto a mí… –Eva cogió aire–. Mi abogado dice que va a basarse en que por aquel entonces yo era menor de edad y solo cómplice. El cuchillo era de Martina y fue idea suya lo de no llamar a urgencias y lo de enterrar el cadáver de Jana. De modo que a mí me caerá algo menos de un año de cárcel. O puede que incluso libertad condicional.

Susanne miró primero al bebé y luego a Eva.

–No creo que metan en la cárcel a una mujer que acaba de ser madre. Desde luego que será un atenuante el que hayas ayudado a esclarecer el caso. Confío plenamente en Lara Widmann. Estoy convencida de que declarará a tu favor.

–Ya se verá –suspiró Eva–. Pero en el caso de que efectivamente tenga que ir a la cárcel por una temporada, ¿se te ocurre qué podemos hacer con Danilo?

Susanne la miró y sonrió.

–Ya se me ocurrirá algo. Prometido.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores, espero que os haya gustado el libro.

Dado que *La chica del glaciar* se basa en hechos reales, quiero aprovechar la ocasión para dirigiros unas palabras.

Obviamente, la historia completa alrededor de Greta Stein es producto de mi lúgubre imaginación.

Pero aun así, es cierto que la asociación de agricultores islandeses hizo un llamamiento. En abril de 1949 dicho llamamiento apareció publicado en algunos periódicos del norte de Alemania. Los labradores islandeses buscaban mano de obra y empleadas del hogar. Pagaban 500 coronas islandesas, además de ofrecer comida y alojamiento.

La verdadera razón por la que la asociación de agricultores islandeses hizo aquel llamamiento fue que en las zonas rurales de Islandia escaseaban las mujeres después de que muchas de ellas se mudaran a la costa, donde estaba emergiendo la industria pesquera.

De modo que en junio de 1949 el Esja se hizo a la mar con rumbo a un país lejano, muy arriba al norte - Islandia.

A bordo del Esja iban doscientas mujeres y setenta hombres. Y les seguirían más.

Se dice que unas trescientas mujeres quedaron para siempre en la isla. Se enamoraron, se casaron y fueron felices con aquella nueva vida.

A día de hoy miles de descendientes de aquellas mujeres alemanas siguen en Islandia. Y no solo eso. Las inmigrantes alemanas dejaron otras huellas más en su nueva patria: plantaron verduras y legumbres en las granjas islandesas, plantaron flores y construyeron los primeros invernaderos.

Un ejemplo maravilloso de lo que es una integración lograda.

Leí sobre ello hace algún tiempo y supe en aquel mismo instante que llegaría el día en el que escribiría sobre este tema. Que haya resultado un libro tan sombrío se debe, como ya he mencionado antes, única y exclusivamente a mi imaginación y al hecho de que escribo *thrillers* y no novelas románticas.

Así que espero que no me lo tengáis en cuenta.

Vuestra Daniela Arnold

AGRADECIMIENTOS

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier por su grandioso trabajo en la versión original. Habéis estado, una vez más, maravillosas.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero que sigamos por mucho tiempo más con esta colaboración tan fructífera!

Gracias a las tres por vuestra colaboración tan estupenda.

A mi diseñadora de portada A mi diseñadora de portada Kristin Pang por su diseño para la versión española.

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están ahí dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicar otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solamente de la maquetación, sino que también repasa con

ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como… (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre, -y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com